MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 15

OBRAS COMPLETAS

OBRA LITERARIA IV
(Ensayos II)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1991

© CONGRESO DE LA REPUBLICA
Caracas/Venezuela/1991
ISBN 980-231-082-4 (Obra Completa)
ISBN 980-231-133-2 (Vol. 15).

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 15

OBRAS COMPLETAS

OBRA LITERARIA IV
(Ensayos II)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1991

COMISION EDITORA

Pedro París Montesinos
Presidente del Congreso

Luis Enrique Oberto
Vicepresidente del Congreso

José Rodríguez Iturbe
Presidente de la Comisión de
Política Exterior de la
Cámara de Diputados

José Agustín Catalá
Jefe de la Oficina de Investigaciones
Históricas y de Publicaciones

Fundación "Mario Briceño-Iragorry"
Beatriz Briceño Picón
Omar Briceño Picón
Miguel Angel Burelli Rivas
María Briceño de Burelli

COMITE EDITOR

Domingo Miliani G.
Rafael Angel Rivas D.
Gladys García Riera
Anabel López de Del Pozo
Catalina Gago G.

SUMARIO

Pág.

Criterios de selección y ordenamiento del volumen 15 IX

OBRAS COMPLETAS – VOLUMEN 15
OBRA LITERARIA IV
(Ensayos II)

APUNTES PARA UN RETRATO DE PEDRO EMILIO COLL 3

VIRUTAS (Temas dispersos)

Prólogo galeato 39
Elogio de Virgilio 41
Aún doblan las campanas 53
Bello, arquitecto de América 59
La lírica de José Asunción Silva 71
Función social de la palabra 85
La libertad de enseñanza 91
Meditación en la muerte de Pedro Emilio Coll 99
La lección de John Dabello 103
Notas para una biografía de Don Fulgencio 107
Sanín Cano y Blanco Fombona 113
El balance de las injurias 117

SALDO

Aviso 123
El reto de Caín 127
Pastores y magos 137
El Cristo de los Abismos 141

Pág.

Tras las huellas de San Francisco 145
Reflexiones a orillas del Lago Leman 151
Luces y penumbras 155
Calígula 157
El lapirismo 161
Armadillos y puercoespines 167
Espíritu y pan 171
Antihumanismo 177
Variaciones sobre el tiempo 181
Castillos para la paz 185
Edad y espacio de la palabra 189
Paz y civilización cristiana 195
Protección a la locura 201
"La Muralla", de Calvo Sotelo 205
"Cristo de nuevo crucificado" 211
El caballo de San Pablo 219
Judíos y cristianos 225
La lengua española 231

CARTERA DEL PROSCRITO (1952–1958)

Razón 239
Seguridad animal e inseguridad humana 241
La locura de Reverón 245
La capa de Andrés Bello 249
La palabra encadenada 253
El retorno de Don Simón Rodríguez 257
Bustos sin pedestales 259
Valor y sentido del faisán 263
Apología de las viejas campanas 267
Burla y destrozo de Bolívar 271
Sangre en el rostro 277
"Ganas de llorar" 281
Tiempo y razón de la cultura 285
Los Municipios iberoamericanos 289
La espada de Bolívar 295
El ejemplo del Brasil 301
La desobediencia como debe ser 305
Barrabás y el destino del pueblo 309

Pág.

La declaración de Panamá (Anverso y reverso de una conducta).. 317
La sombra de Jean Valjean 327
Francia y la América Latina 331
Apólogo del redaballo (Lectura para el 2 de diciembre) 333
La libertad de la tierra 337
La realidad del panamericanismo 341
Saludo a las mujeres de mi patria 351

Historial bibliográfico del volumen 15 357
Indices del volumen 15
Indice onomástico y toponímico 361
Indice de materias 379

CRITERIOS DE SELECCION Y ORDENAMIENTO DEL VOLUMEN 15

Este segundo volumen de ensayos de Mario Briceño Iragorry agrupa materiales que, con excepción del escrito sobre Pedro Emilio Coll, fueron publicados entre 1947 y 1958 en diarios y revistas de España e Hispanoamérica sobre aspectos políticos, sociales, religiosos, culturales, biográficos, históricos y económicos. Fueron recogidos en us libros **Saldo, Cartera del proscrito** y **Virutas.**

Apuntes para un retrato de Pedro Emilio Coll prólogó **El paso errante,** editado en 1948 por el Ministerio de Educación en la Colección Biblioteca Popular Venezolana. Es una biografía cordial sobre la personalidad y obra de un intelectual con el que compartía labores en la Academia de la Lengua, y con quien tenía múltiples afinidades: la modestia, las preocupaciones estéticas, el afán de expresión. También en algunos momentos, aunque no coetáneamente, ambos sufrieron el cerco político que buscó en algún momento cercenar la expresión de sus ideas.

Virutas (temas dispersos) (1951), reúne diez ensayos de los que exalta los valores espirituales universales de Virgilio y Fray Francisco de Vitoria, o los continentales, de Andrés Bello, José Asunción Silva, Pedro Emilio Coll, Baldomero Sanín Cano y Rufino Blanco Fombona. Sobresale el trabajo "Función social de la palabra" enaltecedor de la obra de escritores que como Rafael María Baralt, Cecilio Acosta o Juan Vicente González sobrevivieron para siempre a quienes, poderosos alguna vez, hoy olvidados, los escarnecieron y detractaron.

En **Saldo** (1956) recoge algunos de los materiales aparecidos en las columnas que mantenía en importantes diarios de Bogotá, Guayaquil, Panamá, Valparaíso, San José de Costa Rica y Madrid. Aunque de

diversa temática, en ellos se destaca especialmente el aspecto religioso manifestado en su idealismo cristiano, la búsqueda de una solución religiosa a los problemas del hombre a t5ravés de la justicia social, y expresa que es preciso.

> rehacer la cristiandad positiva, en que sea reimplantada la autenticidad de un mensaje evangélico que derrote la conspiración materialista que amenaza a la civilización presente.

Están constantes además en esos textos, su preocupación por la belleza, el mensaje de humildad y la angustia nacionalista.

Los materiales correspondientes a **Cartera del proscrito (1952–1958)**, fueron escritos mientras se hallaba desterrado por su oposición valiente y tenaz a la dictadura del General Marcos Pérez Jiménez, a la que combate ferozmente en sus artículos. Ellos reflejan la angustia vital del desterrado que vive añorando a su país, pero con actitud vigilante y perennemente crítica de la obra y las ideas del perezjimenismo. Esta actitud lo convirtió en el adversario intelectual más importante de la dictadura, y para tratar de acallarlo fue objeto de atentado personal en Madrid, que casi le cuesta la vida.

EL COMITE EDITOR

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN 15

APUNTES PARA UN RETRATO DE PEDRO-EMILIO COLL (1947)*

(*) Tomado de Obras Selectas. Caracas: Edic. Edime, 1954 (1.103 p.) pp. 937–969.

Sólo el que ha experimentado eventos claros y oscuros, la guerra y la paz, el ascenso y el descenso, sólo ese ha vivido la verdad.

Zweig, *El Mundo de Ayer.*

Cuando la muerte, en forma súbita, puso fin a la vida ilustre de Pedro-Emilio Coll, se ocupaba el Maestro en arreglar el sumario o prólogo que debía anteceder a la selección de sus escritos para la Biblioteca Venezolana de Cultura Popular. Con visible desgana venía el eximio escritor pergeñando los párrafos del esperado proemio, cuya conclusión inquietaba a Elisa Elvira Zuloaga, activa y exquisita Directora de Cultura en el Ministerio de Educación Nacional. Pedro-Emilio hacía y deshacía párrafos, mudaba de propósito en lo que pensaba decir de sí mismo y de su obra; cambiaba de opinión respecto al "examen de conciencia" que una vez más intentó hacer público en la portada de la selección. Como tuve el privilegio de ser su compañero durante varios años en las diarias labores de la Academia de la Historia –él en su escritorio de la Biblioteca, yo en la mesa de la Secretaría– pude seguir el proceso de sus afanes. Un día, nervioso y desencantado, llegó a declararme: "Nada diré de lo que pensaba decir. Al público poco interesa la tragedia de los espíritus".

A la hora de la muerte quedaron en su escritorio párrafos repetidos e inconexos de la introducción en que trabajaba, y la bondad de la noble viuda del egregio escritor, doña Paulita Borges de Coll, me ha permitido la honra de haber recogido y haber dado forma a las páginas inconclusas. Nunca, durante mi ya largo oficio de leer manuscritos extraños, puse mayor devoción ni sentí mayor cariño como el darme a la triste y a la vez

grata tarea de enlazar y descifrar las cláusulas sencillas, elegantes y serenas de Pedro-Emilio Coll, escritas en la más enmarañada caligrafía que darse pueda. Sentí al hacerlo el mismo afecto que hubiera puesto en el arreglo de escritos de mi padre. Justamente es de hijos el lugar que a los hombres de mi generación corresponde en orden a los escritores de la época de Coll. Cuando en la ya lejana juventud empecé a manchar con mis incipientes pensamientos la albura del papel, Pedro-Emilio Coll ya ocupaba sitio prestante en el mundo de las letras venezolanas, y fue la suya la figura que más atrajo mi admiración y mi cariño. Como espaldarazo que daba ley a mis débiles armas, recibí lleno de orgullo en 1921 la carta que me dirigió desde Madrid para avisarme el recibo de mi primera publicación en cuerpo de libro. Al calificativo de Maestro que le daba en la dedicatoria, respondió con el mismo rechazo que de él hizo hasta la víspera de su muerte: "Repito a usted lo que a otros jóvenes he dicho: ¿De quiénes puedo ser "Maestro", qué enseñanzas puede haber en mi obra tan limitada y fragmentaria?". Y ahí mismo, en aquellas cortas líneas consignaba, como aviso que mi conciencia juvenil no supo captar, la profunda tragedia que signó su espíritu: "En el largo tiempo que tengo lejos de la Patria, veo con el alma llena de esperanzas una generación que trae a nuestras letras nacionales elevados pensamientos y sentimientos que parecen mejor disciplinados que los de la decadente generación a que pertenezco, que tanto ha sufrido, sobre todo, por la bancarrota de los ideales".

Pero la bancarrota a que alude el atormentado crítico no pesa como exclusiva responsabilidad sobre los escritores de su tiempo. La quiebra espantosa de las ideas que animaron ímpetus de creación, fue producto de un largo estado de conciencia nacional que aún, pese a esfuerzos y promesas reiterados, no ha logrado la hora de la convalecencia. Del fondo de la Historia se levantan las fuerzas contradictorias que han negado a los hombres de pensamiento la posibilidad práctica de ajustar sus actos a las normas ideales de la cultura. Signos entrelazados y diversos prepararon a lo largo de la vida de la República el peligroso clima de indiferenciación de funciones y apetitos que ha negado claridad a la propia comprensión del pasado. Falta de uno y de muchos, no sería honrado argüir de culpadas a determinadas circunstancias. Así lo entendió Pedro-Emilio Coll. No buscó para sí, en actitud egoísta, señera

cumbre inmaculada desde la cual pudiera rehuir su parcela de compromiso con los vicios del ambiente. Guiado, en cambio, por la sinceridad que fue numen de su pensamiento, comprendió que el "íntimo y sentimental egoísmo descarga sobre el prójimo las propias imperfecciones" y, a través de "una profunda introspección y un valioso examen de sí mismo", descubrió que a todos nos toca responsabilidad en la pervivencia de los grandes males que atosigan el plasma social; mas, carente por sí solo de fuerza para modificar el medio y desprovisto de consignas eficientes que conjugasen las vecinas y similares conciencias, vivió en su mundo interior el drama de quien lucha contra las corrientes del impetuoso río y se ve arrastrado, sintiéndose él mismo parte de ese río, por la fuerza ingobernable de las aguas.

La profunda tragedia del escritor, apuntada en las líneas en que Pedro-Emilio Coll inició la comunicación amistosa con que me favoreció en todo momento, era el tema que quería desarrollar en el prólogo de la selección. Pero si no la describió con la maestría y el amplio espacio de su propósito inicial, quedó, en cambio, pintada en notas diversas de sus magistrales escrituras, que me propongo agregar a las líneas truncas que se transcriben.

Bajo rúbrica que pudo ser "Sumario" o "Indice, del índice", y por epígrafe el nombre de la obra del enfermizo Marcel Proust, *A la recherche du temps perdu,* Pedro-Emilio, en párrafos varias veces modificados, comenzaba así su prólogo:

"Al empezar esta rápida visita al pasado y a manera de prólogo o índice de materias que contiene esta antología de viejas páginas, debo confesar al que me leyese que si escritor es aquel que a ello se dedica, con preferencia a otras actividades, no lo soy en absoluto, sino un lector algo inquieto y curioso de antiguallas y novedades, lo que no es muy modesto, pues si escribir requiere especiales facultades, a mi juicio leer con atención y comprender el ajeno pensamiento no es tan fácil ni común como en apariencia pareciera. Así, mis tres libros publicados vienen a ser glosas de lecturas al margen de la vida cotidiana; tales *Palabras, El Castillo de Elsinor* y *La Escondida Senda,* sin contar algunos recuerdos y notículas dispersos en periódicos nacionales y extranjeros.

"En 1896, por su cuenta, editó mi buen padre, en su taller tipográfico, y con el nombre de *Palabras,* páginas casi todas insertadas en la revista *Cosmópolis,* ya fenecida, y que, con la presunción juvenil de mi edad, a la sazón de veinticuatro años*, amparé bajo un diálogo shakesperiano, alusivo el título del libro y este soliloquio que el fraterno Jules Laforge pone en boca del Hamlet de sus admirables *Moralidades Leyendarias:*

(*) Itinerario Biográfico:

1872. Nace en Caracas el 12 de julio del matrimonio de don Pedro Coll Otero y doña Emilia Núñez Márquez, en casa situada donde hoy están los jardines del Club Venezuela. (Por el padre estaba emparentado con el gran poeta Jacinto Gutiérrez Coll y por la línea materna, con el ilustre humanista colombiano doctor Rafael Núñez)

1892. Publica en el periódico *Pueblo* su primer artículo, "Historia del teatro".

1894. (1º de mayo).– Pone en circulación junto con Pedro César Dominici y Luis Urbaneja Achelpohl, la revista *Cosmópolis.*

1896. Edita a *Palabras.*

1897. (5 de abril).– Contrae matrimonio con la señorita Paulita Borges Delgado.

1897. Primer viaje a Europa como cónsul en Southampton (Inglaterra).

1899. (julio).– Regresa a Caracas.

1900. Director en el Ministerio de Fomento.

1901. Publica *El Castillo de Elsinor.*

1911. (26 de marzo).– Se recibe como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua.

1912. (23 de abril).– Asume el Ministerio de Fomento en su carácter de Director de Correos y Telégrafos.

1913. (3 de enero).– Es nombrado en propiedad de Ministro de Fomento.

1914. (19 de abril).– Le es reiterado el nombramiento de Ministro.

1915. Es nombrado Cónsul General en Francia y luego secretario de la Legación en Madrid, donde ejerció largo tiempo funciones de jefe de misión.

1920. Delegado a la Unión Postal Universal.

1923. Regresa a Caracas y ejerce el cargo de Fiscal de Bancos.

1924–26. Senador por el Estado Anzoátegui y, como tal, presidente del Congreso Nacional en las sesiones de 1926.

1927. Tercer viaje a Europa como Inspector de Consulados.

1927. Publica en Madrid *La escondida senda.*

1929. Publica en Sevilla sus *Lecturas y glosas de escritores venezolanos.*

1933. Regresa a Caracas.

"¡Ah, qué solo estoy! Y en verdad la época no es culpable de ello. Tengo cinco sentidos que me atan a la vida; pero este sexto sentido de lo Infinito... Soy joven todavía, pero ¡la Libertad! Sí, me marcharé de aquí y viviré anónimo entre gentes honradas y me casaré para siempre, lo cual será la más hamlética de mis ideas. Pero hoy es preciso obrar, es necesario objetivarse... Adelante, por sobre las tumbas, como la Naturaleza.

"Y ahora, en el ocaso de mi existencia, me sorprende que ese soliloquio coincida singularmente con mi situación espiritual y circunstancias personales de aquella época de mi juventud.

"Seguían a esas invocaciones, en desordenado conjunto, un ingenuo Examen de Conciencia, en el que medía la responsabilidad que pudiese caber al novel escritor ante los lectores que suponía le prestarían cuidado. Luego, impresiones sobre Tarascón, con sus danzas provenzales al son de pífanos y tamboriles, sus vecinos de grandes mostachos, gestos y exageraciones, su imaginación meridional semejante a la de nosotros y su ilustre hijo Tartarín, gracioso símbolo de nuestra infinita necedad. Más extensamente comentaba *Los Hermanos Zemganno,* deliciosa novela de lindas amazonas tan leves sobre las ancas del dócil caballo, de perros sabios, acróbatas y payasos, a quienes admiré y envidié desde mi remota infancia, bajo los toldos de lona de los circos ambulantes, impregnados de olor de serrín y de las humeantes candilejas. En páginas sucesivas apunté algunas críticas sobre Educación, que disgustaron a algunos catedráticos, tracé siluetas de compañeros de mi generación, y de algunos autores extranjeros, entre ellas la de

---

1934. (28 de enero).– Se recibe como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia.
1935. (agosto).– Cuarto viaje a Europa.
1936. Es nombrado Consejero en Washington y no llega a ejercer el cargo.
1939. Regresa a Caracas.
1941. Entra a ejercer el cargo de Bibliotecario de la Academia Nacional de la Historia.
1947. (20 de marzo).– Muere en Caracas, a las 2 1/2 p. m., en la casa número 126, de Puente Victoria a Ño Pastor.

Bourget, que con sus *Ensayos de Psicología Contemporánea* nos iniciaba en el conocimiento de aspecto del alma moderna y quien, honrándome en extremo, de París me escribió sorprendido de que un desconocido y en tan lejano país, supiera de su obra intelectual. Reproduce aquel poco denso volumen croquis, fantasías y sensaciones muy finiseculares, como el breve diálogo "El Colibrí", entre un pseudo literato y su cándida mujer, la sensación de un crepúsculo de la Caracas de antaño, con sus calles empedradas e iluminadas por el sol poniente, sus carrozas descubiertas para el paseo vespertino, sus lentos tranvías, sus parvadas de rápidas bicicletas y sus muchachas románticas tras los balaustres de las ventanas abiertas. Por fin, notas y cartas acerca de la efímera revista *Cosmópolis,* fundada en la primavera de 1894 y sus propósitos primordiales de estimular y fomentar las letras patrias, de enterarnos del movimiento de ideas de más allá de nuestras fronteras y mares y de estrechar relaciones con los de nuestros mismos ideales o edad en las naciones americanas que federaba el pabellón lírico de Rubén Darío*.

"Circuló gratuitamente *Palabras* entre amigos, maestros y compañeros en letras, en medio de un público distraído por la política, mientras que no faltaba quien me animase a cultivar mi naciente vocación, ni un crítico, algo académico, me reprochara mis faltas gramaticales y, lo que era más penoso, el irrespeto que me atribuía a Nuestro Señor Don Quijote, a quien, por cierto, siempre veneré y a quien, según su inmortal biógrafo, perturbaron su razón el poco dormir y mucho leer, mientras otros se embrutecen por mucho dormir y poco leer.

"Años más tarde aún quedaban algunos empolvados ejemplares en librerías de lance, todavía con mis efusivas dedicatorias.

(*) *Cosmópolis* apareció el 1º de mayo de 1891 con carácter de quincenario. Sus directores: Pedro César Domínici, Pedro-Emilio Coll y Luis Manuel Urbaneja Achelpohl. Administrador: Luis Pereira Solís. Talleres: Imprenta Bolívar. Su último número, el 12, apareció en julio de 1895. Pedro Grases, en 1944, publicó un interesante estudio con motivo del cincuentenario de esta publicación. Cfr.: *En el Cincuentenario de Cosmópolis.* Selección de artículos doctrinales. Compilación y prólogo de Pedro Grases. Edic. del Instituto Pedagógico Nacional. Caracas, 1944.

"Entre tanto es de justicia reconocer, según en otra ocasión lo expresara, que los mayores que nosotros y ya famosos en nuestros centros intelectuales, por lo regular fueron indulgentes con los que adoptábamos posiciones de reformadores y de insumisos a las reglas tradicionales, y sin embargo, asumíamos actitud de hijos abandonados o carentes de una superior dirección. La ocurrencia parece repetirse en cada generación, como la periodicidad de una puesta de sol y su renacimiento en la aurora.

"De otra parte, formábase un núcleo de camaradas, calificado de oligárquico, cuando en verdad era francamente hospitalario. También señalé un fenómeno, que debe ser natural por su evidente constancia, cual es el de que los grupos humanos, sin exceptuar los políticos, principian integrándose por afinidades electivas y a la larga se desintegran cuando sus elementos comienzan a diferenciarse, las distintas vocaciones, ambiciones y aun caracteres despiertan y cual de un árbol van desprendiéndose los frutos demasiado maduros o con signos de descomposición, pero tal vez sembrando nuevos gérmenes en la tierra donde caen. Y no escapó nuestro cenáculo literario a este proceso evolutivo. Por lo demás, pretendíamos ser espíritus libres pero dejando de serlo por completo a medida que no lejos nos tendían sus tentáculos, con que se nutre de jugos vitales "el más frío de los monstruos", según increpaba el solitario iconoclasta al Estado omnipotente...

"Por su cuenta también publicó en 1901 la Empresa de El Cojo Ilustrado, y sin mayor provento para el generoso editor, mi segunda obra, como la primera, con signos hamléticos e intitulada *El Castillo de Elsinor,* justificado por el imaginario viaje de *El sueño de una noche de lluvia,* como imaginario era *El sueño de una noche de verano,* iluminado por la visión de Ernesto Renán, con el traje que, ahora por obesidad, le venía algo estrecho y que usó en el seminario de San Sulpicio. Sus *Recuerdos de infancia y juventud* me deleitaron con emoción incomparable. En sueños, pues, me ví en una enorme selva poblada de rumores, cuando el autor de los *Diálogos filosóficos,* reflejos de sus dudas, me preguntó: "¿Qué haces aquí?", y yo confuso respondí: "Nada, maestro; sólo meditaba en el insondable misterio de la Vida y de la Muerte". Sonrió el

anciano y luego de recordarme el apólogo del león hambriento que devoró al cordero, advirtió, con suave voz, que no es en la naturaleza donde debemos buscar la justicia y la bondad sino en otro mundo para nosotros desconocido. Y añadió, con acento más profesoral, que la observación aislada de los hechos, sin fines de coordinación, puede conducir a la anarquía mental y social, que la indagación de las causas suaviza las asperezas de los efectos y que las apariencias a nuestra vista no son sino la epidermis del Espíritu. Después de disertar largamente acerca de las contradicciones de los hombres, sin excluir a los más sabios, le atemorizaba el anuncio de un nuevo profeta que se llamaba Zaratustra y predicaba el evangelio de los fuertes y, débil él mismo, el exterminio de los débiles. Amedrentado desperté. Por fortuna todo había sido un sueño, en la noche tibia y estrellada.

"De aquellos sueños, que no eran sino juegos de la imaginación, merecía más el calificativo de cuento el de *Opoponax,* crisis erótica de un joven obsesionado, y a la vez relación de ocurrencias de camaradas literarios, un poco afrancesados, bien que con matices de nuestro carácter nacional, como de parecido modo aparecen en las *Viejas Epístolas* cruzadas entre dos compatriotas de igual edad, el uno en Caracas y el otro en París, éste inconforme de que no podamos realizar muchas ilusiones a riesgo de perderlas, tal como acontecía al llegar a Lutecia y conocer su realidad, no obstante sus bellos parajes y mujeres. A su amigo caraqueño refería su encuentro con condiscípulos y ahora estudiantes en la Sorbona, la Academia de Medicina o en talleres de pintores y que a la larga fueron famosos en nuestos anales científicos y artísticos. Con ellos compartía su nostalgia, formando planes y proyectos descomunales para la patria lejana, con la distancia creciendo la utopía y como si nos bastara extender la mano para enderezar nuestros entuertos nacionales.

No falta en esta colección *El Diente Roto* con su Juan Peña, hermano de Alves Pacheco, que apagó el de mi humorada, cuando años después fue inmortalizado en una de las maravillosas epístolas de Fradique Mendes.

"Entre las *Notas de Estética,* que se reproducen hoy, me parece que no ha perdido por completo actualidad la que resume opiniones de mis

crónicas en el *Mercure de France* y que varía su título de *Decadentismo y Americanismo* por el de *Revolución y Evolución Literaria,* menos anacrónico que el anterior.

"En Madrid, el año de 1927, de mi propio y escaso peculio, tuve la vanidad y el capricho de publicar *La Escondida Senda,* pero mal administrador como soy, corrió este breviario profano la misma suerte de mis obras anteriores, con uno que otro elogio que agradezco, y la cual ahora solicitan sin hallarla en el mercado de los libros, donde no pudieron venderse a su hora, algunos curiosos y amables lectores.

"En Madrid también, años antes, sin intervención de mi parte, editó la Biblioteca Andrés Bello, en un solo tomo mis dos primeros libros, y, además, varias páginas volanderas. Mas, con perdón del ya fenecido y admirado propulsor de dicha Biblioteca, compañero mundano, no recomiendo esa edición por los errores de imprenta que contiene en casi todas sus páginas, haciendo a veces casi imposible su lectura. Y ya se sabe que esa clase de disparates tipográficos, añadidos a los de nuestra inteligencia, son el castigo de los escritoress" *.

(*) Guión bibliográfico:

Palabras: Caracas, Imprenta Bolívar. 1896.– 155 (2) p. 21 cm. *El Castillo de Elsinor.* Caracas. Tip. Herrera Irigoyen & Cª. 1901. 129 p. 1 hh 19 1/2 cm. Contenido: "El sueño de una noche de lluvia". "El sueño de una noche de verano". "Opoponax". "El diente roto". "Viejas Epístolas". "Decadentismo y americanismo". "Hojas de un diario".

Discurso leído en la Academia Venezolana correspondiente de la Real Española, en la recepción pública del señor don Pedro-Emilio Coll el día 26 de marzo de 1911. Caracas, Imprenta Bolívar, 1911. 34 p. 22 1/2 cm.

Ensayo sobre Ramón Campos. San José de Costa Rica. Establecimiento Tipográfico Alsina, 1913 (Colección Ariel), núm. 26.

El Castillo de Elsinor, Palabras. Madrid, Editorial América, 1916, 388 p., 19 cm. (Biblioteca Andrés Bello).

Literaturitis, Crónicas de antaño. Rev. *La Lectura,* núm. 2. 16 x 23 centímetros, 28 p. Caracas, Tip. Vargas, 1925.

Las Divinas Personas (Cuentos).– Rev. *Hoy Sábado,* tomo 1, núm. 5, 11 x 20 centímetros, 28 p. Caracas, Tip. Vargas, 1925. En la revista neoyorquina *Inter-América* apareció una traducción al inglés de estos cuentos.

Discurso pronunciado por el presidente de la Cámara del Senado en la sesión de clausura el 17 de julio de 1926. Caracas, Litografía del Comercio. 16 p., 25 cm.

Como glosa a las secciones que integran la Antología, intentó Pedro-Emilio hacer un breve comentario también de las páginas seleccionadas, pero sólo aparecen los siguientes apuntes:

"En la sección que intitulo "Estampas Fin de Siglo" acumulo algunas fantasías de ese tiempo muerto, como *Opoponax, Viejas Epístolas, El*

La Escondida Senda ("Años de aprendizaje de Simón Bolívar". "Visita de Leonardo de Vinci". "El Anti-Rousseau español". "Las divinas personas". "El paso errante..."). Madrid. Talleres Espasa-Calpe, s. a. 1927. 140 p... 1 h. 18 1/2 cm.

Lectura y glosa de escritores venezolanos. (Casino Municipal de la Exposición de Sevilla el día 26 de octubre de 1929 con motivo de la semana de Venezuela). Sevilla. Imp. Carmona. 1929., 27, 1 p., 21 cm. Contenido: "Andrés Bello". "Simón Bolívar". "Juan Vicente González". "Rafael María Baralt". "Cecilio Acosta". "Fermín Toro". "Jesús María Sistiaga".

Discurso leído en la recepción del señor don Pedro-Emilio Coll como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. 28 de enero de 1931. 16 x 18 cs. 31 p. Edit. Elite. Caracas, Tip. Vargas, 1934.

Didácticas. Selección con prólogo del autor, que Pedro-Emilio Coll había preparado para un editorial de Caracas y la cual reproduce el Boletín de la Academia Nacional de la Historia en su número 117.

Manuel Díaz Rodríguez. *Confidencias de Psiquis.* Caracas. Tip. El Cojo, 1896. XXII, 134 p., 20 cm. Prólogo de Pedro-Emilio Coll.

Discursos en la recepción del Dr. Santiago Key Ayala en la Academia Venezolana de la Lengua. Respuesta de Pedro-Emilio Coll. Caracas, Imp. Bolívar, 1914.

Mario Briceño Iragorry. *Lecturas Venezolanas.* Caracas, 1926. Edit. Sur-América. Contiene: "El diente roto" de Pedro-Emilio Coll, el cual fue traducido al inglés en colecciones populares americanas.

Rufino Blanco Fombona. *Dos años y medio de inquietud.* Caracas, Tip. Impresores Unidos. 1942. 302 p., 14 x 19 cm. (Prólogo de Pedro-Emilio Coll). Este estudio puede considerarse como el último trabajo de aliento de P. E. C.

Miguel Angel Mosqueda. *El Padre Borges o la Vida de un Romántico.* Caracas, Edit. Grafolit, 1946. (Prólogo de Pedro–Emilio Coll).

Para un formal conocimiento de la obra de P. E. C. precisa consultar las revistas siguientes: *Cosmópolis, El Cojo Ilustrado, Alborada, Cultura Venezolana, Revista Nacional de Cultura* y, en general, la Prensa de Caracas. También deben consultarse sus notas del *Mercure de France.* En sus primeras crónicas de *El Cojo Ilustrado* usó el pseudónimo de Juan de Caracas, que ante reclamo de don Julio Calcaño, sustituyó por el de A. R. Lequín. Algunas veces se escondía tras el pseudónimo de Amer Picón.

Colibrí y otros inventados episodios de gentes de mi parroquia caraqueña, y por último, la famosa ocurrencia de *La Delpinada,* que por cierto la generalidad de nuestros historiadores y narradores no han solido tener en cuenta, bien que a mi entender lo merecía más que otros hechos famosos. Como de esa época incluyo, bien que podría no ser natural *El Diente Roto,* con su silencioso Juan Peña, hermano del estupendo Alves Pacheco, que apagó al de mi humorada, cuando años después éste fue inmortalizado por Fradique Mendes en una de sus cartas maravillosas.

"No se requiere ser lector zahorí para comprender, como dejo anotado, que son imaginarios los cuentos que bajo este título se reproducen. Los tres de *Las Divinas Personas* juegos son de la fantasía al margen del Viejo y Nuevo Testamento, sin pretensiones de exégesis religiosa y que si de irrespetuosos pueden tildarse, en todo caso lo serían tan ingenuamente como el pobre curita de campo que al pretender abrir la puerta del sagrario que guardaba las sagradas especies, como la llave no cedía, exclamó impaciente: "¡Qué diablo habrá aquí oculto!...".

Apenas los párrafos transcritos pude lograr de mi esfuerzo por dar forma a los apuntes del maestro. Ellos, como queda dicho, están escritos en letra por demás enrevesada, de diverso modo, en repetidas cuartillas que indican un lento proceso de elaboración. La escritura a veces toma caracteres de taquigrafía personal, que me ha obligado a adivinar el sentido de algunas palabras. De haber seguido en el examen de los temas que incluyo en la Antología, hubiera relatado la historia o aventura del fáustico *Homunculus,* cuyos originales envió con César Zumeta y Manuel Díaz Rodríguez a Leopoldo Lugones, y del cual, después de su extravío, apenas conservó el fragmento que aparece en la presente selección. Pero, junto con estas páginas, hallé los borradores de un interrogatorio que el año pasado de 1946 le fue sometido con fines periodísticos, y quien rehuyó responder a las continuas indagaciones de amigos y de reporteros, formuló respuestas que sirven para dar mayor ámbito personal a las presentes notas.

"Creo –responde al cuestionario del periodista– que en realidad no existe entre nosotros la "carrera" literaria, como hasta ahora tampoco la

administrativa. Esporádicamente y con excepciones somos escritores o funcionarios públicos, con más o menos éxito. Por lo demás, según decir del humorista, en el fondo de la mayoría de nuestros compatriotas, cuando no dormita un dictador, está en germen un novelista, un historiador, un crítico. Por mi parte, me parece que mi afición a las letras despertó oyendo las conversaciones de los doctos varones que se reunían en el taller tipográfico de mi buen padre. Enemigo del *Ilustre,* me encantaba oírles hablar mal del Gobierno".

De haberse detenido Pedro-Emilio en sus informes para el curioso interrogante, le habría dicho que en la imprenta del viejo Coll, levantando tipos y limpiando chibaletes, fue su primer contacto con las letras, y que en el desempeño de su oficio de mensajero, tuvo el más raro encuentro con la Historia de Venezuela. Enviado por su padre a llevar unas pruebas a la casa de Manuel Tomás Lander, la criada le indicó pasar hasta la sala. Sentado frente a polvoso escritorio, bien calzadas las gafas y severamente vestido de negro, un rígido y extraño caballero guarda profundo silencio. A él se acerca alegre Pedro-Emilio.

"–Señor, aquí están las pruebas que le manda mi padre".

El caballero no responde ni intenta siquiera recibir los papeles que le ofrece el muchacho desprevenido. Ante la extraña actitud del señor, Pedro-Emilio le mira fijamente al rostro y, en medio del mayor espanto, advierte que está hablando con un muerto. Tomás Lander, el inquieto adalid del liberalismo, había sido embalsamado, en rito singular, y mantenido en posición de escribir durante cuarenta años en la sala principal de su casa solariega. Materializado fantasma de otro tiempo, representa en la quietud hogareña la tragedia del pensamiento venezolano. Es el cuerpo sin alma de los sistemas en cuyo nombre se ha venido formando la trama de la política y se han expresado los ideales revolucionarios que dan carta de legitimidad popular a los nuevos gobiernos. En el alba de sus años, Pedro-Emilio ha tropezado con uno de los más curiosos símbolos de nuestra historia política. Figuras sin espíritu, visiones corporizadas, sin objetivación práctica, ahí los programas y los ideales que simularon banderas para orientar el curso de nuestra vida política. El ya ha hablado con una de esas entelequias

engañadoras. Para lograr respuestas, seguirá platicando con fantasmas. En el mundo subjetivo que será su mundo, aparecerán nuevos espectros. Hamlet, Renán, Montaigne, Fausto, Segismundo, serán constantes contertulios en la caverna de sus sueños: Pedro-Emilio niño se ha puesto en comunicación con la paradoja.

"Luego –sigue hablando al periodista– a través de los años y de duras experiencias, a veces me acojo al paradójico aforismo de uno de nuestros más famosos panfletarios, de que el mayor castigo que tienen los malos gobiernos es que todo el mundo los crea peores de lo que son. Con el respeto que conservo a aquellos señores de levita y sombrero de copa, confieso que comparto mi admiración por ellos con la simpatía que me inspiraban los acróbatas de circo y sin que entonces supiera lo que afirma el autor de *Los Hermanos Zemganno,* de que lo que hacen los acróbatas con su elástico cuerpo lo realizan con su estilo algunos escritores. Mas ello es que, ya adolescente, mi primer artículo fue un elogio de la *Fiesta Internacional del Trabajo,* que acababa de establecerse en otros países, y según la comprendía como manifestación de la soñada Fraternidad Universal, hoy más lejos que nunca, en esta era de la bomba atómica*.

"Aunque sin mayor contradicción o método, estudié en el colegio de la Paz, donde, por cierto, su director, el buen viejo Villegas**, no lograba imponerla por completo a su revoltoso alumnado, como difícil lo es también en otros ámbitos de la república. En nuestra Universidad Central fui ave de paso y así no alcancé el diploma de bachiller ni menos el de doctor, bien que algunas benévolas personas me dan el título sin haberlo conseguido.

"De mis profesores recuerdo, especialmente al doctor Morales Marcano***, quien inútilmente se empeñaba en hacernos comprender en su cátedra de Filosofía la importancia de la Lógica como ciencia o arte de pensar y proceder con claridad y acierto, aun en los diarios afanes, y siquiera consultando el texto elemental de Balmes, rector del criterio.

(*) Recordó mal P. E. C. al decir que fue este su primer artículo, pues en 1892 había publicado unas notas sobre Historia del Teatro. *Vide Supra.*

(**) Dr. Guillermo Tell Villegas.

(***) Dr. Jesús María Morales Marcano.

"Fueron mis compañeros de generación aquellos con quienes tenía afinidades de gusto, pero entre ellos, y sería ingratitud silenciarlo, debo a mi amigo Rafael Cabrera Melo, de tan precoz ilustración, el despertar de mi curiosidad intelectual, por la lectura del Renán de los *Recuerdos de Infancia y Juventud,* del Bourget de los *Ensayos de Psicología Contemporánea,* del France de *El Estuche de Nácar* y hasta del Rubén Darío de *Azul,* y su pléyade. Fundada *Cosmópolis* concurría Cabrera a nuestras líricas tertulias junto con Urbaneja Achelpohl y Pedro César Domínici, conmigo directores de la efímera revista, y Eloy G. González, Díaz Rodríguez, Key Ayala, Gabriel e Isaías Muñoz, Blanco Fombona, Andrés Mata, Luis Churión, Torres Abandero, Angel César Rivas y muchos otros que la memoria del corazón no olvida, de la capital y las provincias, pues nuestra casa estuvo abierta a los cuatro vientos de la inteligencia de la patria. Y así se prolongó nuestra cordial camaradería hasta que la vida nos dispersó, en diversas actividades y vocaciones; pero entonces y ahora pensando que si la juventud repitiera lo que sus predecesores edificaron, probaría, de ese modo, la inutilidad de su venida al mundo.

"Me parece que los tres libros que he publicado, por el camino de inconexas impresiones y glosas, se dirigen a conciliar algunos de mis antagonismos y contradicciones espirituales. Por lo demás, al tomar la pluma hice un "Examen de Conciencia" para medir, con su poquillo de fatuidad, la influencia que pudiera ejercer sobre los lectores desprevenidos. Bajo el signo de la tolerancia puse aquellos tres libros; tolerancia que no nace espontáneamente sino en pugna contra nuestras pasiones elementales y nuestra insoportable manía de querer tener siempre razón".

Contradicho en su propio interior, alterada la paz de su discurso por la "discordia de las voces", Pedro Emilio se asió desde su inquieta adolescencia, como a bruñido escudo, de las fecundas consignas de la tolerancia. No entendió la vida como uniformidad inalterable de destinos. Miró al valor de lo diverso que se acopla para la realización armónica del conjunto social. Entendió la sociedad como suma de aspiraciones divergentes que logran cauce de sosiego en medio de un mundo tolerante y comprensivo. Lo que vivió en sí mismo, el equilibrio

que logró en lucha con la interior tragedia que signó su existencia, lo quiso como fórmula universal que absolviera la pugnaz discordia de los elementos sociales. Por eso se le ha mirado como maestro de comprensión y tolerancia.

"En 1897, prosiguen sus declaraciones, bajo esta situación sentimental, hice mi primer viaje a Europa como cónsul en Inglaterra. De tránsito por París, fui fundador y redactor de la sección de "Letras Latinoamericanas" en el *Mercure de France.* Reinaba a la sazón la fiebre simbolista y allí conocí a escritores franceses cuya fama comenzaba a extenderse por nuestra América, influyendo en sus movimientos literarios. Allí Mme. Rachilde, esposa del hospitalario director de la famosa revista, muy burguesa en su hogar y diabólica en sus novelas (dualidad frecuente en algunas escritoras), nos obsequiaba con copas de jerez y delicadas golosinas. En esa época me honró con su amistad Maurice Barrés, considerado Príncipe de la Juventud, hasta que perdió corona y prestigio a medida que exaltaba su nacionalismo integral. Desde Inglaterra continué colaborando en *El Cojo Ilustrado,* en el que publiqué la imaginaria historia del pobre Juan Peña, de *El Diente Roto,* antes de que el magnífico Eça de Queiroz* hiciera inmortal a su estupendo Pacheco. Y fue largos años más tarde, cuando en Madrid también me honraron con su amistad don Benito Pérez Galdós, don Miguel de Unamuno, Valle Inclán, Díaz Canedo, mi excelente camarada Gómez de la Serna, los grandes pintores Romero de Torres y Solana y tantos otros no menos admirados por mí y que si no menciono es para no alardear demasiado de mis relaciones literarias y artísticas.

Para finalizar sus rápidas respuestas a la inquisitiva periodística, Pedro-Emilio, como lo llamábamos a la par de sus compañeros de generación y quienes habíamos crecido bajo el signo del más respetuoso cariño para su persona, expresa su personal concepto sobre el modernismo.

(*) Por demás insistía P. E. C. sobre este tema, ya que hubo quien se atrevió a decir que Juan Peña no era sino un calco del Pacheco queiroziano.

"Entendí el Modernismo, dice, y no igualmente otros de mis compañeros, como observación e intuición de lo contemporáneo, de lo bello, de lo trágico y de lo cómico cotidiano, de lo más próximo a nuestra sensibilidad y así como lo más sincero en la expresión de nuestras emociones".

Y cuando aflora la pregunta acerca del escritor nacional por quien sentía mayor admiración, declara por tal a Juan Vicente González, y agrega:

"Bien que no es su vigor o rigor lo que más admiro en él, sino, cuando poniendo a un lado sus furibundas pasiones políticas, canta la belleza y tristeza de las tardes caraqueñas, la dulzura de amar y de sufrir en sus melodiosas *Mesenianas.* Ya en otra ocasión declaré que de los maestros que interpretan los sueños humanos, deténgome en los sitios de reposadas meditaciones y gracias ligeras; que oigo las conversaciones y meditaciones de mi hermano Hamlet y me aparto de sus estocadas; que Montaigne me deleita de manera indecible; que a los músculos de las portentosas creaciones de Miguel Angel, como para detener la bóveda del cielo, prefiero la sonrisa enigmática que Leonardo trazó, de una divina pincelada, en los labios de su Gioconda". Hubiera seguido inquiriendo el periodista sobre sus preferencias de poetas, y le habría confesado la admiración y culto que rendía al recuerdo de Leopoldo Torres Abandero, a quien miraba como uno de los escritores más dignos y bondadosos de la Venezuela de este siglo.

De haberse adentrado en el terreno de la política, el periodista habría quizá escuchado la extraña declaración que solía hacer en círculo de amigos: "Soy anarquista". Y lo era, no en el sentido de la lucha destructora sino en función de rebeldía contra las formas opresoras y asfixiantes del Estado. Porque, quien hizo de su vida una invariable lección de tolerancia y convivencia, quien miró "el símbolo de la Cruz como aspiración al Infinito en su línea vertical y a la humanidad en su línea horizontal", quien durante sus últimos años, con Kempis en la mano, consagró largas horas del día a la meditación de las verdades de la Fe, mantuvo, en cambio, en lo interior de sí mismo la tragedia de la resistencia contra un hostil mundo de falsas y estranguladoras categorías.

Para nosotros, sobre el intenso valor del sensitivo que supo trabajar el metal de la palabra para el mundo inmensurable de la belleza y sobre el hombre que se dio a la relación social con un sentido amplio, fresco y generoso de servir, en la íntima personalidad de Pedro-Emilio Coll se abultó la tragedia de la contradicción de su independencia interior con las fórmulas opresoras de la realidad circundante. Con precisas palabras pintó él mismo la disyuntiva de su generación: "Pretendíamos ser espíritus libres, pero dejando de serlo por completo a medida que no lejos nos tendía sus tentáculos, con que se nutre de jugos vitales "el más frío de los monstruos", según increpa el solitario iconoclasta al Estado Omnipotente". La protesta contra la máquina infernal que acogotaba su libertad, lo llevó a mirar en las fórmulas acráticas de Bakunin la sola bandera digna de flamear en la torre almenada de un espíritu libre. En quien sentía con sensibilidad de desollado, hubo de tener honda repercusión el cuadro desolador del medio social que se oponía a la realización de sus sueños. Aquel que prefirió a todo heroísmo la dulzura de los crepúsculos y la paz de las sonrisas, hubo de apurar en su interior la lucha contra los signos que impedían el cumplimiento de su destino de libertad, de belleza y de bondad, con la misma energía con que en sus años mozos sumó las débiles suyas a las manos iconoclastas que hicieron rodar por el suelo las estatuas de Guzmán Blanco.

No es la de Pedro-Emilio Coll vida para ser juzgada a la ligera desde un solo ángulo crítico. Más que al maestro de la literatura, más que al ágil constructor de perdurables edificios de belleza, la pesquisa de su futuro biógrafo debiera encaminarse a ahondar el drama subjetivo que lo llevó, para lo cotidiano, a poner la carátula de Aristófanes sobre el rostro emaciado de quien musitaba épodos de Esquilo. Hombre de fina y acusada naturaleza introspectiva, poseyó, como dice en *Examen de Conciencia,* "la facultad de duplicarse, de verse vivir como si tuviera adentro un ojo implacable y feroz que alumbrara y auscultara su vida interior y que juzgara todas sus acciones". La práctica constante de esta ascesis profana, mantuvo en Pedro-Emilio una actitud de agonía consigo mismo, cuya indagación acaso sea la fase de mayor interés en el estudio de la vida constantemente renovada del escritor. El mismo, en el prólogo de *Confidencias de Psiquis,* de Manuel Díaz Rodríguez, pintó el telón de boca del íntimo escenario. "Cada uno lleva dentro de sí –dice– un

mundo en donde en secreto se libran batallas, y hay mezquindades en lucha y carcajadas y lágrimas y heroísmos desconocidos".

De la gran tragedia espiritual del insigne escritor, quedan en sus obras huellas de nítida certeza y, sobre todo, el testimonio de una búsqueda que por demás la simboliza. Hamlet fue su guía juvenil para soñar. En la profunda contradicción que se esconde en cada húmedo rincón del *Castillo de Elsinor,* halló elementos para la cábala introspectiva. Pero la suya no era tampoco situación recoleta y excepcional. En su exquisito mundo hiperestesiado apenas tomó formas más definidas la trágica realidad del pensador y del artista que ve cerradas las posibilidades para el cumplimiento de un gran destino. Ha sido ayer y es hoy el drama del intelectual venezolano, a quien circunstancias de época han obligado a moverse en terrenos de singular aspereza. Si en Juan Vicente González la quiebra llegó hasta las propias raíces de la personalidad, en Pedro-Emilio adquirió un aspecto amable y ligero de repulsa, que supo hallar soluciones para convertir en sarcástica sonrisa la amargura de los elementos. Lejos de haber vertido en sus deliciosas escrituras el zumo del áloe y la retama, logró pericia para destilar los amargos jugos en las alquitaras del espíritu, hasta trocarlos en brebajes que incitaban a la plenitud espiritual.

La lección de Pedro-Emilio Coll se aparta del efectivo valor de su obra escrita para hallar expresión en los meandros secretos de un espíritu que tomó la alegría y el afán de la belleza como antídotos para curar las heridas que deja a diario la punzante aguja con que ha venido tejiéndose el bajo lizo de nuestra historia de pueblo. En medio de una sociedad de pacotilla, donde los valores dirigentes se han vaciado en troqueles de falsía, él encontró por medio de la tolerancia y del cultivo de lo bello, el equilibrio que le hizo fácil el gobierno de su mundo interior. Por ello y como ejemplo que tonifica el ánimo para la lucha, de él nos queda el recuerdo de una vida siempre dispuesta a sembrar la alegría en medio de las punzantes guijas y la presencia de una voluntad abierta al ejercicio de la más amplia generosidad.

Debe la cultura a Pedro-Emilio Coll una fórmula exquisita y difícil de lograrse si no es por medio de una arriesgada lucha contra los módulos ambientales. El arte de convertir el escepticismo social en fina ironía

que, lejos de hacer más tupidas las tinieblas del espíritu, las descorra para la sonrisa tolerante. Quien luchó como púgil en las arenas de la interior tragedia, tuvo por premio de su esfuerzo esta fina y delicada flor. Sencillo, modesto, negado a la vana gloria y al afán de palmas, fue, sin embargo, cabeza y centro del grupo a donde concurriera. El lema verlaineano de "sinceridad y seguir al pie de la letra la impresión del momento", le dio el secreto de la invariable frescura espiritual. Sin alardes de maestro, sin colorido de héroe, adornado de una singular gracia de las gentes, atraía por la franqueza la atención de los circunstantes. Locuaz sin afectación, donde estaba Pedro-Emilio era él quien dirigía la charla y era su propia persona el sujeto de las aventuras. Pero jamás en los relatos referidos aparecieron sus actos coronados por el éxito. Pedro-Emilio perdía todos los lances y su ágil narración sólo servía para poner en evidencia el fracaso de sus artes. ¿Deseo de mover la risa amable o estudiado recurso para cubrir la efectiva hazaña de sus méritos? De él mismo escuché la anécdota que me dio la clave de sus historias. Leía a sus ministros el general Carlos Soublette una carta de Fermín Toro en la que relataba sus buenos éxitos en la Corte de Madrid, y los oyentes guardaron el mayor silencio ante los cálidos conceptos y honrosos comentarios del Jefe del Estado. Mas, cuando Soublette les comunicó en seguida otra carta donde Toro se lamentaba por la desgraciada circunstancia de haber pisado la larga cola de la Reina, en una solemne función de Palacio, todos a una hubieron de hacerse lenguas para ponderar la impericia de don Fermín en achaques de sociedad. Vuelto a la Patria el insigne negociador, los secretarios de Estado le hicieron presente la pena por el incidente de la cola regia. Extrañado de la historia, Toro preguntó a Soublette de dónde había recibido tan fantástica información, y entre risas el Presidente le declaró: "Yo inventé el lance con el fin de que le perdonasen sus triunfos". Para defenderse del agresivo egoísmo de los hombres, Pedro-Emilio recurrió permanentemente al arbitrio de exhibir sus actos exteriores como sombreados de impericia, con lo cual fabricaba capa inmunizante que lo pusiera a cubierto de la envidia social. De familiar vocación para la burla y la ironía y frustrado hombre de tablas en su primera juventud, nada más fácil que este ejercicio sano y agradable con que supo atraer mayores simpatías y pudo hacerse una cota risueña que lo guardase de las flechas enherboladas de nuestros motilones de alto mundo.

El análisis del mundo interior de Pedro-Emilio explica los motivos de su parva labor literaria. Porque a pesar de haber vivido una dilatada existencia, su obra escrita lo encuadra en el mundo de nuestros grandes inacabados. Sufrió, por las razones dichas, la dolorosa e infecunda interferencia que para nuestros mejores escritores han constituido las formas de la política venezolana. En medio como el nuestro, donde la libertad no ha sido sino breve paréntesis de excepción en una larga avenida de violencias y donde se ha carecido hasta el presente de una sistemática que permita la racional y redituante distribución del trabajo, Pedro-Emilio Coll, pobre de origen, hubo de encallar, enmurado en consignas de silencio, dentro de los cuadros burocráticos de la administración pública. Por su idoneidad de funcionario llegó a desempeñar una cartera ministerial y a ejercer conspicua representación en el Parlamento nacional. Y como político fue al igual de los hombres de su jerarquía intelectual víctima de la desoladora reserva de tener que actuar sin la libertad que reclamaban sus personales convicciones. Su drama fue el drama que ha signado y continúa signando a nuestros más altos hombres de pensamiento del cercano y del remoto ayer y que las nuevas generaciones deben procurar que no continúe siendo el azote de nuestra íntima vida de pueblo, a fin de que jamás se repita, al alejarse de la Patria los privilegiados de la inteligencia, frase semejante a la estampada por Juan Vicente Gónzález cuando quiso justificar el viaje a Chile de don Andrés Bello: "¡Se ha salvado el Néstor de las letras americanas!". Dura y desconcertante sentencia que pone de resalto el carácter de cruel madrastra que ha asumido Venezuela para sus mejores hijos.

Nadie mejor que el egregio maestro desaparecido supo describir, en la intimidad de sus revelaciones, la angustia permanente de este trance nacional. En su propia vida y en su propia obra sintió el trauma desconcertante de la falta de orientación, de la carencia de sinceridad y de la negación de la justicia que ha sido el fondo sombrío de nuestro cuadro histórico. De nada han valido, ayer y hoy, ideales y promesas, como si el contrato con los símbolos del Poder destruyese por magia infernal el broquel de las más rectas intenciones. Quien aconsejó prudencia y clamó desde las arenas cívicas y aun desde las propias ergástulas, por sistemas de justicia, al ascender a posiciones que ofrecen

la posibilidad de hacer efectivas las antiguas voces admonitorias, contrahace los sistemas combatidos. La vieja solidaridad de las ideas es sustituida por desavenencia que haga fácil el éxito personalista. La amistad pospuesta, los ideales rotos, la sinceridad sustituida por la apostasía oportunista, la rectitud supeditada al miedo. ¿Dónde la causa, dónde el morbo que genera esta fácil trasmutación de actitudes? ¿Acaso el egoísmo o la codicia? ¿La vanidad, quizás, el temor o la soberbia? Mal general, reside en todos y en cada uno de nosotros, con la lamentable circunstancia de que sólo lo censuramos cuando lo vemos practicar por quienes nos son hostiles y nos impiden tomar parte en el provecho sin freno de la cosa pública.

En un clima de mayor evolución política, en medio de una sociedad civil mejor apuntalada, Pedro-Emilio Coll habría logrado la estupenda corpulencia a que le daban derecho su agudo ingenio, su acertado don de crítica, su inquieta sensibilidad y la maestría para vestir con arreos de sublimadas artes el pensamiento y la palabra.

Al pensar que la labor dispersa en el periódico y la lección que pudo expresarse sólo en la voz viva del magnífico conversador, hubieran adquirido fornidos contornos realistas de no haber mediado las lamentables condiciones del tiempo y del medio en que figuró, debemos hacer colectivamente el propósito de borrar de nuestras prácticas sociales los vicios que han detenido el vuelo de nuestra cultura. Urge una aguzada revisión de nuestros males históricos. Precisa un despertar mañanero hacia caminos que permitan un más ancho y cómodo acoplamiento de sistemas y valores. La República pide sitio holgado para la labor sin reticencias de sus hombres de pensamiento. La nación reclama para el numen dirigente de sus pensadores, posiciones donde pueda despuntar el vuelo creador y no plazas cercadas por bayonetas, donde el grito medroso de los centinelas espanten y pongan en fuga a los genios benéficos de la cultura.

Tales condiciones de incómodo trabajo redundan en mérito para la obra de quienes, como Pedro-Emilio Coll, superaron en sí mismos la tragedia de luchar contra el propio destino social. Su doloroso y constante esfuerzo de elevación, su insoslayable empeño por vencer los avatares

que lo rodeaban, dan quilates más altos a su obra y prestan más claros relieves al hombre que supo salvar su inquebrantable condición de superioridad. Al hombre, sí, porque, sobre el artista y el filósofo, sobre el escritor y el crítico, Pedro-Emilio Coll irguió con ática frescura su generoso contorno humano. Hombre antes que todo, cultivó como en ancho prado de verdura las virtudes de la más pura bondad. Generoso, sencillo, humilde, sintió con humanos ardores derramado afecto para todo aquel que buscó su trato. Si parecía huraño y alguien pudo tomarlo como minado de la misantropía, ello era mero aspecto de su tímido acratismo y deseo de soledad interior, pero no repulsa de la relación social, en la cual fue, en cambio, maestro en el difícil arte de deleitar al contertulio.

Animado del heracliano sentido de la constante renovación, Pedro-Emilio Coll venció la anquilosis que el tiempo provoca en el pensamiento de los hombres. Con las antiguas siempre abiertas a la varia contemplación del mundo, al borrarse el último turbio de la noche, una nueva ventana aparecía en la torre enhiesta de su espíritu. Si la nieve puso sobre su cabeza nimbo de ancianidad, permaneció, en cambio, interiormente en el disfrute de una inalterable mocedad. Fácil a la comprensión de las reacciones juveniles, se le vió durante los últimos años rodeado, cual amable Próspero, por los jóvenes de las más recientes promociones literarias, a quienes con la generosa palabra del estímulo, comunicaba el tesoro de sus enseñanzas y experiencias.

Poseedor de una clara y racional conciencia igualitaria, miró en el pueblo la gran fuerza vital de las naciones y no se desdeñó de acercársele en forma cordial y acogedora. Su fe en el poder rehabilitador dè la educación le daba estribos para alzarse sobre "la negra pesadumbre" que embarga los espíritus al pensar que "puedan tener razón los sabios que aseguran que a causa de la zona que habitamos y de la sangre que circula en nuestras venas, estamos irremediablemente condenados a ocupar inferior escala en la vasta humanidad". Sin negar la aspereza del complejo étnico, tuvo conciencia definida de que a través de una racional y alegre canalización de la cultura, podría llegarse a modelar en la conciencia del pueblo un determinante superativo que fuese capaz de compensar la disvaliosa presencia de los resentimientos ancestrales.

Más de una vez se le miró pareado, para la obra de cultura, con modestos personeros de los sectores decaídos de la sociedad, y como gaje de su vecindad al pueblo, recordaba frecuentemente el ataque soez de que él y su honorabilísima familia fueron objeto por haberse juntado con humildes obreros de color para el homenaje que los escritores rindieron a Juan Antonio Pérez Bonalde, en la oportunidad del traslado a Caracas, desde La Guaira, el año 1903, de los restos del insigne cantor de la *Vuelta a la Patria.* A su hogar le llegó en forma sigilosa la carta que otras manos hicieron firmar a un tal Jesús Ibarra Silva, como protesta contra la alusión hecha por Pedro-Emilio al desdén con que personas de calidad miraron los propósitos enaltecedores de la junta constituida para honrar al altísimo poeta. En *El Pregonero* del 7 de octubre de aquel año hizo el propio Coll insertar la carta infamatoria y cuarenta años después la recordaba y exhibía como trofeo singular de la jornada y como expresión de la repulsa que algunos señorones tuvieron siempre para los hombres de letras. No sé a punto cierto si llegó a darla a la prensa en la ocasión del centenario del torturado poeta de *Flor,* mas, desde entonces conservo la copia que me hizo conocer y que bien cabe en estas líneas:

"Señor P. E. Coll.

"Muy señor mío: Usted no tiene edad, ni posición social, ni monetaria, ni autoridad alguna para insultar a esta desgraciada sociedad.

"Si usted no pudo reunir más de $ 80, fue porque usted no tiene personalidad ni relaciones; pues aquí para cualquier cosa se reúne dinero: si a los dos años dudaron del empleo del dinero, es muy natural, pues era tiempo suficiente para no esperar, y las dudas no le hacen a usted ningún favor. Pretender usted que el país puede salvarse con esa legión de literatejos que le acompañan, es una tontería muy propia de usted. Los países se salvan trabajando, inventando y produciendo como los Estados Unidos: no haciendo malos versos. Si su papá con una canilla inútil no trabajara, su familia, inclusive usted, se habrían muerto de hambre. Usted cometió una gran falta de respeto, apostrofando a la sociedad que atendía a honrar la memoria de un muerto y usted les dijo: "Vienen ahora porque hay música mala de Magdaleno y flores; pero no pudieron contribuir con dinero". ¡Ah! señor Coll, qué necio es usted, qué

vano y qué pedante. ¿Es usted agricultor, agrónomo, matemático, médico, veterinario, artista, algo tiene usted, algo que lo estereotipe ante la sociedad y el mundo por algo? No. Usted no es más que un muchacho presuntuoso, hueco, lleno de estúpida vanidad y sin ilustración alguna. Además, las sociedades no se interesan cuando se le ocurre al primer necio. Pérez Bonalde, es un poeta, como muchos de los nuestros; no es mejor que Pardo, Lozano, Yepes, Hernández, Bermúdez Avila, etc., etc.; ¿hay en las bibliotecas alguna obra de P. B.? ¿Fundó algo?, ¡siquiera una familia, dejó, siquiera discípulos! y ¿por qué a usted y a cuatro negros más se les antoja traer al pobre muerto, nada menos que al Palacio Legislativo? ¡Oh! hipérbole de nuestra raza: ¡cuándo tendremos juicio! Ni al pobre muerto respetó usted para rebuznar aquella filípica como *introitus* de un acto tan serio. Corríjase, niño.

"Soy su atento,

Jesús Ibarra Silva".

Esta curiosa flor para la antología del denuesto y del ultraje pinta al propio el estado de conciencia contra el cual hubo de luchar la promoción literaria de que era Pedro-Emilio Coll máximo exponente. Por boca de Ibarra Silva se expresaba un sector social que ha considerado siempre inútil el trabajo de los hombres de pensamiento y que apenas ha tenido por provechoso el esfuerzo humano que se encamina a la consecución de valores amonedables, ora en el campo de la industria, ora en los fondos tortuosos de la política. Formados en el crepúsculo esplendente del siglo de la esperanza, Pedro-Emilio y sus compañeros buscaron con el homenaje a Pérez Bonalde la fijación de un hito que rectificara el error social que obligó al gran poeta a ausentarse de su Patria. Con la corona de laurel para quien abominó la dictadura, los promotores de la glorificación quisieron castigar el espíritu de rencor y de envidia con que han sido constantemente saludados los caballeros del ensueño. No asistieron, con el óbolo obligado, los personeros de las llamadas "fuerzas vivas" de la sociedad. Para honrar al poeta errante no hubo diligencia por parte de quienes podían aportar los medios de realizarlo. Mas el desaire de los poderosos estuvo sustituido por la intuitiva devoción de humildes trabajadores, cuya presencia en el

homenaje fue motivo para "que algunos espectadores del fúnebre cortejo consideraran que con dicha manifestación popular provocaban una lucha de clases y una revolución social".

En el cementerio, después de colocados los restos del insigne vate en el surco maternal de la nativa tierra, Pedro-Emilio, con voz emocionada, se dirigió a la concurrencia de poetas: "Retornemos ahora, díjoles, con la mano fraternal en la mano del que abrió con el filo de su arado el generoso corazón de la tierra, del que al golpe del martillo llenó de encendidas chispas la oscuridad de su herrería, del que con bucles de cedro perfumó su garlopa de carpintero. Son los buenos camaradas, puesto que el trabajo y la belleza son los mantenedores del mundo y cuyo corazón sentimos palpitar cuando al lado nuestro sostuvieron en sus hombros la caja de cenizas, sobre la funeraria tarima, florecida por suaves manos de mujer".

Años después, al evocar Pedro-Emilio este ingrato lance, olvidaba la amargura del momento y buscaba de explicarlo "por el ambiente todavía provinciano de la Caracas de antaño, con sus organillos callejeros, sus piñatas en los arrabales, sus muchachas románticas, sus guerras civiles e inciviles, sus tranvías de caballo, sus frenéticos carnavales, sus paseos a la luz de la luna".

Bajo el signo conjugante de la belleza y del trabajo miró nuestro gran catedrático de alegría el destino del mundo. No usó el engañador lenguaje de los demagogos para llamar a los obreros a la revuelta y a la ruptura de la jerarquía, que es prenda de progreso y de justicia. Pensó que las fórmulas de mejorarlo estaban en las manos generosas de quienes pudieran iluminarle la conciencia al suave golpe de palabras edificantes, y desde su cátedra sencilla de escritor le dirigió recados de belleza y de bondad. Guiados por el numen amable de Tolstoy, quiso para el pueblo la realidad de las promesas de justicia formuladas por el Jesús de bondad y de perdón que "está en la mina con el trabajador, en el calabozo con el presidiario, junto al lecho de la prostituta arrepentida, del niño sin madre". No del Cristo protector de los reyes y de la violencia, que invocan los hipócritas, sino del "Cristo puro y consolador, cuyas parábolas, cuyo Sermón de la Montaña, cuyas incomparables

palabras minan los soportes de la sociedad moderna y bordan en el horizonte, en el fulgor de una aurora nueva, los arabescos de la Ciudad Futura, de la Humanidad redimida".

Desde los días de su inquieta adolescencia, la voz profética del viejo Hugo de *Los Miserables* había insuflado en su espíritu el "soplo trágico" de la miseria humana, y el "contacto con aquella humanidad doliente y corrompida le cambió por completo el concepto que tenía de la vida del hombre". Animado de un vivo afán de libre examen y de renovación, se asió a las ideas de justicia social y a los postulados de belleza que pugnaban contra las características sombrías de un mundo en trance de superación. En lucha constante con el negro pesimismo de una época "llena de vacilaciones, dudas y desfallecimientos, buscó fundar su estructura interior sobre frescos conceptos que vigorizasen la fe en el progreso y en el valor perfectible del ente humano. En una mano la bandera de lo Bello, en la otra el estandarte de lo Justo, caminó los caminos de su mundo de ensueños.

Por ello, en la aurora del nuevo siglo, Pedro-Emilio, pleno de juventud corporal, miraba con ojos de esperanza hacia el futuro del hombre. Tenía fe en la superación moral del género humano y confiaba en las consignas humanistas remozadas por la nueva concepción de la belleza y la justicia. Los continuos descubrimientos de la técnica y de las industrias parecían encaminados a dar mayor holgura a la vida material y a marcar un ritmo de regocijo en las relaciones de la sociedad. Se sentía un aire tónico que presagiaba fecundas conquistas en el orden de la economía y de la política y un mayor ámbito para el mundo superior de los espíritus. Acaso soñara con los idealistas de su tiempo en la vecindad de un nuevo Renacimiento, donde se pudieran repetir hazañas semejantes a la de Alfonso V de Aragón que compone paces con Cosme de Médici a cambio de unos manuscritos de Tito Livio. De Europa llegaba la voz de nuevos movimientos de plenitud y hacia Europa miraba con esperanza y en trance de huir la aspereza nacional, el fino espíritu del artista y la meditación angustiada del filósofo.

Nada le importaba que en el servicio público se rompiese para él la jerarquía de posiciones y se le ofrecieran cargos que muchas veces constituyeron un descenso en el orden administrativo. ¿Cuándo ha

habido entre nosotros una sistemática que promueva los legítimos ascensos? En un país donde el asalto en sus diversas formas ha sido manera normal de conquistar alturas y donde no ha existido por jamás balance fiel para medir los méritos, casi se hace lógico no tomar el bastón por el dorado pomo, sino por la sucia contera destinada a apartar las horruras de la vía. Pedro-Emilio, en cambio, se sentía cabeza del servicio a que asistiera, y la oportunidad de alejarse en cualquier modo del bajo mundo de la política doméstica, la miraba como prenda de feliz evasión. Desde los días iniciales de su vida literaria sabía cómo al intelectual se antepone, en los cuadros de lo político, el mérito de circunstancias. La lección la tomó no sólo de la realidad venezolana, sino de sistemas semejantes usados en otros países. En los amables coloquios con José Asunción Silva, huésped ilustre de Caracas durante la época activa de *Cosmópolis,* el maravilloso poeta de los *Nocturnos,* en medio de la intimidad que compartió con Pedro-Emilio, le "confiaba sus penas de subalterno diplomático, los absurdos caprichos a que le sometía un superior, desde luego en rango decorativo, que ni remotamente sospechaba que el nombre de su secretario perduraría por siglos en las letras americanas, mientras que el suyo pronto sería olvidado en el polvo de la Cancillería". Nada le impedía adivinar la inminente realidad que habría de poner también para siempre su nombre entre los más preclaros como guarda el panteón de nuestras glorias, mientras los de aquellos que intentaron en vano deprimirlo pasan a la subhistoria de nuestras desgracias públicas. Pero preciso es recordar que a Pedro-Emilio no le arredraba el vaivén de las posiciones sociales. Por mejores tuvo siempre los sitios secundarios. "Como hombre y como aficionado a las cosas de arte y de literatura, mis gustos son simples y acaso primitivos. Soy en verdad un arbusto, no ya muy joven, que aspira a perdurar en la *aurea mediocritas",* escribió en cierta ocasión para corresponder al tono zumbón con que Vargas Vila, al preguntar por su paradero, lo calificó de joven arbusto. Alejado del trajín de nuestro mundo político, así hubiera de tropezar en las propias Cortes europeas con los perversos personeros de aquélla, Pedro-Emilio rehacía su vida torturada y contradicha, por medio del comercio con los grandes escritores de España y de Francia. Bibliotecas, teatros, jardines, catedrales y museos le suministraban pan para calmar el hambre inmortal de belleza que agitaba su espíritu.

Hombre de América y de Europa, las redacciones de periódicos, las viejas librerías y las peñas literarias de Madrid y de París lo miraron como contertulio familiar. En el Café de Pombo y en el Gato Negro de la Villa y Corte del Oso y del Madroño, alternó con las más altas figuras de la intelectualidad española, primero entre ellas el magnífico don Miguel de Unamuno. Y cuando en 1922 hizo viaje hacia la Patria, el angustiado catedrático de Salamanca le envió su severo retrato con la siguiente dedicatoria: "A Pedro-Emilio Coll, para que al irse de esta mi España se lleve en su noble alma lacerada la fragancia de un español y un amigo que con un abrazo le despide diciéndole: Hasta más ver. ¿Cuándo? ¿Dónde? Hay que esperar siempre". Aludía don Miguel en la expresiva dedicatoria al hecho insólito de haber sido acusado Pedro-Emilio ante las autoridades españolas, por un representante diplomático de Venezuela, de imaginarias conspiraciones contra la monarquía, ello por haber asistido Coll, junto con Manuel Díaz Rodríguez, a una conferencia de Unamuno en el Ateneo de Madrid.

De su última fuga lo hicieron regresar a la Patria el desastre español de 1936 y la hecatombe europea de 1939. Entre llamas devastadoras y aturdida la cabeza por el ruido de los mortíferos cañones, dejó por siempre a la vieja Europa, ya en rápido camino hacia la cueva de Cro-Magnon. Enfermo, tanto por la grave y profunda dolencia que puso en riesgo su vida en aquellos días, cuanto por el dolor de la quiebra de la cultura occidental, regresó a Caracas, a su Caracas, Pedro-Emilio, para recluirse en el suave y consolador ambiente del Palacio de las Academias. No era el suyo temperamento para la disciplina de estos centros. Sin embargo, la Venezolana de la Lengua lo contó entre sus miembros más conspicuos desde 1911, cuando sustituyó en ella al egregio repúblico Jesús Muñoz Tébar. En la Nacional de la Historia se avino a ingresar el año 1934, a la muerte del laborioso investigador don José Eustaquio Machado, y por reiterada y unánime solicitud del Instituto, deseoso del digno ornato de su nombre. Pese a su repudio por el estilo tradicionalista de estas corporaciones, al amparo de los severos pinos y bajo las góticas y armoniosas arcadas del jardín académico, discurrieron acaso los mejores y más quietos años de su vida. Quien no se sintió jamás historiador y desdeñó el fatigoso empeño de las cronologías y de los viejos documentos, llegó a ser como la propia alma

del Instituto. Símbolo de la cultura que busca posada entre apacibles y callados muros, Pedro-Emilio representó en él la tradición de espiritualidad de la vieja capital. A su escritorio silencioso acudían los jóvenes en pos del regalo de su animada charla y en busca de consejo para el mejor acabamiento de los planes literarios. En torno suyo, los colegas y escritores de todas las edades procuraban el deleite de su charla perspicua y el regusto agridulce de los burlescos e irónicos relatos. Y ahí mismo, junto a los solemnes pinos y cerca del espejo de aguas que copia las lejanas nubes, le llegó un día la noticia que mayor desolación puso en su espíritu. La bomba atómica, en breves segundos, había destruido, so pretexto de liquidar la guerra, a doscientos mil japoneses. Ya no existía derecho alguno para esperar contra ninguna esperanza. Todos los sueños antiguos, todos aquellos remotos ideales del amanecer del siglo XX, habían quedado destruídos para siempre. El mundo renegaba la cultura y la sociedad no ofrecía promesas de ser regenerada por el gobierno de las ideas humanitarias. Un nuevo choque, mayor que la tragedia interior que había hecho presa de su espíritu ante la contradicción de las formas, tomó asiento en su espíritu agitado y nervioso. Hamlet apareció de nuevo en las palabras de Jules Laforge: *En avant, sur les tombes.* El mundo se entregaba a las fuerzas caóticas que el hombre había llegado a disciplinar para su propia destrucción. "¡La inteligencia se suicida!", fue la exclamación que escuché de sus labios el día que los periódicos dieron la noticia del monstruoso asesinato perpetrado por las fuerzas americanas entre los súbditos del declinante imperio del Sol Naciente. Y estrujado por la quiebra de la cultura, en medio de un mundo en tinieblas que niega el poder dirigente de las ideas de humanidad y excitada su fibra sensoria por la vecina voz del odio y de la subversión de los valores sociales, fue más intensa la meditación solitaria de su espíritu. En su interior sin estridencias, acaso invocase con nostalgia y desencanto sus fervientes palabras de fin de siglo, cuando al medir el panorama de los gravísimos problemas sociales, económicos, religiosos y científicos que entonces reclamaban rápida solución, escribió con fe y con esperanza: "Consuela, sin embargo, el pensar que después de tanto desvelo y tanto batallar, se impondrán las ideas más fuertes, es decir, aquellas que llevan en sí más gérmenes de verdad, que una era de paz y de fraternidad vendrá después de esta de agitación y desacuerdo". Lejos de ver realizados sus votos juveniles, miraba por más fuertes las ideas contrarias, y sentía con

mayor angustia "la nostalgia de las queridas mentiras" de otro tiempo. En lugar de la apoteosis de la paz, escuchaba el grito ululante de la venganza y contemplaba cómo las organizaciones nuevas buscaban aparatos sofísticos para explicar la necesidad de dar vigencia a los postulados de un mundo inhumano y salvaje. Vuelta la memoria hacia sus viejas lecturas, recordó que en la casa de Shakespeare había visto, durante su estada en Inglaterra, como obras favoritas del creador de Hamlet, raros ejemplares de las Vidas de Plutarco, de los Ensayos de Montaigne y de *The Anatomy of melancholy* de Robert Burton. En balde busca ahora fórmulas para acallar sus inquietudes en el utópico digesto que el joven Demócrito de Lindely escribió *in order to escape melancholy.* Todo era vano en el camino de un renacimiento de su fe en los hombres. Nada tenía que hacer en medio de una sociedad que juega a la locura. El voto de Unamuno de que "hay que esperar siempre", sonaba a sus oídos con el mismo eco de "palabras, palabras" del alucinado de Elsinor. Su espíritu magnífico, antes erizado de preguntas, ya sólo tenía oídos para la gran respuesta que el silencio guarda. Encerrado en la sala de su casa, cada mañana abría el *Contemptus mundi,* del viejo Kempis, en pos de un nuevo peldaño para la escala de su ascensión piadosa. Sin ruido alguno, sencillo en la hora del gran trance, como lo fue en todo momento de su larga y agitada existencia, en la tarde del 20 de marzo de 1947, se durmió para el sueño revelador de la última verdad. Y al tomar la galera sombría que lo llevaba a las ignotas playas, se halló, según la consigna de Machado,

ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

Muerto el Maestro, su figura ha adquirido precisos contornos ejemplares, y en las páginas suyas, que sin prever la inminencia del deceso jamás intuyó que salieran antecedidas de algún elogio, el pueblo, a quien está destinada por el M. E. N. la Antología de sus escritos, podrá gustar, junto con el aliento de un alma sitibunda de belleza, sus magistrales "glosas de lecturas, ya de libros, ya de los jeroglíficos y enigmas que la vida teje en la trama confusa de los días", según él mismo definió su labor literaria. Sabrán así quienes no hayan previamente leído su densa y limitada obra de escritor, por qué se le miró como figura singular en los cuadros de la

cultura nacional y por qué sobre el de Juan Montalvo, Jesús Semprún prefería el estilo de Pedro-Emilio Coll, en razón de "la transparencia, la elegancia desnuda y sin artificio, y principalmente por aquella resonancia recóndita, que no reside por cierto en la mayor o menor habilidad con que esté compuesta la frase, sino en la armonía y justeza con que adapta el íntimo pensamiento del escritor a la forma con que lo expone, en la concordancia total y expresiva, como en plenitud melodiosa adáptase el agua del océano a los recodos y acantilados de la orilla.

¡Y bien que cuadra el símbolo oceánico, no ya al estilo, sino al propio pensamiento de Pedro-Emilio Coll! Abreviada inmensidad de aguas y tormentas en cuenco de serenas y modestas apariencias, tal la obra y la vida del grande escritor, cuyas huellas difícilmente borrarán los tiempos...*.

(*) Estos apuntes se escribieron como prólogo a la colección "El Paso Errante" que publicó la Biblioteca Popular del M. E. N.

VIRUTAS
(Temas dispersos)
(1951)*

(*) Tomado de la 1ª edición. Caracas: Asociación de Escritores Venezolanos (Col. Cuadernos Literarios, 68), 1951. 99 p.

PROLOGO GALEATO

Como huella de la constante labor del fino ebanista o del rudo carpintero, restan por adorno de los talleres, delgadas y frágiles virutas, que lucieron como vanas flores sobre la recia mano que gobierna la garlopa. Material sin mérito, sirve apenas para alimentar el fuego en los hogares pobres, fuera así rica caoba o fragante sándalo la madera contorneada.

Quedan, también, en el recuento del trabajo de los escritores, notas breves, apuntes que tuvieron un valor efímero, comentarios desprovistos de ámbito y trascendencia, pero que el autor estima, por ser fruto de su modesto ingenio o expresión de una idea amada que no pudo en tiempo alcanzar la debida dimensión.

Cuando el escritor, como en el caso presente, sólo ha aspirado a mantenerse entre merced y señoría, sin hacer pujos para que su nombre adquiera prestigio pasajero e inútil, más justificado resulta el afecto con que mira cualquier flaco producto de su ingenio. Mientras los ricos de buena estrella exhiben sus estatuas de oro, los pobres sin fortuna ponen todo orgullo en sus muñecos de barro.

Si en verdad poco valen estas VIRUTAS de áspera madera, en recogiéndolas a cuerpo de libro, doy a mi nombre la satisfacción de verlo agregado a la larga lista de autores que decoran la prestigiosa colección de CUADERNOS DE LA ASOCIACION DE ESCRITORES VENEZOLANOS. Tienen ellas, también, derecho a convivir, por título de filiación, con los hermanos mayores, que se han granjeado buenos amigos entre lectores generosos.

Caracas, junio 20 de 1951.

A Ramón Díaz Sánchez, homenaje de admiración y de acendrado afecto.

ELOGIO DE VIRGILIO*

Onorate l'altissimo poeta...
Dante

George Sarton ha señalado con nombres de poetas los grandes ciclos en que divide su "Introduction to the History of Science". Sobre el mérito de la labor experimental y por encima de las disciplinas técnicas, ha colocado, como emblema mejor para significar el espíritu de los tiempos, junto al nombre de grandes filósofos, el de poetas excelentes, y al estudiar la segunda mitad de la centuria que precedió a nuestra éra actual, escribe: "Es hermoso invocar a Virgilio en el umbral de este capítulo. Es hermoso y adecuado, porque Virgilio fue sin duda la figura más grande de una época esencialmente romana –la edad de oro de Roma"**.

"Hermoso y adecuado" es también que nosotros invoquemos el nombre del poeta en este día de octubre, cuando las letras universales celebran el segundo milenario de su nacimiento. "Virgilio! –diremos con nuestro gran romántico Juan Vicente González–. Este es el poeta de la latinidad entera, el que dio nueva forma al gusto, a las pasiones, a la sensibilidad,

---

(*) Leído como Profesor de Literaturas Antiguas en la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Central, en la oportunidad del II milenario del poeta.

(**) George Sarton. Introduction to the History of Science. Vol. I. From Homer to Omar Khayyam. – Carnegie Institution published. Pág. 219.

el que adivinó en la hora decisiva del mundo, lo que el porvenir amaría. La edad media lo convirtió en mágico; él dió la mano a Dante en su viaje al infierno. Papas, santos, herejes, mágicos, llevan el nombre de Virgilio. Inteligencia amable y melancólica, amigo de los campos, de la soledad y de la sombra, los corazones le soñaron virgen dulce y púdico, para quien *la luz era el torbellino.* Desgraciado el hombre que no nutrió los juveniles años con su armonioso néctar!"*.

Nació Virgilio Publio Maron** en Andes, pueblo de Mantua, llamado hoy Piétola, el año 70 antes de la venida de Cristo. Según algunos fue alfarero su padre, tahonero según otros, pero los más concuerdan para decir que era soldado sin origen que "comprando bosques y criando abejas"***, logró formar un pequeño peculio. Maia o Maga Polla, llamábase la madre, hija de un tal Magius, nombres estos que contribuyeron a sostener la leyenda que hizo de él un personaje misterioso, mitad mago y hierofante, a punto de que sus versos, desde tiempos de Adriano y de Severo, se recitasen con el temor maravilloso que infunden los textos sagrados. Humilde la cuna, fueron pastores los compañeros de su infancia, y a orillas del Mincio, consagrando su primera diligencia a los ricos panales, que producen el "celeste don de la aérea miel" *–aerii mellis celestia dona–***** hizo taciturno su natural y amó la soledad, interrumpida apenas, no por la lira de Apolo, sino por el frigio caramillo del pastor enamorado, en

...aquel florido campo mío,
que fué a la triste Mantua malquitado
que pace blancos cisnes en el río,
que abunda en fuente pura, en verde prado;
y cuanto corta el diente en luengo día,
*repara en breve noche el agua fría******.

(*) Juan Vicente González. Manual de Historia Universal. 1863. Pág. 219.
(**) La forma Virgilio apareció en el siglo V. La mejor ortografía es Vergilio.
(***) M. Bouchot. Historia de la Literatura Antigua. Madrid. España Moderna. Pág. 187.
(****) Geórgicas. Lib. IV. 1.
(*****) Geórg. Lib. II. Traducción de Fray Luis de León (Son de este mismo traductor la de los demás versos que se citan).

El campo supo trasmitirle con savia intensa, la suavidad y la frescura que forman el fondo de su obra, en especial de las *Eglogas;* y también, por el aislamiento en que su infancia discurrió, entre agrias peñas y en medio de rudas labores agrícolas, su propensión a la melancolía, que tan justo expresa nuestro insigne Bello: "No sabe dar dulces sonidos al caramillo sino cuando toca tonadas tristes; entonces él es poeta verdadero y original; si toma las ideas de Teócrito, es para darles una expresión, una vida, de que Teócrito no era capaz"*.

Sus biógrafos fijan en temprana edad los comienzos de su educación en Cremona, bajo el consejo del griego Partemio, a quien deja a los diez y seis años para trasladarse a Milán, donde vistió la toga viril el mismo día de la muerte de Lucrecio, "como si las musas –dice Lebeau– hubieran querido señalar a su joven favorito como el poeta a quien pasaba la herencia de un gran gentio" **. Allí oyó filosofía en la escuela del epicúreo Sirón, alabado por Cicerón. El año 701 de la fundación de Roma, o sea el siguiente de su residencia en Milán, se trasladó a la Ciudad Eterna, como ha sido comprobado por las investigaciones de críticos alemanes, contra la opinión derivada de una falsa interpretación de la *Egloga I,* opuesta a la afirmación hecha por San Jerónimo en sus adiciones a la Crónica de Eusebio. En Roma asistió a la Escuela del retórico Epidio, y como éste, al decir de Suetonio, fuese también preceptor de Marco Antonio y de Octavio, "no es improbable que desde entonces el futuro Emperador conociese y apreciase al estudioso aldeano"***.

Se ignora cuando Virgilio regresó a su solar nativo, donde hallábase el año 711, fecha en que Ansinio Polión pasó por Mantua en viaje a

---

(*) Andrés Bello. Obras. Tomo VI. Pág. 147.

(**) Ibidem.

(***) Miguel Antonio Caro. "Nuevos estudios sobre Virgilio". Obras completas. Tomo II. Pág. 235.

España. Historiador, crítico y amparo de poetas, al adivinar el numen del mantuano, lo aplaude y estimula:

Mi musa pastoril ha contentado
a Polio; apacentad con mano llena,
musas, una ternera a vuestro amado.*

Despues de la batalla de Filipos el poeta y los suyos fueron arrojados de su predio, puesto como retribución de guerra en cabeza de los veteranos, por lo que Virgilio hizo viaje a Roma para solicitar la devolución de sus tierras que

...viéndolas diré maravillado:
ay tierras (¡ay dolor!) mal empleadas!
¿Tan buenas posesiones un soldado
maldito? ¿Y tales mieses tendrá un fiero?

Ved para quien hubimos trabajado!
Mira a qué miserable y lastimero
estado a los cuitados ciudadanos
*condujo el obstinado pecho entero**.*

En Roma encuentra a Polión y al gran Mecenas, que se deleitan con sus *Eglogas,* y obtienen de Octavio para el poeta, no sólo la restitución de los campos usurpados, sino su regreso con más anchos linderos.

De esta primera época de su vida datan las *Bucólicas,* en las que aparece "colocado ya a tánta altura sin que le hayamos visto subir" *** y con las cuales, por medio de la imitación de Teócrito, abría para la latinidad un género aún sin cultivar, en el que, como acertadamente lo anota Caro, si en verdad tienen gran parte las reglas del modelo griego, no menos

---

(*) Egloga III.
(**) Egloga I.
(***) Bouchot. Op. cit.

influye el amor a la naturaleza que lo indujo "a trillar solitario la escondida senda de la poesía pastoral" *. Y fue tal el mérito de la obra nueva y tanta la admiración que ha despertado, que aún se duda sobre el mayor o menor precio del original con relación a los cantos virgilianos. Mas si en verdad las *Eglogas* fueron ensayos en que el crítico, como dice Bello, advierte sin ojo zahorí negligencias e imperfecciones, en cambio las *Geórgicas* marcan el apogeo del poeta que se eleva a cumbre maravillosa **. Critican algunos, niegan otros que fuera oficial la inspiración de este poema, pero ¿es mengua para el poeta contribuir con su numen a la grandeza de la patria? Veinte años de guerra civil habían asolado las campiñas itálicas y alejado las actividades cívicas del cultivo del agro: urgía, para reparar los maleficios de Latona, enseñar de nuevo a las manos que habían soportado durante largo tiempo el peso de la bélica rodela, el manejo de la esteva que guiaría la apertura de los surcos, y nadie mejor que Virgilio, agricultor de origen, para dictar al pueblo en verso puro las reglas que lo orientasen en las rústicas actividades. No era ya el desafío inútil que dirigían las palomas de Caonia a las águilas voraces, sino el "laurel de los combates que cedía a los trofeos de la palabra" *** para que ésta restañase las heridas de la patria. Como aquel rey nigromante que había recibido de la Sibila las reglas del tiempo y del gobierno, se presentaba Virgilio enseñando a los pueblos latinos los dones de la tierra y el secreto de

Lo que fecunda el campo, el conveniente
romper del duro suelo, el sazonado
juntar la vid al olmo, y juntamente
como se cura el buey, como el ganado
y de la escasa abeja diligente
su industria y saber mucho no enseñado... ****

En las *Geórgicas* ya no habla sólo el lirismo de quien creció entre el melancólico gemir de las yuntas bajo el peso del arado, sino el maestro

(*) Caro. Op. cit. 235.
(**) Bello. Loc. cit.
(***) Quin et Juven
(****) Geórg. I.

que se dirige al pueblo "a quien toca reparar las pérdidas padecidas por la guerra"*, por medio del cultivo de la tierra, maldecida en la fraterna lucha, y en la que

...el labrador con corvo arado,
los hierros de los dardos irá hallando,
y en los vacíos yelmos arrastrando
encontrará con el legón pesado,
y rotos los sepulcros allí espesos,
*con pasmo mirará los grandes huesos***

El sino de Lucrecio cede ahora integralmente a la obra del mantuano: sobre el estudio filosófico de las cosas que aquél había intentado. Virgilio abre un sentido nuevo de utilidad y de deleite que el otro no abordó: a la fría reflexión sobre la naturaleza, sobrepuso la alabanza de los trabajos que hacen benéficos los campos y los prepara para que fructifique "la pingüe oliva, grata a la paz" *–pinguem et placitam paci nutritor olivam"****– y como una manifestación de su espíritu hondamente religioso, se desvía de la negativa posición del epicúreo, y recomienda a quienes deseen ópimos frutos, que veneren a los dioses ante todo *–in primis venerare deos*****–.

Y sobre esta grata misión de paz que hace de las *Geórgicas* un heraldo nacional de buena nueva, Virgilio obtiene para su obra un otro relieve definitivo: la fijación de líneas integrales para la verdadera poesía didáctica, ya trajinada por Lucrecio y por Horacio. No a éstos sino a la musa del pastor del Mincio, habrán de ocurrir en adelante quienes intenten enseñar por medio del verso deleitoso. Es en la fresca y siempre rica fuente virgiliana donde abreva nuestro máximo poeta Andrés Bello, cuando en una posición semejante quiere enseñar a los pueblos de

---

(*) Caro. "Don Andrés Bello". Op. cit. T. III. Pág. 130.
(**) Geórg. I.
(***) Geórg. II.
(****) Geórg. I, 338.

América la vía ancha del campo que podrá curarles de los dolores de la guerra, y tan feliz fue en su "Silva" el príncipe de los poetas americanos, que no sin razón escribe Menéndez y Pelayo: "En los cantos de Bello llegan a nosotros los sones de la avena virgiliana y de la flauta de Sicilia, armoniosamente mezclados con el *yaraví* amoroso"*. Detengámonos, pues, en nuestra marcha hacia el monumento que señala el apogeo de la gloria del mantuano: un doble deber de justicia nos obliga a dejar un gajo de los laureles con que honramos al máximo poeta de la latinidad, sobre el nombre de nuestro vernáculo cantor, a quien corresponde el mérito de haber restaurado en letras castellanas la escuela didascálica, después de haberse obscurecido la musa de las *Geórgicas* durante la extinción de la orden de los Jesuitas, "rama de flores y de frutos, ésta, combatida hoy por las violencias revolucionarias, por ciencias díscolas y abanderizadas, por profesiones exclusivas y descaminadas en su afán de lucro"** habían salido, antes de su eclipse pasajero, los más insignes cultores de este género.

Pero aun con fruto tanto no estaba satisfecha la aspiración del poeta y sobre dar a la posteridad la más perfecta obra de la poesía latina, consagra catorce años al poema inmortal en que canta al piadoso Eneas, traedor, en sus bajeles desmantelados, de los penates que, caída Troya, eligen al Lacio para solar más ancho. Hesiodo y Teócrito ya tenían paralelos en la latinidad: era necesario crear en la lengua de Roma una epopeya que igualase las de Homero. El poeta de las *Bucólicas* y de las *Geórgicas,* cambiando el tablado de la acción, no cantará ahora las delicias del agro, sino el ronco fragor de la tragedia. No ha visto en su infancia, como Esquilo, "el relámpago de la espada de Harmodio brotar entre el mirto verdeante"***, ni como Horacio ha ido, para sufrir reveses, a los campos de batalla. Del fondo de sí mismo, de su imaginación profunda de poeta, poderosa como la de un dios, hará surgir los elementos que son necesarios para el canto. La *Eneida* no es sólo

---

(*) Menéndez y Pelayo. Antología. Tomo II. Pág. CLI.
(**) Caro. Op. cit.
(***) St. Víctor. Las dos carátulas. Tomo I. Pág. 61.

epopeya nacional en que se construye para Roma una genealogía divina; es el poema de la humanidad total y de los pueblos fraternizados: en ella aparece Roma, no como ciudad enmurada para su conservación exclusivista, sino como centro perdurable hacia el cual convergen las aspiraciones de pueblos sin fronteras, redimidos por el valor y la justicia. Más que epopeya guerrera, es un canto filosófico-religioso de trascendencia universal, donde el poeta que entrevió la futura edad de oro en medio de los coloquios pastoriles, anuncia la luz del cielo *–lumine vitae–* después de la expiación de antiguas culpas. Al héroe homérico que lucha con fiereza humana, opone la piedad del vencido Eneas, blando hasta las lágrimas, quien si no pudo salvar las murallas troyanas, logró en cambio mayor imperio para sus deidades tutelares.

Para fijar las líneas definitivas de su poema inmortal, Virgilio cruzó los mares rumbo a la materna Grecia, maestra severa del gusto antiguo, con quien Roma porfiaba a sobresalir en las artes del ritmo y de la línea, ora rivalizando a sus poetas, ora completando con curvas armoniosas la recta severidad de su arquitectura perdurable. La ausencia de Virgilio fue propicia ocasión para que Horacio en su Oda tercia, revelase la ternura que lo inclinaba hacia el taciturno vate:

Bajel que de Virgilio
El precioso depósito nos debes,
Que a tu fe se confía,
Salvo a las playas áticas le lleves,
Y guardes la mitad del alma mía.*

Augusto lo encuentra en Grecia a su regreso de Asia y ambos emprenden en la misma nave el retorno a la ciudad del Tíber. Aun por entonces no había concluido Virgilio su poema, cuando tenaz dolencia lo invade en plena travesía, obligando a echar anclas en la rada de Brindis, donde murió el primero de octubre del año diez y nueve antes de nuestra era**. En su testamento el poeta dispuso que fueran entregados al fuego los

(*) Odas. Traducción de Don Javier de Burgos.

(**) Aunque algunos dan distinta fecha, nosotros seguimos ésta por ser la que hemos hallado en más serios autores.

manuscritos de la *Eneida,* por considerar la obra imperfecta aún. Pero ¿quién era capaz de cumplir aquel fúnebre mandato?... Augusto habría condenado a la execración perpetua a quien hubiese querido convertir en cenizas el canto admirable que había arrancado quejidos a Octavia, cuando a ruegos suyos leyó Virgilio en el palacio imperial los primeros libros, donde aparece aquella tierna alusión al infeliz Marcelo: *date lilia plenis,* que sirve de tema a un lienzo inimitable de Rosetti; hubiera sido como si entre las tinieblas de Ilión el fuego devorase los penates del Lacio, cuya era la gloria que en ellos se cantaba.

Desaparecido el poeta, nunca como entonces estuvo más presente entre quienes habían tejido guirnaldas para honrarle. Aquel pueblo lleno de superstición pagana que le rindiera en vida honores de emperador, lo elevó a la fábula y en su nombre se hicieron sortilegios. La leyenda recordó su infancia nutrida por divinidades agrestes y el augurio que en sueños tuvo Maia antes de darlo al mundo: de su seno vio brotar un ramo de laurel, que sembrado por ella llegó a adquirir la forma de árbol umbroso*. Pronto un motivo surge más fuerte que éstos para sublimar al vate: en bajeles que venían del Asia, como las naves de Eneas, llegaban al Tíber hombres nuevos que traían la palabra de un Dios desconocido –el *deus ignotus* del antiguo Areópago–; hombres humildes son que se ocultan bajo tierra, porque ofende a la paganía el claror de su doctrina: alguno tuvo entre sus manos la *Egloga IV* con que Virgilio honró a Polión, y saltó de gozo al imponerse que la Sibila, como un profeta de la antigua Ley, había anunciado la venida de Cristo:

La postrimera edad de la Cumea,
y la doncella virgen ya llegada,
y torna el reino de Saturno y Rhea.
Los siglos tornan a la edad dorada;
de nuevo largos años nos envía
el cielo, y nueva gente en sí engendrada.
.....

(*) Virgilio. Obras completas. Traducción y prólogo de Don Eugenio de Ochoa. París 1877. Pág. XXXV.

Mira el redondo mundo, mira el suelo,
mira la mar tendida, el aire y todo,
ledo esperando el siglo de consuelo.
¡Oh, si el benigno hado de tal modo
mis años alargase, que pudiese
tus hechos celebrar y bien del todo!

Poeta cristiano y profeta de la Buena Nueva, lo llamaron entonces. San Pablo mismo, dice la leyenda, al visitar la tumba de Virgilio en Nápoles, lloró por no haber podido bautizarle: "Cómo te hubiera yo convertido si te hubiera hallado vivo, ¡oh, el más grande de los poetas!". Y en su honor se cantó en Mantua hasta corrido el siglo XVI, un himno en la liturgia de San Pablo*.

Isaías pagano, Virgilio es absorbido por la cultura cristiana. A más de esta vaga profecía que Rossignol y Saint-Beuve se empeñan en destruir**, ocupa a profesores eminentes, en el fondo del pensamiento del mantuano se respiran sentimientos de paz y de piedad que denotan un espíritu digno de la fe cristiana. Su vida misma, nunca alterada en su dulce sobriedad y en la pureza de hábitos que le valió el dictado de *Parthenia,* lo eleva a un nivel que reclama la alabanza.

Le edad media lo hizo mago y su nombre se enredó en los conjuros sibilinos. Dante lo encuentra en el camino del Infierno y con él peregrina en busca de Beatriz, y si lo elige de guía para el viaje desconocido es por ser él "mar de inteligencia, cuyas ideas entre todos los poetas se aproximan más al cristianismo"***.

Honrar a Virgilio es cónsono con el espíritu del tiempo. Representativo de la totalidad latina que soñó materializada bajo el escudo de la loba romana, simboliza una idea que presta líneas de integración humanita-

(*) Caro. XIX. "Centenario de Virgilio". Op. cit.
(**) Saint-Beuve. Los Cantores de la Naturaleza. Madrid 1919.
(***) Sciger. Historia del Renacimiento.

ria. Poderosos están aún los penates que salvó Eneas, no en el goce del *imperarium* que se mide por la anchura de los horizontes materiales, sino por el poder de la idea, que avanza más que las espadas. La civilización del Lacio, espaciada sobre Europa por el vuelo de las águilas capitolinas y venida a América entre las velas intrépidas de la Conquista, espera aún una hora nueva de plenitud. Roma, que puso desde Constantino, como prenda de paz, sobre la voracidad de sus aves de conquista una señal de cruz, representa para el mundo el futuro que vislumbraron las pupilas de Eneas: el equilibrio de los pueblos por la religiosidad y la virtud!...

AUN DOBLAN LAS CAMPANAS*

"El 12 de agosto de 1546, a la hora de diez, no sin gran tristeza de todos", moría en su modesta celda del Convento de San Esteban, el insigne y jamás bien ponderado Maestro Fray Francisco de Vitoria.

Por dos largos años el glorioso profesor salmantino venía postrado a causa de la gota pertinaz. Manso y dulce de genio, nunca tomó enfado de la física inutilidad que parecía restarle fuerza para la permanencia de la cátedra. Desde el propio lecho de dolor aún enseñaba a los discípulos que solícitos rodeábanle, o desde la misma aula que ilustró con su fama, a donde se hacía conducir, con extremo esfuerzo. "Ha un año que no me puedo menear un solo paso, y con grande trabajo me pueden mudar de un lugar a otro", había escrito el año anterior al Príncipe Felipe, que le pedía su asistencia al Concilio de Trento. Al siguiente día del deceso, en medio del tañido doloroso de las campanas de San Esteban y de la Capilla Universitaria, sobre los hombros de los profesores de Prima del benemérito Colegio y seguido de los frailes que entonaban con voz contrita el Responsorio, fue conducido el cadáver al claustro donde se enterraba a los muertos. La solemne procesión se hizo a pasos graves, bajo la fría y estática mirada de los Profetas del Antiguo Testamento, que ornaban en busto los blancos muros. Profeta de la paz y la justicia era también aquel que iba a dormir el silencio de los muertos. El cuerpo del insigne Maestro fue colocado en nicho tan modesto como había sido su existencia y del cual jamás después se pudo hacer memoria. Paz y

(*) En el IV centenario de la muerte del Maestro Vitoria.

silencio, paz y soledad era el tributo humano que recibía aquel cuya fama llena la historia del pensamiento de España. Salamanca había perdido la flor de sus maestros y la cultura del siglo XVI español su más eximio representante.

Punto luminoso que marca el tránsito de la enmarañada ciencia de Pedro Lombardo al período augusto donde se elevan los egregios exponentes de la Teología y de la ciencia jurídica de la Península, Vitoria aparece como fanal de potencia inacabable y crecedera. Hijo del Convento dominicano de San Pablo de Burgos, concluye sus estudios en París, bajo la experta guía de Juan Femario y Pedro Crockart, y allí mismo, donde gravitaba el eje de la sapiencia europea, empezó su maravillosa obra magistral. La oleada del Renacimiento, con la serie de problemas suscitados por la transformación de los pueblos y por el nuevo curso de las letras, tenía en la Sorbona su torre iluminada. Era la época estupenda en que el Humanismo muda y moldea la conciencia de la vieja sociedad feudal. Generación espléndida de hombres que presencian una nueva medición del propio sentido de la vida. Descubrimiento de un mundo ignorado y descombramiento de la antigüedad clásica, que coinciden en fórmulas insospechadas, llamadas a alterar las propias dimensiones del ser humano.

Al profesor alavés estaba reservado el mérito singular de elevar la ciencia y el renombre de España a un nivel que la pusiera par con la fama de la cátedra sorbónica. Vuelto a la patria nativa en 1522, enseña por veinte y cuatro años continuos Teología, y, aún tullido y a la parihuela, se hacía trasladar en los últimos tiempos a la Cátedra de Prima de San Esteban, donde dictó las catorce famosas *Reelecciones o Repeticiones* que han hecho célebre su nombre: *De silentii obligatione, De potestate civili, De homicidio, De matrimonio, De potestate Eclesiae prior; De potestate Eclesiae posterior, De potestate Papae et Concilii, De augmento caritatis, De eo ad quod tenetur veniens ad usum rationis, De simonia, De temperantia, De indiis, De iure belli, De magia.*

Eran los tiempos del máximo esplendor de España. Dueña de las Indias la Corona, el Emperador repartía tierras y concedía feudos a trueco de oro, plata y perlas para sus insaciables arcas. ¿Era aquello legítimo?

¿Eran justificables las crueldades de los rudos capitanes que asolaban playas y caminos en los territorios descubiertos por Colón?... Voces se habían alzado para defender la licitud del dominio del Monarca, y Ginés de Sepúlveda empezaba a moldear las doctrinas del absorbente imperialismo colonial. En espíritu tan dulce y tan recto como el de Vitoria habían de tener eco las palabras de justicia y de piedad que se enderezaban a defender a los indios de la esclavitud y del despojo.

La vieja teoría del imperio universal, de fuerza humana y ámbito teológico, que estuvo encarnada en Carlomagno, y la propia tesis que daba al Pontífice Romano carácter de administrador del Universo y lo hacía capaz, en consecuencia, de autorizar la ocupación de los nuevos territorios, hubieron de hallar en el teólogo de Salamanca oposición enérgica y decidora: niega el derecho de ocupación que alega el Emperador y reduce la Bula *Inter Caetera* de Alejandro VI a mero documento de alcances espirituales, enderezado a la propagación de la fe, por cuanto "el Papa, dice, no es señor temporal civil de todo el mundo".

Pero si va contra el imperialismo y la injusticia de los conquistadores, halla títulos para legitimar en nombre de la cultura la obra de España en el Nuevo Mundo, y explica que existe "un derecho de sociedad y de comunicación que es natural al hombre", por el cual "los españoles pueden recorrer las provincias de Indias y permanecer en ellas", con el natural derecho de defensa.

Catorce proposiciones desarrolla el Maestro, y en la primera de ellas se adelanta a definir, el primero, la naturaleza del Derecho Internacional: *Quod naturalis ratio inter homnes gentes constituit vocatur ius gentium.* El fundamento queda echado en forma definitiva. Las Reelecciones *De Indiis* y *De iure belli* son las bases firmes y ciertas del Derecho Internacional. Vitoria es por ello el padre de esta nueva rama de las ciencias jurídicas, cuya misión es hacer efectiva la paz entre los pueblos. Sin embargo, a Hugo Grotio (1583–1645), se otorgó por largo tiempo el mérito de fundador de las disciplinas internacionales, recabado en hora de equidad, a partir del siglo XIX, por insignes cultores de las ciencias jurídicas, para el modesto profesor de San Esteban.

Maestro de la justicia, de la equidad y del derecho, la figura eminente del sapientísimo teólogo a quien sus discípulos llaman el "Sócrates de España", constituye no sólo una gloria indiscutible de la Teología española, pero también la expresión neta de uno de los más acabados modeladores de la conciencia jurídica del mundo occidental.

Con Erasmo, a quien "admiraba y adoraba"; con Moro, el inglés de la *Utopía;* con Vives, el filósofo peregrino de Valencia; con Castellio, el aguerrido defensor de la Tolerancia, representa uno de los más altos y más claros fanales del Humanismo renacentista. Su ciencia no se limita a explicar los caminos trascendentales de la fe. Si miraba al saber como lustre del espíritu, propicio a la salvación cristiana de las almas, en su rumbo a mundos superiores, también, con energía y audacia, que pusieron sus obras en trance de caer en el índice inquisitorial, buscó medios de razón práctica que mejorasen la vida diaria y el continuo comercio de los hombres. *Pacisque imponere mores,* imponer costumbres de paz, como en los versos virgilianos, fue norte de su esfuerzo humanístico. Desafió la arrogancia del Emperador y los celos de la propia Curia romana, cuando con clara doctrina les negó atributos que reñían con el derecho natural de la criatura humana. A Erasmo, contra quien se libró por la Inquisición española la más feroz batalla, guardó siempre el afecto y la admiración que le profesaba desde la época dichosa en que París los unió en tierna amistad. Si era sedeño y callado, si la resignada alegría ante los diarios dolores sellaba para la protesta sus labios elocuentes, era recio e incedable cuando se trataba de luchar por los principios de la razón y la justicia. Nadie como él fue audaz para defender el derecho de los indios y para pedir la humanización de la guerra. En época sangrienta, de luchas y conquistas despiadadas, levantó el lábaro de la equidad y pregonó el derecho de los débiles. El verbo lastimero de Fray Bartolomé de las Casas, halló en él, sobre la piedad del contra-eco, las líneas férreas para la edificación filosófica que serviría de murallas contra la iniquidad. Su espíritu sobrenada en la estupenda ordenación de las Leyes de Indias, monumento de justicia que desviste a España la túnica roja que tejió para su historia la crueldad de ciertos conquistadores. Ante la rapaz ambición de los poderosos de todos los tiempos, proclamó las tesis tomistas de la justicia y aconsejó a los señores del capital "no tener las cosas exteriores como propias, sino

como comunes", cuando se trataba de remediar las injusticias. No hubiera él jamás proclamado las excelencias de la vida espiritual para que los sufridos y explotados obreros hicieran la vista gorda ante las atrocidades de los señores de la riqueza. A éstos habría recomendado empobrecer un poco, a fin de ganar fácilmente el Reino de los Cielos. Y a todos hubiera predicado que Cristo no se desdeñó de la vida presente, sino que aconsejó, como esencial, junto con el pan de la tierra, el pan de la palabra divina. Como el Padre Granada, no consideró jamás justo que "el hambre de los pequeños se convierta en deleite de los poderosos", menos aún creyó en la licitud de las guerras para autorizar el dominio de los logreros internacionales.

Con justo motivo y sobradas de duelo, las campanas de San Esteban interrumpieron el 12 de agosto de 1546 el alegre bullicio de las torres de las Clarisas que festejaban su patrona. Era natural que tocasen a muerto los bronces salmantinos, cuando apagaba su luz el varón magnífico que había construido un nuevo edificio para la justicia de los pueblos y que había propugnado cara a cara con los reyes, normas de equidad a tono con las ideas renovadoras que formaban el clima moral de la alegre Europa renacentista.

Cuatrocientos años han corrido sobre el mundo desde la muerte del amable frailecito salmantino. Todo ha progresado: la investigación del derecho, las ciencias naturales, la filosofía de la historia, el debate sociológico, las artes, las industrias, la navegación, la geografía, en fin, todas las disciplinas del humano saber. Se conocen mejor los problemas de la justicia. Se sabe más del origen de la riqueza y del poder. El hombre de siente orgulloso de sus conquistas prometeicas. Sin embargo, a la hora en que debieran elevarse cánticos alegres para festejar la memoria de quien defendió con entereza y amplia visión de futuro sus derechos a la justicia, los nuevos hombres se abisman ante las experiencias de la ciencia que ensaya armas de mayor eficacia. El mismo mundo, cruel e imperialista, que miró en el nuevo continente un Cipango donde saciar sus ansias desmedidas de oro y de dominio, busca hoy en las perfeccionadas alquitaras de los modernos alquimistas, el secreto de fuerzas misteriosas que dan prepotencia a los eternos conquistadores, de bárbara conciencia. En el orden práctico del mundo y en el seno mismo

de las asambleas que se dicen empeñosas en lograr la "paz" de las naciones, se levanta una achacosa conciencia, que pareciera comprobar cómo Ginés de Sepúlveda rindió las tesis de Vitoria y sus discípulos. Por eso, a cuatrocientos años de distancia, se escuchan aún los tétricos tañidos de las campanas de San Esteban, llorosas por la muerte de quien engendró para un futuro de paz, los principios jurídicos que deberían ser ley de las naciones.

BELLO, ARQUITECTO DE AMERICA*

Al restaurar en su seno la Universidad de Caracas los estudios humanísticos, justo es que busque como signo de prestigio la sombra de Andrés Bello. Más que homenaje al varón memorable, cuyos contornos continentales destacó crítico de las entendederas de Menéndez y Pelayo, y más que ofrenda a su memoria en la oportunidad de conmemorarse la aparición de su magistral Gramática Castellana, la Universidad realiza obra obligada de reparación hacia aquel que fue objeto de ataques y menosprecios de sus compatriotas en el siglo pasado. Bello, a cuya efigie el Municipio de Caracas negó el año de 1865 sitio en la galería de sus hijos ilustres, viene a su antigua Casa universitaria para ocupar la cátedra que permanentemente le corresponde como a la máxima figura de nuestra vida cultural. Un feo y tardío bronce recuerda en una modesta plaza caraqueña la figura del sabio eminente, pero Bello pide por derecho propio otra manera de homenajes. Bello quiere que se le oiga y que se sigan sus consejos. Bello reclama vigencia en el proceso de nuestra vida intelectual. Un país como Venezuela, clamoroso de arquetipos que guíen y ayuden en la formación de nuestra conciencia social, no tiene necesidad de buscarlos fuera de sus límites. Bello, Sanz, Vargas, Ramos, Toro, Cecilio Acosta, López Méndez, están pidiendo conciencias nuevas que imiten y prosigan la pujanza de sus pensamientos. A ellos debemos ir hoy con fe y con entusiasmo. Fuera de nuestro pensamiento educativo permanecieron por largos años, mas ellos

(*) Versión taquigráfica de una charla en la inauguración del Instituto de Filología "Andrés Bello", de la Universidad Central de Venezuela.

representan una gloriosa tradición, desgraciadamente rota en nombre de un falso progreso y de un empirismo malsano, y por cuya carencia se quebraron las líneas de nuestra propia estructura de pueblo.

Para justificar la actitud de la Universidad que invoca a Bello como símbolo de la renovación humanística en que hoy se empeñan sus autoridades, bueno es recordar que Bello es hijo legítimo de esta Casa. Bello nos pertenece, más que por el hecho de haber nacido en la feliz Caracas y de ser compatriota nuestro, por la circunstancia de haberse formado en estos claustros antañones, así lo hayan desconocido durante largos años quienes se empeñaron en negar la existencia de un proceso cultural iniciado en "las tinieblas" de la Colonia y cuya culminación fueron justamente los hombres de que más nos enorgullecemos. Y si Bello vino a la Universidad tan robusto en conocimientos de latinidad y de gramática como para ganar los primeros premios en justa con alumnos que de antiguo aquí estudiaban, ello era fruto de la preparación adquirida al calor de su maestro Fray Cristóbal de Quesada, en el convento de la Merced, fronterizo a la casa donde había nacido. Y si los enemigos de la tradición colonial negasen mérito a ambos estudios, para reconocer simplemente el valor de un esfuerzo autodidacta de parte de Bello, concederían aún más, pues sería tanto como declarar la existencia de un ambiente de ilustración donde pudieran formarse, sin disciplinas profesorales, hombres de la altitud de nuestro gran humanista.

Durante la época en que imperó sin examen la "leyenda negra" contra nuestro pasado español, se negó la formación universitaria de Bello y se la redujo, casi despectivamente, al mero vínculo de un grado de Bachiller en Artes alcanzado en ella. Pero Bello recibió tal grado después de haberse nutrido en estas aulas con los recursos suministrados por catedráticos que representaban el espíritu renovador de Valverde y de Marrero, quienes habían abierto la vieja Universidad peripatética a las concepciones de la filosofía moderna. Bello ganó aquí aquel grado e inició estudios de Medicina y Derecho, que detuvo por reclamos de su padre, para dedicarse a la carrera pública. Negar la formación venezolana de Bello es como negar los más gratos y valiosos vínculos que lo unen a nuestra cultura. Tanto como negar la venezolanidad intelectual del Maestro. Un hecho cierto y comprobado por todos los

historiadores de la época, nos dice cómo en aquel movimiento cultural de principios del siglo XIX, Bello sobresalía no sólo por sus conocimientos de latinidad y de poética, sino por una amplia concepción universalista de la vida y la cultura, en la cual tuvo, a más del magisterio de la Universidad y del magisterio del Fraile de Quesada en el Convento mercedario, el magisterio de la naturaleza caraqueña y el magisterio pasajero de Humboldt, que ayudó a abrirle los sentidos para una visión más ancha de la vida y sus problemas. Y por esa notable preparación personal, pudo Bello, en competencia aun con favoritos de las autoridades coloniales, ganar, en concurso abierto al efecto, plaza de Oficial en la Secretaría de la Presidencia y Capitanía General de las Provincias de Venezuela, y, por la eficacia de sus servicios, merecer la distinción de ser elevado a Comisario de Guerra.

En tales posiciones encontró a Bello el movimiento autonomista de 1810. Una triste leyenda, forjada por los propios enemigos de la independencia, quiso presentar a nuestro grande hombre como desleal a las ideas de los patriotas. Ya Arístides Rojas, en el siglo pasado y en la oportunidad de rebatir ataques hechos a Bello con ocasión del rechazo que de su retrato hizo el Municipio, desbarató las infamias forjadas por los enemigos de Venezuela. Como lo dijo Cecilio Acosta en aquella oportunidad, "Bello nunca ha tenido sombras", y por absolución definitiva de todo rumor que hubiese corrido en aquellos días de confusión, basta pensar que los hombres de la revolución dejaron a Bello en su cargo de Oficial Mayor de la nueva Junta y en su rango de Comisario de Guerra, y con tales títulos se le señala como miembro de la misión encomendada a Simón Bolívar y a Luis López Méndez cerca de la Corte de Londres.

Acompañó Bello a la naciente república con sus consejos y sus luces y me atrevería a asegurar que cuando Venezuela, una vez iniciado el movimiento autonomista, se dirigió a los Cabildos de América para que asumiesen actitud semejante a la adoptada por el Ayuntamiento y el pueblo de Caracas, fue Bello quien redactó la nota de 27 de abril de 1810, por medio de la cual nuestra nación oficialmente habló por vez primera de concierto de las nuevas entidades americanas. Ese famoso documento puede decirse que es el inicio de nuestra vida de relación

internacional y en él ya se habla de "comunidad americana" y de la necesidad de estrechar lazos entre las distintas porciones autónomas de la antigua España americana. Grato es imaginar el pensamiento de Bello dando forma primigenia a una idea de solidaridad que aún constituye la máxima inquietud de los pueblos hispánicos del nuevo mundo.

Luego, y esto es de todos por demás sabido, Bello se alejó de Venezuela en compañía de Bolívar y López Méndez, en pos del apoyo inglés para el movimiento separatista de estos países. Conocemos la historia de cómo fracasó esta misión y sabemos que Bello, una vez regresado Bolívar a Venezuela, quedó en la vieja Albión, sufriendo las mayores privaciones económicas, dedicado al estudio, para mejor saciar su hambre de conocimientos, y dedicado a enseñar, para ganar el diario sustento. Empieza la lucha de Bello con el mundo y la gran obra de Bello para perfeccionar el edificio de su cultura. Aquella su profunda vocación humanística, aquella clara concepción universal de la vida, crecida al calor de sus estudios venezolanos, se amplía en el panorama de la City y se enriquece con sus frecuentes investigaciones en las bibliotecas de Londres. Bello asiste desde el Támesis a la gran tragedia de América, se da cuenta de lo que sucede en este continente y se siente responsable de su gran misión histórica. Bello sabe que se está preparando un nuevo mundo, necesitado de una conciencia nueva, y él, como brujo que sobre las misteriosas alquitaras conjura a los espíritus antiguos, se dedica a explorar en los tesoros culturales de Europa todo aquello que sea conveniente a la nueva vida de América.

En la "Biblioteca Americana" y en el "Repertorio Americano", Bello empieza a enviar sus recados a la América. Por medio de estos mensajes quiere abrir a los pueblos en formación el sentido de sus necesidades, y amante de Virgilio, a quien cultivó desde juveniles años, trueca la cronología del poeta de Mantua y, antes de las Geórgicas, escribe la Eneida. Porque, con sobra de razones, podemos decir que su canto a América es la Eneida Americana. Bello se siente comprometido por su origen y por sus ligámenes espirituales a cantar la libertad porque luchan los americanos, y en su poema exalta, con sentido de integración continental, la gloriosa lucha de sus compatriotas, no localizándola en

un país, el suyo, Venezuela, sino exaltando a todos los guerreros que luchaban desde el Plata hasta México por grangearse la libertad que había sido proclamada por los hombres de la reflexión civil.

Pero sabe que la función de la cultura no consiste en exaltar símbolos bélicos y, luego, contrapone a la glorificación de la lucha por la libertad, la exaltación del trabajo productor de la riqueza. Y viene el período geórgico. El maestro dirige su gran mensaje a la convulsa América. Por medio de la "Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida", Bello pide a los pueblos devastados por la lucha fratricida, a los hombres que se habían empeñado en abonar durante tánto tiempo con fraterna sangre la tierra próvida, el trabajo útil de los campos. Así como Virgilio escribió las Geórgicas para llamar a la Roma cansada de la guerra, a los modestos ejercicios de la paz, él cumple misión igual a la del vate de los Andes, y para llevar a América a la vida sosegada de la comunidad civil y a la reflexión del trabajo sencillo, origen y nutrimento de la nueva civilización, le dice en verso límpido:

Allí también deberes
hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
heridas de la guerra: el fértil suelo,
áspero ahora y bravo,
al desacostumbrado yugo torne
del arte humano, y le tribute esclavo.

Allí, jóvenes naciones, que ceñidas
alzáis sobre el atónito Occidente
de tempranos laureles la cabeza,
honrad al campo, honrad la simple vida
del labrador y su frugal llaneza.

Se ocupa Bello en examinar todos los problemas que creía relacionados con el porvenir de la cultura americana y en ambas revistas se empeña por hacer llegar sus consejos al hombre del nuevo mundo. Se esmera, al mismo tiempo, en servir a la república, mas la república cierra

desgraciadamente oídos a los reclamos de Bello pobre, y frente al desdén con que Colombia mira su persona y desatiende sus servicios, se ve forzado a aceptar una invitación para servir en Chile.

Bello vuelve a América, pero no a rendir sus frutos en su ciudad natal. Aún preguntan muchos las causas que movieron a Bello a no tornar a los "sitios encantados que amó niño", y es Juan Vicente González, venezolano como el que más, quien responde con razones dolorosas: "Hace tiempo que habría descansado de la vida el gran poeta; señalado con dedo mofador y objeto de sacrílega risa, el generoso anciano habría mendigado como Homero; habría sido proscrito como Dante; como Tasso, hubiera sido preso por loco; como Camoens, habría perecido de hambre en hospital oscuro. Salvóse el Néstor de las letras de la gloria del martirio".

Distante de la patria local, Bello hace de América su gran patria, y cuando en Chile se le confía la educación de la juventud, él entiende que va a educar no solamente a la juventud de Santiago, sino a los jóvenes del nuevo mundo americano.

Quien había venido preparándose por largos años en el estudio del Derecho, publica luego, con la modestia de sus iniciales, la obra fundamental en lo que podemos llamar proceso de la formación legal de América. Ortivo en el orden de la juridicidad del nuevo mundo es el año de 1832. En él aparecen los "Principios de Derecho de Gentes". Bello no concibe los pueblos que se forman de la ruina del antiguo mundo hispano, sin lo que él llama "la superstición del derecho". El no entiende que pueda progresarse, si no se frena y disciplina por medio de conceptos de orden y de justicia a la nueva sociedad que va a consolidar en las antiguas Indias españolas, y le ofrece este grandioso instrumento de la ley internacional, como *paladium* que defienda sus derechos de autonomía frente a las tentativas intervencionistas, que desgraciadamente hoy se hacen sentir con mayor fuerza.

Piedra sillar de nuestro derecho americano, Bello escribe en el frontispicio de su obra: "Mi ambición quedaría satisfecha si a pesar de sus defectos, que estoy muy lejos de disimularme, fuese de alguna

utilidad a la juventud de los nuevos estados americanos en el cultivo de una ciencia, que si antes pudo desentenderse impunemente, es ahora de la más alta importancia para la defensa y vindicación de nuestros derechos". El escribía, no para sus alumnos de la cátedra chilena, escribía para América, urgida de que se le dieran instrumentos idóneos para la fábrica del gran edificio de su integridad y de su libertad. Y si el Maestro en 1840 no mostró entusiasmo por el Congreso Interamericano previsto en el tratado concluido por Chile y México en 1831, y consideró, en cambio, como más práctico todo arreglo que conviniesen los pueblos por medio de pactos bilaterales, no puede tomársele, según lo han entendido algunos de sus críticos, como desafecto a la idea unitiva y a la plática en mesa redonda de los pueblos de América. A Bello conducía a esta reserva en el año 40 la dolorosa circunstancia de haberse dado los pueblos surgidos a la vida republicana, al doloroso festín anárquico que le hacía prever la improbabilidad de que pudieran ser ratificados los tratados multilaterales que se celebrasen en aquel Congreso. Pero más tarde, en 1844, publica en "El Araucano" y con motivo de haberse renovado la idea del Congreso, dos artículos patrocinadores de la Asamblea de las Naciones Americanas. En ellos se abulta una vez más la ponderación de pensamiento que le asiste frente a los problemas de Hispanoamérica. "¿Qué relaciones de fraternidad más estrechas pueden concebirse –pregunta– que las que ligan a los nuevos estados americanos entre sí? ¿Cuándo ha existido en el mundo un conjunto de naciones que formasen más verdaderamente una familia?". Sin embargo, no se deja llevar por estas razones poderosas sin que apunte la misma reserva que anteriormente le había detenido. "La política internacional de los nuevos estados –dice– será estéril si en el seno de cada uno de ellos no aparecen instituciones racionales, progresivas, civilizadoras". Bello pretendía que primero se fuera a curar lo interno, a remediar las flagrantes deficiencias institucionales de los pueblos, para después ir al concierto de la grande unidad continental. "Tengamos juicio, tengamos orden, hagamos una democracia inteligente y activa, prosperemos y nuestro ejemplo cundirá. Si por el contrario seguimos dando al mundo el escándalo de las aspiraciones ambiciosas de las revueltas, si se nos oye balbucir teorías, mientras carecemos de comercio, de artes, de rentas, de escuelas primarias; en suma, si se nos ve estacionarios, cuando no retrogados, en la carrera de la civilización y de

la prosperidad industrial, como sucede en la mayoría de nuestras repúblicas, los razonamientos, las homilías de todos los congresos del mundo no nos ganarían un solo prosélito, desacreditaríamos las propias instituciones republicanas".

"Tengamos juicio, tengamos orden", consejo dado por Andrés Bello en el año de 1844 a los pueblos de América y consejo que está vigente para nuestros alegres países de la hora presente. Bello era el filósofo del orden. El equilibrio de las relaciones internacionales reclamaba, a su juicio, la realidad del derecho y de la cultura en el ámbito restricto de cada uno de los pueblos americanos. El no concebía que pudiera establecerse un ordenamiento en las relaciones externas de los pueblos, es decir en el conjunto superestructural de las naciones, si no había ese orden y esa misma realidad de concordia, de unificación y de progreso en cada uno de los pueblos que iba a conjugar su acción con la de los otros, para una labor común de derecho y civilización. Si condenaba la demagogia interna, condenaba, como peor, la demagogia internacional. Mientras esto no sucediera, le sonaban a farsa los Congresos y las Uniones. Entre tanto prefería la unión discreta y comprensiva entre las naciones.

La misión de Bello estuvo encaminada, en razón de este profundo realismo americano, a crear una verdadera concepción de lo jurídico en el nuevo mundo y a promover un sentido de superación en la vida propia de cada pueblo, por medio del desarrollo de la ilustración y de la riqueza material. Nada desatendió para hacer posible esta obra gigantesca: por distintas vías buscó los medios que permitiesen a los pueblos ir al encuentro de sí mismos, a fin de llegar, por caminos fáciles, a la gran comunidad humana de América, para la cual, sin embargo, tuvo un amargo presagio, cuando escribió en 1857: "Me asustan los yanquis".

Y Bello mira finalmente a otra gran fuerza, capaz de mantener los lazos de nuestro continente: el habla. Distendida en la ancha latitud que comprendía las antiguas colonias españolas, existe, más allá de la dispersión de lo político, una unidad de cultura, una unidad de creencias y una unidad de expresión. Bello temió que la autonomía lograda por la independencia de los viejos dominios hispánicos, pudiera convertirse en

probable autonomía de lenguas, que desembocase en funesto Babel para nuestras nacientes repúblicas. Y llega, como remedio, la hora de dar a la estampa su magistral "Gramática Castellana", obra en que venía trabajando desde los remotos tiempos caraqueños.

"Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispanoámerica. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes". Si existía aquel lazo, necesario era mantenerlo cada vez en mayor grado de vigor y defenderlo de espúreas tendencias que pudieran destruirlo y así destruir lo que hacía más uniforme la vida espiritual del continente indohispánico.

Pero Bello no se aferra a un purismo supersticioso; pregona, en cambio, la necesidad de adaptar el idioma al progreso de las ciencias y de las artes, a la difusión de la cultura y a los propios reclamos de las revoluciones políticas, clamorosas de nuevos símbolos de expresión. Movido por el nuevo espíritu de libertad, procura liberar la lengua del servil rigorismo latino a que la sujetó Nebrija. Quiere mantenerla íntegra en sus propias leyes y quiere que el progreso se aúne a una prudente tradición. Al examinarse sus ideas y sus principios se ha pretendido presentarlo como contaminado de un purismo improgresivo. Mentira también. El hombre del equilibrio tenía que mirar al ayer y al mañana, tenía que pensar en la necesidad de que la cultura se abriera a las nuevas formas presentadas por el progreso y a los reclamos de las nuevas ideas, urgidas de símbolos que las expresasen cabalmente. Bien sabía Bello que sin tradición no hay progreso y que sin progreso no se sedimenta la tradición. El buscó de defender el español de América de la avenida del neologismo de construcción, capaz de alterar la estructura del idioma y llevarlo a formas dialectales; en cambio, dejó abierta la lengua a la movilidad reclamada por el tiempo y por los nuevos usos y reconoció la legitimidad del léxico americano, así venga éste de formas arcaicas provenientes de la Península y perdurantes en el acervo popular, o de las lenguas de los antiguos pobladores del continente. Y Bello piensa en la necesidad de mantener en su pureza el idioma no sólo como simple vehículo de comunicación social sino como instrumento de recto pensar.

Mientras más claros y más precisos sean los símbolos, más claro y preciso lucirá el pensamiento por ellos expresado. Por eso Bello en toda su obra de filólogo va con claro sentido de lo que es la filosofía del lenguaje, a defender su valor simbólico. Justamente el darse su nombre a este Instituto de Filología no debe entenderse como mero propósito de honrarlo ni que el Instituto tenga sólo la función de estudiar el funcionamiento exterior de la palabra. Bello viene a la Universidad a enseñar desde su cátedra de filólogo una mejor y más recta manera de pensar y, desde ella propone la gramática, no como elemento que suministre adornos para el lucimiento literario, sino como instrumental para mejor acondicionar el campo de las ideas.

Bello está en su casa. Bello que en Chile recordaba como buena nodriza a cuyos pechos habíase nutrido de cultura, a la vieja Universidad de Santa Rosa, retorna a ella con la gloria de los tiempos. Si en algún tiempo él censuró los métodos de la vieja casona caraqueña y habló del "tontillo de la escolástica", en carta a Don Pedro Gual, necesario es ver esa y otras censuras por él hechas al *Alma Mater,* como expresión fecunda de la lucha de las generaciones. Todos los que hemos pasado por la Universidad y queremos su progreso, hemos criticado la Universidad de nuestro tiempo y hemos voceado la urgencia de una Universidad mejor. Bello no condenó la cultura que recibió en estas aulas, porque hubiera sido condenarse a sí mismo; en cambio, cuando en su cátedra chilena hablaba de las excelencias del método experimental, debió recordar que justamente había sido ese uno de los puntos por él tratado en la oportunidad de recibir su grado de Bachiller en Artes. Aquí aprendió, y fue tema defendido en pública discusión, que el mejor camino para ir a la verdad es el principio de contradicción. Y él buscó la contradicción con el pasado para ir a la verdad del futuro.

Más viejo, más rico, cargado de gloria imperecedera, pero el mismo Bello de Caracas, el mismo que en verso puro declaró que

Naturaleza da una madre sola
y da una sola patria...
Se adopta nueva tierra: no se enrola
el corazón más de una vez. La mano

ajenos estandartes enarbola...
Te llama extraña gente ciudadano...
¡Qué importa! No prescriben los derechos
del patrio nido en los humanos pechos.

Bello, el del Avila y el Anauco, vuelve a su casa solariega. Viene a enseñar lo que aprendió en Londres y lo que maduró en Chile, porque esta vicja y calumniada Universidad le había enseñado a aprender, y en su aprendizaje logró los instrumentos que le permiten, hoy como ayer, ser arquitecto espiritual de América.

LA LIRICA DE JOSE ASUNCION SILVA

José Asunción Silva (1860–1896) marca en la historia literaria de América la hora en que, desvaneciéndose las viejas tendencias románticas, aparecen indecisas las formas y los postulados modernistas. Perteneció a la escuela pasada por la influencia de la época, por la honda huella que el romanticismo fijó en la lírica universal, pero, aceptando en su espíritu proteico las normas de los últimos poetas franceses –parnasianos, realistas y simbolistas– se presenta como el iniciador del movimiento nuevo, que después de él culminaría en la obra de Darío, Nervo, Lugones, Valencia, Chocano y tantos otros de eminente postura en las letras americanas.

El examen de la obra del gran poeta colombiano es un caso de psicoanálisis más que de estética. Su lírica es el trasunto fiel de un espíritu en que se resumieron contradictorias cualidades; de un espíritu que, lleno de la inquietud peculiar de su siglo, aspiró a idealizar. Acaso la fuerza de herencias divergentes, la variada metodología de una educación sin finalidades precisas, el intelectualismo, la aspiración analítica de la época, lo llevaron a un estado de vaguedad y de duda, de desesperación y de anhelo, que terminó por dar a su intelecto esa fisonomía poliforme que sella su vida y su obra.

Pero lo característico en la labor de este gran poeta, aun más que las formas novedosas de su estilo, lo constituye la esencia pesimista de toda su lírica, ese pesimismo suyo, idealista, de tonos suaves, de dolor disimulado, de amargura que no se afirma, de piedad que no se alarga.

Silva en medio de su dolorosa filosofía, en medio de su duda, a pesar del concepto negativo que tuvo del placer, permanece, para quien estudie su obra, entre la penumbra de un crepúsculo donde aún perdura la luz de un ideal lejano y a cuyo través se alcanzan a ver, más allá del dolor que sella su espíritu, estrellas lejanas de piedad y de amor, a las cuales pregunta indeciso:

¿Por qué calláis si estáis vivas,
*por qué brilláis si estáis muertas?**

Los imitadores de Zorrilla, los fáciles poetas que siguieron su inspiración romántica –y no lejos tenemos a Maitín y a Lozano– hicieron del romanticismo una escuela desvirtuada de dolor que solloza en las ventanas, de gritos que llenan las alcobas, de dulzura que empalaga y no recrea; pero viendo sus orígenes, buscando sus causas más allá de la geografía de nuestro idioma, encontramos el romanticismo como expresión de un estado de dolor intelectual, provocado por la desolación que surgió en el ánimo al ver destruido de un golpe todo un pasado seductor. Aquel cuadro que pinta Taine: "En el templo ensangrentado, ante el santuario vacío, se sigue recitando el símbolo convenido, y se canta a plena voz la antífona acostumbrada; pero la fe ha perecido, y para salmodiar el oficio revolucionario, no quedan más que los acólitos, antiguos turiferarios y portacolas, carniceros subalternos que, de una manotada, han llegado a pontífices, es decir, servidores de iglesia que se han apropiado del báculo y de la mitra de sus amos después de haberlos asesinado"; aquella destrucción hecha en nombre de la razón y de las nuevas perspectivas políticas; aquella desolación material que sirvió de aurora al siglo pasado, señaló a los espíritus caminos interiores y, obligando al pensador a buscar en sí mismo nuevos recursos para suplir los valores caídos, creó aquel tipo de poeta "secreto", como Saint-Beuve calificó al gran Vigny, encerrado en su torre de marfil, que piensa y siente como si estuviera desligado del ambiente social.

(*) Poesías. – Edición de Barcelona. 1908. Pág. 61.

Es esta la característica general del poeta romántico; solitario y desolado, sin fe en los destinos materiales, busca en sí mismo, en el ideal, en el fondo de su espíritu torturado, la fuente de inspiración para sus cantos, de una inspiración que siempre estará marcada por la huella gris de un dolor interior, mientras sobrelleva la esclavitud en medio de una libertad externa, que inclina su pensamiento a la amargura.

Si ton áme enchainée, ansi que l'est mon áme,
Lasse de son boulet et de son pain amer,
Sur sa galére en deuil tomber la rame,
Penche sa téte pale et pleure sur la mer...

Vigny sintetiza en esta estrofa la pesadumbre total del poeta y el estado, siempre encadenada y aflicta, de la nueva psiquis que llenará las letras universales y que culminará en Alemania con Geothe y Heine, en Francia con Vigny, Hugo, Musset y Berenger; en Italia con Leopardi; en Inglaterra con Shelley, Rosett, Tennyson, y con Espronceda, Zorrilla y Becquer en España.

Tal fue la corriente a cuyo rescoldo se alentó la obra de José Asunción Silva. En ella se observa, como médula que preside y orienta todo su desarrollo, el dolor y la inquietud que constituía el "mal del siglo". Espíritu intensamente idealista, enamorado de las formas vaporosas, de los grandes ideales imposibles, va sin fe hacia esos mismos ideales, influido como estaba por la desorientación espiritual de la época, tocado en muchos por el escepticismo y la disolución de los sistemas, poseso de grandes males morales, arrastrado por el vicio de los placeres sibaritas, embriagado por el perfume malsano de la moda y por las drogas enervantes. Dos naturalezas divergentes, dos psiquis opuestas presiden su vida: "Un cultivo intelectual emprendido sin método y con locas pretensiones al universalismo, un cultivo intelectual que ha venido a parar en la falta de toda fe, en la burla de toda valla humana, en una ardiente curiosidad del mal, en el deseo de hacer todas las experiencias posibles de la vida, completó la obra de las otras influencias y vino a abrirme el obscuro camino que me ha traído a esta región obscura, donde hoy me muevo sin ver nada más en el horizonte que el abismo negro de la

desesperación, y en la altura, allá arriba, en la altura inaccesible, su imagen, de la cual, como de una estrella en noche de tempestad, cae un rayo, un solo rayo de luz"*. Con este párrafo doloroso y desesperante comienza el conocido fragmento "De Sobremesa" que corre inserto en el libro "Poesías" del autor. En él se resume a cabalidad el espíritu y la educación del poeta y en su fondo se aprecia la dolorosa inquietud de quien mira el ideal a través de las tinieblas de la más espantosa duda y de la angustia más intensa. Universalista su educación, espigando en todos los campos, tomando las ideas opuestas en su ansia de saberlo todo –teogonías y ocultismo oriental, nihilismo ruso, Zaratustra, Schopenhauer, economía política, Hegel, Ruskin, Fray Luis de León– para llegar a constituir el tipo que define Heine: "Vivimos intelectualmente solitarios: cada cual de nosotros, merced a una educación particular y a lecturas dirigidas la mayor parte de las veces por el acaso, ha adquirido una tendencia de carácter diferente" y una modalidad individualista y aislada que obliga a un examen especial de las corrientes que han sumado su impulso para la formación de la obra poética.

Y así como en su naturaleza moral se adivinan dos personas antitéticas, dos tendencias opuestas que presiden los actos de su vida, en su obra y en sus modelos persiste también la variedad de las influencias. Ya este predominio de la antítesis en la técnica de Silva ha sido estudiado por Cortina Aravana, en su trabajo crítico "José Asunción Silva – Tres aspectos de su obra", publicado en la revista "Humanidades" de la Universidad de La Plata, el cual concluye: "No sólo la obra de José Asunción Silva reposa en la antítesis, sino también toda su vida". Y si este concepto lo alcanzó el crítico que sólo estudió las "Poesías" de Silva, más amplitud alcanza y más firmeza al examinarse el ideario del poeta contenido en su obra "De Sobremesa", de la que apenas se conocía un fragmento hasta 1925. De cuerpo entero, pintado su espíritu con robustas pinceladas, aparece la figura del taciturno poeta en el diario de José Fernández: "Así, proteica y múltiple, ubicua y cambiante, resistente al influjo de los ambientes, vigorosa por los ejercicios atléticos, por el uso de suculentos manjares y licores añejos, enervada por sensuales

(*) De Sobremesa. – Edición de "Cromos". Bogotá. Pág. 127.

delicias, mi personalidad se fue desarrollando y alternaron dentro de mí épocas de salvajez gozadora y ardiente y largos días de meditativo desprendimiento de las realidades y de ascética continencia"*.

La delicadeza del poeta quiso en cambio que fuera esta su última fase, *ausente de realidades* y grávida de disciplinas interiores, la que imprimiera con suma intensidad, como sello indeleble, a su obra lírica. A pesar de los excesos, a pesar de las drogas enervantes y de la lujuria decadente de largas orgías, su espíritu permaneció alejado de estas bajas influencias materiales, y una vez salida su conciencia del sopor malsano, en medio de la larga laxitud martirizante, pudo preguntar: ¿"Dónde están la señal de la cruz y el ramo de rosas blancas que caerán en mi noche como símbolo de salvacion"?** y encastillarse después para el ideal que lo une a los cultores de la escuela romántica, y el cual –realidad intangible, sueño que no *toca los hilos sedosos de la alfombra****– lo enmarca entre la penumbra indecisa de su impenitente pesimismo, suave también, descolorido, de vaga apariencia doliente en la obra del poeta.

Son sus maestros en esta vaguedad de expresión, principalmente los poetas ingleses. Shelley, Dante Gabriel y Cristina Rosetti, Arnold, Tennyson fueron familiares a Silva. De ellos obtuvo la percepción delicada del paisaje interior que caracteriza la lírica inglesa, la descolorida presentación de los más hondos dolores, a que se presta tanto la sencillez del idioma, y también su gusto por la antítesis y el refrán, característico especialmente de la obra de Rosetti. Acaso fue este último uno de quienes con mayor intensidad influyó en el ánimo del poeta, no sólo por su obra lírica sino por el estilo de sus cuadros, a los cuales dedicó largos estudios****. El prerrafaelismo, las nuevas tonalidades del color, los caprichos primitivistas de la escuela, llevaron sus sentimientos y su gusto por la senda que define Ruskin: "Fundamos

---

(*) Ibidem. Pág. 127.
(**) Ibidem. Pág. 84.
(***) De Sobremesa. Pág. 97. Poesías. Pág. 69.
(****) De Sobremesa. Pág. 162.

nuestra felicidad en cosas que cambian y se marchitan en un momento y esperamos la satisfacción más completa en cosas que es imposible detener y difícil de comprender"; y fueron aquellas sendas nuevas como puertas que abrieron a su espíritu la visión de paisajes de elevada sencillez, de subida delicadeza, de temas matices como de niebla mañanera o de pálidos crepúsculos, que caracterizan la lírica de Silva. En estos cuadros desvaídos, de una plasticidad primitiva, enmarca la obsecación por su ideal lejano, por la musa sin contornos materiales, a la cual llamó Helena como la heroína de Tennyson* y a quien sólo pudo poseer en las vagas líneas de un cuadro de la escuela de Rosetti**. Es ella la persona a quien habla, como a visión consoladora, cuando dice: "Estoy harto de la lujuria y quiero el amor, estoy cansado de la carne y quiero el espíritu. Hubo en mi alma muladares que limpió la fuente de aguas vivas abiertas en ella por la mirada insostenible de tus ojos azules", cuando la vió aparecer y sintió surgir en su alma el cántico de Fray Luis de León:

Alma divina, en velo
De femeniles formas encerrada,
Cuando viniste al suelo
Robaste de pasada
*la celestial, purísima morada****.

Y su existencia quedará por siempre unida a aquella musa lejana, a aquella alma lunar, que acaso sea la misma sombra lánguida del "Nocturno", unión que termina por adoptar una forma obsesiva en el espíritu del poeta, como si en ella cristalizaran las propias aspiraciones y las tendencias de Silva hacia el ensueño perenne.

El amor y la muerte, pero sin el erotismo vertiginoso de la obra de D'Annunzio, aunque fuera ésta la que dejó entreabierta a la hora del suicidio, son los polos que hacen girar su mundo espiritual. El amor por

(*) Ibidem. Pág. 61.
(**) Ibidem. Pág. 162.
(***) Ibidem. Pág. 89.

las formas imposibles, por los ensueños lejanos y muertos, por todo aquello que adquiere contornos imprecisos, por la mujer que se aleja para siempre y a quien sólo ve en actitud que evoca figuras angélicas, capaz de elevar su gusto sobre los pecados de la carne. En un sensual, en quien como Silva gustó todos los pasajeros placeres y como "libertino curioso de los pecados raros" trató "de ver en la vida real, con voluptuoso diletantismo, las más extrañas prácticas inventadas por la depravación humana"*, aquella forma ideal, aquella sombra alada de mujer que revivía el mandato virgiliano: *Manibus date lilia plenis***, y la cual constituye su obsecación, como la Leonora en Poe:

And my soul from out that shadow that lies
floting on the floor
Shall be lifted-nevermore.

Aquella forma ideal se alza como símbolo de los derechos espirituales de su vida, que si bien cayó, pecó, degradó su cuerpo, esperaba en cambio, como posesa de infinito, "realizar el místico delirio de las abuelas agonizantes, arrojando en el alma de los poetas, entenebrecida por las orgías de la carne, el pálido ramo de rosas y para hacer la señal que salva, con los dedos largos de sus manos alabastrinas"***. Porque si en verdad Silva fue un *ateo científico,* si influido por la ciencia analítica de la época y ebrio del vino de las negaciones, borró de su conciencia la *definición* de Dios, éste quedó en él, con muerte simulada, sepulto en el fondo del alma, dejando yacer el cadáver del Redentor en el sepulcro de la incredulidad, "sobre cuya piedra el alma humana llora como lloró la Magdalena sobre el otro sepulcro" y porque "los poetas ateos, de jóvenes, no creen en Dios, pero creen en los ángeles y en la Virgen Santísima"****. Aquella creencia indefinida, aquella ceniza de plegaria que aún caldeaba su espíritu, preparó al poeta para esa forma

---

(*) Ibidem. Pág. 68.
(**) Ibidem. Pág. 162.
(***) Ibidem. Pág. 234.
(****) Ibidem. Pág. 164.

pseudomística de su lírica, donde su pesimismo es tan vago como su fe, donde la negación no tiene la dolorosa rotundidad de Leopardi ni afecta las formas amargas de Heine, y sobre la cual su espíritu se suspende entre un dolor y una esperanza, para preguntar:

...¿si al dejar su cárcel triste
la mariposa ala,
la luz encuentra y el espacio inmenso,
y las campestres auras,
al dejar la prisión que las encierra
qué encontrarán las almas?... *

Hay una pertinacia de la idea de la muerte, no en su forma de terror, sino delatora de conceptos ultraterrestres, de una perspectiva perdurable más allá del límite fúnebre, de una voz y una visión que dura más allá de la vida material, donde se percibe

el gran diálogo confuso
*de las tumbas y los cielos***

y donde se unen los dos misterios: el de la Vida y el de la Muerte, hacia el cual caminan aquellas visiones que hablan en los versos de Rosetti:

Look at my face, my name is might have been
I am also called, no more, farewell...

citadas por Silva en "De Sobremesa", antes de exclamar: "¡La Muerte!... No me impresiona pensar en ella; estoy seguro de que no es ni más horrible ni más misteriosa que la Vida!"***.

(*) Poesías. Pág. 11.
(**) Poesías. Pág. 104.
(***) De Sobremesa. Pág. 145.

En la quietud de la tumba, donde aún perdura el dialogar de las almas con el infinito, el poeta fijó su destino, y exteriorizó su pensamiento por medio de las vagas y descoloridas formas líricas, que son el mayor encanto de su obra. El adivinó el "crepúsculo inmóvil" que en su canción pinta la mística Cristina Rosetti:

I shall not see the shadows,
I shall not feel the rain;
I shall not hear the nightingale
Sing on as if in pain;
And dreaming through the twilight
That both not rise nor set,
Happly I may remember,
And happly I may forget.

A más de estas influencias de los poetas ingleses, amén de la de Poe y Longfellow, los románticos franceses influyeron definitivamente en el gusto y en las tendencias de Silva: Vigny con su gran dolor metafísico y con su soledad espiritual, Hugo con el derroche de su lirismo majestuoso, Musset con su sensibilidad delicada y el profundo dolor que supo formular en sus versos:

Le seul bien que me reste au mond
Este d'avoir quelquefois pleuré

porque como él mismo dice

La douler est une espérance.

Y sobre estas influencias, Baudelaire y Sully Proudhome, con su naturalismo poético y la idea de la muerte en el primero, y con sus conceptos filosóficos y su dolor sutil, en el autor del *Vase brisée.*

Pero la obra de Silva no es la de un discípulo de Baudelaire. Supo aquél lo que no llegó a realizar el autor de "Las Flores del Mal": permanecer con ventanas espirituales aunque fuera arrollado por la voracidad de la sensualidad y no trasportar a la lírica la neurosis de su espíritu. De Proudhome ha podido recibir más directamente el análisis filosófico que se advierte en su obra y que lo llevó a la duda, a la inquietud y a la desolación que clamaron por la locura y por la muerte. Y aunque el mismo Silva en "De Sobremesa" califique a Baudelaire como el mayor poeta de su siglo, precisa ver aquella exclamación relacionada al decaído estado moral, sucedáneo del opio y del cloral, en que se hallaba su cuerpo cuando llamaba a la Locura, como fúnebre preámbulo de la inconciencia material de la muerte, y porque Baudelaire, sobre gustos y escuelas, es y será siempre un gran poeta.

Si en aquella extraña personalidad de Silva, en aquel espíritu que se arrastra en "De Sobremesa", se advierte la presencia de Baudelaire, se justifica ello por la sensualidad material que los unió y por el vicio que enfangó el cuerpo en ambos, pero no el espíritu en el colombiano. Había un ideal, una forma vagarosa, una fuente de aguas vivas en las intimidades espirituales de Silva, que limpiaba su ánimo y lo dejaba fiel a un éxtasis de belleza perenne, de infantilismo perdurable, de suavidades frescas y nostálgicas, que si lo llevaron a *morir de muerte,* según la expresión de Unamuno, han podido también dejarlo morir como las perlas, según se dijo de Vigny.

Silva fue un enamorado de los tonos vagos, de la música indecisa, de las emociones que se expanden por medio de ondas apacibles. Su paisaje fue de esas mismas tonalidades: claror de luna, sombras blanquecinas, penumbras desoladas, como Ariza ha sabido ver el paisaje santafereño. En sus versos, desprovistos las más de las veces de la brillantez de los grandes metros y de las rimas sonoras, supo encerrar una música alada, de ritmo oculto, que posee el dón de la más pura evocación y que hace su dolor interior de una apariencia descolorida, propia de las pinturas viejas, como aquel cuadro que él describe admirablemente:

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
sin voz y sin dolor, saben secretos

de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria,
y a veces a los hombres, cuando inquietos
las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizantes dicen, paso,
casi al oído, alguna rara historia
que tiene obscuridad de telarañas,
son de laúd y suavidad de raso.*

Sin voz, sin dolor, hablando al oído, con tono agonizante, tales las características de las unciosas poesías de Silva.

En cuanto al aspecto objetivo, pocos como él tuvieron esa plasticidad óptica que hace de sus poemas –especialmente de sus I y III *Nocturnos*– verdaderas expresiones pictóricas, paisajes de una honda sugestión, con un colorido perfecto y una composición admirable, donde no se halla la melodía lírica alterada por los sombríos colores ni por los gritos desesperados que acompañan en *El Cuervo* la lírica de Poe. El paisaje visual de Silva es trasunto de su espíritu delicado y hermético, y enamorado de las músicas sin voz y de las quietudes reveladoras, puso en sus estrofas, con un perfecto equilibrio sonoro y un hondo sentido sinestésico, aquellos leves coloridos capaces de dar la perfecta evocación de su estado espiritual, pleno de la alegre nostalgia de los convalecientes.

En dos versos define Silva toda su estética:

El verso es vaso santo, poned en él tan sólo
un pensamiento puro...

Vaso santo, y enamorado de las joyas y devoto de las pinturas sencillas y sugestivas, lo forjó con admirable esmero de artífice y con desvelos de perfecto cincelador, para dejar caer en él aquellos sus pensamientos que

(*) Poesías. Pág. 53.

se hallaban tocados de la mayor idealidad, aquellos pensamientos sin ruido, con que pudo elevarse más allá de las lacras materiales de su vida; aquellos ensueños sutiles que forjó ante la contemplación del amor y de los cielos, dulces como los versos de Tennyson

How sweet it were, hearing the downward stream.
With half-shut ayes ever to seem
Falling a-sleep in a half-dream.

Tal el poeta, tal su lírica admirable, en la que su técnica supo poner motivos y apariencias nuevas, que lo presentan como un innovador en las letras de América, como el lazo que unió la tradición romántica, la dulzura que en él se hallaba quintaesenciada, con las formas de los parnasianos y simbolistas franceses, para dar nacimiento al período nuevo que culminó en Darío, Nervo, Valencia, Chocano, Lugones...

Orgullo de las letras hispánicas llama Unamuno a Silva, orgullo de aquella lírica del siglo pasado, que tuvo a Becquer y a Núñez de Arce, orgullo de la lengua que adquirió ignoradas plasticidades de color y de música en el arte del gran poeta, quien cumpliendo un doloroso equilibrio interior, pasó por la vida bajo el influjo de dos astros contradictorios. Negarlo todo, analizar el infinito, sentir el vacío de consuelos superiores, y encenagarse los sentidos corporales en las más tristes experiencias mundanas, y dejar aún en su interior una estrella titilante, un ideal todopoderoso, un ala mística que pudo alzar su pensamiento para encerrarlo en torre de marfil, y más allá de la ciencia y del pecado y del dolor de la vida, más allá de la gran negación, en medio de su desconcertante pesimismo, presentir la luz y la quietud a que pretendió acercarse en un acto de locura suprema, cuando sus fuerzas humanas acaso se sintieron impotentes para seguir conservando, con su aristocracia peculiar, aquel doloroso equilibrio interior...*.

(*) En su libro sobre Rubén Darío, el doctor Diego Carbonell analiza la personalidad de Silva, para concluir: "Esa contradicción de temor de los males y la decisión suicida, coloca a José Asunción Silva entre los poetas menos normales: es errónea, crasamente errónea aquella apreciación de Sanín Cano de que el poeta

fue "modelo de equilibrio moral". Pero más gracioso aún es el diagnóstico de Manrique cuando declara que Silva era neurasténico, pues ya hemos visto que la anormalidad de éste no era ni siquiera estomacal, como es el caso de los neurasténicos; Silva como hombre de su talla mental, cabe más bien en algunas de las clasificaciones de Grasset, pues es un *semiloco*, genial si se quiere, y a quien una tristeza que primero fue romántica, condujo a la fatídica decisión de un atormentado misántropo". Nada errado parece el concepto del Maestro Sanín Cano, al calificar el equilibrio que presidió la obra de Silva, que si se justifica al examinar su lírica, resulta muy más significativo y doloroso si se toma en cuenta la anormalidad del poeta suicida.

FUNCION SOCIAL DE LA PALABRA*

Permitidme, señores, que en este momento de personal e intensa complacencia para mi vida modesta de ejercitante de las letras, evoque palabras transidas de amargura del más grande de nuestros escritores de todos los tiempos: "Tiéneme usted aquí tendido horizontalmente sobre una cama, sin medios de asistirme, sufriendo junto con un dolor agudo las estrecheces de la pobreza y la desesperación de la miseria", escribía Juan Vicente González el 6 de septiembre de 1866 a su amigo el general Jesús María Aristeguieta. En lucha atroz con la gangrena y la indigencia, el eximio escritor, cuya palabra había sido heraldo de las más ardientes pasiones de la Patria y sibila que anunciaba los secretos de la cultura a la juventud del país, veía cómo rondaba cerca de su lecho de dolor la muerte liberadora. Por premio a sus esfuerzos de tantos años al servicio de las letras patrias, ora en la cátedra, ora en el libro, ora en el periódico, sin que hubieran sido ábice para detener su pasión de trabajo, las propias ergástulas adonde lo arrojó la dictadura, sólo miraba alrededor de sí en la hora del tránsito definitivo, la soledad y el desamparo.

Símbolo angustioso de la indiferencia con que la República ha considerado por tántos años la obra de sus hombres de pensamiento, el cuadro de Juan Vicente González que agoniza, no sólo con las congojas de la muerte, sino además con las amarguras de la privación económica, nos habla de un pasado donde en gran parte quedó inválida, por falta de estímulo oportuno, la obra de los máximos creadores de las letras. Hacia esas grandes figuras de nuestro mundo intelectual, que sufrieron el desdén de su tiempo y la hostilidad de quienes pudieron ser Mecenas

(*) Para agradecer el Premio Nacional de Literatura correspondiente al año 1947.

para el impulso de empresas llamadas a decorar el panteón de nuestra gloria más legítima, quiero alzar mi pensamiento respetuoso en la hora de recibir el galardón que me confiere la República por precio de una obra que nada vale al ponerla en paralelo con la de aquellos que fueron víctimas de la sordidez y la desidia. Como hijo agradecido que disfruta de hacienda que, siendo suya no gozaron los mayores, miro en esta hora de mi lauro al infortunio que signó la existencia de los patriarcas de nuestras letras: a Cecilio Acosta, triste y perseguido por la miseria y por la envidia; a Pérez Bonalde, proscrito por los odios y recibido sin afecto por la Patria que fue numen de su estro prodigioso; a Baralt, obligado por fuerza de sus émulos a acogerse al regazo de la antigua metrópoli colonial; a Leopoldo Torres Abandero, inflexible en la hora de la muerte ante el halago de una libertad ofrecida a trueque del viril decoro; a Jesús Semprún, forzado a medrar con el ejercicio de una profesión que por jamás fue de su interés el cultivarla; a Bello mismo, que inútilmente invocaba la posible mendicidad de la familia como título para que Colombia reconociera el valor de sus servicios. Hacia ellos y hacia tantos otros a quienes "carencia de estímulos vivificadores, fraude o mala fe, tanto en el elogio como en la censura", dejaron en actitud de "inacabados", según oportuna atribución del fraterno Luis Correa, convierto en este instante los ojos del espíritu, para contrastar la diferencia de los tiempos y para hacerles parte del homenaje que este acto representa; pues bien entiendo que al escogérseme para recibir el lauro que el Gobierno Nacional ha establecido en honra de los escritores del país no se está estimulando y exaltando una labor individual, sino el esfuerzo común de quienes dedicamos nuestro mejor tiempo a las disciplinas literarias y, aún más, se está honrando el propio concepto del escritor en su ductora función intemporal.

Al mostrarse preocupada la República por el progreso de las letras, declara que tiene urgencia porque cada día sea mayor la calidad del esfuerzo a ellas consagrado por quienes hemos hecho profesión del arte de escribir, y reconoce, a la vez, la eficacia de su poder en la formación de la conciencia pública. Porque, señores, los pueblos no son las máquinas que hacen próspera la industria; ni los campos donde germina la semilla promisoria de cosechas opulentas; ni los canales y caminos que hacen posible el útil tránsito; ni las riquezas que duermen en los

sótanos avaros de los bancos: los pueblos son los hombres en función de solidaridad y de cultura, cuando a la luz de pensamientos generosos saben dominar las asperezas instintivas, a cuyo impulso prosperan las pasiones y se abren avenidas que permiten a "la ignorancia y a la desesperación señalar los trazos de los nuevos cuadros humanos". Y esos hombres capaces de quebrantar por medio de la obra educativa los complejos disvaliosos que se mueven en el fondo irracional de la sociedad, necesitan la palabra oportuna y el guión certero del grupo de individuos que asuman la tarea de dar forma a las adivinaciones de su tiempo.

El grito del bárbaro cacique, que a su arbitrio manejó la tribu y en quien se concretan las fuerzas mágicas de la autoridad, ha de ser sustituido plenamente, para la eficacia de la obra común, por la voz reflexiva del hombre que superó, en virtud del estudio y del gobierno de sí mismo, los estadios de la ruda emocionalidad. La arquitectura de los pueblos reclama, por eso, como clave de sus arcos la expresión de pensamientos depurados y justos y la inmediata movilidad de tales pensamientos a través de la dinámica del grupo, a fin de que la gente media, cada vez más numerosa, adquiera condición de soporte de las grandes individualidades. Crear y trasmitir valores de cultura es la misión que corresponde al escritor en orden al mejoramiento de las masas y ello se hace tanto más fácil cuanto mayor sea la dignidad del instrumento que utilice y mayor la fuerza humana y conjugante de los conceptos expresados. Fomentar las disciplinas literarias y animar a los trabajadores de la palabra, es actitud que han de asumir los pueblos cuando aspiran a obtener una clara fisonomía que los exhiba con rasgos diferenciales en la historia. A Esquilo, como premio por haber escrito la Antígona, confió Atenas el mando de una galera que la defendiese de los pèrsas; Augusto compartió con Virgilio el lujo de su nave imperial, como recompensa anticipada por el poema que el poeta preparaba en honor de Roma eterna. Del esplendor de la Acrópolis quedan apenas restos venerables, de la magnificencia romana subsisten sólo ruinas majestuosas; en cambio, Esquilo y Virgilio perviven en la conciencia universal y gobiernan con inmutable magisterio los cuadros de la cultura, y por las ideas que Virgilio y Esquilo sustentaron, Atenas y Roma mantienen la integridad del imperio en vano soñada por Alejandro y por Augusto.

Y si miramos a nuestro mundo nacional, decid, señores, ¿qué valen aquellos que obligaron a Baralt a alejarse de la Patria, ante la gloria del poeta y del hablista que aún dicta reglas a decir noble? ¿El recuerdo de los detractores de Juan Vicente González no dura apenas como ásperas piedras donde cimentó la fama del hombre que creyeron aniquilar? ¿Quién nota el paso de los tímidos que por halagar a Guzmán Blanco huyeron la relación con Cecilio Acosta, cuyo gran crimen, a los ojos del autócrata, era la firmeza de sus virtudes?... Corren los tiempos, desaparecen los imperios, se siman los hombres en el polvo y de la gloria que ofuscó en alguna época la mente de los pueblos, sólo perdura lo que lleva el sello de las grandes conquistas del espíritu. Sobre el vaivén de los tránsitos históricos y calladas las voces discordantes que intentaron en vano asumir la dirección de la cultura, se alzan, con perfil de permanencia, las ideas que expresaron un estado de superación o que indicaron un modo de vivir en concordancia con los ideales de humanidad que son norte y vela del esfuerzo cotidiano.

Más que premio, estímulo son estos actos avivadores del ánimo de trabajo intelectual y ellos los necesitan y los reclaman con voz imperativa los pueblos que persiguen la realización de formas democráticas de conducta. Justamente en el libro honrado con el galardón que ahora recibo, censuro con dureza el que se haya dicho que fue José Tomás Boves el primer jefe de la democracia venezolana. Bajo ese signo infeliz lo democrático ha venido representando entre nosotros la subversión de las jerarquías de la cultura, y al amparo de tal concepto han alcanzado patente de legitimidad los asaltos de la ignorancia y del terror. Por el contrario, la democracia, según la define admirablemente Thomas Mann, es el ejercicio político del intelecto, tanto como decir que el hombre para la plenitud de su función social, requiere de previo la práctica de sus atributos espirituales. Lo demás es la carrera del engaño mutuo y la apoteosis irreflexiva de los sentimientos subalternos. Vivir la democracia es conceder al intelecto el derecho de gobernar y dirigir los negocios públicos y abrir, al mismo tiempo, toda manera de posibilidades para que los individuos adquieran, a través de las disciplinas del estudio, la capacidad de ciudadanía que les permita tornarse en sujetos directores.

Vengan, pues, enhorabuena estas generosas iniciativas de los poderes públicos, que se empeñan en destacar la supremacía del trabajo intelectual; vengan ellas, desde la justa por llevar el alfabeto a los adultos que permanecen ayunos de las luces, hasta los torneos que fundamentan las ciencias, las artes y las letras. Sin desmerecer los esfuerzos conducentes a elevar el nivel de lo económico y a poner a los ciudadanos en capacidad de recibir lo que necesitan en orden a la materialidad vital, el propósito de estimular los valores de la inteligencia, indica que la República quiere aventajar en la parte más noble de la actividad social; mas, al acrecentarla no debe seguir el viejo método suntuario que buscó los adornos de las letras y las artes para mero decoro de una ostentosa burguesía, sino conceder, en cambio, a la palabra, como instrumento de "integridad del problema humano", la función de absolver las disyuntivas que intentan profundizar abismos en el suelo de la conciencia nacional.

Por ello, señores, he creído que los muy distinguidos miembros del Jurado que concedió el premio, entre otros de notable precio, a mi libro sobre el Regente Heredia, más que por los escasos méritos literarios que puedan adornarle, fueron movidos por las palabras extrañas que en sus páginas reasumen vigencia responsable. Heredia, doblado de jurista y de filósofo, dejó un mensaje de permanentes dimensiones humanas: sobre el rescoldo del encono echó cenizas de piedad, contra las órdenes de venganza tuvo palabras de justicia, para evadir la guerra devastadora aconsejó la reflexión de la concordia. Anticipo en el horno de los odios de América de la misma voz del maestro de la no-violencia que acaba de ser brutalmente asesinado por la intransigencia fanática de sus propios amigos. Heredia vio también cerca de sí el arma criminal que ha segado la clara y ejemplar existencia de Mahatma Gandhi. Ambos, como apóstoles sublimes de la causa de la humanidad, predicaron paz, justicia, concordia, voces llamadas a callar las pugnaces banderías que se niegan a comprender, allá como acá, que la Patria tiene un sentido religioso de fraternidad que reclama olvido para las ofensas y magnitud en la generosidad reparadora.

Hogar del caído y del poderoso, alero del miserable y del afortunado, sombra para los regocijados y los tristes, todos por igual nos hallamos en

el deber ineludible de ofrecer a la Patria la aportación de nuestras fuerzas. Sea cual fuere el sitio que nos corresponda en el campo de la dialéctica colectiva, obligados estamos a servirla, y de manera muy principal quienes tenemos la responsabilidad de las ideas; y en aras de su mejor destino, debemos hacer nuestro el voto del gran Cecilio Acosta, cuya imagen amable ha ocupado en estos días memorativos de su nacimiento, la mente de la Patria: "Que las ciencias y las letras, decía el egregio polígrafo, se difundan tanto en nuestro país que formen como una atmósfera social; que mis conciudadanos respiren por todas partes el aire de la civilización; y que sobrevenga por fin el reinado de la paz, dicha y gloria a que está llamado, por índole y por suerte, un pueblo tan espiritual como Venezuela".

Señores:

Para terminar y rendidas las gracias más cabales al Jurado que me honró y al Gobierno que me galardona, dejad que de este pergamino que me recomienda con notoriedad pasajera ante mis compatriotas, haga idealmente un manojo de rosas blancas para colocarlo sobre la losa funeraria que ampara el sueño de mis padres. A ellos, Jesús Briceño Valero y María Iragorry, debo lo que soy en el orden de la vida material y en el orden de la vida del espíritu, y sean para prez de su memoria los laureles que coseche, sin que tampoco falte el recuerdo que en mis horas de éxito feliz he tenido para mi amada tierra trujillana, generosa siempre en darme estímulo y presta a ofrecerme por boca de sus autorizados personeros, la voz expresiva de su constante afecto maternal.

Señores!

LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA

Tomás Lander, a quien con tanta justeza designa Ramón Díaz Sánchez como "el numen de la revolución", se empeñaba por 1833 en obtener la secularización de la enseñanza que impartían la Universidad de Caracas y el Seminario de Santa Rosa de Santa María. De éste, que equiparaba para los efectos de su crítica, a los Colegios Nacionales, de reciente creación en las provincias, decía que apenas estaba destinado a la formación de eclesiásticos y cerrado, por ende, a toda posibilidad de educar a quienes disidiesen del credo católico.

Sea o no apasionada su manera de juzgar el tradicionalismo religioso de la educación venezolana de la época, el inquieto adalid del liberalismo planteaba a fondo el problema de la libertad de enseñanza. Como argumento Aquiles asentaba, con razones de su escuela, que siendo subvenidas por el Estado las cátedras del Colegio, no debían estar sometidas a leyes eclesiásticas. La libertad, proclamada en otras normas de la legislación imperante, la consideraba reñida con un sistema ajustado a un dogma particular.

El fogoso ductor de la transformación liberal de las instituciones se sentía en lo cierto al proclamar que un Estado donde se garantiza a los ciudadanos la libertad civil, no debe fijar líneas dogmáticas a la enseñanza que suministren sus centros educacionales. (Sin embargo, y de acuerdo con la realidad del momento, al dar carácter católico a la enseñanza de las Universidades y Colegios, podía decirse que el Estado miraba a cumplir el deber de "tuición y protección" a que le obligaba la Ley de Patronato Eclesiástico, erigida más tarde en pauta constitucional,

por su inclusión en la Carta Fundamental, y mantenida hasta hoy como una de las más curiosas contradicciones jurídico-sociales de nuestras instituciones públicas).

La profunda antinomia que en nuestro ordenamiento institucional constituye esta vieja y arbitraria Ley de Colombia, defendida sin examen por los más encarnizados enemigos de la Iglesia Católica, justificaba el signo religioso que tuvieron los programas de enseñanza superior hasta la transformación promovida por Guzmán Blanco. Pero si se abolió de los reglamentos universitarios la promesa de sostener el dogma de la Inmaculada Concepción de María, en ellos quedó por largo tiempo vigente la obligación de celebrar las fiestas de Santa Rosa de Lima, la Concepción de Nuestra Señora y Santo Tomás de Aquino, en la de Caracas, y las de San Buenaventura y la Concepción, en la de Mérida. Era religiosa la enseñanza conforme a la tradición española que había echado sus bases y de acuerdo con el propio mandato de leyes que fijan un régimen especial a la Iglesia Católica, por cuanto el Patronato no sólo contempla el derecho de nominación y presentación –grato a la arrogancia de los mandatarios– sino el deber de otorgar tratamiento de excepción a las doctrinas de la Iglesia. ¿Estarían dispuestos a cumplir este lógico extremo quienes se empeñan en defender la legitimidad y conveniencia de aquella Ley?...

Por los principios aceptados como consecuencia del triunfo de la revolución federal, se declaró en la Carta Magna la libertad religiosa (ya reconocida, por decreto de 18 de febrero de 1834, con privilegio de culto público para el Catolicismo), y la libertad de enseñanza, pero sin definir específicamente el concepto de dicha libertad.

Esta última conquista abrió el largo y fecundo diálogo que en el seno de la Universidad de Caracas promovió la presencia de Ernst y Villavicencio. Se luchó abiertamente, tanto desde la posición del pensamiento frente a la fe religiosa, como desde las diversas apreciaciones metodológicas de la enseñanza. Quedó superado en el claustro universitario el espíritu de intolerancia que lo llevó, durante la Patria Boba, a acuerpar la refutación del doctor Juan Nepomuceno Quintana al escrito de Guillermo Burke sobre tolerancia religiosa, y ya no se juzgó privilegio de la

cátedra explicar una doctrina con exclusión y condenación de las otras. Frente al ortodoxo el disidente expuso su criterio con plena libertad, y aun como símbolo material, que revive y mantiene el recuerdo de aquella fructífera y fecunda tolerancia, en el Paraninfo de nuestra Universidad son hoy honrados igualmente por quienes recibieron el beneficio de su opuesta sapiencia, José Gregorio Hernández y Luis Razetti, representantes de la pugna entre el espiritualismo cristiano y el monismo materialista, puestos frente a frente desde la época inolvidable de Villavicencio y de Ernst.

Después de varios años de convivir ambas tendencias bajo el ancho y acogedor alero de los institutos oficiales y de coexistir sin notorias fricciones la enseñanza pública y la enseñanza privada, el Código de 1904 vino a dar, conforme a su progreso y empuje, mayor personería a esta última, mas obligando a los preceptores a admitir los mismos textos fijados para los institutos oficiales (Art. 279). En la reforma de 1905 no se mencionan textos sino el "plan y orden establecido para los Institutos Públicos". Con claridad define la intervención del Estado el Código de Trino Baptista, al declarar que compete a las autoridades la inspección general de la instrucción en lo que se refiere a su "validez académica y uniformidad en el plan de enseñanza".

Sin embargo, existía una permanente colisión entre el sistema ordinario de las leyes y el principio de la libertad, garantizado por la Constitución de la República. A ponerle fin se encaminó pretextativamente la reforma Guevara Rojas. Con ésta se estableció un régimen abierto que desembocó, para la práctica, en vicios que todos conocemos y cuya principal fuente estuvo, no en el reconocimiento de la libertad de cátedra, sino en el derecho irrestricto de estudiar sin directrices pedagógicas. La reforma González, de 1923, en la cual se estableció que "toda persona competente, en pleno ejercicio de sus derechos civiles, puede fundar establecimientos docentes para enseñar cualquier rama de los conocimientos, sin necesidad de previa licencia, ni sujeción a reglamentos, programas, métodos o textos oficiales", frenó, sin embargo, para efectos de lograr títulos oficiales, el proceso general de la educación, por medio de un severo sistema de inspección, que curó en gran parte los vicios promovidos por la legislación anterior.

Con motivo de la legislación Uslar Pietri, de 1940, se suscitó debate en torno a los alcances de la libertad consagrada por la Constitución, y hubo quienes acudieron a la Corte Federal en demanda de que fuese declarado que el Estado carece de facultades para dictar reglas que sometan la educación a la vigilancia de las autoridades. En aquella oportunidad sostuvimos nosotros que la libertad consagrada por la Constitución es la de "cátedra", es decir, la que tiene el maestro para enseñar sin necesidad de someterse a una doctrina oficial, salvo a las restricciones que la misma Constitución consagre. Pensar que cualquier persona, por el hecho de estar en el goce de sus derechos civiles, puede enseñar, es tesis demagógica. El Estado, sin asumir lineamientos totalitarios, ha de velar, muy más en países como el nuestro, donde no existe el sentido de la responsabilidad social, porque aquel que se ofrezca de maestro o profesor, reúna las condiciones que le capaciten para tal ministerio, y debe someter la enseñanza que tenga por fin crear profesionales y técnicos, a un mínimum cuantitativo. Las universidades y colegios de Estados Unidos, país clásico de libertades, obtienen para la validez de sus estudios, una ley especial que aprueba el *pensum* de las varias carreras, cuando no interviene en éstas, por medio de los cuerpos profesionales creados por el ordenamiento común.

Entre nosotros, mientras existió por las legislaciones anteriores a 1915 un margen de autonomía en los llamados "institutos habilitados", se vieron abominables engañifas. Creo que se yerra al llamar totalitaria la sistematización de aquella Ley de Educación. El totalitarismo es una cosa peor que la curiosa noción de la libertad que puedan tener los defensores de la "libertad de la profesión de enseñar". El totalitarismo en educación sería negar la "libertad de cátedra" y enseñar sólo de acuerdo con una mística estatal. Enseñar, como los alemanes e italianos de ayer, que el fin de las acciones humanas es el Estado, convertido en *ultima ratio* social, y preparar las actividades del educando para una finalidad sin proyecciones morales. O enseñar como los soviéticos de hoy, que la única base filosófica para una ideología socialista sea el materialismo dialéctico. Posición totalitaria en materia de enseñanza sería el establecimiento de la escuela laica, como sería a su vez totalitaria la obligatoriedad de determinada enseñanza religiosa. El Estado, en materia de educación primaria, que es obligatoria para los ciudadanos,

tiene obligación de uniformarla en el *quantum.* Arbitrario sería darle, fuera de la materia cívica, una orientación específica. El Estado, cuya misión tuitiva sobre la sociedad le obliga a tener ojos de Argos, debe evitar que se ofrezcan a la masa impreparada oportunidades de engaño. Cualquiera podría crear una academia privada de Egiptología o de Sigilografía, en cambio, quien pretenda conceder grados de médico, debe someter a la aprobación del Estado el plan de estudios de su presunta escuela.

La libertad de enseñanza, más que un concepto realista en lo que dice a la facultad de ejercer el oficio de enseñar, configura una idea de mayor amplitud: es una modalidad de la libertad de conciencia. Esta sí debemos defenderla a todo trance de tantas acechanzas que contra ella existen en cada encrucijada venezolana.

La libertad de cátedra queda destruida, y con ella destituidos los supremos derechos de la conciencia, al crearse una norma que someta los programas de estudio a una orientación oficial, sea cual fuere el color de ésta. Bien puede el Estado valerse del arbitrio de los exámenes o del cotejo de los títulos, para verificar la idoneidad fundamental de los profesores que quieran explotar lucrativamente el derecho de enseñar. Mas, ya en la cátedra, los profesores, como ministros esenciales de la educación, han de gozar de plena libertad para exponer sus ideas. Prohibir la enseñanza de determinada tendencia social o filosófica, sería volver a las andadas inquisitoriales del antiguo régimen del monopolio ideológico del Estado. Consagrar que el Estado tiene derecho de fijar líneas normativas a las cuales ha de ceñirse el proceso específico de la educación, es tanto como elevar a dogma los principios que profesen la mayoría de los hombres en cuyas manos esté el poder de elaborar las leyes y de redactar los programas de enseñanza.

El Estado, en su realidad operante, llega, por vicios esenciales de todos los sistemas de gobierno, a confundirse con los individuos que ejercen la autoridad. No a simples humos enseña el marxismo que "el derecho es la voluntad, erigida en ley, de la clase dominante". La convivencia y la libertad que caracterizan al Estado democrático liberal, obligan, en cambio, a buscar los medios de eludir la peligrosidad de aquella

confusión. Quienes hablan en nombre de ideas de libertad y democracia están comprometidos, por lealtad a sus convicciones, a tomar como finalidad esencial del ordenamiento del Estado la búsqueda de fórmulas capaces de evitar que lo hoy construido en el orden institucional se convierta mañana en instrumentos que acogoten sus ideas e intereses.

Consagrar para el Estado el derecho de establecer la orientación específica de la educación, es tanto como crear la incertidumbre y el azar en el pensamiento ductor de la sociedad, pues cada agrupación política que vaya alcanzando la dirección de la cosa pública se creerá con derecho para convertir en norma su propio programa ideológico, con mengua del sagrado derecho de disentir que corresponde a las minorías. Quizá uno de los más graves yerros en que incurren muchos dirigentes democráticos sea el olvidar que si la mayoría ejerce el poder, las minorías que resisten son la constancia realística de que existen otros derechos tan nobles y respetables como los del número mayor. El verdadero equilibrio de las relaciones sociales se mantiene sobre el concepto de que, sin garantías para los naturales derechos de quienes carecen del goce de la coacción para imponer su criterio, no existe gobierno libre. Antes de que se forme la fuerza multitudinaria de los partidos, ya existían en el hombre aquellos derechos, cuya efectividad la ley se reduce a reconocer: jamás los crea. Tiránico en cualquier aspecto es el ordenamiento gubernamental que, ora en nombre de una mayoría, ora en nombre de un hecho de fuerza, desconozca el derecho de obrar de quienes constituyen los reductos minoritarios.

Cuando Tomás Lander en 1833 pedía la secularización de la enseñanza, abogaba por la libertad de cátedra frente al restricto sistema entonces en vigor. No entendía que esa libertad sirviera para cambiar por otro el color dogmático de las sotanas de los clérigos que marcaban la pauta tradicional de la enseñanza. Al adalid del liberalismo escocía la idea de que el pensamiento despuntante de la nación estuviese sometido a la norma oficial que marcaba el credo eclesiástico. Frente a éste quería la presencia de una cátedra libre de toda injerencia orientadora del oficialismo. ¿Cómo concebir espíritu de libertad cuando las voces que han de dirigir el proceso educativo surgen fatalmente de sólo un ángulo de la opinión filosófica de la sociedad? ¿Es racional y democrática la

concepción de un Estado que persiga medios para defenderse de lo que piensen y sientan los miembros que lo integran? ¿No es, en cambio, su finalidad esencial proteger el pensamiento y la voluntad de las personas que lo integran? ¿Es él, acaso, primero que la sociedad? ¿No es su fin el ordenamiento de la libertad y el justo equilibrio de los derechos de sus componentes? ¿Puede, en razón del sufragio mayoritario que favorezca a los ciudadanos que le sirven de órgano de expresión, aplastar a los grupos que difieren en nombre de la libertad que por esencia les asiste?

La ley que se ordene a asegurar el bien común, no confunde este bienestar con el bienestar de la mayoría imperante. Comunidad es universalidad de intereses que difieren; de voluntades que pugnan, de anhelos que se diferencian, de vocaciones que se contradicen. Y el Estado democrático, lejos de acallar a la usanza totalitaria o a la moda dictatorial, las voces que disidan de la mayoría, ha de garantizarles, dentro del orden privativo de su misión, el derecho de mantener la lucha dialéctica que sirva de prenda al progreso de las instituciones y al avance armonioso de la Historia.

MEDITACION EN LA MUERTE DE PEDRO-EMILIO COLL

"Dios te aparte de la hora de las alabanzas!", era fórmula que solía usar para bendecir a los numerosos nietos la dulce abuela de cabellos canos. En la infancia feliz no llegamos a abarcar el profundo sentido protector de la imprecación, y sólo el agrio correr del tiempo vino a enseñarnos cómo la muerte es centinela que guarda el pórtico de los elogios.

Dura verdad, amarga enseñanza, nos muestra ser necesaria la total caída del individuo, para que se levanten voces que pongan de resalto y glorifiquen las excelencias de quien vivió sin recibir las palmas que acreditábanle las obras realizadas. Diríase que la sociedad, erizada de egoísmo y de crueldad, niega al hombre en vida lo que débele en justicia, para darlo, en gesto de generoso obsequio, cuando aquél no puede ya gustar el triunfo de sus propios actos. Aspera realidad de cuya existencia no podemos apartarnos, ella nos dice que los pueblos están prestos a galardonar a sus grandes hombres, siempre que éstos no aprovechen, siquiera sea en la intimidad del espíritu, el goce de ver aplaudida su obra meritoria.

Ayer Caracas, encabezada por sus más altos personeros públicos y culturales, se agolpó a la puerta del Palacio de las Academias para conducir a la Necrópolis del Sur, en rico ataúd costeado por la Nación, el cadáver de Pedro-Emilio Coll. Todo lo que más vale en esta grande y noble ciudad, cuya alma y tradición guardaba en el espíritu, como en cofre primoroso, el muerto ilustre, se dió cita para la función del homenaje.

Ya había sonado la hora de la alabanza definitiva. La muerte había tañido su lúgubre trompeta con el anuncio de haber resuelto llevarse del mundo de los vivos a uno de los más grandes valores de la cultura nacional. Era llegado, pues, el momento de honrarlo en forma espléndida. Ya estaba muerto. Requeríase que la absoluta inanidad hubiera hecho presa de la mano que manejó como diamantino buril la pluma diestra y que la sonrisa hubiera volado de sus labios, siempre abiertos a la más agradable y educadora plática, para que se alzasen de todos los ángulos sociales las voces apoteóticas. Millares de hombres y mujeres acompañaban el féretro, cubierto de odorantes flores avileñas, y sentían en el fondo del espíritu que estaban rindiendo homenaje justiciero a uno de los más valiosos ciudadanos de la república. Recordaron todos con gratitud patriótica que en las páginas de Pedro-Emilio Coll había salido el espíritu de Venezuela a llevar recados de belleza a otras porciones del mundo civilizado. Todos meditaron con orgullo en los elogios que la crítica extranjera tuvo para el ingenio del gran sensitivo que jamás volvería a hablar. Sintieron todos a una la complacencia de haber sido testigos de la vida ejemplar del humilde maestro fallecido. Cada quien sabía que realizaba con su actitud contrita un acto de solidaridad con la gloria patrimonial de la nación.

Cuando, dormido e inerme, viajaba hacia la tumba, en suntuosa caja de madera, el varón esclarecido, Caracas regustó el orgullo de ser madre de hijo de tamaños méritos. La muerte le había abierto los sentidos de la comprensión y había puesto en sus labios maternales el metal de la plegaria. Jamás la ciudad, de nuevo estrujada por el dolor de la maternidad, tuvo inquietud alguna, cuando bajo el ardiente sol canicular y oculto en el sencillo y descuidado traje, Pedro-Emilio Coll hacía larga espera entre la anónima fila de modestos ciudadanos que aguardaban el omnibus de medio día, para reintegrarse a la paz del sencillo hogar. Año tras año a la puerta del Palacio de las Academias, Pedro-Emilio aguardó mañana y tarde el único transporte que le permitía su habitual pobreza. Esperó año tras año su hora, a la misma puerta donde ayer se alzaron los hombros de los amigos para llevarlo en rica caja a la mansión del perpetuo silencio. Desde ella vio pasar, con mirada indiferente, a la misma muchedumbre que aguardó su ausencia eterna para honrarlo. Mientras los hombres pasaban alegres y contentos, en suntuosos coches

habidos de cualquier manera, él, también indiferente a los vaivenes externos de la suerte, se acogía al asilo profundo de su castillo interior, lleno, según sus propias palabras, de criptas sonoras y de fuentes cantarinas. Meditaba, meditaba el fino filósofo que tuvo por hermanos a Montaigne y a France, en la vanidad de la vida y en el indomable egoísmo de los hombres, y como nunca fue proclive a la amargura que destruye el ánimo, con su risa perenne reservó la luz de su espíritu para quienes con él aguardaban la incomodidad del colectivo. La fatua abundancia le hacía recordar cómo la enseñanza kempiana dice que la bendición de Dios cae en los cálices vacíos. Los honores de la gloria le dieron billete en barca de oro y ha quedado desierto su puesto permanente en el omnibus del Conde. ¿Por qué no coloca el colector un ramo de rosas en el sitio donde viajaba Pedro-Emilio Coll antes de que para él sonara la hora terrible de las alabanzas?...

LA LECCION DE JOHN DABELLO

Por la puerta anciliar de nuestra casa llegaba todas las mañanas la alegre figura de John Dabello. Hace de ello más de veinticinco años, y su facha amable vive en mi memoria como un recuerdo más de la alegre y semilatina metrópoli del Missisipi. Cuarenta años llevaba Dabello de vivir en Nueva Orleans. Primero había estado en Chile, donde adquirió un español, que no logró diferenciar de su nativa parla siciliana. Había ido al Norte en busca de fortuna, mas ésta no sonrió para él como sonriera a sus paisanos los Baccaros, magnates bananeros, y a los Solaris, señores de la abacería. Dabello, después de fracasar en varias empresas, había tomado el rudo oficio de distribuir en invierno carbón para la amorosa chimenea y durante el verano el refrescante hielo para la caja refrigeradora. El *iceman* todavía era en el Norte una institución urbana, hoy desaparecida por la difusión de las neveras eléctricas. En una modesta casita de madera, ubicada en Carondelet Street, cerca de la ancha avenida Saint Charles, donde yo habitaba, tenía su tienda el viejo italiano. En ella la mujer, trabajadora y metódica, como buena inmigrante, expendía las deliciosas ostras y los rojos pargos, que los hijos pescaban en el proceloso Lago de Ponchartrain. Contento, chupando su inseparable pipa de roble, Dabello amanecía en nuestra casa con las cristalinas barretas de hielo. *–Morning, Mister Consul! I'll come back at noon.* Y a medio día regresaba con su misma sonrisa de resignación y de alegría, para reemplazar el hielo derretido por el excesivo calor.

Al cabo de un año, Dabello formaba parte de nuestra casa. Su visita no era ya la simple visita del vendedor que distribuye mercancías

mecánicamente, sino la del vecino que refiere los pormenores del barrio y la del hombre que participa la añoranza de la Patria lejana. Un día Dabello había llevado mi hijo recién nacido, para que lo conociera su mujer. Como el viejo tardara en regresar y había llegado la hora de que el niño tomase su alimento, fui a la casa de mi *iceman.* En anteriores ocasiones apenas me había detenido en el áspero mostrador, donde se ofrecían al público los pargos, los cangrejos, los camarones y las ostras, y donde había en invierno leña y carbón hacinados. Esta vez el viejo, con la más amable sonrisa, me invitó a pasar al interior.

Traspasada la puerta del tenducho, mi sorpresa fue enorme. Me hallé en un ancho *hall,* aderezado con modestia y gusto. Lo primero en llamar mi atención fue una magnífica pianola eléctrica, a la moda en aquellos tiempos. Decente alfombra de lana cubría un rinconcito, donde dos muelles butacones ofrecían descanso amable. Una graciosa araña pendía del techo. Muebles cubiertos de buena tapicería lucían en medio de la sala, alrededor de labrada mesa, donde reposaba una graciosa estatuilla. En el rincón frontero, una pequeña biblioteca y confortable *chaise-long,* a la que hacía par elegante lámpara de pie, con pantalla roja, de muy buen gusto. El chico estaba en el interior, y pude así pasar por los dormitorios, tan bien amueblados como el *hall,* hasta llegar al *dinning-room,* donde hallé muebles sencillos y limpios, de bastante apariencia.

Me había adentrado en la vida íntima de la familia Dabello. Estaba en el *home* acogedor, en el hogar sereno, donde se convertían en paz y comodidad los sacrificios del padre, de la madre y de los hijos. En la calle el viejo *iceman* trabajaba como obrero modestísimo: pobre la indumentaria, desaliñado el porte, sucia la apariencia de quien no pensaba sino en obtener un mayor rendimiento de su constante afán. Pero había una finalidad clara en aquel modo de vivir. El hogar, la vida interior de la familia, donde eran compensadas con creces las angustias y las fatigas diarias. Poco importaba a los Dabello el juicio callejero que se formaran quienes mirasen el exterior de sus personas. Ellos tenían su mundo profundo, lleno de paz y de deliquios, donde sentían la dignidad de sus propias vidas.

El reverso de estas vidas ordenadas a la natural satisfacción de lo justo humano (libertad de compromisos, mesa completa, rincón de familiar deleite, cómodo descanso y grato abrigo), lo hallamos a la continua en nuestro medio, desprovisto de lógica y de método. ¡Cuánta empinada gente miramos a diario en los teatros y saraos de nuestra alegre capital, las damas luciendo ricas pieles y luminosas joyas, los caballeros de punta en blanco. El coche a la puerta de la casa; listo el presente para festejar las amistades. Y sólo no se diga ello de la clase media. El obrero se excede de sus medios; fuma cigarrillos Chesterfield o Camel y calza zapatos de dos tonos. Juega al 5 y 6 y gasta más de su salario en convidar "Cuba libre" a los amigos. ¿Y el interior de la casa de ambos? Mírelos quien quiera y seguramente encontrará mediano y escaso el mobiliario, la higiene nula, la mesa apenas con los "duelos y quebrantos" de la semi-abstinencia sabatina del Caballero de la Triste Figura. Luz no la hay siempre, porque a menudo la cortan los empleados de la empresa. Las ropas de cama desproporcionadas con las que lucen por las calles, donde han de topar con las relaciones de amistad. Se divierten y aparentan posibilidades, a costa de su propio sacrificio, nuestras gentes. Para ello están abiertas las fauces sonrientes del agiotista y las puertas insinuantes de la casa de empeños, cuando la cuenta de la tienda o de la botillería no soporta nuevos renglones.

Vida disparatada de inmodestia, que a más de la economía privada, desquicia la economía social y la propia economía biológica de la nación. La incognita dolencia que agobia a nuestro pueblo, y cuya etiología perspicaces higienistas hallaron en la subalimentación general, no sólo tiene su razón en la carestía de los artículos reclamados por una dieta racional, sino en la propia falta de sentido común con que vive nuestra población. Abundan los hombres de entrañas de hierro que, con la complicidad o a la vista gorda de las autoridades, han acaparado el azúcar, la leche, la harina, el arroz y hasta la lumbre, pero al lado de estos ladrones disfrazados de caballeros, hay una inmensa mayoría de personas que sustraen de sus propias posibilidades para adquirir el pan necesario y el requerido abrigo, el dinero que les proporcione la satisfacción de hacer una vida de apariencia y francachela. Prefieren, antes que satisfacer el hambre natural, la complacencia de una frívola vida de engaños, como el estirado caballero que en el *Lazarillo,* luciendo

espada y sombrero emplumado, paseaba su ocio por atrios y callejas, para después, con remilgos de estudiada indiferencia, compartir con el criado solícito las sobras que éste recogía entre vecinos generosos.

Hay en realidad una profunda diferencia en los medios de vida de nuestras distintas clases sociales. No sólo se califica la democracia desde el punto de vista de las garantías de la libertad y de la igualdad, así sean éstas el primer peldaño y la piedra angular del gran edificio de la república. La democracia también se mide en el caldero. Ya lo hemos escrito en otra parte: mientras mayor uniformidad exista en la dieta del pueblo, mayor será el grado de su democracia. Precisa una lucha tesonera que levante el tono económico de las clases hoy llamadas pobres. Urge educar a éstas en el camino de que sepan guiar sus propios pasos en la labor niveladora. Urge, también, convencer a los ricos, con la cristiana palabra de León Bloy, de que están hechos para distribuir su riqueza a los indigentes y que el mayor servicio que puede hacerse a sus miserables almas, es el determinarlas a cumplir su deber de intendentes del Dios de bondad. Pero urge, ante todo y sobre todo, crear un sentido de lógica vital en el pueblo que se quiere mejorar. Interesa despertar la misma conciencia del vivir cívico. El método, la cordura, el acierto que hagan razonable nuestro esfuerzo y nuestro anhelo de mejorar, y que justifique la propia acción del Estado frente a los señores absolutos de los medios de producción y abastecimiento. Acaso para la formación de esa conciencia dirigente sea provechosa la lección de John Dabello.

NOTAS PARA UNA BIOGRAFIA DE DON FULGENCIO

En uno de estos agitados días caraqueños he tenido la gratísima sorpresa de topar en una de las esquinas de la Plaza Bolívar con Luis de Austria, mi viejo amigo y compañero juvenil de letras. A decir verdad, yo le daba por muerto, y difícil me fue conocerlo de primera intención. Más de treinta años hace que no nos veíamos. Ambos hemos cambiado lo suficiente para ser hoy personas sobradamente distintas de lo que fuimos en la lejana provincia donde discurrió nuestra infancia. Luis ha viajado mucho por los largos caminos de nuestra bárbara América y ha hecho una regular fortuna como agente de negocios. Pero así le hayan corrido buenos vientos y sea así hoy persona de holgados caudales, no ha descuidado sus viejas debilidades literarias y sobre todo su pasión por la historia. Me habla de algunos ensayos publicados bajo otro nombre, pues si bien conserva pasión por la literatura, se ha desvestido la penosa vanidad de las letras de molde. Sus trabajos no le han dado ni fama ni dinero. Escribe porque sí, y cuando da algo suyo a la prensa, lo hace de gracia y con postizo nombre.

Luis me ha confesado en la forma más ingenua que se ocupa actualmente en escribir la biografía del célebre personaje que tanto ha divertido a nuestro público en las tiras periodísticas, bajo el nombre de Don Fulgencio. Casi ha hecho una pasión de la búsqueda de datos para acondicionar la sencilla vida del inocente solterón que pone sonrisas mañaneras en labios de viejos y de niños.

–Pero si eso es mera ficción del dibujante, mi querido Luis, le digo en tono que evite la burla de mi sorpresa.

–Te crees tú, pero no es cierto. Don Fulgencio es un tipo real de la vida, cuyos datos principales he logrado obtener con penosa diligencia. Yo lo conocí en Mar del Plata, durante una alegre temporada de playa, y si bien no tuve oportunidad de acercarme a él, pude, en cambio, obtener noticias preciosas sobre su existencia.

–Cuenta, cuenta lo que sabes sobre Don Fulgencio, le agregué curioso.

–Pues verás. De Fulgencio en realidad no se sabe quienes fueron los padres. En alta mar nació de una inmigrante sueca, que al dar vida al hijo perdió la suya. Cuando el buque atracó en Buenos Aires, el chiquitín fue internado en un orfanatorio, donde monjas asuncionistas cuidaron de su infancia desvalida, hasta que un estéril matrimonio rico lo adoptó por hijo y le dio nombre y apellido criollos. Claro que en el hogar adoptivo el niño creció sin adaptarse al genio de los buenos padres. Sencillo y tímido, prefería los juegos con niños de su propio temperamento, y cuando fue a la escuela, si bien mostró aptitudes para los números, mayor inclinación manifestó por los cuentos de brujas y consejas de comadres. Nada era tan fácil como aterrar al asustadizo Fulgencio. Bastaba que el compañero cubriese el rostro y le gritase bu, bu, para que el niño saliera a la estampida. A la edad de recibir la primera comunión, no se conformó con hacerla una vez, sino porfió por ser preparado para tomarla con igual pompa en nueva ocasión. Cuando los compañeros de colegio supieron esta gran aventura de Fulgencio, lo llamaron "el niño que hizo dos veces la primera comunión". Después de graduado de bachiller, sus padres lo hicieron seguir un curso intensivo de contabilidad, a fin de que entrase bien provisto de defensas en el manejo de la cuantiosa fortuna. Y lo hizo tan bien, que los caudales, lejos de mermar, crecieron, pues Fulgencio jamás ha gastado algo superfluo. Nunca ha invitado a un amigo sino a tomar sorbetes. Para halagar su vanidad, los "pájaros bravos" que conocían su genio, lanzaron en cierta ocasión su candidatura para Alcalde, mas, cuando fueron a solicitarle dinero para la campaña electoral, Fulgencio les pidió fianza segura y buenos réditos para poder entregarles la requerida cantidad. Claro que no hubo candidatura, y él, entre risas, manifestó que prefería la quietud de su oficina al riesgo de que sus dineros desmejorasen. Sin embargo, cuando

triunfaron sus amigos, éstos lo eligieron Síndico del Municipio, y su primer acto fue proponer una ordenanza que prohibiera matar las moscas, animalitos de Dios, decía, que tienen derecho a la vida como el más armado de los guardianes del orden público.

Cuando Fulgencio entró en el goce pleno de la fortuna de sus padres adoptivos, fue objeto de grandes manifestaciones de aprecio y la Compañía de Tranvías Eléctricos lo promovió a la Presidencia de la empresa. Fulgencio recibió con desabrimiento la noticia y manifestó a los amigos que él tenía horror a todas las presidencias y que prefería el ocio que le aseguran sus bienes a tener que entenderse con gente que podría enredarlo en un género de actividades para las cuales no estaba preparado. "De los tranvías me gustan los cupones y viajar en la plataforma de atrás, desde donde se mira mejor el paisaje", respondió en medio de grandes carcajadas.

Su timidez lo apartó siempre del trato con mujeres, y si bien admiraba frenéticamente la belleza femenina, prefería hacerlo en retratos. Su habitación estaba llena de fotografías de las más bellas artistas de la localidad, y sentado en muelle silla, entregábase por largas horas a contemplar las numerosas dulcineas que adornaban las paredes. "Qué bellas son todas, pero a ninguna quiero tanto como a Ofelia", le oyó decir en cierta oportunidad una de las criadas.

Su única debilidad afectiva ha sido el travieso Tripudio, buscado por él en el mismo orfanatorio donde discurrieron los años de su infancia. Pero en la adopción hubo algo curioso: como era célibe, no creyó prudente y honesto admitirlo como hijo, sino como sobrino. El Código Civil no contemplaba el caso, mas con su dinero logró que dos famosos juristas creasen una teoría que permitiese al juez conceder la adopción del sobrino. Tú sabes que el dinero ha servido para la elaboración de las más curiosas figuras de la ley y que por dinero los abogados acomodan a la justicia la más abarrancada barbaridad.

Pero en la vida de Don Fulgencio, agrega mi amigo, hay una profunda equivocación. Jamás he llegado a explicarme por qué se le llama "El hombre que no tuvo infancia". Todo lo contrario: es el hombre tonto,

bonachón, inocente y sólo listo para los negocios, que se quedó en la infancia. Los años han corrido sobre su robusta humanidad, y nada le han dejado de la amargura con que se teje el bajo lizo de la vida. Es el eterno niño que prefiere la simpleza de los fatuos a la malicia cuotidiana con que el hombre adoba sus actos y procura ganar a costa de los otros los mejores puestos de la sociedad. Todos ríen de él. Todos lo saben simple. Todos lo miran degenerado. Pero Fulgencio jamás ha mentido. Fulgencio nunca se ha negado a escribir las palabras que enunció al amigo. Fulgencio no ha prestado su callar contra los inocentes ni ha dado su palabra para comedias de venganza. En ninguna casa se ha llorado a cuenta de Fulgencio. De contraste le sirve el amargo sobrino: hombre precoz que se adelanta al goce de la vida y al ejercicio de las pequeñas aventuras que envenenan el espíritu humano. En el primer ciclo de la vida franciscana, Fulgencio habría podido dialogar a sus anchas con el bueno de Fray Junípero. Tripudio, en cambio, habría hecho cosquillas al impetuoso Elías de Cortona. Tripudio es la perversidad anticipada, puesta al lado de quien se empeña porque no huya del espíritu la inclinación por la simpleza. Fulgencio es el viejo mundo que creyó en hadas y en brujas benévolas y que empujó la aventura de los poncedeleones hasta el misterio de las aguas de la eterna juventud. Tripudio es el muchacho que descuida el oficio vulgar de mantener aseado el gabinete de los sabios, para espiar la alegre sonrisa con que los investigadores saludan la fórmula atómica capaz de aniquilar mayor número de hombres.

Cuando lo ví en Mar del Plata, se ocupaba en llenar de agua un enorme hueco hecho en las arenas de la playa. Daba gusto verle la sonrisa iluminada y escuchar los hurras entusiastas, cuando al fin la ola llegaba hasta la cavidad labrada por sus aún pueriles manos. Yo, que he sido romántico empedernido, miré en él el símbolo de todo lo que se empeña el hombre en matar con su complicada civilización. Fulgencio es la criatura que todavía se alegra con el soplo del viento, con la caída de las hojas, con el rosicler de la aurora. En su mente retardada quedan vestigios de los tiempos dorados, cuando el hombre no se había matado a sí mismo.

Le ví alejarse de la playa, y en seguida corrieron a hacerle corro una muchedumbre de chiquillos, a quienes él paga las vacaciones veranie-

gas, obsequia juguetes y convida con sorbetes bajo los vistosos paraguas del balneario. Algún día verás escrita, con todos sus detalles, la vida de este curioso superviviente del nuevo diluvio en que perecen la bondad y la sencillez como factores de la sociedad.

Cuando me despedí del viejo amigo, éste me retuvo un rato aún, con la invitación de sendos helados, sorbidos en la vecina fuente de soda, en honor y por la gloria de Don Fulgencio.

SANIN CANO Y BLANCO FOMBONA

En su casa de Chapinero nos recibe, todo vigor y alegría, el Maestro Sanin Cano. Me acompaña mi querido compañero de letras Julio Morales Lara, primer Secretario de nuestra Embajada, anhelante de conocer personalmente la recia humanidad de quien, frisando con los noventa años, conserva un espíritu juvenil y una capacidad de trabajo que a todos asombra. Podría el Maestro mantenerse en el disfrute de sus aptitudes físicas, y ya ello sería suficiente para que se admirase su resistencia; pero con tan envidiable tesoro de fortaleza, Sanin Cano permanece en el goce de una inquietud intelectual que reduce al medio la cronología común que marcan los almanaques.

Como si contase cuarenta años, don Baldomero siente el momento del mundo, no a la manera de espectador parapetado en el andén venerable de los años, sino como actor que se sabe capaz de intervenir en los problemas en pugna. "¿Y creerán esos hombres alocados que con bombas atómicas pueden asegurar una paz, que sólo es posible lograr como derivativo de la justicia?", comenta en relación con la actitud reciente de las Naciones Unidas en el caso de Corea.

No se trata en Sanin Cano del simple hecho de una memoria prodigiosa, que manejase viejos acervos de cultura. El, tanto como una inteligencia, es una voluntad en marcha. La parte sensible del espíritu, resistiendo la natural evolución que impone el tiempo, ha permanecido en la zona de la inquietud avizora y sigue el curso de los sucesos presentes, con la misma fina intuición y el mismo sentido comprensivo del más joven e inspirado de los filósofos.

A fin de hacerse más grato a nuestra conversación, el Maestro acude a sus exactos recuerdos de Venezuela. Nos habla del interés con que en las postrimerías del siglo pasado, le escribía desde Caracas José Asunción Silva, por entonces Secretario de la Legación de Colombia. A través de las líneas deleitosas del torturado cantor de los *Nocturnos,* el Maestro apreció la fecunda generación de escritores que decoraron aquella deliciosa década finisecular, testigo de "Cosmópolis" y de "El Cojo Ilustrado". Con profundo conocimiento de los hombres y de sus obras, Sanin Cano nos habla luego de César Zumeta, de Manuel Díaz Rodríguez, de Pedro-Emilio Coll, de Urbaneja Achelpohl, de Andrés Mata, de Eloy González, de Gil Fortoul, de Key-Ayala.

–De casi todos ellos fui amigo en Europa. Con Rufino Blanco Fombona, en cambio, no pude cultivar la amistad que hubiera deseado mantener con tan conspicuo representante de las letras americanas. Y luego nos cuenta su encuentro en Madrid con nuestro máximo polígrafo.

Designado el ilustre Maestro para representar en España el diario bonaerense "La Nación", el periódico "La Voz", que dirigía Luis de Araquistain, grande amigo de aquél, publicó una nota concebida más o menos en los siguientes términos: *La Nación* de Buenos Aires acaba de instalar oficinas en esta Villa y Corte, y, para dirigirlas, ha designado al judío antioqueño Baldomero Sanin Cano".

Extrañado el Maestro de la arbitraria atribución racial, visitó a Araquistain, con el fin de obtener la debida explicación del caso. Don Luis, molesto, hizo la averiguación consiguiente y pocos días después se impuso con sorpresa de que el suelto lo había llevado Rufino Blanco Fombona, quien a la vez explicó al Director que llamaba judío a Sanin Cano porque suponía que era la mejor manera de proporcionarle una molestia.

Cuando don Baldomero conoció la especie, dijo sonriendo a Araquistan:

–Pierde su tiempo Blanco Fombona. En primer lugar porque mi familia no es de origen hebreo sino gallego, y en segundo lugar, porque yo no tengo prejuicios de ninguna especie.

Mientras el Maestro refería la travesura de Rufino, pensaba yo que tal vez éste cobraba a Sanin Cano sus vínculos estrechos con "La Nación", en cuyas columnas tomaba cuerpo la ridícula y baldía campaña contra el Libertador, que en esta hora difícil de América dirige y protege el gobierno argentino, sin advertir –como no lo advirtió en 1826– que con su conducta está minando el sentido de comunidad que debiera inspirar la política de los pueblos hispánicos del nuevo mundo.

Tan arbitrario era en sus pasiones nuestro gran Rufino, que a ojos suyos el Maestro Sanin Cano resultaba comprometido, por la amistad, con los hombres de "La Nación" que contrariaban la gloria de Bolívar. Sin embargo, la violencia de esa pasión lo llevó a consagrar lo mejor de su vida y de su obra a hacer conocer en nuestro mundo la historia estupenda del Padre de la Patria, esa misma historia que admira y exalta el "judío" Sanin Cano.

EL BALANCE DE LAS INJURIAS

Tales son la acrimonia, la violencia y la ceguera con que los venezolanos nos atacamos y deshonramos mutuamente cuando vamos a las arenas del debate público, que un observador extraño y desconocedor de la verdad de nuestros métodos de lucha, llegaría fácilmente a negar la esencia de nuestros valores sociales y morales.

Quizá el mal uso de las palabras ha quitado a éstas su legítimo precio conceptual, y cuando se ensartan para la expresión de las ideas pareciera que fuese preciso buscar aquellas que aparentemente ofrezcan mayor fuerza para aniquilar al contendor. Tal es el abuso que para alabar o denigrar hemos hecho de los adjetivos, que éstos han perdido su mero valor simbólico, a punto de que el escritor recurra, para expresar sus juicios, a masas elocutivas que rompen las proporciones lógicas.

Bien está la lucha de ideas y de sistemas. Ejemplar y provechoso es que quienes disienten de sus respectivas posiciones, vayan a la prensa para contradecirse leal y noblemente. Saludable para la vida de la república es que los dirigentes de opinión expongan sus puntos privativos y censuren las actividades y posiciones que juzguen apartadas de una lógica provechosa. Pero la feria de denuestos y diatribas en que se convierten con frecuencia planas de periódicos y tribunas públicas, lejos de conducir a una equilibrada y fecunda solución, que favorezca las instituciones y acelere su progreso, lleva, por el contrario, a una situación decaída, de la cual pudiera concluirse que entre nosotros nada vale ni nadie sirve para nada.

Más que presunción, ello es fruto de una carencia absoluta de previsión moral. ¿Qué es en último examen un pueblo donde los hombres representativos se niegan mortalmente a comprender el mínimum de razón que los otros tienen para pensar, justa o erróneamente, de modo distinto al que aquéllos profesan? ¿Qué será un pueblo en que los hombres de ayer y los hombres de hoy aparecen como simples servidores de la contumelia y de la farsa?

Comunmente no se trata de un estilo de juicio sobre los problemas del momento, sino de una rijosa manera de juzgar los actos y la persona de los demás. Parece que quien tomase la pluma para enjuiciar hechos extraños, se sintiera en el disfrute de un estado de conciencia que le permitiese denostar al opositor, como si gozase de cumbre impoluta que le asegurara el monopolio de la verdad y de la virtud. Hecha a un lado la memoria de nuestros propios actos y de nuestras fáciles caídas, nos convertimos en jueces implacables de nuestros momentáneos enemigos, sin pensar que nada es tan efímero como las desavenencias que provoca la política y como los pactos de amistad que ella promueve.

Amantes de los métodos de tierra arrasada, con nuestra pluma creemos fulminar y anonadar la figura de quienes nos son hostiles, sin pensar que éstos asumirán al día siguiente la misma posición para juzgar nuestra alegre y confiada conducta del momento. Si el labriego incauto, destruyendo los tupidos bosques, ha promovido la erosión y la sequía que hacen estéril nuestro suelo, también estos taladores de hombres, con el filo venenoso de las hachas verbales, provocan un estado de erosión moral, donde parece que fuera imposible ninguna siembra de valores. Tan fácil es al ciudadano común desvestir de su prestigio al funcionario, como a los voceros dirigidos por la autoridad el descalificar hasta la muerte moral la actitud de los contrarios. Para los que militan en una parcialidad política cualquiera, no hay otros hombres honestos fuera de sus correligionarios, ni otros valores que los afectos rígidamente a sus doctrinas y propósitos. Cerrados a la comprensión de los contrarios, apenas miramos como solución favorable la que nos dicta nuestro propio interés. Lo demás no es sino simple broza, actitud fingida, interés desleal, detritus despreciable. Si sólo estuviera un bando en el goce del derecho de vapuleo, quedaría al menos en pie el grupo de los atacantes;

mas, frente a éstos están los aparentemente contradichos y destruidos, quienes a la vez tienen armas afiladas, para arremeter a su tiempo contra el implacable enemigo. Para la honda de cada David habrá siempre una honda más certera. Todo se reduce a medir el tiempo y a esperar la oportunidad de la revancha, *Hodie mihi, cras tibi:* hoy por mí, mañana por tí, se lee, como alerta para enderezar la vida, en la puerta de numerosos cementerios. Hoy eres tú el honrado y poderoso. Hoy distribuyes bulas de seguridad y beneficio. Mañana estarás en la picota y podrá escupir tu rostro el mismo en cuya indefensión hoy cebas tu ponzoña.

Y nada aprovecha la república con este permanente ejercicio agonístico. Las palabras, ya sin germen nutricio, son apenas pesadas catapultas que esterilizan hasta las propias zonas de la esperanza. El pueblo las lee o las oye como quien contempla un lucido juego pirotécnico. Cansado del abuso de las palabras, no confía en el valor de la misión ductora de la inteligencia y adhiere resignado a los desiderata de la fuerza convertida en hecho. Pero quien contemple en actitud señera el devastador debate, llegará fatalmente, por culpa de los actores ofuscados, a la conclusión pesimista de que todo está perdido y que nada bueno puede esperarse de una sociedad donde, por la apariencia aniquiladora de la lucha, no hay valores, ni sinceridad, ni desinterés, ni patriotismo en parte alguna. La propia juventud, clamorosa de ejemplos tónicos, se entregará por desgravitacion moral a la desesperanza de sí misma.

Ante este cuadro doloroso surge la urgencia de una bien centrada reflexión que nos aleje del suicidio colectivo a que tan fácilmente nos está conduciendo la carencia de sentido de proporción en la dialéctica social. No hay razón para que prosigamos ese camino ciego de negarnos sin examen unos a otros. Nuestro deber nacional nos lleva, por el contrario, a buscarnos antes que aniquilarnos. La comunidad tiene un sentido de fraternidad que obliga a mirar como propios todos los problemas, así sea el del mismo error en que caigan los contrarios. Convivencia es ejercicio que obliga a conllevar la carga extraña. Pero si nos empecinamos cada quien desde nuestra estrecha parcela, en el propósito de destruir la personalidad de los contrarios, al hacer el balance de los valores morales de la república, a base de las atribuciones

feriadas en la lonja de los insultadores, hallaríamos con espanto que, por nuestro propio yerro, se nos ha hecho aparecer ante los ojos del forastero que vigila para su provecho nuestra debilidad, como un país de simuladores, de ladrones, de ignorantes, de asesinos, de logreros y de tránsfugas, cuyos solos hombres virtuosos son los que transitoriamente ejercen desde el poder el monopolio convencional de la verdad.

SALDO
(1956)*

(*) Tomado de la 1ª edición. Caracas: Edics. Edime, 1956. 183 p.

AVISO

Algunos lectores amigos me han pedido la reproducción en cuerpo de libro de algunas de mis columnas aparecidas en la prensa hispanoamericana durante los últimos años. En Caracas, en Bogotá, en San José de Costa Rica, en Guayaquil, en Panamá, en Valparaíso fueron publicadas sin plan alguno las notas que aquí se juntan. Sin embargo, en ellas se mueve un pensamiento unívoco y una actitud constante frente a la problemática del momento. Todas ellas han sido escritas con la pluma cebada en la tinta de la esperanza y de la justicia. Desde el pequeño problema personal hasta los grandes problemas transidos de universalidad han sido por igual caldeados a la lumbre de una misma angustia.

Se me ha motejado más de una vez de excesivo idealismo. Si ser idealista es pensar con ideas cargadas de espiritualidad y desinterés, acepto de grado la imputación, ya que muchos dan en llamar idealista a todo sistema que repudie el positivismo materialista y la ética hedonística. De las vertientes que nutren el pensamiento contemporáneo, yo he buscado abrevar en las aguas cristianas.

Para muchos resultará algo tediosa la temática de mis escrituras. De contrario modo pienso yo. Creo que quienes nos decimos cristianos estamos en el deber de insistir constantemente sobre lo que significa la solución religiosa en el problema del hombre. "La Historia tendrá un fin, como ha tenido un principio, pero no en la nada, sino en el Ser eterno", dice Haecker con sencilla certeza. Ese fin real del hombre como factor de Historia impone una resonancia religiosa en el ámbito

del acontecer social. Con pasmosa objetividad apunta Charles Möeller que si hoy apenas hay cristiandad, en cambio, hay cristianos. Sobre el valor poderoso de estos cristianos, marcadores de rumbos a la problemática del mundo, precisa rehacer la cristiandad positiva, en que sea reimplantada la autenticidad de un mensaje evangélico que derrote la conspiración materialista que amenaza la civilización presente. Con toda certeza, la defensa de la cultura cristiana de Estados Unidos de América, pongamos por caso, no se prepara en los secretos laboratorios donde se desarticulan átomos de uranio o de cobalto. La defensa de la cultura cristiana del mundo estadounidense la planean los hombres que prueban los mostos fermentados en el secreto y el silencio que vigilan los cistercienses de Kentucky.

Más con voluntad de servir que con recursos apropiados a la eficacia de la lucha, he aportado el titilar de mi flaca luz en la obra defensiva de los valores cristianos. Y como creo que el verdadero aseo comienza por el barrido de la propa casa, he mirado con preferencia al problema de un cristianismo con el cual estamos en gravísima deuda los mismos que nos preciamos de profesarlo. He sostenido en todo momento la necesidad de vestir de humildad nuestra conducta para llegar a la rectificación de las directrices generales. Si nuestro mundo interior de personas y nuestro mundo privativo de colectividades cristianas no se ajustan a una realidad de enmienda y de justicia ¿con qué autoridad nos pretendemos erigir en baluartes defensivos del cristianismo? ¿Puede nuestro mundo católico hispanoamericano, pongamos de ejemplo, atribuir a la propaganda de las sectas protestantes la preparación del medio donde se hace fácil la penetración comunista, sin mirar antes a las gravísimas deficiencias que han hecho mirar a la jerarquía en alianza con las clases dominadoras?...

En el orden visible del mundo presente se debate un problema práctico de justicia, a cuya solución no se llega si antes los hombres y los pueblos cristianos no realizan un trueque en la valorización de su conducta. En realidad, la intención de Cristo no fue preparar una nueva estructura económica al mundo; mas en la doctrina cristiana asienta una perfecta teoría de justicia social, sin cuyo cumplimiento la desesperación nubla los ojos para la propia inteligencia teológica.

La universalidad imperiosa de estos problemas por nada me hace desentender de los problemas regionales de América, cuya suerte se halla unida placentariamente a mi destino cívico personal. Todo se ensambla en una realidad de búsqueda que vierte en distintos planos sus clamores.

En estos temas se juntan notas logradas a través de marchas fugaces por Italia, Suiza, Francia y España, con emociones producidas por lecturas de distintos libros. Sobre lo diverso de cielos y escrituras se impone el módulo de un pensamiento enamorado de la Belleza y la Justicia.

Madrid, marzo de 1956.

EL RETO DE CAIN

Antes de retirarse del gobierno del imperio británico y de manera extraordinariamente patética, el señor Churchill se refirió a la necesidad de fabricar bombas de hidrógeno para asegurar la civilización occidental. También el presidente Eisenhower ha ponderado en múltiples declaraciones públicas el valor de las bombas nucleares como soportes de la cultura cristiana. Según el discurso de estos encumbrados estadistas, la permanencia de la civilización estaría en razón directa de la capacidad destructiva de las armas que almacenan las potencias occidentales.

Con semejante manera de razonar se trueca clara y simplemente el plano de la problemática del hombre. Fue entendido hasta época reciente que el hombre crecía como sujeto activo de la Historia, a compás de que su reflexión gobernase el instinto. La inteligencia del hombre se expresa por medio del discurso; el instinto, por medio del hecho de fuerza. Cuando la inteligencia ha dominado el área de los instintos, la serenidad y la comprensión dan al hombre el goce pleno de sus facultades creadoras. Posiblemente si Caín hubiera tenido hábitos discursivos, habría entrado en plática con Abel y habría sabido de éste la mejor manera de ganar las bendiciones de Dios. Como Caín no pudo comprender por medio de oportunos razonamientos que Abel, mientras cuidaba los rebaños, tenía el pensamiento puesto en el Altísimo, lejos de enderezar sus actos hacia la conquista de una fecunda realidad espiritual, que influyera aun en la misma prosperidad de los sembrados, resolvió heroicamente el problema de su inferioridad ante el hermano por medio del fácil expediente de arrancarle la vida.

En aquel remoto acto se hallan tanto el germen funcional de la guerra, como las vertientes donde toman aliento las grandes ideas que definen al hombre, ora como desarrollo de fuerzas espirituales, ora como sistemática de impulsos producidos en el plano del instinto. El evangelio de la vida instintiva predicado por Freud tiene su primer acto en el impulso fratricida de Caín. (La caída de Adán fue un acto de soberbia reflexiva, que colocó el ansia inquisitiva sobre la fortaleza del deber). Posiblemente, la formulación marxista de la Historia como mero proceso económico, tenga también su expresión inicial en la avaricia de Caín. Tal vez Caín y Abel no habían tallado aún la piedra y se servían como utillaje de pequeños maderos y de huesos incultos de animales. Con la mera quijada de un asno asestó Caín el golpe al hermano inocente. La primera arma fue, pues, un arma pacífica, impoluta, desprovista en sí misma de dimensión mortífera.

Entre los móviles criminales de Caín es necesario, también, no olvidar un oculto propósito de beneficiarse con el trabajo de Abel. No sólo debió de sufrir Caín carencia de bendiciones, sino, además, falta de voluntad para el trabajo. Caín debió de haber sido perezoso. Caín seguramente trabajaba menos que Abel y, en consecuencia, sus cosechas tenían que ser más pobres que los gordos rebaños del hermano menor. Envidia a la supremacía espiritual de Abel, diligencia del uno, pereza del otro, avaricia incontenida, inocencia satisfecha, todo se conjugó para que Caín resolviese eliminar al hermano que mejor aprovechaba la gracia de Dios y los frutos de la Naturaleza generosa. Posiblemente, Caín hubiera podido avenirse con facilidad a su apocamiento en el orden de la gracia; en cambio, la abundancia de las cosechas de Abel mantenía en ebullición constante su apetito irascible.

En el orden moral de la genealogía del hombre, Abel murió sin descendencia. La suya es rama horra en el cuadro posible de la familia humana. Caín pareciera que hubiese asumido, con menoscabo de los otros hermanos, una especie de mayorazgo educativo del género humano. La raza de Caín, una vez sosegado éste de la persecución que el Todopoderoso emprendió contra el fratricida, hubo de hacer sentir sobre sus deudos un poder extraño. Disfrutaba de la intocabilidad con que,

para castigarlo, había distinguido al genitor el propio Altísimo. Los primeros hombres empezaron a temer a los hijos del audaz que se había atrevido a matar.

En el área del espíritu, la descendencia de Caín sobrellevaba la responsabilidad del primer derramamiento de sangre humana. Agrandado así el pecado de origen, la muerte vertió la sombra de su temor y de su angustia sobre una raza que se sentía esencialmente bajo el signo de la maldición. En cambio, en el terreno práctico de la sociedad primitiva, Caín y los suyos empezaron a ser mirados con el temor y con el subsiguiente respeto que infunden aquellos a quienes se considera capaces de matar o de hacer matar. En el radio de los primitivos procesos valorativos, todo debió enderezarse al orden de la virtud y del honor a Dios. Abel, justamente, era admirado por la gracia solemne que adquiría en el espacio la columna de humo alzada del altar de su sacrificio. La majestad de aquella airosa columna indicaba el poder de la oración de quien compendiaba la raza frustránea de los soñadores de la paz y de la justicia. Con la rehabilitación social de Caín, se impusieron, en cambio, sobre los altísimos valores que habían dado a Abel dimensión excepcional, los contravalores conjugados en la fuerza bruta. El hombre primitivo apartó los ojos de todo camino enderezado a la justicia y a la paz y miró hacia el terreno del éxito inmediato que aseguraban los más fuertes. Para ganar la gracia de los cainitas, se comenzó a alabar la violencia y a menospreciar las virtudes que la contradicen.

El Antiguo Testamento es historia constante de luchas entre ambas actitudes: el pensamiento rendido de Abel y la victoriosa voluntad de Caín. Cuando los patriarcas hablan a Yahveh, repiten las piadosas palabras de Abel. Hay paréntesis iluminados que hacen pensar en la vecindad de la hora del trueque exitoso. En el Monte de la Promesa, Abraham escucha palabras de abundancia y de excelencia. En el Sinaí, Moisés dialoga con el Altísimo y recibe normas dirigidas a ganar la plenitud perdida por el primer crimen. La promesa, en cambio, tardará para realizarse, y los grandes y los pequeños Profetas vocean en vano la necesidad de fijar piadosos rumbos a la conducta del pueblo elegido.

Imagen de Abel, Jesús, fue crucificado en el Gólgota para lavar con su sangre el pecado de los primeros hombres. Una nueva perspectiva surge entonces en la problemática del hombre, a quien la filosofía remozada por el cristianismo reconoce una inserción de procedencia en los propios planos de la divinidad. Amor y perdón son los polos de la esfera moral del cristianismo. Cuando se condujo a Cristo al monte de la muerte, por nada intentó detener la acción de sus feroces enemigos. Hasta el último momento fue fiel a la consigna de poner la otra mejilla cuando el enemigo abofetee. Fieles a esta consigna fueron también los grandes Apóstoles que predicaron entre hebreos y paganos la doctrina del Crucificado: Contra el odio, el amor; contra la violencia, el perdón. L'esprit de Christ's oppose a tout violence, meme en face de l'hostilité, escribe el ilustre teólogo Lecler en su "Histoire de la Tolerance".

Cuando el cristianismo salió de las catacumbas con Constantino, hubo quienes tomaron la Cruz por símbolo bélico y la pusieron como marca en el pomo de las espadas. (Cierto que no vivieron los cristianos primitivos en los famosos subterráneos funerarios de la campiña romana. Hoy es sabido de todos que las catacumbas apenas sirvieron de escondrijo transitorio a los primeros fieles durante las persecuciones feroces de los emperadores paganos. Mas en el campo de la literatura cristiana, la idea de una iglesia de las catacumbas ha quedado como alegoría de lo que fue la sencillez, la pureza, el candor, el infantilismo de los tiempos primitivos en que la idea cristiana luchaba –pura, hermosa, pujante- contra el instrumental feroz de los poderosos de la tierra. En la actualidad, para ponderar la fuerza de los cristianos que resisten en los países sovietizados, se habla de una nueva edad de catacumbas).

Posiblemente, en aquella época primigenia de la cristiandad el mandamiento de poner la otra mejilla para el golpe enemigo tuvo su correlato en una diversa conducta. Se pensaba entonces, de acuerdo con la enseñanza de Lactancio, que la defensa de la religión no se hace matando, sino muriendo por ella; no por medio de la crueldad, sino por el ejercicio del sufrimiento; no por la práctica del crimen, sino por el vigor de la fe y de la caridad. Para que el hombre se allane a dejarse golpear impunemente por segunda vez, serían necesarios juicios de valor que trocasen los conceptos de agresividad y de cobardía. En el orden

cristiano hay una verdadera trasmutación de conceptos, por lo que dice al comportamiento de los hombres. Cristo probó, con sus breves y densas palabras y con su elocuente proceder del Viernes Santo, una absoluta consecuencia con su prédica de no-resistencia. Ejército de ángeles habría podido llamar para que defendiese su vida terrenal. Sin embargo, al que desenvainó una espada, ordenó guardarla, y la herida ocasionada en la oreja del criado del Sumo Sacerdote, fue sanada milagrosamente. (¿Ha sido, acaso, explicado en todo su dramatismo el valor simbólico de la herida infligida al siervo sumiso del Gran Sacerdote?).

Si se examina la conducta de Jesús a la luz de la presente moral de la comunidad llamada cristiana, sería preciso decir que dio vivo ejemplo de una terrible cobardía. ¡El, que era el Hijo de Dios! Cobarde, vil, despreciable y traidor se llama al hombre que no repele el crimen con el crimen. Al que sosiega el impulso antes de responder, al que estrangula en su interior el ímpetu criminal, se le mira por persona de ánimo decrépito. Lejos de ser exaltada la virtud paciente de Jesús, se alaba y premia el contravalor que la desdice. Si la sociedad condenase a menosprecio y execrara a quien golpease a otro por segunda vez, la moral que sirve de norma para la apreciativa del acto transgresional sería muy otra. Pero un poderoso sistema de valores anticristianos ha perdurado y ha medrado –y este es el gran crimen– a la vera del orden cristiano. La dignidad externa del hombre se valora a la luz de conceptos desacoplados de los principios esenciales de la doctrina cristiana. La caballerosidad, que es prenda del hombre buscador de distinción en los cuadros sociales, se la afinca a menudo sobre ejercicios de fuerza. Matar, engañar y robar se han tenido, en consecuencia, como expresión de una hombradía digna de encomio y de respeto. A la palabra reposada del santo y del filósofo se ha antepuesto el grito y la arenga de quien gobierna los instrumentos de la destrucción. Para honrar a los hombres –aun en el propio campo de la dignidad cristiana–, no se ha buscado valuar el poder de sus sueños, sino el mayor o menor brillo de la marca que los hace intocables como a herederos legítimos de Caín.

La exaltación de la fuerza ha ocupado en la historia del mundo mayor espacio que la ponderación de la inteligencia. De Roma más se recuerda

a César y a Tito que a Cicerón y a Séneca. Carlos V opaca la memoria de los contemporáneos suyos que labraron conceptos de derecho humano y finas escalas para espirituales ascensos; a su lado son pocos los que prefieren el grandor de Erasmo, de San Ignacio, de Santo Tomás de Villanueva o de Vitoria. De Bolívar se estudian con mayor ahínco sus guerras que su pensamiento filosófico. El Regente Heredia poco representa durante la sombría y funesta etapa de nuestra "guerra a muerte". Encomian, en cambio, los patriotas la ferocidad de Arismendi, y los realistas la cruel conducta de José Tomás Boves. Frente a Vargas, que proclama la virtud como esencia del gobierno de la sociedad, se apologiza la audacia valentona del rebelde Carujo, que exalta el mayorazgo de la fuerza bruta. El éxito ha sido la pauta para fijar el mérito de la conducta humana. Dirigida por escribas viciosos y por sacerdotes traidores, se contempla aún a gentes sin discernimiento, aplaudir, como en la mañana del Viernes Santo, la victoria de Barrabás sobre Jesús.

Ha caminado aún más largo el hombre en su actitud de traición de los altos valores del espíritu. Barrabás y la Cruz de Cristo han llegado a confundirse en un desvergonzado proceso de defensa de los contravalores cristianos. No han faltado quienes sostengan la licitud de cualquier guerra para el mayor brillo de la Cruz. De aquí a predicar lo contrario no hay sino un breve salto. Con acelerar la marcha discursiva, se llega a predicar que la Cruz debe prestar su apoyo a la causa de la guerra. Cristo inocente haría milagros para el festín de Barrabás. Con tanta seriedad se han hecho los planteamientos del caso, que se moteja hoy de romanticismo enfermizo a quienes se empeñan en la defensa de una idealidad cristiana. Se ha querido confundir la fe con la técnica misma que emplean los conquistadores de áreas de influencia en el orden del mundo material.

Esta profunda trasmutación de valores hace que la sociedad humana agonice en medio de una de las más espantosas y aporéticas crisis desatadas en la Historia. Mientras más ha avanzado la técnica, mayor ha sido el compromiso de los sabios con la causa de la muerte. Una parábola de extraordinarios logros ha descrito el pensamiento del hombre occidental desde Parménides hasta Einstein. Demócrito, Aristó-

teles, Alberto Magno, Tomás de Aquino, Copérnico, Descartes, Leibnitz y Kant son coactores gloriosos en el drama tremendo de desatar las fuerzas encerradas en la minúscula estructura del átomo. Si Einstein llegó a la fórmula terrible, el esfuerzo de los grandes filósofos había formado la cadena discursiva que permitió el arribo a la conclusión vencedora. Sin embargo, olvidado de que fue él mismo quien impulsó al presidente Roosevelt a que Norteamérica ganase a Alemania la carrera atómica, Einstein murió llamando locos a los hombres que se empeñan en utilizar la fuerza nuclear como instrumento de guerra. Un traslado realista de la presunta angustia de Pandora por haber revelado el secreto de su caja maldita.

Apresado el misterio de la energía creadora, el hombre irreflexivamente se volvió contra sí mismo y construyó los instrumentos cuyo anuncio ha terminado por producir el estado de crisis concincial que sirve de fondo al drama de la hora. Según lo anuncian las más autorizadas voces del momento, el mundo cristiano necesitaría el respaldo de bombas que le aseguren la inercia del enemigo. En un último análisis, se llegaría con tal lógica al extremo monstruoso de hacer asentar el porvenir del cristianismo sobre una absurda capacidad de amedrentar con armas mortíferas. Aceptado este falso supuesto, se concluiría por admitir que el amor vivificante predicado por Cristo, cede su sitio, como factor constructivo, a las fuerzas del miedo mortal que detenga los odios.

Una sociedad cuyo equilibrio descanse sobre la capacidad de provocar miedo físico, es la negación de todo sentimiento cristiano. Bien está que se soliciten medios para anonadar el ímpetu agresor de la revolución atea. Mas la manera de hacerlo parece que debiera afincar en los propios valores que estructuran la doctrina y la prédica del cristianismo. Donde reinen la justicia y el amor, por jamás prosperarán los odios. Para rendir el peligro del materialismo ateo que amenaza al mundo, no juegan papel seguro sino los instrumentos que pongan en práctica el amor predicado por el Maestro. En alguna hora de trágica necesidad sería indicado acudir a la técnica defensiva de la fuerza, mas el triunfo de ésta nada representaría si no la siguiese un retorno a la quebrantada concordia, en función universal y cósmica, donde puedan crecer los valores eternos del espíritu.

En un mundo de justicia y de concordia carecería de posibilidad toda tentativa de desfigurar la fisonomía de la cultura cristiana. Si en el campo contrario prospera una agresiva propaganda, afincada sobre el hecho innegable de la injusta distribución de los bienes del mundo, pareciera más al propio segar de raíz la voz que alienta la revancha y propender a la creación de métodos de vida que se compadezcan con la dignidad de los pueblos y de los hombres. Denominar cristianos a sistemas de explotación del hombre por el hombre y a regímenes que sólo tienen por fin la salacidad y el lucro de las autoridades, es negar en su más auténtica vertiente las esencias del cristianismo y contribuir a que éste sea confundido con el orden de la iniquidad.

La defensa de los ideales constitutivos de la llamada civilización occidental precisaría fundarla sobre murallas distintas de las murallas bélicas. Para ganar la batalla a los enemigos de nuestra cultura, necesitamos previamente convertirnos en agentes creadores de esa misma cultura. Sin erigirnos en constructores de lo que pregonamos, de nada valdrán los más perspicuos razonamientos. Sin respetar la realidad del hombre, poco precio alcanzan los programas de quienes se dicen interesados en salvar los valores del espíritu. Cuando el hombre, en su plenitud gozosa de bienes morales, deja de ser el objetivo principal de una política, puede y debe decirse que ésta contradice toda lógica enderezada a la realización del bien común. Es anticristiano decir que el orden político no persigue primariamente la realización de la justicia y de la libertad, sino el aseguramiento de las urgencias económicas. Es estúpido juzgar una política por la cortina de ladrillo con que se ocultan los crímenes perpetrados contra la dignidad de las personas.

Frente a la supervivencia imperiosa del espíritu de Caín, y así se haga menos sensible para el bulto de la experiencia, vive, sin embargo, el desamparado espíritu de Abel. Puede que tenga más relieve la injusticia y que el crimen parezca contar con mayor número de adeptos. En el orden práctico de la sociedad tiene, en verdad, éxito más fácil el que golpea al inocente, que quien recibe la agresión injusta; también tiene mejor acogida el ladrón que presume de señor con los dineros robados, que la víctima infeliz del latrocinio. En los tribunales de la justicia ordinaria suelen hacer papel de jueces graves señores que deben su falso

prestigio al ocultamiento de un delito de sangre o a la participación en robos de una u otra especie. Hay, realmente, una trasmutación de conceptos por donde logran aparente legitimidad los contravalores que nutren el orden de la iniquidad reinante. En el área misma de ciertas categorías consideradas cristianas, gozan preferencia circunstancias enderezadas a asegurar la dicha, sobre los angustiosos temas que toman como presupuesto de trabajo la salvación de un vivir que se completa con la propia idea de la muerte como sentido de liberación y de plenitud.

Mas así se vista de aparente oropel y pague así bendiciones sacrílegas, el orden falso terminará por ser desnudado de su parte adúltera y se presentará como realidad de crimen. Para acercarnos a la aparentemente inasible allendidad de la justicia, la voz de la verdad se hace camino y gana paso a paso la deseada autenticidad. La levadura que el cristianismo sumó a la moral antigua, puede que aparezca desvirtuada en muchos casos y puede que haya sido aprovechada para hacer leudar amasijos cargados de veneno. Su esencia permanece, empero, inalterable en pureza y en poder germinativo. Se hace, es cierto, mal uso de su nombre, mas no decae por ello su fuerza regeneradora. En el equilibrio del mundo es voz permanente que busca oportunidad de hacerse sentir, a fin de que el hombre reconquiste el nivel de sencillez, de moderación y de plenitud que lo acerque a la trascendencia divina.

Vigente en el orden de los hechos externos está la funesta dogmática de Caín. Sin que la escuchen oídos fatigados por las voces del crimen y del pecado, también dura el metal apagado de la palabra de Abel. La vigencia del cainismo tiene autoridad aparatosa y aplauso ensordecedor. La presencia del verbo de Abel requiere sentido agudo para poderlo sentir. Más que esperanza en su fuerza creadora, reclama vigilancia y aguante. Sin desesperar, esperar con fe pánica el resurgimiento de lo que pareció rendido. La gracia de Cristo reside más en perderse los hombres para el reencuentro definitivo, que en la abundancia de falsos dones. Sobre estas premisas se hace fácil mirar el progreso de la idea cristiana, aun a través de las densas humaredas de las bombas nucleares que al presente la niegan.

Trasladada al orden de la moral la concepción de "reto y respuesta" que Arnold Toynbee utiliza para explicar el curso de la Historia, puede decirse que el reto de Caín, si en verdad está vigente, tiene su respuesta en los juicios de valor que sirven de escala a los procesos morales, estéticos y religiosos, sobre los cuales adquiere autenticidad el hombre como factor de cultura. Si Caín aparece como signo visible en la Historia Universal, es Abel, en cambio, como anticipada figura de Cristo, quien retiene el secreto del curso del mundo. En una concepción dualista del proceso del hombre, el fratricida representa la parte material que ha logrado imponer un falso predominio. La moral de la cantidad tendría en él su más egregio y antiguo personero. Abel es el espíritu apacible y desgarrado que, después de ganar las cimas titánicas del profetismo, se conjugó con la gracia apacible y salvadora del Verbo de Dios. En apariencia, el triunfo antiguo fue de Caín sobre Abel. También para el habitante vulgar de Jerusalén el Viernes Santo triunfó Barrabás sobre Jesús. Sobre el engañoso aspecto de estos triunfos, el éxito momentáneo ha destilado licores sutiles que emponzoñan la conducta de los hombres.

Marcan ambos –Abel y Caín– las dos vertientes definitorias del valor del hombre: Abel, en el comienzo de la vida social es como la palingenesia del Adán sin pecado; Caín, usa contra el hermano lleno de luminosidad regenerada, los recursos de pecado que Satán inspiró al hombre caído. El regreso a la plenitud humana, es decir, la rehabilitación de lo humano, esperaba el drama angustioso del Calvario. Desde ese día tiene peso de mayor responsabilidad en el orden de la Historia el reto de Caín...

PASTORES Y MAGOS

En diversos tonos, los viejos profetas habían anunciado al pueblo de Israel la venida del Mesías. Pese a que Isaías lo profetizó como verdadero "varón de dolores", el pueblo lo esperaba caballero en el raudo corcel de las victorias. Cuando sonó la hora feliz del advenimiento, un ángel llevó la buena nueva a humildes pastores desvelados. En medio del "sumo temor" provocado por la inesperada presencia del enviado del Señor, los pastores escucharon cómo aquél les decía: "No tenéis que temer, pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo, y es que hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor "nuestro".

Sin necesidad de aguzar el oído, bien se perciben en el relato de San Lucas las voces que dejó de grabar el historiador para el recuento evangélico. El ángel estaba, en realidad, transmitiendo un gran mensaje al pueblo. El Altísimo le había encomendado anunciar al mundo el nacimiento del Salvador, la llegada del Caudillo esperado, la presencia en la tierra del Mesías que renovaría la faz del mundo. El ángel, con fino trascendido, buscó a los más sencillos, humildes y bondadosos hombres. En la noche fría los pastores, con aguzado sentido; cuidan el sueño de la grey. Su oficio es pacífico y generoso. Viven los pastores de la abundancia de la oveja. En la primavera, el esquilmo de la lana que sobra; cada día, el ordeño de la leche que abunda. Obreros de la plenitud, su espíritu está cargado de vivencias creadoras. Por bondadosos, humildes y sencillos el ángel confió a los pastores el mensaje que traía de lo Alto. Fueron los pastores a adorar al Señor recién nacido y seguramente desde aquel día memorable miraron el multiplico de ovejas

y corderos. En el umbral más íntimo de la conciencia sintieron cómo no habría para el futuro necesidad del sacrificio pascual de los níveos corderos que el pueblo ofrecía en memoria de su antigua liberación. Con la libertad del hombre pecador, la grey ganaba también la integridad que le cercenaba la vieja liturgia. La historia de estos pastores iluminados por los primeros rayos de luz que emanaron del Hijo del Hombre, no hubo historiador que la recogiese. Hombres felices en su bondad y en su anonimia, seguramente en el recato de sus hogares repitieron la relación del milagro. Al amor de su palabra iluminada pudo haberse formado un modo nuevo de sentir la vida como realidad pacífica para los hombres de buena voluntad. Después del clímax de la Cruz, los cristianos saturados de las esencias trágicas de la Pasión, coincidieron en juntarse con estos primitivos y olvidados cristianos de Belén, alimentados ya de reflexiones sencillas sobre la mejor manera de crecer en el orden del espíritu.

El conocimiento de la venida de Jesús llegó a otros hombres por vías distintas del anuncio angélico. Los Magos, con sus cálculos audaces sobre el curso de los astros, descubrieron la estrella que correspondía al Rey de los Judíos. Eran los Magos los depositarios de la alta ciencia de la época. Sus laboratorios resumían las intuiciones y las adivinaciones que al correr de los siglos aflorarían en los sistemas extraordinarios de Copérnico, de Galileo, de Newton, de Einstein, de Planck. Al saber que había nacido el verdadero Rey de los Judíos, hicieron largo viaje para presentarle su homenaje de oro, incienso y mirra. Para ayudarse en el empeño de honrar al nuevo soberano, buscaron noticias ciertas en Jerusalén. Pronto Herodes conoció la tremenda verdad. El Rey anunciado por los profetas había nacido en Belén y era necesario eliminarlo del mundo de los vivos. Para evadir el peligro de la indiscreta revelación, un ángel dio orden a los Magos de que regresasen a sus países respectivos por extraviadas rutas; mas Herodes, en el empeño de segar la vida del Rey niño, ordenó que fueran degollados todos los pequeñuelos del contorno que bajasen los dos años.

El homenaje diligente de los Magos ocasionó la muerte de millares de inocentes sacrificados al odio de Herodes. Vinieron ellos a honrar al Rey de los Judíos en función más humana que divina. La ciencia de que eran poseedores no les permitía aún conocer los secretos encerrados en el

humilde pesebre betlemita. Su diligencia humana fue, en cambio, iluminada cuando atinaron a ponerse de hinojos frente al Niño divino. Posiblemente al regresar a sus tierras remotas, los Magos abandonaron los cálculos astronómicos y se dieron a buscar en el firmamento iluminado de sus espíritus renacidos, luceros y estrellas de mayor dimensión que los astros del cielo.

Si los pastores recibieron el anuncio directo de los ángeles, los Magos descubrieron el nacimiento del Señor por un esfuerzo de sus cálculos eruditos. Aquéllos guardaron la nueva en su conciencia tranquila de pastores; los otros, se apresuraron a acercarse al recién nacido poderoso para ofrecerle vasallaje. Para llegar hasta el nuevo Rey, creyeron preciso escuchar la palabra de los dominadores de la tierra, sin advertir que iban a desatar la primera persecución contra la fe arraigada en el conocimiento de la luz por ellos intuida parcialmente.

El misterio de los Magos ilumina largas páginas de la historia del hombre cristiano. Puede la disciplina científica llegar a descubrir la misma verdad que enseña por sí sola la intuición agraciada de lo Alto. Con los ángeles hablaron los pastores; los Magos supieron la propia verdad, merced a la precisión de sus cálculos. Pero mientras los sencillos pastores dejaron en los límites de su reducida provincia espiritual y para el reposado desplazamiento venidero, la verdad que les había sido anunciada del ángel, los Magos la comunicaron, para ganar fáciles caminos, con la gente del Poder. Cuando Herodes supo la cercanía del Mesías, comprendió, a la vez, que su mundo se venía al suelo. Jamás el déspota habría sabido la buena nueva de labios de los pastores sencillos, en quienes estuvo representado el pueblo. Creía él, en cambio, en las cábalas de los Magos y en la interpretación de los sacerdotes de la ley. Frente a la buena nueva, se anticipó a la conducta futura de Pilatos y de Nerón. Con Herodes se abultó el proceso tremendo de la discordia moral entre la Fuerza y la Luz. Algunas veces en el curso de la Historia la razón ha iluminado los bajos instintos que sirven de sustentáculo a la fuerza. Transitorio ha sido el equilibrio. El mundo subalterno que se afinca en la animalidad, sube, por el falso razonamiento de los sabios, hasta pretender aniquilar los derechos del espíritu. Lo que de menos humano tiene el hombre salta a menudo hasta asumir el gobierno de la propia

razón. Al poner la ciencia sus conocimientos sutiles al alcance del Poder, han surgido desviaciones tan funestas como la degollación de los inocentes y como las bombas nucleares, que mantienen hoy en estado de pavor y temblor la conciencia del mundo. Para volver sobre sus propios fueros y entrar en comunicación con los ángeles, los Magos hubieron de doblar la rodilla ante la Luz oculta en la modestia del portal de Belén. Arrodillados, los Magos ganaron el camino que los retornó seguros a sus distantes países, y ganaron, a la vez, un dominio sobre sí mismos que no habían podido asegurarles los cálculos audaces. Supieron, también, que las rutas que van al Reino han de desviarse lo más posible del trono de los funestos administradores de la fuerza. Rodilla en tierra, los engreídos calculadores del curso de los astros no vieron ni sintieron más de lo que habían visto y de lo que habían sentido los pastores simples, bonachones y absortos, que recibieron el anuncio del ángel. Arrodillados, los Magos se hicieron parte del "pueblo" bueno y sencillo, a quien venía a salvar el recién nacido Hijo del Hombre. Sumergidos en la sencillez, comprendieron que no adoraban al Rey de los Judíos, sino al Rey de los Hombres. Comprendieron, también, que la dignidad nueva nada tenía que hacer con la soberbia de los poderosos, ni con los torcidos circunloquios del razonamiento científico.

Madrid, 28 de diciembre de 1954.

EL CRISTO DE LOS ABISMOS

En una capilla de la catedral de San Lorenzo se exhibe actualmente el hermoso bronce que representa el llamado "Cristo de los Abismos" (Cristo degli abissi). El escultor Gallati, ha logrado una extraordinaria figura de Jesús. Vuelto hacia lo alto el rostro, acogedores los abiertos brazos, rectos y severos los pliegues de la larga túnica, la figura muestra una benévola sobriedad, que le da contornos primitivos. Quien sin conocer el propósito de la obra se detenga ante la sugestiva figura de Cristo, supondrá a éste en actitud impetratoria de paz para los hombres atormentados. En cambio, para captar la plena intención de la escultura, se hace necesario invertir los planos visuales e imaginarnos en lo alto y a Jesús debajo de nosotros, en espera de nuestra caída.

Esta estatua admirable no será colocada sobre monte alguno, ni siquiera sobre pedestal modesto. Dentro de pocos días será sumergida en un rincón apacible de la dulce bahía de Camogli, en la Riviera del Levante. Las dormidas y transparentes aguas del mar de Liguria permitirán a los pescadores y a los devotos de la pesca subacuática detenerse a contemplar la imagen de Jesús en el fondo misterioso de las aguas dormidas. También piensan ellos que a la hora de un infausto naufragio, en lo profundo del mar los recibirá sonriente el buen Cristo de los Abismos.

Poética y piadosa la idea de colocar la imagen de Jesús en el propio fondo de las aguas. Materializa la angustia de valores cristianos que bulle en el alma del hombre contemporáneo. La búsqueda del Cristo en bronce presagia una intención de ir tras las ideas y los conceptos que en

el orden del mundo dan realidad al Cristianismo. El Cristo inmerso de Camogli testimoniará, además, una realidad moral. Más cerca están de la presencia de Jesús los que naufragan que quienes ganan las ágiles velas que conducen a festivas playas. El segundo nacimiento lo logró Dimas en la cruz, a tiempo que Herodes el soberbio, Caifás el teólogo y Pilatos el escéptico soñaban alegres caminos de perdición en sus palacios fastuosos. Los hombres, comúnmente, no saben hacer el distingo de las vías. Cuando el individuo se coloca frente a brillantes luces, pierde seguramente el sentido de la vista. Nunca, en cambio, mira mejor que cuando en la penumbra educa la mirada. El secreto de la luz está en la dimensión que le dan las sombras. La revolución pictórica del Caravaggio no estuvo en su sentido directo de la realidad de los cuerpos cuanto en el uso maravilloso que hizo de las sombras crecidas y conformadas por el contraste de la luz. También en los abismos de las conciencias se producen juegos lumínicos, que dan sentido a las propias sombras en que parecieran envueltas y perdidas las verdades que alumbran los caminos mejores.

Buscar a Cristo en el fondo de los mares es tanto como invertir el concepto de las antiguas escalas de los místicos. San Juan Clímaco miró el problema peldaños arriba de las cosas materiales. El hombre que hoy se siente libre de los riesgos de la anti-teología del positivismo, encuentra fácilmente los caminos de Dios en los propios abismos de duda que ayer le creó hacia abajo el determinismo materialista. Cuando rompió el viejo átomo invisible, que ayer se quiso oponer al propio concepto de la creación, dio con una fuerza nueva, que si no se supedita a los valores inefables del espíritu, concluirá fatalmente por destruir el propio mundo civilizado.

La abismática conciencia del hombre presente está pidiendo que en su interior se cumpla la misma liturgia estatuaria que en breve se realizará en la mansa bahía de Camogli. No de bronce, sino en forma viva está ella clamando por el descenso salvador de Cristo, su profunda tiniebla pide una luz que dé sentido a las sombras y marque rumbos que eviten la permanencia del dolor como signo del hombre. Con este descenso de Cristo al fondo de las aguas profundas, readquiere su viejo sentido matinal el Cristo pescador de almas, que convirtió en predicadores de la

Nueva Ley a los humildes pescadores del Mar de Tiberíades. Baja él a los "cementerios marinos" en pos de los perdidos tesoros de los náufragos.

Pareciera, en realidad, que se hubiese invertido el ritmo del acontecer humano. Aun en planos que debieran considerarse excusados del contagio ambiental, se abultan los funestos compromisos con las fuerzas subalternas del mal, que regimentan pueblos y conciencias. Mas la misma profundidad del mal y el tremendo trastrueque de valores, indican la inminencia de un cambio de dirección en la rosa de los vientos de la Historia. Mientras más se acentúe la tormenta, mientras mayor sea la fuerza aporética del crimen, más y mayor debe ser nuestra fe de la cercanía del momento de la justicia, de la piedad y del acuerdo. Nuestro barco, si bien parece desmantelado y sin gobierno, salió de puerto para llegar a alguna playa bonancible. El monstruo antiguo desaparecerá a su hora de la misma manera como se alejó de su isla sombría el pájaro solitario y pesado de la égloga de Stefan George, cuando miró que se acercaban las blancas y ágiles velas donde navegaban los audaces navegantes que desoyeron el consejo de los náufragos. El mundo reclama un hombre audaz, que desoiga los consejos del miedo y vaya hacia adelante con la confianza en el triunfo final de la Justicia y del Amor.

Génova, 1954.

TRAS LAS HUELLAS DE SAN FRANCISCO

Aun sin la extraordinaria sugestión que le transmite la circunstancia de haber sido teatro de la epopeya del "Poverello", Asís reune condiciones extrínsecas que la hacen digna de la atención devota del viajero. Naturaleza e Historia se conjugan para hacer de la pequeña ciudad afortunada un milagroso lugar de intensa fuerza evocadora y de ancha emoción artística.

Asís, recostada sobre un suave declive del Subasio, es como balcón iluminado, de donde los ojos gozan la maravillosa visión del valle umbro-espoletano. Frente a la singular belleza de esta verde llanura, mejor se comprende el sano amor por la Naturaleza que fue númen del espíritu de San Francisco. La sensación de paz y de alegría que transmite una tierra generosamente cultivada y dividida, la tornó motor de su espíritu el seráfico apóstol que ilustró las primeras décadas del siglo XIII italiano. Claridad de sol; alfombra de oro y verde, formada por los retazos alternos de trigales cuajados o verdeantes; arpa divina de pájaros, que en apretadas bandadas tejen parábolas sonoras; arrullo de cándidas palomas, que hacen nido en huecos milenarios de las torres empinadas; agua cristalina, que canta en la taza de viejas fuentes; bronces alegres, que repican en los altos campanarios, todo, todo se une para transmitir una vida de alegre candor a esta ciudad deliciosa, donde parece que se hubiesen detenido los siglos, para vivir la paz profunda de un largo sueño místico.

Asís, en realidad, vive aún el siglo XIII. La ciudad da la impresión de que no hubiese contado más almanaques desde que fue santificada por el

gran milagro franciscano. Sin embargo, el siglo XIII asisiano es Edad Media enjabonada y lavada con el agua "molto utile, et humile et pretiosa et casta", del Cántico de las Criaturas. Se mantiene la integridad de los viejos edificios, se conserva el estilo primoroso de las torcidas callejuelas medievales, lucen vetustos los portales y airosos los viejos balcones, campea aún la marca de la férrea artesanía del medioevo, mas todo se conserva con un sentido de renovada diligencia y de amoroso aseo. Asís no es un montón de ruinas polvorientas, sino una vieja ciudad del año 1000, que tanto ha sabido defenderse del afán de las innovaciones como del espíritu involutivo de quienes consideran que moho, telaraña y polvo forman parte de la Historia. En la ciudad de San Francisco se aprende esta lección de buen sentido tradicionista. En otros pueblos de Italia o de España se miran vestigios venerables que denuncian el curso de los siglos. Ocaña y Arévalo en España, como Parma en Italia, pongamos por caso, transfieren una dolorosa emoción de ruina. Asís, en cambio, mantiene el aire de la tradición medieval junto con una silenciosa sonrisa de juventud espiritual. Por la ciudad han pasado los siglos sin abatirla y sin borrarle el sello de su procera antigüedad. Cualquiera adivina las edificaciones nuevas, mas éstas no contrastan con el estilo viejo. Ha habido definida intención de no desfigurar el aspecto de la ciudad franciscana, y el mismo desorientado arquitecto que dió revestidura renacentista al interior de la Catedral de San Rufino, respetó en toda su integridad la maravillosa fachada del Doscientos. Quien desde la plaza catedralicia mira los "vicoli" estrechos y llenos de macetas que suben de la parte inferior, creería con facilidad que vive un minuto de Edad Media. Tampoco ocurrió al constructor que dio destino cristiano al viejo templo de Minerva de la época de Augusto, poner mano en el severo pórtico de columnas corintias, por donde adquiere severidad la Plaza del Ayuntamiento.

Ciudad limpia, clara, encendida de flores, arrullada de palomas, cuajada de ventas que ofrecen artísticos recuerdos al viajero, Asís junta al atractivo de su historia la gracia natural de su planta tortuosa y empinada y el deleite sin precio de un ambiente de égloga, que obliga a pensar en la sencillez y en la pureza.

Para mantener el recuerdo del creador del Pesebre cristiano, Asís misma se ha tornado en gran Pesebre, donde las nuevas generaciones reviven la

vida y pasión del "otro Cristo" de la Edad Media. Transformado en oratorio, aún dura el viejo establo de la casa de Pedro de Bernardone, donde se dice que Madonna Pica dió a luz a San Francisco. Sin necesidad de la Pardo Bazán, ni de Chesterton, ni de Sarasola, ni de Sabatier, ni de Lucerna, aquí el mayor desconocedor de la maravillosa vida del Santo de la "perfecta alegría", recibe la perspicua lección transmitida por los santos lugares donde discurrió el claro vivir del Serafín de Umbría.

En San Damián pareciera que aún durase el eco de la voz del Crucifijo que ordenó al vacilante caballero la reconstrucción de la Iglesia. Pensó Francisco que se trataba de acondicionar la abatida techumbre de la iglesuela. En su humildad y pequeñez, él no adivinaba el sentido de la voz milagrosa; en cambio, Inocencio III soñaba que un humilde fraile sostenía con su débil hombro la mole tambaleante de San Juan de Letrán. Fue en realidad esa la misión del Santo, que ni buscaba el yermo de los solitarios ni fatigaba la mente con graves estudios teológicos. En medio de la tremenda crisis que atravesaban la Iglesia y la sociedad civil a principios del siglo XIII, San Francisco apareció como luz indicadora de los verdaderos caminos que debían seguir las instituciones. La herejía de entonces, tanto como la herejía de hoy, pedía acción más que palabras. Cuando las masas clamorosas de justicia se abrazaban a las consignas revolucionarias de los falsos apóstoles que desconocían el Dogma, no era remedio eficaz predicarles palabras sino mostrarles hechos. En medio de una sociedad corrompida desde la cabeza hasta los pies, era preciso un movimiento que estrujase todo el cuerpo y diese nueva actividad creadora a los ideales cistianos, estancados por la viciosa indolencia del alto clero. San Francisco logró hacerlo. La voz del Cristo de San Damián fue seguida fielmente por el nuevo Heraldo de la paz y de la confraternidad entre los hombres. En el siglo XIII el mensaje de San Francisco fue como ardiente soplo evangélico que revitalizó el tegumento paralítico de una Iglesia caída en su propia apostasía.

En Roma se mira hoy, frente a la imponente majestad de la basílica lateranense, la estatua del Serafín de Asís, con los brazos alargados en simbólico ademán de soportarla. Mas ese Francisco de bronce, mudo e inmóvil en su misión de rehacer los caminos evangélicos, pide a gritos

voluntades que le den palabra y movimiento. Que no sea una mera lección de historia religiosa, sino discurso vivo que anime una vez más los brazos de una Iglesia, que tanto pareciera aliada con los propios enemigos de Cristo como presta a detener movimientos y a callar voces empeñadas en dar realidad a la doctrina evangélica, justamente cuando su propia y brillante Cabeza se angustia por enseñar los caminos de la justicia.

Al San Francisco de bronce de la gran plaza romana es preciso oponer el Francisco que vive aún en esta maravillosa ciudad. A quienes ven en el Serafín de Umbría una simple página de Historia, bástales el San Francisco de Roma; en cambio, aquí lo hallarán, para el diálogo eficaz, quienes busquen el sentido permanente del mensaje que le confió Cristo en la penumbra de la caediza iglesia damianita.

Todo el fulgor de la epopeya antigua parece iluminar a quien persiga el sentido milagroso de la prédica franciscana. San Damián, San Rufino, Rivotorto, la Porciúncula, las ermitas del Subasio son como descansos amables en la ruta material de rehacer la vida toda milagro del gran transformador, que supo dar sentido de cristiana espiritualidad a la propia Naturaleza. Hasta las piedras hablan con fina voz en esta ciudad encantadora, donde tuvo su punto de partida el primer Renacimiento italiano. Todo es enseñanza abierta y limpia, que prepara el espíritu para la inmersión definitiva a través de los tres niveles de la gran basílica donde está enterrado el cuerpo del Santo.

Para llegar por escalas al corazón del gran templo, que al antiguo "Collado del Infierno" convirtió en "Puerta del Cielo", el viaje ha de ser de descenso material, como de humilde búsqueda socrática en el interior de la propia ánima, que persigue nuevas luces. En la Iglesia alta, la ancha lección del valle, del monte y la ciudad se recoge para hablar, en forma compendiada, desde los frescos admirables de Giotto, a los cuales el profesor Pelliccioli, el mismo que acaba de restaurar la "Cena" de Leonardo, en Santa María de la Gracia, de Milán, ha dado nuevos tonos de frescura. A través de bellas vidrieras y armónicos rosetones, luz abundante nos pone frente a este milagro de arte. El Giotto desarrolla, con la simplicidad y el carácter de los primitivos, todo el milagro

descrito por Celano. Nos hallamos, en realidad, frente a la pintura sencilla que, aun sin juego de masas y de sombras, se libera de la rigidez de las líneas bizantinas, y en la cual, como presagio de la revolución luminística de Caravaggio, ya la luz adquiere dimensión creadora en el cuadro de la verificación de los estigmas. Descendidas suaves gradas, llegamos a la Iglesia inferior. Acá la sobriedad y el recato de la luz se acercan más al sentido del Santo. Acá también tropezamos con la más antigua representación pictórica del Serafín de Asís. Al lado de los ángeles que rodean a la Virgen, Cimabúe ha pintado al "Poverello" de humilde y desairado rostro. San Francisco aparece ya glorificado por los estigmas que lo hicieron fiel espejo de Cristo. Estamos en el orden de la plástica avecinándonos al Santo. Unas gradas más y llegamos a la cripta donde se alza un altar de cuatro frentes, cuyo centro lo forma el severo sarcófago de piedra con el cuerpo del "Poverello". La rodilla más recia ha de inclinarse ante esta tumba gloriosa. En Jerusalén está vacío el sepulcro de Cristo. En el corazón venerable de esta masa de piedra duerme el más santo de los hombres que han seguido a Jesús. Estamos frente al Heraldo que predicó a Cristo en lengua que anunciaba la posibilidad de nacer segunda vez el hombre. Estamos frente al enamorado que desposó a la "señora pobreza". Estamos en el sitio donde reposa aquel sol, por quien dijo Dante que Asís debiera ser llamada oriente. El sitio de la vieja Asís, donde se echaban horruras e inmundicias, se ha tornado en cuna luminosa. Acá aprenden los soberbios cómo crece el que se humilla y cómo se hace rico quien desprecia el afán de acumular riquezas...

Caballero de la paz, artista en cuyas estrofas surge la nueva poesía italiana, profeta que anuncia la posibilidad del Reino de Cristo, iluminado amador que redime de todo pecado a la naturaleza, para responsabilizar al mundo interno del espíritu, serafín que holló estas mismas rutas materiales, San Francisco dialoga fácilmente con quienes vengan a buscarle en su pequeño mundo antiguo, en su Asís recoleto, lleno de historia y de leyenda. Asís, el Subasio, Umbría, mantienen el milagro exterior de la sonrisa franciscana. Hasta la idea de "sora nostra morte corporale" se hace amable al sortilegio seráfico. Silencio dulce adormece el espíritu de quienes visitan el viejo claustro de la Iglesia inferior, destinado hasta hace poco a lugar de enterramientos. Entre

alargados y solemnes cipreses y acariciado por ágil vuelo de palomas, un San Francisco en bronce, hecho blando por la intención piadosa, bendice a las aves y a los hombres. También bendice a la ciudad privilegiada, que ha sabido detener el curso de los siglos para ser, en medio de la verde alegría del grandioso valle espoletano, testimonio de cómo las piedras pueden lograr vida por virtud del espíritu.

A Asís y a San Francisco, Italia ha ofrecido una campana y una lámpara. Desde la torre del Ayuntamiento, la campana de los Laudes repica sus notas de alegría. En la cripta de la Iglesia inferior, frente a la tumba del Santo, día y noche arde una lámpara alimentada a turnos por los municipios italianos. Voz y luz de Italia fue declarado San Francisco. Lámpara y campana simbolizan la fuerza del mensaje franciscano. Voz y luz del mundo cristiano, también fue en el siglo XIII el fraile que supo convertirse en otro Cristo. Campana y luz, cuyos ecos y reflejos mejor se escuchan y se miran desde el primoroso balcón de Asís, donde el hombre olvida momentáneamente los lobos feroces que en Asia, en América, en Africa y en la misma Europa, dolorida y vieja, se empeñan en destruir a los débiles, so pretexto sarcástico de defender los mismos ideales cristianos.

Asís, 1954.

REFLEXIONES A ORILLAS DEL LAGO LEMAN

Sobre la torre de la prisión ginebrina de San Antonio suele ondear una bandera blanca. Cuando esto ocurre, los pacíficos habitantes de la bella patria de Rousseau saben que ninguna persona sufre restricción en su libertad personal. Ciudad donde celosamente se vigilan los derechos del hombre, sienten sus habitantes el orgullo de saber sus cárceles vacías.

Un largo proceso de educación ha creado en el pueblo ginebrino –y en todo el pueblo suizo– la más profunda conciencia de solidaridad que conoce la Historia. No sólo se sienten satisfechos de saber que jamás persona alguna puede ser aquí víctima de atropello de cualquier clase por parte de las autoridades, sino, además, paladean los ginebrinos la satisfacción de proclamar que tampoco avanzan a ocasionarse entre sí daños que reclamen la grave sanción de las leyes. Para el suizo la comunidad es una realidad viviente que crea nexos de mutua responsabilidad cívica y de verdadera cooperación humana. Sabe el suizo que la injusticia que hoy pueda sufrir su vecino, caso de ser tolerada, habrá de repetirse mañana sobre su propia persona.

Cuando el suizo defiende el derecho del vecino, se halla convencido de que está defendiendo su propio derecho. Entiende que la libertad no obra en función particular sino en el área de lo colectivo. Quien no siente en sí mismo el daño que amenaza o limita la libertad ajena, no es digno de llamarse ciudadano libre. Así disfrute de seguridad personal, es potencialmente hombre en trance de perder sus derechos, si no es ya correo en el orden de quienes quebrantan los derechos de la sociedad; por donde el pueblo suizo huelga cuando mira sobre la cárcel de San Antonio la blanca bandera que anuncia el vacío de sus celdas.

El orden suizo es producto de una larga reflexión sobre la libertad. Ginebra, justamente, fue teatro de una de las más atroces y extrañas dictaduras que conoce la Europa moderna. Producida la reforma al aire de libre examen preconizado por Huss y por Lutero, Ginebra se entregó a la férrea dirección espiritual de Calvino. Por espacio de treinta años el reformador sombrío predicó la más severa penitencia desde el púlpito de la catedral de San Pedro. La ciudad olvidó por completo su alegría antigua y se convirtió en un áspero convento, donde todo lo vigilaban los espías de Calvino. Engreído en su poder de director de conciencias, el reformador olvidó, como suelen hacer tantos demagogos tornados en gobierno, los propios principios de la nueva secta, para imponer su modo de pensar en todo orden de problemas. Cuando Miguel Servet le reconvino y le discutió sobre su extraño modo de entender la libertad, el español fue perseguido con furia malsana, con odio personal, hasta ser conducido al fuego purificador de la hoguera. Torquemada de sotana al revés, Calvino no transigió con que fuera discutida su autoridad y cuando el extraordinario Castelio le apostrofó por el asesinato de Servet, lejos de abrir los ojos, enfiló todas sus intrigas para perder al filósofo magnífico de la tolerancia.

La lección recibida en aquel tremendo período de dureza teológica preparó el ánimo de los ginebrinos para la defensa de la libertad y la piedad. Durante el siglo XVI, Ginebra pasó a ser el refugio de todos los reformados. Cuando hombres de otra fe y otras ideas pidieron después asilo, la ciudad abrió sus puertas a los perseguidos. Su exclusivismo protestante y la acerada intransigencia de Juan Calvino, se convirtieron en la generosa lección de Castelio, repetida más tarde por Voltaire en el ensayo sobre la tolerancia. (Cuando, en realidad, la tolerancia, como expresión de respeto a la conciencia ajena, hunde sus raíces en la grave patrística cristiana). Ciudadela armada contra los odios, en Ginebra cuajó una mística supersticiosa en orden al valor del hombre y de los pueblos. Por esto, en su seno la voz de las víctimas de Solferino encontró eco fecundo y en ella nació la Cruz Roja, como expresión, con alcances internacionales, del samaritanismo de los viejos monjes que habían ilustrado desde los tiempos de San Bernardo los ventisqueros y las cumbres cargadas de peligros. Cuando después se pensó en un cuerpo que promoviese la inteligencia entre las naciones del orbe, Ginebra

ofreció la mansa visión de su lago a los delegados que venían a discutir sus querellas con los representantes de los otros pueblos. Hoy, después de la quiebra de aquella hermosa utopía kantiana, queda en Ginebra, como lo único positivo que dejó el Tratado de Versalles, la Oficina Internacional del Trabajo, donde se lucha, aun contra la propia desgana de los gobiernos asociados con el anticristiano capitalismo, por hacer efectivo en el campo social el sagrado derecho de los hombres que trabajan al servicio de otros hombres.

En este sitio vivió Rolland, aquí vivió Lenin, allá vivió Mussolini, dicen al viajero las guías que le enseñan la ciudad. Cuando en los diversos países se quebrantó la inteligencia entre los hombres, los desterrados hallaron amparo segurísimo en esta tierra dulce y placentera. Cuando se la recorre en el orden práctico de la hora y cuando se evoca su extraordinaria tradición de respeto y tolerancia, el espíritu siente crecer la fe en un mundo mejor. No son los suizos oriundos de otro planeta. Por sus venas corre la misma sangre de Caín que corre por las venas de los demás hombres. No han sido ellos educados al amor de ideas extrañas a la cultura general de Europa. Tampoco están dotados de un temperamento frío, que los aleje de la inquietud de las pasiones humanas. No poseen, como la marmota, una glándula que les facilite hibernar las pasiones corrientes. Son seres como los demás seres, a quienes una generosa educación y una severa reflexión de lo humano han preparado para esta feliz convivencia, que no reclama puertas cerradas contra presuntos ladrones y asesinos. Seres humanos, como los demás hombres, que luchan, sufren y batallan, su lección no es para admirarla como paisaje riente e inmóvil, sino para tomarla por acicate de mejoramiento colectivo.

Por imitar a Suiza, Costa Rica y Uruguay han alcanzado sitio eminente en el orden de los pueblos de la América española. No es esfuerzo de cíclopes el que han realizado estos pequeños grandes países de nuestro sufrido hemisferio para ganar el paralelo con la ejemplar confederación helvética. Han empezado por cultivar la primera gran virtud del pueblo suizo. Han sabido ser humildes. El suizo no conoce la soberbia. El suizo sabe que en el orden del mundo tiene un sitio igual al sitio del vecino. Sabe, también, que este sitio estará tanto más seguro y será tanto más

placentero cuanto más placentero y seguro sea el lugar destinado a su prójimo. Sobre esta lección sencilla, generosa, cristiana de igualdad, de solidaridad y de lealtad, el pueblo suizo ha levantado su mundo moral, político y económico. No es la acción de las montañas, ni la influencia de los lagos, ni la obra de las razas; es mera labor reflexiva sobre el destino del hombre. Es fruto del pensamiento honrado de un grupo de seres que aman la paz y la justicia, con ardorosa humildad y con profundo sentido de racional convivencia. Hombres que han utilizado la experiencia del sufrimiento antiguo para cimentar sobre ella la alegría nueva. Los que aspiran a una Europa unida, podrían pensar en agrandar los cantones de la actual Confederación helvética.

Ginebra, agosto de 1954.

LUCES Y PENUMBRAS

En Ginebra y en Laussane he visitado las viejas catedrales medievales que tomó para sí la Iglesia reformada. La de Laussane es considerada como la más valiosa iglesia gótica de Suiza. No le va atrás la de San Pedro, de Ginebra. Sobre la del Vaud, la ginebrina tiene para los reformados el atractivo de haber servido de tribuna y tornavoz a Juan Calvino durante treinta años; para los protestantes, esta hermosa catedral de San Pedro viene a ser algo semejante a lo que es la basílica romana del mismo título para los católicos del orbe. No está en ella enterrado Calvino, pero en sus naves dura el eco admonitorio del discurso ascético del dictador protestante.

Suprimieron los calvinistas la vieja liturgia de sus catedrales. Para ellos sólo vale la palabra sagrada de la Biblia, leída en la comunidad de los fieles. Sus lecturas y oraciones están revestidas de gravedad solemne. Sus cantos adquieren un sentido profundo, revelador, severo.

Acondicionadas para estas sencillas lecturas y oraciones, las viejas catedrales aparecen hoy como centros vacíos y sin sentido. Las lecciones calvinistas reclaman apenas un recinto modesto, de poca altura y parcas obras. Estas catedrales fueron construidas, en cambio, para una fe suntuosa, solemne y alegre. Los ábsides, hoy vacíos, reclaman altos ciriales de relumbrantes luces. Las ojivas airosas piden espirales de fragante incienso, mientras las paredes reclaman altares estofados, con finas madonas bizantinas y Cristos primitivos, de dolorosas y sangrantes contorsiones.

Con el respeto que merecen estos antiguos lugares y con la consideración que reclama el nuevo culto que en ellos se practica, he visitado las

catedrales suizas, hoy al servicio de la religión nacional. También he visitado en Ginebra la moderna iglesia destinada al viejo culto ortodoxo de los rusos. En unas, la ausencia de todo aparato exterior; en la otra, la sobrecarga de íconos y adornos. Quizás más cerca de nuestro gusto romano están estos templos orientales, donde la magnificencia de los ritos sobrepasa el propio esplendor de la iglesia latina. Si algo extraordinario existe en música litúrgica, son las salmodias, a escalas superpuestas, de las iglesias rusas. No se entienden las palabras, pero se escucha en lo hondo del espíritu la súplica oculta en las grandes cadencias.

Entre uno y otro rito, nuestra iglesia católica mantiene el equilibrio de sus módulos. Música, altares, flores, luces y oraciones le dan un sentido ajustado al espíritu que busca caminos que lleven a la comunión con el Altísimo. En la penumbra de nuestras iglesias, la oración parece que tomase la luz de las grandes candelas para subir, entre el humo del incienso, hacia el infinito azul. Hacia arriba, en perenne actitud de oración, estuvo el hombre que labró durante el curso de los siglos estas iglesias góticas, hoy vacías de luces, de flores, de oraciones y retablos. Como grandes museos sin estatuas y sin cuadros, estos templos dan una sensación de profundo vacío. Parece que un viento huracanado, penetrando su interior, hubiera apagado los grandes cirios y hubiera destrozado los retablos iluminados. Algo que en verdad hace un contraste visible a pocas luces. Puede que en ellos hombres honrados y sabios expongan con profunda devoción la palabra de Cristo. No es del caso la doctrina y el fin de la enseñanza. El tema cierto e innegable lo constituyen unos templos que perdieron su sentido original y vieron reducido el fasto antiguo a una modesta lección familiar. Se siente en ellos la misma impresión que producen los viejos castillos feudales convertidos en modestas posadas de camino, así en éstas la comida sea excelente y sean limpios y cómodos los lechos. Así se repitan en los severos recintos los mismos salmos, las mismas lecciones, los mismos evangelios que fueron entonados cuando los obispos góticos hicieron la dedicación de las viejas catedrales, falta a éstas el juego de penumbras y de luces que dan vida interior a las iglesias y hacen sentir en ellas el peso de la Historia...

Laussane, 1954.

CALIGULA

La novela "La túnica sagrada", de L. C. Douglas, cuyo tema fundamental es la odisea del centurión romano a quien tocó en suerte la túnica de Cristo, ha sido escogida como argumento para el primer film en cinemascope lanzado por la 20th Century Fox.

El tema evangélico está tratado con bastante discreción. De buen gusto es presentar apenas de espaldas o de escorzo fugaz la figura de Jesús. El centurión cumple a cabalidad su papel. El esclavo griego, encarnado en Víctor Mature, adquiere extraordinarias proporciones en el orden trágico.

La finalidad de la obra pareciera ser la exaltación milagrosa de la túnica del Crucificado, como si en ella hubiesen quedado impresas las virtudes maravillosas del Hijo del Hombre. La túnica que convirtió a Marcelo y que obcecó a Tiberio, es el tema central de la novela. En ella se resumen las dimensiones creadoras de la nueva doctrina cristiana.

Sin embargo, a mí me resultó de extraordinarias proporciones la figura de Calígula. El emperador hipófilo de las historias corrientes, en el film de la Fox aparece a cabalidad en su función de cabeza del Estado romano. Calígula vió en la nueva secta un peligro para el imperio y fue contra ella de una manera feroz. Marcelo le ofreció la túnica de Cristo, pero él la rechazó, compenetrado de que en sus manos aquella túnica arruinaría la estructura imperial de Roma. En Calígula aparece personificada de modo cabal la "razón de Estado". Calígula es el imperio que en lucha franca quiere salvarse de su "peor" enemigo.

No pensó Calígula en tomar la túnica del peligro para vestir con ella las apetencias vulgares del Estado romano. No hizo el Emperador el juego sucio de cubrir con vestiduras sagradas el crimen de un régimen fundamentado sobre la práctica de principios contrarios al humanismo cristiano. Supo que el reino de aquel Hombre peligroso era reino distante y distinto del suyo, por donde evitó que se introdujesen violentamente en su Estado principios nuevos, llamados a hacer estallar la organización tradicional del viejo imperio.

Marcelo, que sostiene en su brazo la túnica de Cristo, concreta frente a Calígula, coronado del laurel imperial, el peligroso tema de la Iglesia frente al Estado. Carlomagno, en su ilusivo empeño de conjugar los valores del Imperio y los valores de Cristo, llegó a vestir, bajo el manto regio, la dalmática del diácono. Creyeron reyes y dignidades hacer por arriba la unión de ambas fuerzas. No pensaron que para que pueda el emperador revestirse los ornamentos sagrados, el pueblo ha de coincidir en la realidad cristiana. En el orden histórico, pocas veces Cristo ha logrado entrar en el Estado por las puertas que le entreabren los poderosos. Por lo contrario, ha sido el Estado quien ha sabido meterse dentro de la Iglesia por las puertas que le abre una lerda y acomodaticia jerarquía.

Menos escrupulosos que Calígula, los dueños de los nuevos imperios buscan pedazos de la túnica de Cristo para fingir carácter cristiano a Estados que son la mera y constante expresión de la vieja Roma imperial. Con la túnica del Crucificado se intenta cubrir un orden podrido de injusticia. Cuando las naciones pequeñas y oprimidas piden libertad para su riqueza y dignidad para sus hijos, los propios fabricantes de guerras invocan los desechos de la túnica sagrada que rechazó Calígula. Se pone a un lado el mensaje de amor y paz del Crucificado y se inventan, en cambio, sistemas que so pretexto de salvar la cultura cristiana, destruyen la dignidad del hombre.

Sincero, enérgico, espontáneo, Calígula no adivinó que la túnica de Cristo podía servir para engañar al mismo pueblo que soportaba la fuerza del imperio. Con claridad romana, vio cómo los nuevos valores cristianos eran la negación del orden que servía de soporte a su recia y

arbitraria dignidad de emperador. Fue honrado Calígula cuando desechó el juego dúplice de quienes crucifican diariamente a Cristo para ganar nuevas túnicas con qué poder encubrir la miseria de sistemas políticos, que sólo tienen por norte imperativos enraizados en el lucro y el provecho, ganados con el sacrificio de los pueblos menores y de los hombres que resisten la injusticia.

Génova, junio de 1954.

EL LAPIRISMO

En este mundo erizado de siglas y de ismos no acaba uno de dar con el valor de las palabras. En Italia se comienza a hablar en cierto mal sentido de las peligrosas corrientes lapiristas. ¿Qué es lapirismo?, preguntan quienes no están al tanto de la agitada vida política de la Península. Pues lapirismo llaman algunos sectores de la extrema derecha de la democracia cristiana y, consiguientemente, también los grupos capitalistas y monárquicos que sobrepasan todo derechismo, al movimiento de simpatía y adhesión que se ha venido formando en torno a la personalidad inquietante y admirable de Giorgio La Pira, alcalde de la noble ciudad de Florencia. "Il Sindaco con Dio", como lo llama Brischou en su interesante biografía.

La Pira es miembro activo del actual partido de gobierno italiano. No viene de los sectores obreros, viene, en cambio, de la Universidad, donde ha explicado derecho y sociología. Sabio y hábil político, La Pira es, ante todo y sobre todo, un cristiano que siente y vive la doctrina de Cristo. Quizás, y sin quizás, en el actual elenco de autoridades laicas del mundo cristiano, La Pira ocupe el sitio de mayor relevancia. El alcalde de Florencia es casi un monje. La Pira vive en un convento. Su vida, austera y recogida, es ejemplo elocuente de dedicación a sus deberes de autoridad cristiana. En la ciudad del Arno se le mira como santo. Tal vez una especie de Francisco de Asís, de Felipe Neri o de Tomás de Villanueva en hábito mundanal. Lo suyo, lo que le producen su trabajo intelectual y su salario de autoridad, lo dedica al socorro de los pobres. Cuando necesita cambiar de traje, son los amigos quienes pagan al sastre. El mira las clases modestas de los trabajadores con ojos de

justicia y de amor. El sabe que Cristo, de aparecer hoy, en forma sensible, lo haría en traje de obrero. En la "Misa de los pobres", por él establecida en la vieja iglesia de los Santos Apóstoles, el mismo La Pira explica el Evangelio a los necesitados. Más que con palabras, con realidades indicadoras del amor de Cristo. "Obras son amores y no buenas razones", dice nuestro viejo proverbio. La Pira no se satisface con que a los infelices se les prediquen las delicias de la Patrja futura. El Alcalde de Dios quiere que los hermanos pobres sientan la realidad de un Evangelio que ha sido predicado sin que los evangelizadores miren hacia los que quedan rendidos por la falta de fuerzas materiales.

En las altas almenas donde otros colocan agresivas banderas de odio, La Pira ha izado los suaves colores de la paz y de la concordia. Como autoridad celosa de la suerte de sus subordinados, mira hacia el sector que siente en menor escala el bien común. Dolido de la desigualdad de la justicia general, busca fórmulas y caminos que acerquen a los necesitados a la fuente del relativo bienestar material. Esto mantiene en permanente zozobra a los explotadores sin entrañas, en quienes la sociedad insiste en ver personas decentes. Muchos palacios vacíos de esta clase egoísta han sido ofrecidos como albergue a gente del pueblo desprovista de techo. Inolvidable en la historia de La Pira ha de ser su respuesta a don Sturzo, cuando comenzaba a censurarse el intervencionismo económico del grande alcalde florentino: "¿Qué cosa –decía– debe responder el síndico a los sin techo, a los desocupados, a los obreros amenazados de despido, a los miserables que se presentan delante de él y que a buen derecho le piden un techo, trabajo y asistencia? Este síndico debería responder: Mi querido pobre, no se pueden violar los derechos de la iniciativa privada. Busca de acomodarte lo mejor que puedas y vete en paz. ¿Qué cosa respondería el pobre a tal síndico? ¿Es un cristiano?, preguntaría. ¿Es un síndico? No; es un bribón; es un traidor".

Cuando La Pira habla de la justicia debida a los desheredados de la tierra, golpea directamente a quienes se favorecen del trabajo sin paga de los obreros y a quienes reciben la abundancia de luz por donde ocurre la oscuridad de los pobres. Con frecuencia La Pira recuerda a los poderosos que no es posible negociar con el trabajo de los hombres asalariados en la misma forma como se negocia con el aceite y con el

vino de que es pródiga la dulce tierra italiana. El trabajo representa la proyección exterior de la personalidad humana. Una vieja apreciativa del valor del hombre miró en la propiedad de las cosas la expresión de la voluntad y de la libertad del individuo. Como ingrediente para el cumplimiento de la función vital, bien está que la pequeña propiedad "ganada", sea tomada como área de indiscutible eficacia valorativa, por cuanto el trabajo es lo que proyecta hacia fuera la personalidad creadora del hombre. Desvalorizar la energía que el trabajador manual o el trabajador intelectual aporta al orden de la economía, es tanto como mutilar el cuerpo físico de los hombres. Es reducir su eficacia y alterar la monta de su rédito como productores de riqueza.

Al advertir los altos jerarcas del capital retardatario el significado trascendental de la propaganda nobilísima del admirable alcalde florentino, han esgrimido contra él –cristiano rancio y cabal– la consabida arma de motejarlo de filocomunismo. Personeros de intereses retardatarios atacan en forma descomedida al gran defensor de la justicia del pueblo. ¿Se dan cuenta, acaso, estos sombríos voceros de la oligarquía económica que en llamando comunista a un hombre de las condiciones excepcionales de Giorgio La Pira, a quien ayudan eficazmente es al propio comunismo?... Si ser cristiano generoso y cabal, como el noble alcalde de Florencia, equivale a practicar el comunismo; si enseñar, como enseña La Pira en su ensayo "Il valore de la persona umana" que "il corpo mistico de Cristo è il nuovo paradigma della societá civile dell'uomo", es ser comunista, ya las masas sencillas, ignaras y carentes de justicia se aprestarán solícitas a llenar los cuadros del partido de Palmiro Togliatti. Nada más correcto en apariencia. Nada más hacedero para el juicio de hombres simples y deseosos de mejorar de condición social.

La posición esencialmente cristiana de La Pira es sospechada por sus enemigos de la reacción derechista como influida de simpatía hacia los planes del comunismo, sin advertir que hombres del pensamiento y la conducta de La Pira son los únicos abanderados efectivos de una racional lucha contra el comunismo.

No es ésta, sin embargo, la primera vez que ocurren en Italia caprichos semejantes. Cuando el P. Lombardi predica por encargo del Romano

Pontífice la urgencia de construir un "mundo mejor", no ha faltado quienes hayan insinuado para el esclarecido jesuita el remoquete de comunista. Yo lo oí llamar "agitador comunista" por gente del orden viscoso, cuando fue a Caracas en diciembre de 1951. La Pira ha hablado de "la edificación de una comunidad cristianamente inspirada, en que el hogar, el trabajo y la dignidad social sean bienes elementales de que todos disfruten". También lo ha dicho el gran cardenal Lercaro, ejemplar arzobispo de Bolonia. A quienes se ven precisados a elogiar su obra, agregan al uno y al otro el tremendo "pero", a que se refiere Marcel Jacob en su biografía de La Pira. "Sí, ellos son admirables, "pero" olvidan que la legalidad disimula a veces el egoísmo". Pues este es el caso que adversan justamente Lercaro, La Pira y Lombardi. Ellos quieren, en nombre de Cristo, que se abroguen todas las leyes que dan paso regular al egoísmo aniquilador de la persona humana. Contra el funesto "pero" del discurso corriente va dirigida su constante batalla evangélica.

Mientras esta falsa reserva ocurra, proseguirá en plena vigencia el razonamiento empleado por Julián Marías para asentar en el orden de la filosofía, que así "haya hombres cristianos", no vivimos en un mundo cristiano. Aún más: "No se limita –dice el ilustre filósofo– a no ser cristiano (el mundo), sino que con frecuencia va más allá y es, como tal sistema de vigencias, "anticristiano". Este orden mendaz de anticristianismo vestido de falsos supuestos religiosos, se empeña, en cambio, por detener el curso de las auténticas vertientes cristianas y por sustituirlas con antivalores que conducen a la permanencia del odio y de la injusticia en la rectoría de la conducta humana.

La Pira es, en realidad, brazo secular en la lucha recomendada por el Pontífice para ganar un "mundo mejor". Con hombres como La Pira sí puede volver el juicio al llamado mundo occidental y puede, también, desarmarse el odio que incita la revancha de los desheredados. La tenebrosa oligarquía quiere, sin embargo, cortar los brazos de la Iglesia en esta obra de verdadera redención social. Donde quiera que los administradores de la injusticia dan con una voz que anuncia la necesidad de "cambiar los hombres y cambiar las leyes", como enseña La Pira, aquéllos se confabulan para destruir su eficacia reparadora. Los llamados "hombres de orden" quieren predicadores de la sumisión

humilde y del respeto irreflexivo, que hagan posible la permanencia de la injusticia. El mundo lo salvará, en cambio, el triunfo total del lapirismo, expresión actual, con las modalidades de la época, del extraordinario movimiento que en el área de la combatividad política pudo haber fundado en el siglo pasado el santo e inolvidable Federico Ozanam, verdadero adelantado de la democracia cristiana. No en balde, el alcalde de Dios concluye la "Misa de los pobres" con la siguiente hermosa, admirable plegaria:

"Oh buen Jesús, te recomiendo todos aquellos que sufren y lloran y todos aquellos que hacen llorar y sufrir. Te recomiendo la infancia abandonada; la juventud, circundada de escándalos y de peligros; todos aquellos que sufren por la pobreza. Te ruego ¡oh, Señor!, por aquellos que lloran la muerte de personas queridas; por aquellos que en vano buscan trabajo; por los enfermos, los prisioneros, los combatientes, los desocupados. Señor, ayúdalos a todos, confórtalos, bendícelos. Te pido por toda la tierra, por el Papa, los obispos, los sacerdotes, los misioneros. Te ruego por los infieles y por todos aquellos que están alejados de la Iglesia. Haz, ¡oh Señor!, que no haya sino una sola grey y un solo Pastor. Amén".

ARMADILLOS Y PUERCOESPINES

En su recientísimo ensayo "Contributi ad una nuova teoria pura del diritto", Alessandro Giuliani, de la universidad de Pavia, aboga por la necesidad de "humanizar no sólo la ciencia jurídica, sino también el vocabulario del Derecho". Con sutil y profundo conocimiento de los temas relacionados con la problemática del lenguaje del Derecho, el profesor paviano prueba la necesidad de que la ciencia jurídica haga cuenta cabal de todos los factores subjetivos del lenguaje, a fin de lograr la más certera expresión de los valores que constituyen sus medios y sus fines.

Terrible, en realidad, según dice Heidegger, es el poder de las palabras. Máscaras fonéticas o gráficas del pensamiento, de ellas se vale el hombre para hacer camino a sus propósitos. Expresan las palabras la propia voluntad del agente y el sentido óntico de las cosas, de los objetos y de los valores. El mundo de las palabras es mundo en movimiento constante. Cada descubrimiento, cada nueva actitud humana, cada investigación de la inteligencia del hombre busca un vocablo que le sirva de vehículo explicativo. Como la sociedad humana, el lenguaje se mantiene en constante movimiento. Los filólogos y los lingüistas tienen, entre sus varias misiones, la de guardar las leyes destinadas a mantener el movimiento renovador del instrumento hablado dentro de líneas de inteligencia, que lo defiendan del peligro corrientemente constituido por el escogimiento desacertado de los vocablos nuevos.

En el momento presente del mundo de la política, en el cual luchan encarnizadamente el Derecho y los hechos que le son contrarios, vemos

frecuentemente dar usos singulares a vocablos viejos, cuando no se acuñan voces frescas para transmitir conceptos de elaboración reciente.

La locución "política de distensión" se ha usado en relación con la tirantez existente entre los bloques de naciones llamados del Este y de Occidente, y desviándola de la rigurosa acepción de "causar tensión", se ha tomado la palabra distensión como expresiva de un valor contrario. A los pactos que aumentan el potencial defensivo de las naciones occidentales hay quienes oponen la conveniencia previa de conversaciones con el bloque comunista, como medio eficaz de llegar a un clima de paz. Se ha buscado dilatar (aumentar), las posibilidades de comprensión entre uno y otro mundo, y de ahí la intención "distensible" expresada en los diarios ingleses, con un valor contrario a la tirantez extrema que connota el vocablo castellano; también de ahí derivan los distintos matices del verbo "detendre", que usan los columnistas franceses, unos y otros empeñados en hacer olvidadizo el "apaciguamiento", que tanto ofende a algunos políticos.

En este orden de valores conceptuales asumidos por palabras viejas, tiene alcance grave y singular el uso del vocablo disuasión, que en la Cámara de los Comunes hizo el señor Eden, cuando sometió a voto los tratados de Londres y París, de 3 y 23 de octubre de 1954. El afortunado político conservador dijo: "Este acto ha sido saludado como histórico, no como una provocación a la guerra, sino como una disuasión hacia la paz" ("As a deterrent that could build for peace"). La oración parlamentaria de Eden estuvo encaminada a persuadir con penetrantes razones la conveniencia de que Gran Bretaña, para la eficaz defensa de la Europa occidental, mantenga en el continente fuerzas que robustezcan la línea bélica, capaz de repeler cualquier presunto ataque soviético. El sagaz ministro defendió en la Cámara tesis encaminada a engrosar las posibilidades guerreras del Imperio. En el momento actual del mundo, y así los "tories" no hayan renunciado al andamiaje jurídico que Hobbes preparó a la política inglesa, no sería caballeresco repetir el "si vis pacem para bellum". Mejor es recurrir a este fino, elegante, emotivo argumento de mirar en las fuerzas armadas un valor disuasivo. Claro que la severa etiqueta contenida en la palabra disuasión no queda bien parada con este uso contundente que le ha dado el señor Eden. En glosa común,

disuasión connota un movimiento encaminado a inducir con RAZONES a que alguien mude de dictamen o de propósito. En vieja técnica, la disuasión estaba encomendada al poder de la palabra. Mientras mayor fuese la penetración de los argumentos usados para el caso, más fácil resultaba la reducción de quien se trataba de convencer. Cuando alguien, en cambio, se alejaba de la eficacia de la palabra y acudía a las vías de hecho, se decía que usaba un "argumentum baculinum". El bastón, el ladrillo o el propio tacón de la pantufla "disuadía" entonces como si fuese un silogismo escolástico.

Así andaban las cosas hasta este nuevo uso de la palabra disuasión que ha hecho el señor Eden. ¿Corresponderá su intención al consejo del profesor Giuliani? ¿Se caminará de este modo a la humanización deseada para el nuevo lenguaje jurídico? ¿Tendrá ahora mayor contenido de humanidad el vocablo disuasión?... Anteriormente significaba un proceso lógico, afincado en meras razones; hoy, según el uso británico, connota también una técnica de fuerza encaminada a convencer al contrario. El "si vis pacem para bellum", agresivo y violento, vestido de indumentaria racional. No en balde los ingleses son maestros de buenas maneras. La política de Su Majestad no asusta ni amenaza. Su Majestad persuade, disuade, conmueve, seduce.

A los gallos de riña suele aumentárseles el poder destructivo de las patas por medio de la superposición de espuelas de metal. Alguien que miraba la operación, exclamó con tono de doloroso convencimiento de la realidad social: "Ya están *humanizando* a los gallos". Igual a esta humanización de los gallos vendría a ser en último análisis el proceso realizado con la palabra disuasión por el hábil y elegante señor Eden. Hoy la palabra tendrá espuela postiza, y con ella más sentido "humano", mayor carga de realidad, más cercanía con el mundo de la *bellum omnia contra omnes,* defendido por el leviatánico filósofo inglés. En cambio, con el concepto de "humanidad" que los políticos están agregando a las palabras viejas, se hará más difícil mañana la hermenéutica jurídica, y de la deontología, ni decir. Pareciera que aun los mismos vocablos de uso fácil, tuviesen hoy urgencia de simbolizar contra-valores. Pareciera que todo caminase hacia la realidad de los puercoespines y de los armadillos citados por Santayana en su admirable tratado de "Dominaciones y

Potestades". "Se hicieron terriblemente hostiles y se rodearon de armas para defender contra el destino su insignificante vida –escribe el gran filósofo español-norteamericano–; pero se sepultaron bajo el peso agotador de sus propias defensas". Acaso pocos símiles cuadren como este a la realidad dolorosa de un mundo que no encuentra la manera racional de coexistir, si no es persuadiendo a la paz por la amenaza de la guerra. Paz anticristiana que, lejos de asentar sobre la plenitud del espíritu, está condenada a tener su mejor sustentáculo en el miedo colectivo.

Madrid, 1954.

ESPIRITU Y PAN

En el día de Santa Marta, gastrónomos, hoteleros y fondistas de Madrid rinden cálido homenaje a la activa hermana de Lázaro y María.

Los viejos gremios se agruparon en torno a un santo o una santa. Las corporaciones tenían sobre un sentido técnico y económico, un verdadero valor de comunidad religiosa. Lucen por patrono a San Eloy los plateros, a San Cosme y San Damian los médicos, a San Juan Bautista los matarifes y carniceros, a San José los carpinteros, a San Miguel los abaceros. En el orden nuevo, los diplomáticos han tomado por el suyo al Arcángel Gabriel, embajador del Altísimo ante la Virgen María, mientras los ilusionistas y magos de salón eligieron con sobrado tino a San Juan Bosco, amigo de festivos entretenimientos para la educación de los niños. Sobre cada agrupación de profesionales y de trabajadores alumbra el halo de un santo, cuya festividad anual es propicia oportunidad de reuniones y cuchipandas.

A Santa Marta se la ha escogido por patrona de todo lo que tenga relación con el arte de confeccionar alimentos. Hermana de Lázaro y María, ella llevaba el gobierno de la casa de Betania. Advertida en cierta oportunidad del mucho trabajo del horno y la cocina, pidió que Jesús ordenase a María que la ayudara. María, mientras tanto, escuchaba absorta el discurso del Maestro y había olvidado, en consecuencia, el quehacer doméstico. Jesús replicó a Marta que no se afanase tanto, pues María había escogido "la mejor" parte en el negocio de la vida. Alabó

Cristo el arrobo de María, mas declaró bueno el afán de Marta. Si la laboriosidad y la preocupación de ésta no hubieran merecido su aprobación, Jesús habría declarado que María había escogido la "buena" parte. El "mejor" de María presupone la "bondad" natural del quehacer de la hermana.

Sobre el mayor o menor alcance de la atribución contenida en la respuesta de Jesús se ha discutido largo y tendido. Muchos han negado el mérito del trabajo productor de riqueza material. Otros han retorcido el mismo argumento, para consolar el hambre de los desheredados del mundo. Al trabajador sin salario justo se le dijo que la pobreza y la privación empujan las vías de la espiritualidad. Los propios hambreadores del pueblo lograron el apoyo de sutiles doctores que torcieron el sentido de las palabras de Cristo. Afincados en la autoridad indiscutible del Mesías, llegaron a condenar los derechos de los hombres con hambre, como contrarios a la propia perfección del espíritu. Graves doctores cristianos han llegado a subestimar el valor de la filantropía como método educativo y han reducido a la nada el valor social que, junto a la final salvación, tuvo el mensaje de Cristo.

Jesús no execró jamás la preocupación material porque el hombre asegure lo necesario para la vida del cuerpo. Censuró apenas la preferencia que se la pueda dar sobre los intereses del espíritu. Para satisfacer el hambre de sus discípulos y seguidores, multiplicó panes y peces. Para santificar la alegría, trocó en vino el agua y asistió a suculentos banquetes. Su última reunión con los apóstoles fue en torno a una mesa. Para probarles que había resucitado integralmente, comió ante ellos los restos de un pez. En Emaús se sentó a manteles con los confusos peregrinos y pan en mano les reveló su presencia divina. En la oración dominical enseñó a pedir el pan como pertenencia del hombre. "El pan nuestro", dijo. No "pan" a secas. El pan de cada uno, asegurado a los hombres como "añadidura" natural en un mundo de justicia. Jesús no condenó lo necesario. Jesús condenó lo superfluo. Al rico ordenó que distribuyese sus bienes, por cuanto en un recto juicio las riquezas se forman a costa del trabajo sin remunerar de otros hombres. Cuando Cristo anunció el riesgo de perderse que los ricos corren, hacía

referencia a la parte legítima que los pobres tienen en los tesoros del rico. El rico que no devuelve en beneficios a la sociedad el fruto sobrancero de la riqueza de que es titular, se mantiene en el peldaño de los ladrones. Desgraciadamente a este tipo de bandidos se llama "gente decente".

Lo que hacían por separado Marta y María, lo hace a diario el cristiano verdadero. Trabajar y orar. La actual orientación de la vida cristiana se funda sobre la dualidad inseparable que representa el hogar de Betania. Atender las necesidades urgentes del orden material y dejar al espíritu la mejor parte. No matar el sueño por el afán de acumular riqueza. Tampoco olvidar que se debe garantizar a los hombres el derecho a la plenitud del pan. Un regreso cristiano a la realidad objetiva del mundo, ha hecho comprender que sin mesa abastada no hay oración tranquila. El hambre no conduce al sosiego. El hambre engendra la desesperación. "Cuando os encontréis con un hombre hambriento, dadle primero de comer y después echadle el sermón", decía Santo Tomás. Tan valioso y urgente es el abastecimiento del cuerpo, que el extraordinario Ruysbroek, admiración de soñadores y de místicos, recomendaba a los contemplativos que bajasen de las más empinadas escalas espirituales cuando oyeran la voz de un pobre pidiendo una taza de caldo. Para que el Reino de Cristo comience en la tierra y prepare las vías de la eternidad, es necesario que impere la paz entre los hombres. Y la paz no reina donde abunda el hambre y donde el abrigo falta. Si María pudo tomar para sí la mejor parte, sin cuidarse de los reclamos del puchero, lo hizo porque Marta llevaba el quehacer modesto y recio por donde los manteles se visten de viandas reconfortantes. La paz necesita mirar los niveles de la dieta material del hombre y el tamaño de las mantas que le defienden del frío.

La realidad positiva y humana la representa el solícito trabajo de Marta. La activa betanita preside, en la conceptuación cristiana, el orden racional de la exterioridad humana. Marta es la Justicia y el Derecho. María es la Gracia y el Amor. Marta cuida de lo que el cuerpo necesita. María se afana por lo que engorda el espíritu. Buena es la penitencia voluntaria que doma y afina la carne; espantosa y sin fruto la penitencia impuesta a los indefensos por la voracidad de los poderosos. ¿Pueden

acaso discernir todos acerca de las vías dolorosas que sigue la Gracia? ¿No vemos, en cambio, a la indigencia soplar el rescoldo de los odios? ¿Se puede pedir acaso a hombres y mujeres sin formación espiritual que vean en los propios verdugos una extraña manera de acercarse a los caminos de Dios? Aun la misma penitencia de voluntarios ayunos y maceraciones sirve al Diablo, cuando no se la sabe administrar. Todo pide la regla de la proporción. "Acuérdate que Satán saca provecho de una oración demasiado larga o de una mortificación demasiado dura", dice un personaje de Bernanos.

Cuando gastrónomos y hoteleros festejan a Santa Marta, sólo miran la parte afanosa y placentera del oficio. Unas ricas carnes, rociadas de rancio vino, predisponen al diálogo entusiasta. Sobre suculentos manjares discurrieron en Ginebra las mejores palabras de los gobernantes que transitoriamente tranquilizaron con su precipitada confianza la conciencia angustiada del mundo. Brillat–Savarin, en el recién cumplido centenario de su muerte, ganaba una partida a Talleyrand. Más que sobre retorcidas fórmulas diplomáticas, la comprensión de las grandes potencias pareció que se hacía camino sobre los manteles donde banqueteaban y sonreían los gobernantes.

Alrededor de una buena mesa se tejen las más provechosas amistades. Una mesa surtida de manjares que alegren el corazón de los comensales es seguro de pacífica siesta. Mas esa mesa abundante y esa siesta deleitosa no han de ser privilegio de Madrid, de Ginebra, de Wáshington, de Londres, de París o de Moscú. Esa mesa y ese grato reposo la justicia quiérelos alargados y compartidos con todos los pueblos y con todos los hombres que padecen hambre y desabrigo. Para adversar el comunismo necesitan los Estados variar de táctica. Von Papen, político veterano, insospechado de orientalismo, ha dicho con tino cómo "todos los pueblos occidentales, especialmente los más ricos y trabajadores, deben limitar su propio consumo y con su trabajo y riqueza apoyar financieramente a los pueblos cuyo nivel actual significa un impedimento y un peligro para su desarrollo y libertad". Para que no prospere la revolución atea, urge que el hombre sienta la plenitud de su libertad moral y la satisfacción completa de sus necesidades físicas.

En cada hogar, la familia ha de tener asegurada la mesa con el pan y el vino que sacien y alegren. En toda casa deben convivir Marta y María, como seguro de satisfacción material y como prenda de subidos deliquios. El Reino de los Cielos presupone una comunidad de plenitud que comienza en la vida terrenal. "C'est dans le combat pour la cité présent que se gagne la cité future", dijo el P. Jean Danielou en el congreso para una paz y civilización cristiana, recientemente reunido en Florencia...

Madrid, enero de 1956.

ANTI-HUMANISMO EN AFRICA

El continente africano es un mundo que interesa muy poco en Hispanoamérica. Hay quienes se desentienden reflexivamente de su existencia, acaso por temor de que pueda resultarles empatado algún hilo genealógico con el sombrío pasaje que los esclavistas transportaron a nuestras costas durante la época colonial. Otros saben apenas de Africa por el relato de las grandes batidas de fieras que anualmente realizan los millonarios desocupados de Europa y Norteamérica. (Ya en Caracas es de alta calidad entre nuevos ricos adornar con panoplias y con cabezas de ciervos africanos algún salón de los modernos palacetes con que los ha beneficiado una fortuna de caprichosos caminos). También se piensa en Africa con un sentido temeroso de competencia de la mano esclava. En realidad, el continente africano es un magnífico reservorio de fuerza humana para el trabajo servil. En San José de Costa Rica oí comentar por 1953 que un precipitado aumento en los salarios del obrero centroamericano dedicado al cultivo del banano y del café traería el encarecimiento de un fruto que Europa y Estados Unidos adquirirían en Africa a precios irrisorios.

Lejos de pensarse en el mundo africano con un sentido de humanidad, se mira hacia el continente negro con conciencia desprovista de toda nobleza. El hombre blanco se empeña en ver a la gente de color como correspondiente a una raza destinada al servicio de los poderosos. Una concepción pesimista de la sociedad –a la cual no escaparon ni Aristóteles ni San Agustín– ha pretendido explicar con razones aparentemente legítimas la minoridad permanente de las razas de color.

El blanco ha mirado en el negro africano un eficaz instrumento de trabajo. Para el colonizador británico, pongamos por caso, el negro es algo por demás distanciado del blanco. Entre los puritanos debió de haber tenido por esta razón una magnífica acogida la teoría de Darwin sobre la descendencia. Los negros estarían más cerca del mono que los hombres blancos. El español, por el contrario, no se desdeñó de aliarse con las llamadas razas inferiores y, fundado en su relativo menosprecio de las desigualdades sociales, llegó a equiparar a los mulatos con los blancos mediante paga al real tesoro de determinada cantidad de blanca. Nuestra "nobleza" hispanoamericana no fue nobleza de acciones, sino de doblones. Mulatos y bastardos fueron agraciados, además, por las Audiencias de América tanto para recibir grados como para desposar a mujeres de clase blanca.

En el siglo XX, la discriminación de los británicos sigue en vigor. (También se discrimina en Norteamérica). Del negro necesitan los capataces blancos la permanencia en el orden del trabajo. Al negro no se le estimula para que "blanquee" sus reatos ancestrales. Al negro se le quiere negro.

En Fort Hare, de la provincia del Cabo, en la Unión Sudafricana, se ha promovido recientemente una huelga de estudiantes de la Universidad negra, en protesta por el pase de la llamada Ley Bantú. La Universidad la han cerrado las autoridades británicas. La huelga ha despertado una agitación general, traducida en disturbios y en incendios de iglesias y misiones. La Ley Bantú no es sólo una ley discriminatoria. Es una ley de una agresividad antihumana, que sobrepasa todo límite. Con ella se cierran a los negros las posibilidades de mejoramiento intelectual y social. Según dicha ley, los negros no pueden recibir sino un tipo de educación que los prepare para su eficaz desenvolvimiento como clase obrera. En un último análisis, la Ley Bantú expresa un fino, sutil, inteligente sistema de perfeccionar la mano esclava de que el Imperio británico dispone en la Commonwealth. Con el mejoramiento de la habilidad laboral de las masas trabajadoras, realiza el industrialismo capitalista de Inglaterra algo semejante a lo que anualmente hacen los técnicos de la General Motors o de la Rolls-Royce en provecho de la maquinaria de sus carros.

San Pedro Claver vio estos problemas en toda su honda, desgarrada, espantosa realidad moral. En los ardorosos muelles de Cartagena de Indias, el santo, con palabras llenas de consuelo, aguardaba el desembarco de las masas dolientes de esclavos que los barcos negreros conducían en calidad de bestias de carga. Sus ojos avizores miraban más allá de la tiniebla de la carne, almas sufridas, en cuyo cascabullo germinaba la protesta. Los años han pasado con pavorosa lentitud para los negros. Los blancos poco se interesan por variar sus sistemas de explotación. Pero la protesta contra la injusticia vive en el fondo de la conciencia de los negros como fermento poderoso, presto a saltar en cualquier momento. Cuando se alzan contra las autoridades que les oprimen, en Europa se les llama bandoleros y terroristas ¿Cómo llamarán los negros en el interior de su conciencia –tocada de divinidad, como la nuestra– a los fríos, educados y sabios hombres blancos que les oprimen?

El dolor de los hombres esclavos sube con facilidad al plano donde se mueven quienes representan sus intereses cercenados. Bandung recientemente fue un aviso vibrante de lo que puede ser la unión de los grupos humanos que sufren la explotación de las fuerzas imperialistas. La Ley Bantú y la conferencia de Bandung debieran ser tomadas como centros de interés para la meditación de los hombres que en Indoamérica padecen las consecuencias de un tipo de coloniaje, mediatizado por el aparente respeto a formas de soberanía, cercenada por los mismos que debieran defenderla. La Ley Bantú es testimonio de una inquebrantable voluntad de explotar a los pueblos oprimidos. Bandung es, por el contrario, una voz clara, precisa, aleccionadora que deben escuchar los opresores. Los problemas de la justicia debida a las razas esclavizadas tienen, además, finas voces que los pregonan. Lo que hoy sufren, por caso, los descendientes de esclavos negros, como reato de la vieja institución servil, reclama a ojos vista una indemnización, con la que se rompe la rigidez de la llamada cosa juzgada. El dolor del descendiente de los viejos esclavos del "deep South" norteamericano, constituye en sí la supervivencia de una injusticia que pide reparación. La injusticia contra la dignidad del hombre carece de lapso prescriptivo. Sobre el hombre no se adquieren derechos que anulen el derecho esencial de la libertad. No caducan tampoco las acciones encaminadas a hacer triunfar los derechos del hombre.

Los negros del Sur de Estados Unidos tienen derecho a que se les reparen tres siglos de injusticia. Gobernantes y Estado olvidan que el almanaque de la injusticia también tiene su San Silvestre...

Madrid, 1955.

VARIACIONES SOBRE EL TIEMPO

Algunos hispanoamericanos suelen quejarse de que el hombre español no tenga el sentido de prontitud y rapidez con que obra el habitante de nuestro continente. Cuando acá se ajusta una pequeña obra manual, hacedera en pocas horas y cuya naturaleza acusa la urgencia, el artesano se reserva diez o más días para acabarla. Acá pareciera que no hubiese prisa. Esos plazos veloces de "tres minutos", de "un cuarto de hora", que acostumbramos darnos en América para alcanzar una respuesta, no tienen función en la problemática española. El tiempo acá se cuenta por lapsos mayores. En un último análisis filosófico, podría decirse que para el español el tiempo no cuenta; el español, como expresión de totalidad humana, mira a lo eterno. Posiblemente en el fondo de su espíritu duerma una vivencia platónica que le haga ver en el tiempo "la imagen de la eternidad". Mayor premura o mayor lentitud no representa nada en la esencia de lo permanente. El futuro se viene solo. Sin esfuerzo alguno lo venidero se convierte en ayer.

En el orden práctico de los hechos, la rapidez, y continuamente la improvisación, forman parte inevitable del obrar del hombre de América. Mientras en el Nuevo Mundo la vida civil arranca del siglo XVI, en España la primitiva civilización fenicia anota tres mil años sobre el pétreo espejo de las murallas gaditanas. La historia de América precolombina tiene un poco de semejanza con la historia primitiva de los griegos homéricos: se hace difícil señalar fronteras entre lo mitológico y lo real. Sus propias raíces, una vez desgajado el árbol frondoso de las culturas de aztecas y de incas, quedaron enterradas en un olvido sin función creadora en el orden de los valores sociales, hasta tanto una

reconsideración indigenista ha sumado a la cultura nueva los ricos signos desahuciados por el europeo del siglo XVI. Nuestro tiempo no se mide por los complicados calendarios mayas, sino por los cristianos años de la era colombina. Al lado de los tres mil años de historia civil peninsular, los cuatrocientos cincuenta años de vida americana no resisten el pareo. Para aumentar la densidad de nuestra conciencia histórica, tenemos por fuerza que desandar el camino de las carabelas y empatar nuestra hebra de cortos años con la gorda madeja de siglos de la madre Patria. Para obrar en términos de civilización universal, debemos mantener el puente que une la América con la vieja Europa.

El hombre común de España está hecho a manejar siglos. A las puertas de las catedrales de Avila, de Salamanca, de Cuenca o de Valencia pululan golfillos que para ganarse unas flacas perras avanzan a hablar al visitante del estilo románico o del gótico, con sus naturales entradas en técnica imaginera. El muchacho español a la par que chupa sus caramelos, acostumbra la lengua y los labios a pronunciar solemnes palabras cargadas de tiempo. El hombre español posee un baremo con valores temporales que difieren de las medidas usadas para el caso por el hombre americano. Cuando entre nosotros se habla del siglo XVII, los hechos adquieren una perspectiva cuya profundidad no alcanza a apreciar un europeo. Nuestra dimensión temporal resulta pequeña ante la dimensión temporal del español. Para nosotros, los minutos, las horas, las semanas ocupan el sitio que acá ocupa la noción de día, de mes, de año. Hay un verdadero desnivel entre la conceptuación de lo temporal hecha por hombres de América y la que hacen los hombres del mundo europeo. De esta desemejanza de niveles deriva el afán tropical de "quemar etapas" en el orden de los valores morales, como si fuera posible extender al propio valor del hombre los avances de tipo material que acelera la técnica. Si en realidad hemos recibido la sedimentación secular del Viejo Mundo, sin embargo, los cuadros cronológicos se diferencian de manera violenta. Mientras en Europa vemos ocupados sitios punteros por ilustres ancianos, entre nosotros se da por envejecido a un hombre que haya alcanzado la cuarentena. Esta manera de medir el tiempo explica, en parte, la precipitación que ha hecho presa en la conciencia de muchos hombres, que, no sabiendo aguardar la hora de entrar por la puerta principal, se introducen por la puerta de los criados.

Los golpes de estado y las menudas traiciones personales son empujados por el malsano afán de superar a cualquier precio la deficiencia del momento.

Si en realidad nuestra violencia tropical tiene raíces en la mera área geográfica y se condiciona en relación con la propia capacidad germinal de sol y de suelo, no es poco lo que en nuestra premura influye el modo de medir la temporalidad que sirve de horizonte a nuestra Historia. Esa precipitación conceptual nos empuja, a la vez, a romper la propia continuidad del tiempo. La instantaneidad desaloja la perennidad. El hecho presente llega a ser visto como eslabón sin cadena, por donde ni se busca la raíz antigua ni se asegura el vuelo hacia el futuro. Olvidan nuestros pueblos alegres que la vida es un juego de permanencia y de mudanza. En el equilibrio entre la una y la otra radica la fuerza de los hombres y de las sociedades. "Que las alas arraiguen y las raíces vuelen", dice en puro metal poético Juan Ramón Jiménez. Cada época ha de hacer tradición del tesoro que pulió a la época que empieza. Cuando Heiddeger definió el presente como un "futuro sido", si en realidad reconoció que la vida está en lo que viene, condicionó su realidad al hecho cumplido, a lo que ya fue. "Para poseernos a nosotros mismos, tenemos que conocer nuestro pasado como tal", apunta con tino Julián Marías. La pronta lentitud del verdadero progreso consiste en que el futuro que busca ser, no llegue a borrar la fisonomía de la hora sobre la cual habrá de proyectarse. No se saltan los siglos. Se aprovecha, en cambio, con cordura, la experiencia adquirida por los pueblos maduros. Si en lugar de improvisar nos decidiéramos a reflexionar, aún llegaríamos a sentir el peso de los siglos que hacen semejantes en edad a nuestra humanidad joven de América y a la humanidad senecta del hemisferio antiguo. ¡Cómo se amalgamarían para la creación excelente el ímpetu que promueve el trópico y la quietud a que invita la serenidad de evocar siglos! La vida que se mueve en el mañana jamás se deshace de los hilos que la amarran al tiempo pasado. La anterioridad y la posteridad son meras entidades conceptuales. La vida es un simple subsistir. Existir debajo de la mirada de Dios, hecho tiempo caminante en la persona de Cristo.

CASTILLOS PARA LA PAZ

Algunos castillos de la región de Valladolid, en la alta Castilla, serán utilizados para el ensilaje del trigo. Esta idea no ha tenido, posiblemente, acogida grata en el ánimo celoso de algunos miembros de la Sociedad de Amigos de los Viejos Castillos. Tal vez hubiera sido preferible aderezarlos de nuevo para su permanente presentación como testimonios de gloriosas épocas pasadas. Alrededor de sesenta son los castillos del valle del Loire, atendidos con esmero por las autoridades turísticas de Francia. Se les ilumina fastuosamente y se hacen nutridas excursiones para contemplarlos y visitarlos durante la temporada de verano.

En España hay numerosos castillos abandonados. España está sembrada de ruinas de castillos. En ellos vive en recuerdo la entereza del español antiguo. Al recorrer la historia de la Reconquista, el historiador tiene que hacer altos prolongados en los severos castillos que marcaban el radio de la resistencia. Son verdaderos testimonios roqueños de una voluntad indomable. Son capítulos maravillosos de la erizada historia feudal de la Península. Las autoridades turísticas españolas se preocupan por la recuperación de muchos de estos castillos. Rehabilitarlos todos parece algo por más difícil.

Ante el abandono y el riesgo de que sus piedras se desajusten, parece lógico darles un fin útil que las vitalice. En algunos castillos se han establecido hostales camineros. Ahora el Servicio Nacional del Trigo ha resuelto adaptar algunos a la guarda del rico cereal. No sólo soluciona de ese modo el problema creado por la escasez de silos, sino que ayuda también a la conservación de los solemnes edificios.

A mí particularmente me agradaría ver reconstruidos y habilitados para las continuas visitas estos egregios testigos de la antigua altanería de los caudillos locales de España. Sin embargo, me place el destino agrícola que hoy les da el Servicio Nacional del Trigo.

Convertirlos en silos es tanto como democratizar los castillos donde anidó ayer un soberbio espíritu clasista. Ya en Torrelebatón el viejo castillo de los Enríquez presta oficios de silo. En el castillo de los Enríquez se fortificaron los comuneros que luchaban contra el absolutismo de Carlos I. En el añoso castillo de los Enríquez se peleó duro contra el poder centralizador y opresivo de los Austrias. Aquellos eran negocios que poco entendía el pueblo, perdidoso tanto al lado del rey como al lado de los señores; sin embargo, el buen pueblo, con fina intuición, supo estar al lado de Juan Bravo, de Maldonado y de Padilla. Un aire de libertad se recogió en el castillo enriqueño, abierto hoy al servicio del bien común. Comuneros se llamaron aquellos valientes varones que avanzaron, en nombre del pueblo, a contradecir las ínfulas del rey.

En los castillos se almacenaban armas y se guarecían hombres para mantener la guerra. Ayer, lo mismo que hoy, pelear era un negocio. Cuando los hidalgos no ganaron en lucha cuerpo a cuerpo sus blasones, recurrieron a la venalidad de los títulos, adquiridos con ganancias alcanzadas como proveedores de los ejércitos. El asentismo, el contrabando y el peculado sirven de soporte a menudas hidalguías. Antaño, como ahora, se peleaba y se difundía el miedo con la ayuda de armas condenadas por la propia Iglesia. Con mayor claridad que hoy respecto a las bombas atómicas, un canon del segundo Concilio de Letrán (1139) prohibió el uso de la ballesta. La ballesta se limitaba a arrojar con gran potencia piedras y saetas. Se la miró como arma desleal, por cuanto el agresor se escudaba en la distancia y se valía de invención mecánica, que exageraba la natural destreza bélica del hombre. La presunta justeza de la guerra pedía que se la mantuviese dentro de humanas proporciones. Si los Padres de Letrán hubieran supuesto la bomba nuclear, habrían enloquecido ante la idea de que se la pudiera mirar como soporte de la civilización cristiana. Un castillo en el siglo

XII caía bajo pena de excomunión si se lo sabía repleto de ballestas. Si el canon letranense estuviese en vigor, podría aplicarse, por analogía, a los depositarios cristianos de la bomba atómica.

A los castillos abandonados de la alta Castilla se llevará hoy trigo en lugar de las antiguas ballestas pecaminosas. El trigo es, a la par de realidad alimenticia, símbolo absoluto del nutrimento que reclama la dieta del hombre en su dualidad de espíritu y materia. Cristo dignificó el pan cuando lo transubstanció en su propia carne. Más que los protestantes, los católicos romanos hemos de respetar la sustancia del Sacramento. Para los hijos de Lutero hay mera consustanciación transitoria. Para nosotros, el pan se convierte permanentemente en cuerpo de Cristo. En el trigo minúsculo hay, pues una posibilidad de deificación. Un silo en tierra de católicos es como una futurización de Dios. Algo realmente paradójico, si se piensa que Dios no está sometido a las leyes del tiempo. Dios es ahistórico. El milagro del cristianismo radica en la historicidad del Hijo de Dios. El cristianismo es una parcela de eternidad sentida desde lo transitorio.

Almacenes de cosa que puede tornarse en alimento de almas y en alimento ordinario del cuerpo. Los castillos convertidos en silos serán lo contrario de lo que ayer fueron. El arma antigua y la intención que la guiaba hacia la muerte son sustituidos por el trigo de donde deriva el pueblo pan seguro para engordar en la tierra y pan posible para saciar el hambre de espiritualidad.

No serán desmantelados los viejos castillos donde se afincó una vigorosa tradición nacional. Firmes quedarán las patinadas piedras. Enhiestas, las almenas. Altivos, los torreones. Enteras, las linternas. Quedará intacto todo lo de fuera. Variará sólo el contenido. Permanecerá la reciedumbre antigua, mas no al servicio de la violencia destructora, sino como protección para valores superiores. La rígida soberbia de los señores cede sitio a las necesidades del común. Toda una gran revolución hecha en silencio. Los instrumentos del dominio antiguo pasan a manos del pueblo. Lo oligárquico se convierte en popular. Donde escudó la altanería del viejo señor, se guardará hoy el pan del pueblo. Donde se mantuvieron armas feroces para la destrucción de los

hombres, se conservará el nutrimento que asegura la plenitud y el sosiego de los hogares. Una política que vela por el trigo, vela también por la tierra que lo produce. Sobre la tierra, como realidad de riqueza material, radican los derechos más urgentes al hombre común. También muchas de las anchas tierras, cuyo dominio arbitrario era asegurado desde las almenas de los castillos, han pasado a las hermandades agrícolas. El señorío intocable que garantizó ayer una errónea concepción de la justicia, ha cedido el paso a principios que dan primacía humana al derecho "a" la propiedad que asiste a quien trabaje la tierra, sobre el antiguo derecho "de" propiedad fundamentado en meros papeles. "Ningún país del mundo, entre los que figuran a la vanguardia de la civilización, admite el derecho de propiedad del suelo sin las limitaciones que impone el bien común", acaba de decir en las Cortes españolas el ministro de Agricultura. Se libera también la tierra de sus viejos enemigos. El señorío que la restó del servicio social, cede ante el crecedero derecho de la comunidad. Se abre el suelo, como los castillos, a las necesidades del hombre común. En medio de un suelo generoso para el trabajo labriego, los castillos colmados de trigo son firmes puntales de paz...

EDAD Y ESPACIO DE LA PALABRA

Como cualquier organismo vivo, las palabras nacen y crecen. La mayoría logra permanencia en el mundo del idioma. Las hay que desdoblan el sentido. Otras pasan a la categoría de inválidas, necesitadas del remozamiento del pueblo y de los escritores; mientras algunas realizan verdaderos ciclos dramáticos.

Cuando se produjo la segunda guerra mundial, la palabra democracia llegó a adquirir un valor extraordinario. Se la escuchó con el respeto mágico que a fines del siglo XVIII ganaron las palabras razón y libertad. Con la palabra democracia en la boca, aun funestos dictadores de América se sumaron aparentemente al gran movimiento de resistencia y de lucha que se opuso al nazi-fachismo. Era palabra de moda. Tan eficaz entonces como el vocablo libertad con que fue entonado el ánimo de los soldados que hicieron la independencia americana. La palabra libertad y la palabra democracia están hoy de capa caída. Han sido sustituidas por vocablos que expresan otro tipo de valores: orden, disciplina, autoridad, respeto, censura, etc. En 1814, cuando Fernando VII comenzó a reinar de nuevo y derogó la Constitución doceañista, las palabras libertad y tolerancia fueron borradas del mundo político a la voz de "vivan las caenas".

Las palabras siguen la misma ruta de las ideas y de los sentimientos que expresan. En un mundo decente se usan con mayor frecuencia palabras decentes. Donde impera la deslealtad es un sarcasmo la palabra amigo. Donde triunfa el vicio, la palabra virtud es "vana sombra", como en los versos de Eurípides que Bruto repitió a la hora de la muerte.

La ciencia, la industria, el progreso reclaman palabras nuevas o nuevas acepciones para palabras viejas. Cuando el aeroplano entró de lleno en el orden del mundo, Gabriel d'Annunzio creó la palabra velívolo, que a veces usan los italianos y que Mons. Bacci, en su célebre diccionario latino, admite en la forma de "velivolum". (Ha propuesto, también este avisado humanista que al moderno ascensor se le llame "anabatrum" cuando haya necesidad de nombrarlo en el moderno latín de la Iglesia). En español se dio, en cambio, para el aeroplano nuevo sentido a la palabra avión, con que se nombra al raudo vencejo. El conductor de coches de motor tuvo necesidad de nombre con determinada extensión y debida comprensión. El conductor y el auriga cedieron puesto al vocablo chófer, que, a través del inglés, los hispanoparlantes tomamos del francés. Los italianos le aplicaron la palabra autista. Por olvido, los hispanoamericanos tomaron del inglés, el feo verbo "parquear", para determinar la acción de dejar estacionado un automóvil, cuando en nuestra rica lengua ya existía de antiguo el verbo aparcar, mejor hecho y de dignidad académica.

Este movimiento lógico de las palabras corresponde al propio sentido de la vida humana. Con las sociedades y las modas surgen o se olvidan los vocablos. Pocos recuerdan hoy los orígenes de la palabra cursi, nacida en Málaga a principios del pasado siglo para hacer disimulada burla de las modas extravagantes de las señoritas Sicur. En Caracas, quienes con igual fin usan la palabra vitoquismo, ya no saben nada de la historia del duque de Rocanegras.

Tienen su edad las palabras como los hombres que las emplean. Se descoloran, también, por el uso o por el abuso que de ellas hagamos. Esto ocurre fundamentalmente con los adjetivos. Honorable, distinguido, excelente e ilustre son voces que han perdido su valor conceptual. Cuando ladrones, verdugos y sicofantes reciben tratamiento de ilustres, egregios y distinguidos, estos calificativos terminan por ser meros esqueletos gráficos sin contenido ideológico. Le temblaron las manos al linotipista que hubo de componer la palabra honorabilísima para calificar a la dama de alto mundo con quien anduvo de furtiva fiesta la noche anterior.

Desgaste y acepciones relacionados con la moda reciben las palabras. Nada más lógico y explicable en el orden de los valores vivos. Como los trajes, tienen su edad; como las máscaras, tienen su hora precisa. Benemérito fue en la vieja Venezuela adjetivo de mucho uso para calificar encumbrados jefes de la política. Benemérito se llamó a Páez, a Vargas, a Soublette, a Antonio Leocadio Guzmán, a Rojas Paúl, a Crespo, a Castro. Era tratamiento que connotaba elevadísima distinción. Cuando se le dio a Gómez, la palabra adquirió nuevo sentido: de adjetivo pasó a sustantivo. Gómez y benemérito fueron sinónimos. El Benemérito simplemente se llamó al viejo caudillo. Como adjetivo, la palabra desapareció junto con su titular. Alguien la aplicó, sin malicia ni malos fines, al general López Contreras, y la prensa protestó. Con Gómez había muerto también el Benemérito.

Si las palabras viven, enferman y agonizan, también cambian de temperamento según los climas geográficos. No es lo mismo pensar en América que pensar en Europa. No es igual sentir en Nueva York que sentir en Bogotá o en Calcuta. Cada clima acondiciona sus vocablos. Cada grupo social le infunde al cascarón vacío de las palabras su propio espíritu. Hoy leo en "Il Corriere del Pomeriggio" un titular que dice: "Iniciativa occidental para la defensa de Asia" ¿De quién van a defender los países occidentales a los pueblos asiáticos? Los pueblos del continente asiático están, por el contrario, a la defensiva de los occidentales. Quienes explotan y subyugan los ricos territorios del milenario continente son los ingleses, los norteamericanos, los holandeses y los franceses. Si en algunos movimientos nacionalistas aparece la influencia y la dirección comunista, es porque así lo han querido los colonialistas en su oposición al natural movimiento autodeterminativo de los pueblos sojuzgados y explotados. En Europa y en Norteamérica hay un léxico político que en Asia, Africa e Indoamérica tiene un sentido contrario. El nacionalismo de los pueblos coloniales o semicoloniales es actitud que ofende a los países imperialistas. Estos, en su afán de ganar adeptos, han atribuido contenido falso a la misma palabra nacionalista. La han hecho aparecer, al igual del viejo nacionalismo alemán, como vestimenta de una actitud antihumana. Criollos nuestros, de grado o por fuerza, han mordido el anzuelo. A quienes sostenemos tesis nacionalistas se nos ha llamado enemigos del progreso universal y del sentido

comunitario del mundo. No ha querido verse que nuestro nacionalismo es una actitud antiimperialista, no antiuniversalista. La universalidad necesita unidades estructuradas. Como dice Haecker: "Distinguer pour unir".

Los diversos desdoblamientos de los valores nacionalistas promueven también variantes en el orden de otras palabras. En la América hispana, de manera muy especial en Venezuela, se ha jugado al engaño con la palabra colonialismo. Ayer, por caso, César Zumeta se constituyó en paladín del antirrevisionismo, que en historia colonial iniciaron Angel César Rivas, Laureano Vallenilla Lanz, Rufino Blanco Fombona y Pedro Manuel Arcaya y que con éxito indiscutido prosiguieron los dos Caracciolo Parra, Rafael Domínguez, Héctor García Chuecos y otros más. Cuando algunos trasnochados defensores de la vieja tesis antihispanista citan la obra de Zumeta, la califican altisonantemente de postura anticolonialista, sin advertir que anticolionalismo connota hoy otra cosa. Anticolonialista somos los hombres que en el territorio de las ideas y en el campo de la política luchamos porque el país no caiga en el área del imperialismo político norteamericano. Anticolonialista fue Zumeta cuando adversó a principios de siglo la penetración yanqui en América española. La falsedad y la mala intención con que suelen escribir ciertos autores permite, sobre este juego mendaz, hacer aparecer como anticolonialistas a quienes mantienen reservas en relación con el pasado hispánico, mientras en puridad de verdad practican el más vergonzoso colonialismo en su comportamiento con los presuntos conquistadores del momento. Un recto examen de circunstancias –como lo prueban las tesis de "Mensaje sin destino"– deja ver que nada nos defiende tanto frente al exotismo cultural y a la voraz conquista del Norte, como el robustecimiento de los valores dimensionales que nos transmitieron los tres siglos de vida hispánica. Basta mirar hacia Filipinas y Puerto Rico. Basta sentir cómo crece en el orden del tiempo la personalidad de nuestros países, cuando a la tormentosa historia republicana le sumamos los recios años de gestación en la matriz del viejo orden español. Por donde colonialismo e hispanismo son hoy vocablos que no coinciden en el plano de América. En cambio, colonialismo y proyanquismo se amalgaman como conceptos en el orden fraseológico del momento. Tal vez el uso extemporáneo que del vocablo anticolonialismo hacen

algunos escritores comprometidos con la corriente entreguista del momento, tenga por finalidad desviarles del juicio recto que el pueblo hace en relación con su conducta. La táctica no empece para que en América se llame hoy hispanistas a los que reconocen y exaltan el valor de nuestro pasado español y colonialistas a los escritores y políticos que sirven los intereses de Estados Unidos en nuestro continente. Llorens Torres los llamó pitiyanquis.

Un vocablo que en Latinoamérica tiene valor defensivo y humano, los hombres de criterio colonialista de otra parte, lo leen como agresión a sus pretensos derechos. Esto hace por demás vergonzoso y triste que escritores y periodistas de nuestro mundo en peligro escriban y discurran según el sentido que en Europa y Norteamérica tienen los vocablos que expresan y entonan una amenaza de nuestra libertad y nuestro decoro. Ocurre también que palabras que ayer tuvieron función de iluminar el espíritu –libertad, independencia y civismo– se evite mencionarlas, porque carecen de fuerza en el camino de los valores prácticos. Edad y espacio propio tienen las palabras, al igual de los árboles y al igual de los hombres. Muchos, sin embargo, hacemos el tonto cuando buscamos que florezcan y fructifiquen, en medio de un superpuesto y amañado ambiente hibernal, los árboles de la buena fruta y la aromosa flor. Pero el tonto terminarán tal vez por hacerlo de verdad aquellos que reniegan los valores humanos para aplaudir el brillo pasajero de los negocios. Aunque las tuerzan, no perderán jamás su verdadero sentido y su neto valor las palabras justicia, derecho y libertad, en cuya busca se afana el hombre común. Allá los que se complacen cuando del mapa de una política son raídos los vocablos que expresan la integridad cívica de las naciones...

Génova, julio de 1955.

PAZ Y CIVILIZACION CRISTIANA

Con diferencia más de horas que de días han hablado en Ginebra el abate Pierre, iniciador de la "Compañía de Emaús", a favor de los desheredados (Emaús es también un símbolo de dolor; Emaús está más allá de la desilusión), y en Florencia el célebre profesor egipcio Hussein, en una de las extrañamente tormentosas sesiones del Congreso de la Paz y la Civilización cristiana, reunido en la maravillosa ciudad del Arno. Ambos hechos son elocuentes testimonios de la presencia en el mundo de una verdadera inquietud espiritual. A compás de que crece el peligro de ver ganada la partida por las fuerzas del crimen, se ponen en resalto manifestaciones expresivas de que el hombre persigue planos de superación espiritual para la adecuada solución de su graves problemas, en los cuales ya La Bruyere veía la variada repetición de las mismas ansias y de los conflictos de hace siete mil años.

Así aparezca a veces triunfante la idea de quienes, desconociendo el carácter ético y el origen extrahumano del derecho, lo presentan como fenómeno enraizado en conveniencias económicas o como simple norma elaborada por la razón del hombre, por donde quiera se alzan voces que dan a la justicia categoría egregia en el orden de los valores situados más allá del rasero positivista o racionalista.

La reunión de Florencia ha tenido características por demás singulares. Se diría que en el Palazzo Vecchio algunos representantes hubieran evocado el recuerdo turbio y pugnaz de güelfos y gibelinos, y haciendo a

un lado el fin pacífico de la reunión, hubiesen andado a la greña. Para responder una actitud anticolonialista del representante de la India, el ministro de Portugal armó un debate que hizo temer el próximo estampido de los cañones. Con sorpresa de todos, se escucharon en un congreso destinado a considerar los problemas de la paz, las agresivas palabras del representante lusitano. "Si Goa fuese atacada –dijo–, el Gobierno de Portugal la defenderá hasta el extremo". "El Ministro Tavares –escribe un cronista del "Corriere de la Sera", de Milán– era como la imagine stessa de la colera". Hubo un momento en que la asamblea se vio camino del fracaso. El magnífico presidente La Pira, con ataques de uno y otro bando, realizó esfuerzos delicados para que volviese el sosiego al ánimo de los contrincantes. (A La Pira, la extrema derecha católica le quiso cobrar el hecho de haber declarado valiosa para la causa de la paz mundial la reunión en Helsinki del Congreso Pro Paz y Democracia). Para acallar la disputa de tipo político promovida por el representante hindú, los delegados de la Cruz Roja Internacional intervinieron con argumentos conciliadores. Más que de paz, parecía, en realidad, tratarse de derechos de conquista. ¡Cómo los hombres se olvidan de sí mismos cuando oyen una palabra que contraríe sus apetencias! ¡Cómo se eriza la vanidad y la soberbia ante los reclamos de la justicia! "Aun mientras discuten de la caridad –explica el gran Vives, en su famoso tratado acerca de la concordia humana– riñen los teólogos". La diferencia del hindú y el portugués dio, en cambio, al profesor Hussein ocasión feliz para decir palabras admirables y terribles: "La mayor parte de los cristianos y de los mahometanos –dijo– no son ni cristianos ni mahometanos. Ni en los que se dicen cristianos vive Cristo, ni el espíritu del Corán anima a los que se llaman mahometanos". En el seno de la reunión la voz del profesor Hussein adquirió extraña fuerza apaciguadora, como si la dura admonición se hiciera dulce en gracia a la ternura, a la pausa, al recogimiento del orador. Le daba, también, extraña fuerza persuasiva la circunstancia penosa de la ceguera del orador. En medio del quebranto de los ánimos, el ciego que predicaba los caminos de la paz y de la comprensión adquiría elocuente valor de símbolo. Los ojos sin luz contrastaban con la profunda luminosidad de las palabras orientadoras. La luz venía de dentro, del hondón de un espíritu admirable, que ha sabido trocar los apagados fulgores de fuera con una permanente luminaria interior.

Florencia ha sido ciudad de contrastes. A la pasión desbordada ha visto cómo se opone el equilibrio de los grandes pensamientos. No en balde comparte con Roma la capitalidad de la cultura italiana. Fiel a la síntesis dantesca, ha sido prudente para adivinar después del Infierno la dulzura inefable del Paraíso. La palabra insinuante, severa, orientadora del profesor egipcio, podría decirse que repitió en pequeño el mensaje apaciguador dirigido por el cardenal Latino a güelfos y gibelinos el 18 de enero de 1280. Llamados por las trompetas de los heraldos, los habitantes de Florencia se reunieron a las puertas de Santa María la Novella, para escuchar al legado del Pontífice, venido de Roma a componer las quebrantadas paces de las familias. Entre la muchedumbre apiñada a las puertas del templo se movía el joven Alighieri, apenas de quince años. En la mente del adolescente un pensamiento surgió alegre y veloz cuando el pueblo, ensangrentado y hostil la víspera, se abrazaba reconciliado al escuchar las palabras del enviado del Papa. No se sintió Dante atraído por la danza, ni por las canciones, ni por el bullicio a que se entregaba la regocijada población. Buscó, en cambio, maneras de mirar al balcón de los Portinari, iluminado por el rostro sin par de Beatriz. Cuando se hacía la paz y la concordia abríase camino en la ciudad atormentada por los odios, Dante enamorado buscó los ojos, todos dulzura, de la muchacha que se había adueñado de sus pensamientos y de la cual lo distanciaban aún trabas de clases.

Cuando las palabras del profesor Hussein aquietaron las pasiones subyacentes en el ánimo de los cristianos congresantes ¿no sentirían algunos un intenso llamado interior hacia imágenes angélicas? ¿No surgiría en el fondo de los representantes de la civilización cristiana un deseo de ganar en cualquier forma la luz que faltaba a los ojos del orador elocuente? ¿No pensaron que el infierno de los odios impone la necesidad de mirar hacia la región donde el amor mueve "il sole e l'altre stelle"? En la tierra de Dante ¿no llegaría a sus mentes un rayo de la misma luz que iluminó los caminos del gran visionario? ¿Más allá del incendio de antorchas que en la plaza de la Señoría celebraba la fiesta de San Juan Bautista, no esperaron ver acaso, una lontananza de reposo?...

Mientras tanto, en Ginebra, la capital del pacifismo internacional, el abate Pierre dirigía la palabra a entusiasta concurrencia congregada en el

Palacio del Deporte. También busca caminos de paz el amigo de los desheredados. Busca la paz por la senda del sosiego material. "Cuando un hombre tiene hambre –dice Santo Tomás–; dadle primero de comer y después le predicaréis los mandamientos". Sin mirar a lo auténtico de las dos vertientes que nutren la razón del hombre, es imposible ensamblar el puente que permita ganar la orilla de la plenitud deseada. "Uno de los descubrimientos esenciales de la espiritualidad moderna –dijo Francois Mauriac en el Congreso de Florencia– ha sido reconciliar a Marta y María, es decir, la contemplación y la acción". El abate Pierre, como personero de la acción conciliadora entre el pan terrestre y la palabra divina, ha tomado la voz de los sin techo en la marcha apretada y sin descanso que el Pontífice aconseja para llegar a la orilla donde comienza "un mundo mejor". La lección de Marta presenta la realidad del reino de Dios como algo que empieza en este valle de lágrimas. Este maravilloso Henri Groues –hoy muerto para su antiguo mundo– ha resuelto apagar de sus hombros las estrellas de la milicia francesa, para sólo lucir el traje de los viñadores de Cristo. Este que ahora abraza es generalato que distingue y enaltece; mientras sacrílegamente otros rebajan hasta el ras de las fuerzas pecaminosas a egregios valores religiosos, el apóstol de los sintecho destruye las viejas fotografías que lo exhibían arreado de las galas de militar capaz de dirigir una carnicería humana.

Con sentido práctico de las circunstancias presentes, el ya famoso abate explicó a sus oyentes ginebrinos cómo un mil quinientos millones de hombres carecen del mínimo necesario para comer, albergar y vivir decentemente, mientras el 80 por 100 de los bienes de la tierra los retiene una minoría privilegiada que representa apenas el 10 por 100 de los habitantes del globo. Con palabras saturadas de cristianismo auténtico, el apóstol de los sintecho terminó diciendo que el porvenir del mundo no está en manos de quienes tienen el dominio de las armas nucleares, sino en la voluntad de quienes pueden promover la esperanza y la fe entre los desgraciados. "La humanidad –agregó– está a punto de tomar conciencia de la miseria de las masas. Aquí está el centro de los problemas del mundo". El hombre, para su desarrollo plenario, ha de derivar mayores frutos de esta "toma de conciencia", que los que pueda ofrecerle el extraordinario bloqueo del átomo. En el área de las posibilidades de dominio, ha sido más fácil al hombre ganar el secreto de la energía

integradora de la materia sorda, que dirigir la fuerza de la caridad y de la justicia, llamadas a cohesionar la sustancia espiritual de los hombres. En el triunfo de la Física sobre la Moral radica, a la verdad, la causa principal de la crisis del mundo.

Cuando el magnífico predicador de la caridad visitó a Estados Unidos, le fueron ofrecidas manifestaciones expresivas. Eisenhower mismo lo recibió en la Casa Blanca. En su charla ginebrina se refirió el abate a los bajos fondos de Nueva York, Filadelfia y de Chicago. También dijo que a quienes le habían ofrecido dinero él había respondido que es caridad, es decir, amor, lo que reclama la sociedad para su mejoramiento. "Poned un poco de calor humano en vuestras acciones y veréis cómo se multiplica la eficacia de los socorros", es consejo suyo que cuadra a todas las damas que a fines de año hacen ostentación de caridad, en organizaciones encargadas de recoger abrigo y juguetes para niños desamparados, mientras durante el año han permanecido insensibles al dolor que sus altivos compañeros fomentan ya en la banca, ya en el gobierno, ya en la fábrica, ya en el campo, contra los sufridos padres de muchos niños. Explicó, además, el abnegado predicador cómo Estados Unidos, en el orden de la reconstrucción del mundo, siente y comprueba "la impotencia de su potencia". Si válida para el gran pueblo norteamericano, la paradoja expresa para el mundo en general la absoluta inutilidad de las fórmulas materialistas como salida adecuada para los problemas del hombre. "Los habitantes de Estados Unidos –concluyó por decirles el preocupado abate– tienen necesidad de un San Francisco de Asis". Un San Francisco que lleve palabras de amor y de justicia al vacío inmenso de espiritualidad que caracteriza todo un orden de falso cristianismo, cuya potencia reside en la eficacia medrosa de las bombas atómicas y en la posibilidad de sojuzgar a los pueblos menores. Un San Francisco que salve el viejo patrimonio de sencillez y de bondad que sirvió al hombre de Norteamérica para hacer placentera la vida cotidiana, antes de lanzarse a la aventura de dominar un mundo, que le retribuye en odio y menosprecio los aparentes esfuerzos realizados por sus políticos para ganar posiciones que les permitan llamar libre a un hemisferio de dolor, donde se niega la libertad y el decoro a hombres y naciones.

Para la paz cristiana que se discutió en Florencia, urge que se haga efectiva entre los hombres la caridad que el abate Pierre predicó en

Ginebra. Caridad que se exprese en la plenitud de su valor conceptual. No ayuda financiera encaminada a crear compromisos, sino caridad de ver en los demás pueblos y en los demás hombres rostros tocados de la divinidad creadora. Amor humano, comprensión social que huya los pactos con el crimen. Caridad que comience por hacerse sentir en la conducta y en el pensamiento de quienes ocupan elevada categoría en el orden de la propia cristiandad. Caridad práctica, que pueda desenmascarar la política que persigue sojuzgar pueblos para aumentar posibilidad a las industrias. Caridad de sentir en nosotros mismos el dolor de los demás hombres. Caridad que exprese una recta y generosa comprensión de las esencias cristianas. Amor de caridad, como en el mensaje franciscano.

Madrid, julio de 1955.

PROTECCION A LA LOCURA

Para hacer más eficaz y práctica la lucha constante del hombre contra las enfermedades de tipo social, se erigen fundaciones y comités que juntan las aportaciones económicas de las personas preocupadas por los problemas de la salud. Así vemos por doquier ligas contra la tuberculosis, ligas contra el cáncer, ligas contra la poliomielitis, ligas contra el paludismo y ligas contra las enfermedades mentales, que unen su acción benéfica a la acción directriz de la higiene pública. Dichas ligas construyen hospitales, centros de aislamiento, institutos de investigación y salas de auxilio. Los sabios, los técnicos y las enfermeras redoblan su trabajo en pos de alivio para los pacientes y en pos de luces para los problemas etiológicos y propedéuticos de enfermedades y tratamientos. ¡Qué regocijo no ha mostrado el mundo ante las experiencias favorables del suero antipoliomielítico! ¡Cómo ha sido recibida con clamorosa alegría la noticia del reciente descubrimiento por sir Florey de un milagroso antibiótico, más potente que la penicilina! ¡Qué enorme entusiasmo no ha despertado la bioestimulina de Filatov!

En el orden de la asistencia de los adultos recluidos en hospitales, leproserías y sanatorios, se alarga la protección social hasta las familias semiabandonadas. Todos estos problemas son resueltos de acuerdo con la eficaz conjunción de recursos económicos y de eficiencia médica. La sociedad, en general, participa por medio de aportaciones económicas y con la prestación de sus propias facultades de excepción. Los poetas cooperan en recitales, los cantantes ofrecen el atractivo de su voz para espectáculos benéficos, las damas aristocráticas organizan tés y desfiles de trajes. Con alentar y servir a una campaña de esta clase, el público

consideraba cancelada su obligación. La banderita, el botón, la flor, el sello de correos son la expresión de estar en paz con la sociedad que pide auxilio para sus grandes campañas contra los males de proyección segura en la tranquilidad y el bienestar generales.

Mirando a las llamadas ligas de sanidad mental pareciera que su fin estuviese limitado, como el de las otras, a recoger en centros hospitalarios a las personas visiblemente enajenadas, cuyo diagnóstico fácilmente hace la policía encargada de guardar el orden público. Tiradores de piedras, desenladrilladores espontáneos, toxicómanos, lunáticos callejeros, profetas barbudos, sin mayor esfuerzo son llevados para su tratamiento en casas de orates, donde los psiquiatras comienzan la nobilísima tarea de enderezar las torcidas conciencias. Un gran paso en orden a este tipo de asistencia social acaban de dar las Cortes españolas, con la sanción de la excelente ley que crea el Patronato de Asistencia Psiquiátrica. Tanto como a curar tiende el proyecto a prevenir de manera eficaz y amplia las enfermedades mentales. Ya España tiene solera en lo que dice a asistencia de enfermos mentales. En la ciudad de Valencia, el año 1409, el rey Martín el Humano autorizó la fundación de un manicomio, regentado por padres mercedarios ¡Suerte que el establecimiento no hubiera sido establecido en la Mancha!...

La labor de prevenir las enfermedades mentales parece, sin embargo, que escapa a las posibilidades de ligas y de patronatos. Es tan vasto el campo germinativo del mal que sólo una profunda transformación de las costumbres, los hábitos y los puntos de mira sociales puede poner valla al peligro. Fácil es al psiquiatra averiguar, eliminar y prevenir las causas endógenas de una psicopatía. Pero son tantos y tan varios y están tan mezclados los motivos externos, carentes de visibilidad, donde toman origen las desviaciones mentales, que resulta harto difícil su prevención. Las enfermedades mentales, si bien tienen una relación directa y muy estrecha con las condiciones psíquico-somáticas de la persona, tienen, además, una ligadura profunda con el ambiente y con el tono de la sociedad. El conflicto psíquico supone una dualidad de sujetos. En el mundo oculto de la conciencia se refleja, como en luna veneciana, el mundo exterior. Puede prevenirse fácilmente la acción ambiental, en lo que dice al orden económico y a la calidad higiénica. Los pequeños

dramas familiares, suscitados por desniveles mentales, es por demás posible prevenirlos y modificarlos. En cambio, otro es el caso de los factores que obran en terreno sin deslinde individual práctico. Los grandes problemas que invaden los cuadros de la cultura y de la moralidad colectiva, escapan a las posibilidades regimentales del psiquiatra. No basta curar dentro del sanatorio a un enfermo mental, ni sólo precisa acudir las pequeñas circunstancias ambientales que suscitan el desequilibrio del juicio. Queda un campo en extremo ancho, que escapa la previsión de las leyes asistenciales comunes. Los diez millones de psicópatas yanquis revelados por las estadísticas del poderoso país del norte de América, son en su mayoría producto de factores incontrolables para la mejor policía de sanidad mental. Los engendra el medio espontáneamente. Los produce la carencia de lógica de una cultura.

En la hora presente del mundo, como acaba de proclamarlo en Hamburgo un investigador de Física nuclear, es posible hallar en el campo de la energía efectos anteriores a sus causas. La lógica más simplistas desaparece como instrumento gnosológico cuando el hombre se dedique pacientemente a esperar de hechos futuros el conocimiento de las causas de su conducta actual. Esto escapa a los extremos ontológicos a que llegó la mirada de Heiddeger. La inversión de valores y el acomodo de los hechos a la pseudológica del interés instantáneo, contribuyen a que las verdades enloquezcan. ¿Qué es el mundo actual sino expresión de conciencias que escapan a la razón lógica? Todo conspira, aun en el área de las artes, a desviar el juicio de los hombres presentes. Cuando se mira a la política internacional, ¿qué desplantes no se escuchan? En el orden de los principios, ¿no se ha visto a los más autorizados portavoces de los grandes pueblos que se dicen defensores de la libertad, tomar la defensa de principios destructores de la dignidad humana? ¿Pensó alguna vez Leonardo o Miguel Angel que se llegaría a recomendar como expresión de arte los más disparatados caprichos de dibujantes, forjadores o tallistas? La función de discursos sin lógica, de conductores sin moral, de bronces y de óleos sin cabezas y sin pies, unos y otros alabados y presentados como testimonios de ejemplaridad y de valor por autorizados representantes de la cultura del momento, ¿no es realidad contraria a todo sentido y a todo empeño de conquistar un pleno

nivel de sanidad psíquica? Esto hace pensar que el mejor objetivo que debieran perseguir las ligas de sanidad mental lo constituiría el esfuerzo que realizaran en orden a que los hombres no se sientan tan desacoplados de su propia realidad existencial. En el desequilibrio entre el comportamiento general de la sociedad y las normas que se invocan para la dirección de la conducta humana radica la fuente principal de la insania reinante. Cuando se mira a los llamados a fijar los principios rectores del mundo en convivencia con las fuerzas subalternas del dolo, del crimen y de la mentira se produce fatalmente una distorsión del ánimo. Sin llegar a lo extraordinario, puede decirse que a la par de la obra generosa, altruista, heroica de los encargados de enmendar los entuertos psíquicos, otros grupos –de mayor poder e influencia– riegan los gérmenes de la locura que azota a hombres y pueblos. En un último análisis, cabe decir que la locura tiene en la hora presente del mundo eficaces, arrogantes y poderosos agentes que la patrocinan y la incitan. La inversión del orden deontológico tiene forzosamente que acusar una contrapartida en el área de la razón común. La mente del hombre cualquiera ha de sentir quebrantada su gravedad ante el espectáculo de ver alabadas como rectas las más arbitrarias sinuosidades. Una humanidad perpleja ante el signo de la repugnancia y de la angustia, tiene que caer forzadamente en los vicios extremos de las "cavas existencialistas" y en las aberrantes teorías plásticas, que destruyen la realidad de los cuerpos para expresarse por medio de líneas y de manchas que bien podrían servir de "tests" en las casas de orates. Con su maestría de la paradoja, Chesterton dijo que la civilización capitalista no es sino una civilización cristiana caída en la locura. ¿Sobre la base de esa conducta podemos, acaso, dominar a los locos que se empeñan en ocupar el sitio reservado a Dios? En último análisis, ¿no comunican entre sí sus vasos envenenados unos y otros locos? ¿No tienen por igual eficaces protectores los enloquecidos de uno y otro bando?

"LA MURALLA", DE CALVO SOTELO

"Ese bicho come a traición", me decía indignada en días pasados la buena de mi portera. Aunque ya soy veterano en sus sabrosos y expresivos dichos, sin embargo, no entendí fácilmente el denuesto con que obsequiaba al empingorotado vecino de piso. Me hice explicar la expresión y entonces supe que estas viejas sencillas, hechas a madurar junto al fuego sus certeros pensamientos, llaman "comer a traición" al hecho de que alguien huelgue la vida a costa de una fortuna mal habida o con respaldo en dinero que no trabaja.

Todo un sutil, profundo, agudo tratado de filosofía económica y moral se esconde tras esta corta frase. "Comen a traición" todos aquellos que niegan sus derechos a los trabajadores humildes, constantes, sudorosos, que se afanan porque tierras y máquinas rindan a favor de circunstanciales y distantes titulares. Se afina el hilo de este pensamiento y de meditación en meditación resultan comprometidos en igual proceso traidor una tras otra diversas capas de la sociedad, que ostentan con orgullo inmensas fortunas, cuyos orígenes ocultan, o simulan, por cuanto fueron formadas "a traición" de la equidad y la justicia.

En mi cabeza estuvo bailando la frase de mi portera mientras en el teatro "Lara" asistía a la representación del extraordinario drama "La Muralla", de Joaquín Calvo Sotelo. Lleno en la tarde y lleno en la noche se ha visto últimamente el coliseo de la Corredera Baja. "Ve a 'La Muralla'". "¿No has ido a 'La Muralla'?" "No dejes de ir a 'La Muralla'", son preguntas y recomendaciones que formulan entre sí las gentes de Madrid. "Es una maravilla". "Es algo duro", "Es una lección espléndida", agregan quienes ya han gozado la representación.

"La Muralla" es un recio, intenso, descarnado drama en prosa, distribuido en dos actos, con dos cuadros cada uno. Sus escenas ocurren en un estudio de casa rica. El diálogo es directo, claro, natural, en medio de la singularidad ejemplar del tema. El primer acto se contrae a la salvación de un alma. Es drama de problemática individual, personal, interior. El que pudiendo haber muerto regresó a la vida, toma por tarea principalísima arreglar sus negocios íntimos, su conducta propia, su pasado personal frente a la justicia que le aguarda más allá de la vida. Problema de postrimerías, que tanto se valúa a la luz de la doctrina cristiana como a la lumbre de las reflexiones serenas del "Faidón" platónico. El carácter secreto del drama se mantiene dentro de las fronteras de la teología moral. Hasta aquí cualquiera podría decir que se trata apenas de un caso de alcances escatológicos. El otro drama –el drama social, el drama de acá– aparece en el segundo acto.

El evadido de la muerte, que en el drama se llama Jorge, para componerse con la justicia, quiere devolver a su dueño las ricas tierras robadas de "El Tomillar", donde afinca la cuantiosa renta que le da prestancia en la sociedad madrileña. Su propia mujer le ofrece al principio ayudarle en el duro sacrificio propuesto. Solicita Jorge, para el caso, la presencia del titular despojado, quien, por la conducta a que le ha obligado el desamparo, ocupa ahora una celda en la cárcel de Badajoz. Pero, frente a la actitud reparadora del arrepentido, hace su aparición el fantasma del orden social vigente, representado en la persona de Matilde, la suegra del protagonista. Si la figura de éste encarna la parte generosa y positiva de la tesis, por boca de la suegra habla, en cambio, el mundo convencional presente. La fuerza dialéctica de la obra radica en el contraste de estas dos figuras, tan bien logradas por el autor. Calvo Sotelo ha hecho un personaje extraordinario de esta mujer viva, inteligente, agradable, cínica, avisada, contradictoria, en quien se concreta a maravilla el sentido y la resaca inmoral de una sociedad que, diciéndose católica, es en sí la más cabal negación de toda conducta cristiana. Cuando el buen Sancho opuso argumentos para rebatir a Don Quijote sus razones explicativas del deber de restituir la cantidad de dinero hallada con noticia apenas de "tener al dueño casi delante", no llegó a la desnuda impudicia que alcanza el discurso de esta genuina, cabal, elocuente personera de la llamada "gente bien".

Para reforzar la acomodaticia argumentación esgrimida por la "gran dama", espantada de los propósitos reformistas del yerno que camina a Cristo, tercia el estirado don Javier, hombre de alto mundo y bajo temple, cuyo hijo aspira la mano de la única hija habida por Jorge en su anterior matrimonio. Sus razones como las de Matilde, adquieren fuerza en el orden común de la sociedad. Nadie, según ellos, mirará la devolución de Jorge, sino como inequívoco acto de locura. La mayoría se sentiría ofendida de la lección de honradez implícita en el acto de la restitución. A las razones de ambos se suman la esposa y la hija, y también Alejandro, el amigo y secretario fiel, que ya ha consumado el último detalle para perfeccionar el despojo. Todos se han acordado para impedir que Jorge devuelva las tierras de "El Tomillar" a su legítimo dueño, y cuando al fin éste llega, no es anunciado ante el renunciante, porque también el fiel portero se ha puesto al servicio de quienes defienden la permanencia del despojo.

Esta es "La Muralla". Todos, desde el más alto hasta el más pequeño, se juntan como recias piedras de sillería para impedir que se realice el acto reparador, por donde retornará lo suyo al legítimo dueño y por ende la paz puede bajar hasta el espíritu atribulado del antiguo falsificador.

En el campo de la sociedad que invoca a Cristo falsamente la "muralla" está constituida por todas las respetables, severas, honorables fuerzas que se dicen conservadoras del "orden" y que, consiguientemente, adversan a quienes procuran establecer el equilibrio de la justicia. En España, país tradicionalmente católico, estos temas tienen dramatismo mayor. Calvo Sotelo habla en católico contra los falsos católicos que apenas llegan, como dice Kempis, "hasta la fracción del pan". Católicos de buena mesa y flaca misa. Escribe Calvo Sotelo en cristiano contra los que buscan las palabras de Cristo para escudar la iniquidad.

Gran drama "La Muralla" para representarlo, como se representaban los "autos" y los "misterios" medievales, en el propio vestíbulo de los templos. El discurso de Jorge y el contra-discurso de Matilde valen por el mejor sermón del más elocuente predicador. "Casi un mitin de un partido socialcristiano", me dice un viejo actor amigo. Con tinoso análisis, Calvo Sotelo descarna, hasta llegar a los huesos, toda la miseria

donde tienen asiento los falsos prestigios sociales. Pinta con fuertes colores impresionistas la criminosa insinceridad con que en ciertos círculos de gente tenida por ordenada y honorable, se habla de los intereses cristianos como de valores con ellos consustanciados.

Para mí el mayor mérito del drama está en la insolución del caso material, acusada por muchos como deficiencia del autor. La muerte de Jorge deja en pie lo personal del caso, pero hace más vigoroso el desenlace. Vivo, en plenitud de angustia, ha quedado el personaje central de la obra. "La Muralla" no ha sido rota. "La Muralla" permanece como un reto a la justicia. El protagonista no es Jorge. El protagonista es la invisible "muralla", indestructible en una escena de teatro. Para acabar con ella se necesitaría toda una revolución social, que haga efectivo en el terreno de los hechos los legítimos derechos de los hombres a gozar de bienes y no a ser instrumentos al servicio de los que poseen en abundancia.

No se contrae el problema tan agudamente planteado por Calvo Sotelo sólo al caso de una tierra retenida malamente, con daño del titular, por un falsificador de influencias y altos méritos sociales. La suerte del legítimo propietario –en quien puede mirarse representado el pueblo sin tierra–, frente al destino saneado y brillante de quien mañosamente se apropió de ella, constituye un paralelo admirable y certero de la injusticia que rodea la distribución de los bienes del mundo. El caso es buen refuerzo dialéctico para el discurso filosófico que enseña cómo deja de pertenecer a cada uno el trozo de su propiedad cuando hay alguien que padece miseria. La abundancia en unos y la miseria en otros constituye un caso flagrante de transgresión de la justicia. Muchos no lo creen así, por cuanto olvidan que la justicia es natural movimiento de la voluntad encaminado a realizar en el área del hombre el equilibrio esencial al orden del universo. Quien falta a la justicia, niega y destruye el derecho de la persona y atenta contra el bien común, cuya satisfacción es término de todo derecho justo. Común llegó a llamarse, trastrocando el rigor tomista lo que se endereza al beneficio del ente abstracto –el Estado– colocado sobre el valor de la sociedad. La corriente estatológica, que confunde con los bienes del Estado el propio beneficio de los ejercitantes del Poder, minimiza el valor de la persona como sujeto de la

justicia. Sobre el exclusivismo individualista, y temperando la absorción del colectivismo estatal, se hace campo la idea de condominio que tiene por sujetos tanto a la comunidad como al propio individuo. Este en aquélla. La pluralidad en lo particular. En el uno la multitud. Sobre ese juego de posibles, se desarrolla el duelo dramático entre el derecho social y el derecho civil. Entre el derecho social y el derecho público.

Los alcances del drama de Calvo Sotelo van aún más lejos. Acusa, con palabra oportuna y cálida, toda la farsa de una sociedad que miente virtudes y que en nombre de esas virtudes fingidas se opone a los sistemas empeñados en realizar la justicia. Para llegar a la plenitud del cristianismo en el orden del mundo, es necesario romper la "muralla" tras la cual se guarecen los vivos y ociosos que "comen a traición". Nada importa que hombres disfrazados de cristianos se esfuercen por defender los muros pecaminosos. Estos falsos y presuntuosos apóstoles de Cristo condenarían a las llamas al mismo Redentor, si éste apareciera de nuevo predicando la verdad y el amor...

Madrid, octubre de 1954.

"CRISTO DE NUEVO CRUCIFICADO"

Niko Kazantzakis ha producido un tremendo impacto en la apreciativa cristiana del momento. Su extraordinaria novela "Cristo de nuevo crucificado" es una formidable requisitoria dirigida a la conciencia de quienes, llamándose cristianos, no se preocupan por nada de los contenidos del mensaje de Cristo.

En una pobre aldea del Asia Menor, entre cristianos griegos sometidos a la autoridad de un alocado agá turco, se desarrollan las soberbias escenas en que contradicen el vicio más encendido y la virtud más tierna, la piedad más dulce y la crueldad más fiera.

Para nuestro gusto occidental, hay escenas que en realidad alcanzan límites de extravagancia incomprensible, como el duelo del agá por el asesinato de su ganímedes y como la desairada riña cuerpo a cuerpo de los dos popes. Detalles éstos de mero valor geográfico, que en realidad quedan al margen de las variantes notorias denunciadas por los críticos como existentes entre la teología griega y la teología latina, que si en verdad llegan a interesar la idea misma de Dios, no constituyen ruptura conceptual alguna y que en el presente caso no se erigen por nada en una diversa perspectiva de los valores cristianos. El Cristo de Kazantzakis es el mismo Cristo de San Juan y de San Pablo, de Kempis y de Papini, así los ritos de las Iglesias difieran al bulto. Se trata de Cristo como totalidad permanente de justicia y de caridad, no de un Cristo epidérmico, de mera bandería momentánea.

Cristo. ¡Cómo se enredan los hombres cuando tratan de definirlo para su beneficio y provecho material! ¡Cómo se le adultera en nombre del propio orden social, con todo el aparato de leyes de apariencia formal y aun fundamental! Cuando Cristo dijo que había venido a traer la guerra y no la paz, no hizo la alabanza sino la diatriba de las espadas. Cristo vino a luchar contra el pseudo-orden en que los Estados, erizados de bayonetas, afincan la injusticia. En su hora ese orden lo representaban Pilatos Caifás y Herodes. Actualmente lo representan pesadas organizaciones que se dicen interesadas en el triunfo de las doctrina de la Iglesia.

Sobre Cristo cayó todo el peso del orden de su tiempo. Los "partidarios del orden" eran entonces, como lo son hoy, según aguda expresión de Graham Greene, los "más activos auxiliares del demonio". En nombre de ese orden espantoso se sigue crucificando diariamente a Cristo. En la pobre aldea asiática ese orden lo representaban el agá, el pope y los usureros que formaban el consejo del pueblo. En cualquier parte del mundo cristiano es fácil topar con la impronta del pope, del agá y de los arcontes de Licovrisí.

El caso novelístico se plantea con ocasión de la representación anual del "misterio" de la Pasión. Una inocencia ejemplar y una perpleja ignorancia de alambicamientos teológicos, distinguen la tierna figura de Manolios, joven pastor a quien corresponde el papel de Jesús en el drama litúrgico: mas circunstancias extrañas hacen que el absorto Manolios se trueque en rústico y vigoroso mensajero de la palabra del Señor, a quien terminan por asesinar los representantes del orden religioso, económico y político de Licovrisí. Lo que iba a ser una simple parodia de la Pasión se convirtió en la muerte sangrienta del muchacho que había asumido la defensa de su propio pueblo y que hizo de su angustia de amor por los necesitados una tragedia digna del nombre de Cristo.

Alguien escribió que la obra de Kazantzakis es la respuesta a la bomba atómica. En realidad es un reto dirigido a quienes sostienen la necesidad de las bombas nucleares como presuntos soportes de la sociedad llamada cristiana. A pesar de la dureza de los hombres que asesinan a Cristo en el prójimo hambriento y en el vecino que no sirve a sus intereses, en el libro

queda una esperanza final. Los famélicos refugiados del Sarakina siguen su ascensión dolorosa hacia Cristo. El dolor, la injusticia y la crueldad del pope lugareño y del lejano Obispo, por nada enfrían la fe ardorosa de quienes se saben unidos en el dolor de Cristo. Como certeramente ha escrito Gustavo Corzao, el mundo volverá a Cristo sustantivamente, esto es, a Cristo y no a esa acuarela descolorida a la que llaman civilización cristiana.

Los cristianos hambrientos de Sarakina por nada se apartaron de su fe roqueña en la misericordia de Cristo. En ellos no mermó jamás la esperanza de ver cambiado el mundo. El pope –su pope humilde y macerado en Cristo, reverso del pope panzudo y concupiscente de Licovrisí–, les había enseñado que Dios no tiene prisa y que en su inmovilidad ve el futuro como si ya hubiese pasado. En su inmenso silencio, Dios trabaja para todos los hombres. Con esa fe heroica, los desheredados luchaban sin desesperar, así se volviese contra ellos el mundo.

Uno de los temas más certeramente atacados por el novelista lo constituye el recurso vergonzoso que hoy invocan contra la justicia de los deshereados los poderosos de entrañas de acero, que forman el frente del orden capitalista. Al pope ventrudo de Licovrisí, aliado con los arcontes que exprimían el hambre del pueblo, le vino al pelo para deshacerse de la palabra suplicante del pope de los hambrientos, el infundio enderezado a presentar aquella pobre gente como una quinta columna de la revolución soviética. El ignorante, dulce y generoso Manolios fue calificado de agente del Kremlin y, en consecuencia, perseguido como tal.

En el desenlace del proceso novelístico adquiere su máximo dramatismo este peligrosísimo recurso actualmente esgrimido por las fuerzas sombrías del satanismo reinante, para adversar y destruir en nombre de un falso anticomunismo todo movimiento encaminado a hacer efectiva la justicia, así quienes lo pregonan se inspiren, como en el comentado caso del alcalde florentino Giorgio La Pira, en el más puro sentimiento cristiano. El gran problema planteado por Niko Kazantzakis hunde sus raíces en la atroz falacia que, intentando "comunizar" a hombres que

piden pan y comprensión para las clases humildes, es utilizada como expediente fácil para defender la estabilidad de sistemas dirigidos a la explotación del hombre por los poderosos.

Manolios, el pastor tocado e inspirado por Dios, dirige la palabra para ablandar el corazón de sus coaldeanos. El no tiene la más leve tintura de letras. Su única ciencia es la iluminación del amor y del dolor. Pide apenas que se permita trabajar a los hambrientos de Sarakina. "Ayudemos a nuestros hermanos durante uno o dos años, hasta que ellos se repongan". Todavía hay algo más, y dice: "Existen campos baldíos entre nuestras tierras, tantas landas y tantas tierras que no se tiene tiempo de sembrar y que se dejan incultas ¿No es este un pecado ante Dios? Démoselas en cultivo a medias; esto será una ganancia, un provecho para nuestra aldea y, además, los que tienen hambre tendrán qué comer. ¡Desgraciados los licovrisenses que comen sin pensar en los niños de Sarakina! Toda persona que muere de hambre en este mundo se nos cuelga de nuestro cuello y nos arrastra al infierno ¿Cuántos somos en Licovrisí? ¿Dos mil? Todos los que mueran en Sarakina se convertirán en dos mil cadáveres y se suspenderán como collares de nuestros cuellos. Y con este collar de cadáveres os presentaréis un día ante el Señor". Ni siquiera Manolios ha condenado el latifundio. Se dirigió a pedir solamente una oportunidad de trabajo para los hambrientos del Sarakina. Su gran admonición mira a los planos antimarxistas de la Eternidad. No circunscribe la conducta de los hombres a la inmediata realidad material. No invoca las leyes positivas sino las leyes eternas. Como cristiano mira junto con el hambre de los necesitados, la suerte de las almas. El problema lo levanta Manolios más allá de los niveles de la vida presente. La implantación definitiva del caso se realiza en el territorio del Reino futuro. A los avaros amenaza con un collar formado de los cadáveres de hambrientos sacrificados a su lucro insaciable. Con ese collar aparecerán ante Cristo ¿Habló así alguna vez Marx o Lenin? ¿Puede imputarse veleidad sovietizante a quien pide justicia en razón de una preexistente comunidad caldeada por la Eucaristía y las Beatitudes? ¿A quién argumenta como Manolios, es posible que se le sacrifique impunemente, con la complicidad y la alabanza de aquellos que ostentan los signos visibles del magisterio cristiano? Sin embargo, el consejo de notables avanza a motejar a Manolios de comunismo, y el pope, vicioso

y ventrudo, que ha hecho suya la filosofía hedonista de los usureros y de los comerciantes, adelanta a proclamar con voz condenatoria: "Dios ha creado a los ricos y a los pobres. ¡Desgraciado aquel que intente perturbar el orden; se enfrenta contra la voluntad de Dios!"

Contra quienes piden justicia en el mundo ha sido lanzada mil veces esta sacrílega sentencia. Hijos de Dios, en el orden de la creación, somos por igual ricos y pobres, mas no ha sido Dios quien creó la clase de los desheredados. El ser rico y el ser pobre es aditamento circunstancial. "La vida –decía Domingo Soto– es el fundamento de todos los bienes materiales, y el derecho a la vida es ritual para todos los hombres". La división de las cosas la produjo el derecho de gentes positivo. El derecho natural mira en cambio, a la totalidad de las necesidades del hombre y consagra la universalidad del derecho "a" la propiedad. Por eso la Iglesia ha hablado del deber que tienen los que más poseen con respecto a los que nada tienen. Los pobres son hijos de la injusticia de los demás hombres o producto de una incapacidad personal, que pide su equilibrio en el campo de la sociedad. En las cuentas alegres de los poderosos figuran cifras y guarismos delatores de trabajo sin remuneración de los pobres y ganancias culpables, obtenidas sobre el hambre y el frío de los infelices. Los pobres han ganado, en cambio, otro tipo de filiación divina. Son los preferidos de Cristo. Son, por su dolor, quienes mejor escuchan la voz amorosa del Señor. Mas esta preferencia compensatoria de Cristo por los necesitados no autoriza ninguna reflexión que exonere a los poderosos de su responsabilidad por la indefensión de las clases menesterosas. Son ellos, en cambio, quienes mantienen alzado el martillo que clava diariamente sobre el madero de la cruz las manos y los pies de Cristo; son ellos quienes siguen crucificando a Jesús en la persona de los pobres, que piden en vano justicia y amor.

Cuando pope y prestamistas acusaron de comunistas a Manolios y a los desheredados de Sarakina, ya no hubo reflexión posible que pusiera sosiego en el ánimo de los airados arcontes de Licovrisí. Pronto todo el pueblo se les unió para el castigo ejemplar. La voz del orden se alzaba inapelable contra unos desgraciados hambrientos y contra un ignaro pastor, que jamás supieron nada de Moscú y de Carlos Marx.

La novela posee la intensidad de lo extraordinario. Kazantzakis realiza con suma maestría un verdadero "paso" de áspera liturgia. Cristo reaparece en su realidad de dolor y de amor, pero en actitud, a la vez, de golpear a los hipócritas. En las puertas del templo de Salomón esgrimió una vez el látigo para castigar a quienes hicieron lonja inmunda del templo sagrado. Hoy, tal vez, necesitaría, en lugar de la cruz, una lata de petróleo para destruir la cueva de los ladrones. Así piensa Kostandis cuando, ante la urgencia del hambre, resuelven los montañeses tomar por la fuerza los bienes propios, cuyo goce les niegan las autoridades. En aquellas voces aúlla la revolución incitada por la injusticia de quienes de nuevo crucifican a Cristo y sobre crucificarlo, toman la cruz como lábaro protector de nuevas infamias. Son éstos, en realidad, los sobrevivientes de la canalla que pidió el Viernes Santo la muerte del Señor.

Uno a uno se podrían identificar los rostros del pope Gregoris, de Patriarqueas, del viejos Ladas, de Panayotaros, con las figuras iracundas y burlonas que se asfixian en el menguado espacio del "Cristo presentado al pueblo", de Quintín Metsys, que se conserva en las salas flamencas del Prado. Metsys debió tomar como fuente inspiradora, más que el recuerdo del doloroso relato evangélico, la vecina realidad de la continua recrucifixión de Cristo. En el ánimo del maestro de Amberes –"artista preclaro, no inferior a Apeles", según juicio de Santo Tomás Moro– debió de obrar en forma muy activa la lucha feroz que ensangrentaba a Europa por disputas de tipo religioso. A la greña se iban entonces en los propios conventos los religiosos que diferían sobre el valor de las virtudes teologales y en el rasero de la sociedad económica se tomaba la presunta defensa de Cristo como circunstancia favorable para perseguir a propietarios y comerciantes, cuyas tierras y comercios interesase a los influyentes. El ojo certero del gran pintor supo trasladar al lienzo el odio realengo que infestaba a los pueblos y supo expresarlo, como esquema audible, en el gesto de los sacerdotes y de los señores que pidieron la muerte de Jesús, como sacrificio necesario para el mantenimiento de la sociedad judeo-romana. También hoy se sacrifica la autenticidad cristiana en beneficio de bastardías económicas y políticas. También hoy se sacrifica de nuevo a Cristo en la persona de muchos que le sirven con verdadera angustia.

Cuando la tenebrosa conspiración de los usureros ennoblecidos y de los déspotas voraces se ve alertada en su camino de crímenes por voces teñidas de urgencia cristiana, resulta fácil expediente, para descalificar la palabra acusadora, el motejarla de comunismo. En la hora confusa del mundo acaso sea ésta la más peligrosa infiltración que hace el marxismo en el seno de la llamada sociedad cristiana. El anticomunismo que sin mirar a las esencias doctrinarias avanza a confundir en una misma masa a comunistas auténticos con cristianos empeñados en hacer efectiva la justicia social, se torna inconscientemente en aliado eficacísimo del sovietismo. Mayor que el posible daño realizado por los ocultos agentes del Kremlin es el daño que a plena luz están haciendo estos torcedores de rumbos, que con su conducta facilitan arbitrario salvoconducto a los auténticos agentes comunistas y empujan las masas a la verdadera desesperación.

Ese fenómeno ha ocurrido tanto en Asia Menor como en Europa y en la sufrida América. En realidad, es testimonio de la desesperación de un régimen "enloquecido", según dice Chesterton, que se niega a su transformación natural y que, para defenderse y mantenerse en el goce de la explotación del dolor ajeno, mira a los bandidos como gente decente. La sociedad capitalista, por lo tanto, agota actualmente todas sus fuerzas en una lucha suicida, que más bien debería consagrar a salvarse a sí misma. Esto se lograría por la adopción de medidas encauzadas a reconocer en el orden social la supremacía de los valores que hacen posible la realidad del concepto kantiano, según el cual es obligado mirar en cada prójimo un representante total de la humanidad lo que, trasladado a lenguaje cristiano, vale tanto como decir que en cada prójimo debemos mirar la representación total de Cristo. "En Cristo queda vitalmente unificada la humanidad entera", escribe Zubiri. Como actitud aislada, el deceso del capitalismo no representaría ningún peligro, pero sus personeros se empeñan en presentarse como sustentáculos de la propia cultura cristiana, sin hacer cuenta de que el cristianismo se distancia abismáticamente de la injusticia que sirve de apoyo a la potencia de dicho régimen.

Frente al pope Gregoris –representante de la alianza sacerdotal con el pecado–, el pope Fotis se mantiene como expresión de la esperanza que

espera contra la propia esperanza. Para el pope Fotis, Cristo habla mejor por medio del dolor que a través de la abundancia. Cuando la duda ha hecho presa en el espíritu de la colectividad de Sarakina, el pope Fotis tiene fuerza y luz para exclamar: "Hoy Cristo ha bajado a la tierra". El siente que Dios no se desentiende jamás de los hombres, así diariamente se venda y se sacrifique a Cristo. El es impasible ante la realidad del dolor. Su juicio no se extravía de los canales divinos. El pope Fotis podría repetir el comentario que a la obra de Graham Greene hace Charles Möeller: "No juzguéis a la humanidad que aparentemente ha matado a Dios; ha sido salvada por Dios. Ni juzguéis el fracaso de Dios, pisoteado en instituciones que se entregan a Satán, escarnecido en la debilidad de los sacramentos; el poder y la gloria de Dios están allí presentes".

Esa fe queda en pie cuando se concluye el extraordinario libro de Niko Kazantzakis. La fidelidad de Cristo a sus palabras es inconmovible. !Ay, de los que dudan de la autenticidad de su promesa de amor! Es vergonzoso escuchar a los "beati possidenti" invocando el poder destructivo de las armas nucleares, como posibilidad defensiva de un orden cuyos auténticos soportes descansan sobre el reinado de la Caridad. "Creo que si se diera el nombre de Mal a la falta de Caridad, escribe Julien Green, en vez de abrumar al pobre cuerpo humano con esta maldición, se haría zozobrar a todo un falso cristianismo, y al mismo tiempo se abriría el Reino de Dios a millones de almas". Zozobraría, en realidad, el cristianismo adúltero, que no teme recrucificar diariamente en Asia y en Europa, en Africa y en América, a Cristo Jesús. Zozobraría e iría al naufragio la comedia cristiana, montada por los propios asesinos de la Caridad y de la Justicia...

Hendaya, agosto de 1955.

EL CABALLO DE SAN PABLO

"Caminando, pues, a Damasco, ya se acercaba a esta ciudad, cuando de repente le cercó de resplandor una luz del cielo. Y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Aquí terminó el viejo Saulo, que "respiraba amenazas y muerte contra los discípulos del Señor", y apareció aquí mismo el Pablo de la nueva ley, cargado de la doctrina directamente a él revelada por Cristo. Iba a caballo y cayó al suelo el pecador antiguo. Cuando aún montaba la airosa caballería, miró la luz y se desplomó. Al dar con el cuerpo sobre tierra, entonces percibió –trueno y colmena– la voz insinuante e imperiosa del Señor.

En dos oportunidades trató este tema trascendental el admirable Caravaggio. El mayor acierto lo alcanzó en el óleo maravilloso de Santa María del Popolo, de la Ciudad Eterna. En el primero, es decir, en el de la Galería Odescalchi-Balbi, el pintor solicitó ayuda de los elementos de la naturaleza y aun la extraordinaria presencia de Cristo, para dar figura al milagro de la conversión; en la tela de Santa María el resplandor se sostiene por sí solo y el milagro aumenta por el papel que en el drama el artista atribuye al caballo.

Matteo Marangonio califica el caballo de la Conversión como una de las más grandes piedras miliares de la pintura moderna. "Le cheval gris pommelé est admirable", escribió, también d'Argenville en 1745. Este caballo, agrega el citado Marangonio, "é visto per la prima volta del vero con Locchio e lo spirito democratico e libero de un impressionista ottocentesco". Pintor democrático y libre fue sobre todo Caravaggio.

Más allá del valor de la revolución luminística que realizó su arte, ocupa sitio de excelencia el sentido que dio a las personas y a las cosas. Rompió la tradición formalista de que no había podido librarse el propio Ticiano y comunicó al lenguaje pictórico nueva fraseología y nuevos valores.

La mayoría de los críticos del Caravaggio reconocen poco mérito a la figura del caído Saulo. Su valor es de alcances teológicos. "La única máxima aceptable para aquel a quien Dios se digna llamar, es tenderse con los brazos abiertos", dice un personaje de Malegue en "Agustín ou le Maitre est lá". Toda la fuerza pictórica del cuadro la ven los críticos reconcentrada en el singular caballo, sobre cuyos lomos y panza la luz hace los más extraordinarios juegos. En el suelo el iluminado y naciente apóstol; en pie la bestia desjaezada. En realidad, Caravaggio realizó en esta obra maestra una revolución que apunta más allá de las lindes de lo democrático. Caravaggio invirtió los términos impresionistas y mientras cerró por la luz milagrosa los ojos del viejo fariseo, para que en la oscuridad viese más hondo, abrió la mirada ininteligente de la bestia. "Quel cavallo ora fermo, sembra consapevole dell' evento miracoloso", escribe con tino Mario Salmi. El caballo de la Conversión habla positivamente con los ojos. En su absorta pupila se refleja la secreta intención que movió al artista. La mirada de la bestia es un severo documento de asombrosa conmiseración.

–¿Conque a esto ha quedado reducida tu altanería de ayer?, parece que la bestia preguntase a su derrumbado y vencido jinete ¿Y aquellas solemnes promesas que en Jerusalén hiciste al príncipe de los sacerdotes, cuando le pedías cartas para que las sinagogas de Damasco te ayudasen a prender a los cristianos? Y tu soberbia, y tu odio, y tu elocuencia para desacreditar a los amigos del Crucificado, ¿dónde quedaron? Hace un rato apenas, con palabras inflamadas de fuego, hablabas a tus compañeros acerca de la necesidad de barrer a todos los que se atrevieran a decir que el Nazareno burlado, azotado y crucificado por el pueblo y las autoridades judías, era el Hijo de Dios anunciado por los profetas, y porque te sorprende el resplandor de una luz te dejas caer sin sentido y entregas la voluntad a aquel mismo que perseguías. A eso descendió tu altivez y a eso vino tu presunción de ayer ¿Qué te acontece, Saulo amigo? ¿Qué peripecia ha ocurrido en tu imaginación calenturienta?...

En el suelo está Saulo y el caballo le mira. Hasta una mano levanta el bruto como muestra de enfado y desdén. El ojo del caballo ha sido alumbrado por la misma luz que encegueció al futuro apóstol ¿Cuánto tiempo han convivido bestia y jinete? Para la comprensión del milagro no podemos desunir ambas criaturas. Hacen, en realidad, un binomio. Son, como los centauros de los gentiles, más que un binomio desarticulable, una fornida unidad. La luz de Damasco ha venido, en cambio, a dividir en dos la vieja sociedad pagana. El binomio Saulo-caballo ha superado en vida la pena de los dioses antiguos. "La pena de los dioses es no alcanzar la Muerte", sentencia el centauro Quirón en el poema rubendariano. Este falso centauro del fariseísmo enfrentado a Cristo ha sido aniquilado de un golpe. El hombre está en el suelo. La bestia ha quedado en pie. La humildad se abate para crecer. La soberbia se estira para después caer. En tierra, el viejo enemigo del Crucificado ha oído la voz que le señalaba su nuevo destino. Entre sombras compactas el antiguo Saulo irá en busca de quien romperá el capullo que aprisiona al alma renaciente. El caballo permanecerá sin el dueño engreído que guiaba las bridas y marcaba rumbo al pespunte de sus pasos. Se ha roto el artificio del antiguo centauro. Saulo se deshizo del animal. Saulo desechó la infraestructura que le ataba a lo terrestre y pecaminoso. En el interior de su ceguez iluminada, abre sus alas la crisálida del hombre nuevo. En el constraste luminoso de fuera, recorta su contorno el animal sin señor ni señorío.

–¿Hasta aquí has querido traerme para que contemplase el cuadro humillado de tu caída?, quizas pregunte con la lengua de sus ojos expresivos el sorprendido animal. ¿Tus humos, tu valentía, tu altanero razonamiento de escriba, han venido a reducirse a este espectáculo humillado de tu ceguera y desvarío? Como bestia compadezco tu debilidad de hoy, mientras ríome de tu soberbia de ayer, acaso agregue el absorto caballo.

Cuando Miguel Angel Maressi dio forma y volumen a la masa fascinante del caballo de la célebre tela, pensaba con seguridad en el diálogo silencioso que pudieran mantener el iluminado por la gracia y el bruto de heráldica nobleza. Tanto la dimensión y la hermosura del animal, como su profunda y casi burlona mirada, corresponden al propósito impresionista que caracterizó la obra genial del Caravaggio. La mirada larga y un si es o

no compasiva y semiirónica de la bestia, constituye el elemento de mayor dramatismo del lienzo. Caravaggio manejó con acierto el arte de trasponer la intencionalidad de sus conjuntos. En el David de la Galería Borghese, la figura principal no es el héroe juvenil que vence al gigante, sino la cabeza sangrante de Goliat en la cual, tal vez como acto fallido que evoca sus homicidios y sus fugas, dejó el pintor su angustiado autorretrato.

El milagro que ilustró la vida del perseguidor de los cristianos, resalta por transposición de valores, en la actitud del poderoso caballo. Del lomo de la enorme bestia cayó al suelo el fariseo convertido en apóstol de las gentes. Desciende de la eminencia del poderío sanedrínico, de la cumbre de la teología nebulosa del Antiguo Testamento, ciega para distinguir la eminencia que sobre el venerable Sinaí ganaba el modesto montículo del Gólgota. El nuevo apóstol era hombre de a caballo. Cabalgaba el apóstol sobre un mundo poderoso, panzudo, cargado de intereses susceptibles de ser confundidos con los propios intereses de Satanás. Para acercarse a Cristo precisaba ante todo y sobre todo bajar hasta la humillación de sentir la propia derrota sobre la desnuda tierra. Ya caído del caballo, Saulo oyó la voz de Cristo. La subitaneidad del tránsito ha hecho del hombre soberbio, un nuevo hombre que, en cambio, recobraba la plenitud de su libertad por medio del sometimiento a la voz poderosa que lo llamaba y humillaba. Esa operación reclamaba el definitivo desasimiento del artificio antiguo. Pedía con imperio que el hombre se viera en su desnudez total, como la del niño que acaba de nacer. Al lado del nuevo apóstol, el caballo era el mundo abandonado por el extraordinario converso. Las "cosas viejas" que obstruían la mirada de Saulo, las compendió Caravaggio en el caballo de inmenso vientre. "Las cosas viejas pasaron, escribirá después el gran apóstol a los cristianos de Corinto; he aquí que todas han sido hecho nuevas". A los pies del caballo, mas liberado del mundo que se realiza sobre el ímpetu de las bestias, Saulo sintió el nacimiento de su vocación apostólica. Nació nuevo a los pies de la bestia. Después, cuando abre los ojos a la luz de la vida exterior, ya no siente la necesidad de montar vulgares cabalgaduras. Sobre los mares, entre tempestades y naufragios, estará el teatro de su nueva aventura. El se ha tornado pescador, como Pedro, como Mateo, como Santiago, como los primeros discípulos de Cristo. Su pesca no será en playas serenas y

alumbradas de buen sol. Pescará en alta mar, en medio de feroces tormentas, de cara a los vientos implacables, empujado por los huracanes embravecidos.

Bajo la mirada entre compasiva y absorta del inmenso caballo, siente el grande apóstol el renacer de sus nuevas fuerzas. Caído, humillado, enceguecido, burlado por el antiguo mundo a que sirve su robusto caballo, Pablo el gigante comienza a oír, como entre voces oscuras, el mensaje de la caridad de Cristo, que en sus palabras tendrá el más elocuente, el más vigoroso, el más encendido evangelista...

Roma, junio de 1954.

JUDIOS Y CRISTIANOS

(Notas concéntricas sobre el *Diario,* de Anne Frank, y *El proceso de Jesús,* de Diego Fabbri).

Cuando me dirigí hacia el Teatro Español para asistir a la representación del "Proceso de Jesús", de Diego Fabbri, acababa de dejar el incómodo y asfixiante refugio de la familia Frank. La familia Frank en realidad no existe. Los Frank están ya todos muertos, como muertos están, también, Caifás, Poncio Pilatos, José, Pedro, Magdalena, Judas y los demás testigos de célebre proceso. Los Frank vivían en Amsterdam por los trágicos años de la segunda guerra. Ante la pavorosa persecución que los alemanes de Hitler emprendieron contra los hebreos, los Frank se refugiaron el año 1942, junto con algunos amigos, en un pisito, cuya entrada disimulaba el armario de una casa comercial. Allí estuvieron los pobres, hasta que la "Feld Polizie" los descubrió, y los llevó al campo de concentración de Bergen Belsen.

La familia Frank, laboriosa y modesta, estaba integrada por una pareja con dos hijas. Margot y Anne se llamaban las chicas. Cuando se refugiaron, Anne contaba apenas trece años. En agosto de 1944, a la hora de ser descubiertos y hechos presos los pobres judíos, apareció el "Diario" que había llevado la pequeña Anne. El "Diario", escrito con la sencillez y la simpleza de una muchacha de cortos años, pinta la vida estrecha, angustiada, perpleja, de quienes todo ruido lo escuchaban como pisadas de la Gestapo. En la incomodidad de su refugio, los Frank y sus amigos sentían sobre sus espaldas la sombra de la mano que de modo implacable azotaba a su raza. Ayer se los persiguió en nombre de

una estrecha incomprensión de su responsabilidad por la muerte de Cristo. Ahora se les ataca en nombre de otros principios, por las mismas autoridades engreídas que desconocen el valor perenne del Cristianismo. El presente es *progrom* de alcances espantosos, cuya crueldad hiela la sangre. Los bárbaros sistemas aplicados a la destrucción de la raza judía en la Europa Central, confinan con el delirio y la locura. En sus escondites, los hebreos perseguidos revisan los apretados versículos de la Torah, para hallar algún resquicio profético que explique la culminación de los odios milenarios sobre ellos destacados. El Viejo Testamento no dice nada. El Nuevo, dice, en cambio, que los judíos pidieron para sí y para sus hijos la responsabilidad de la muerte de Jesús. "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos", fue, según Mateo, el grito de las turbas ante la dubitación de Pilatos ¿Pero esa sangre fue derramada de conformidad o en contravención con los preceptos judiciales del pueblo elegido?...

Esa pregunta, que en el interior de sus medrosas conciencias procuran responder los pavorizados descendientes de Abraham, es justamente el tema del drama de Fabbri. En razón de tal circunstancia, cuando el telón de boca del Teatro Español es alzado, Elías, Rebeca, Sara, David y el juez improvisado, son para mí los mismos Frank y los mismos Van Daan, a quienes acabo de dejar con su miedo, sus rencillas, su dolor y su desesperanza, en la apretada oscuridad del incómodo albergue de Amsterdam.

El planteamiento del caso mira en la obra de Fabbri tanto a la hora pretérita del juicio del Sanedrín y de Pilatos, como a la realidad del Cristianismo en su proyección histórica. Desde el punto de vista jurisdiccional judío, ¿fue Jesús condenado razonablemente a muerte? En el territorio inmenso y perenne de la cristiandad, ¿han tenido efectiva acción los enunciados doctrinales de Cristo, como para revertir, en función de prueba, hacia la valorización del crimen cometido por los jueces?...

A quienes conocen la anterior obra de este autorizado escritor, no extraña la audaz manera de atacar el problema de la ambigüedad que mengua terreno a la realidad católica presente. Su ensayo "Cristo

tradito", concluye con palabras que sirven admirablemente a la comprensión exacta del segundo acto del drama. "Se formara lentamente la verdadera comunidad cristiana, si Cristo –larga y ciegamente traicionado por los cristianos– vuelve a estar entre nosotros– Hombre y Dios– y apaga nuestra múltiple sed".

Tal vez quien aporta la mejor prueba de lo que vale Cristo en el orden del mundo sea la afligida mujer de la limpieza. Ella siente la necesidad de que Cristo sea una realidad. Ella, como la mujer nerviosa que habla desde los puestos de la platea, tiene en su mundo interior un vacío que sólo puede llenar la gracia que arranca de Cristo. Ella ha sabido aun dar el último toque en la conciencia tambaleante de Sara y David, hechos presa del remordimiento provocado por sus pecados de traición. Se necesita este feroz desgarramiento interior, para que los improvisados jueces reconozcan el error de Pilatos y Caifás y comprendan, ya no con luces judiciales, sino con razones ancladas en otro plano, que Cristo dejó una fuente de gracia –única fuente– para beneficio también de los hebreos.

Esta participación preciosa del viejo pueblo elegido en los tesoros del cuerpo místico de Cristo, no la sentían los Frank ni los Van Daan, en su estrecho refugio de la Venecia del Norte. El 27 de febrero de 1943, Anne apuntaba en el "Diario": "Henk nos ha traído la pastoral de los Obispos a los fieles. Es bellísima y animadora. "No descanséis, oh holandeses, cada quien combata con las propias armas por la libertad del país, del pueblo, de la religión. Ayudaos, daos, no vaciléis". Así proclaman tal vez aun desde el púlpito ¿Servirá a nuestros correligionarios? Ciertamente, no".

Su certidumbre de este aislamiento en el área de la gracia, arranca de la manera secular de mirarse cristianos y judíos. Los *progroms* que mantuvieron en constante tensión terrífica a los hebreos sometidos al imperio de Hitler, obligaron a pensar de este modo. Si se ahonda, en cambio, un poco en el valor de las Letras Sagradas, cristianos y judíos verían cómo la responsabilidad que para sí pidieron los vociferantes del Viernes Santo, quedó abrogada por la propia palabra de Jesús, que impetró en la Cruz perdón para los que obraban sin saber el alcance de lo que hacían.

Quienes pretenden mantener sobre la raza israelita el peso de la exclamación desaforada del populacho, olvidan el alcance de las últimas palabras de Cristo y olvidan –lo que es aún peor– que Jesús, María, José, Pedro, Pablo y los apóstoles, eran genuinos descendientes de Abraham.

Y si en el campo temporal se imputa al pueblo antiguo de Judea el crimen de haber crucificado al Salvador, mayor responsabilidad incumbiría a las presentes generaciones cristianas, que han llegado a traicionar de maneera vergonzosa la doctrina de Cristo y que diariamente –no sobre los manteles eucarísticos sino en las lonjas públicas- crucifican y entierran al Señor y tras de sepultarlo y enterrarlo pretenden hacerse pasar por celosos defensores del orden cristiano.

La responsabilidad de quienes ayer forjaron los clavos y tejieron las espinas de la Pasión, coincide, por si no aminora, con la culpa que pesa sobre una sociedad que reniega la libertad y la igualdad que Cristo ganó para los hombres. "Cristo había creado el hombre-nuevo, armonizando estas dos realidades, de las cuales no se tenía sino una vaguísima percepción", escribe Fabbri. La conquista de esa libertad y de esa igualdad ha sido la meta de la civilización que abreva en los surcos cristianos. Muchos han reducido igualdad y libertad a los meros planos de la interioridad, sin parar mientes en el valor exterior que acompaña a la doctrina de Cristo. La propia oración dominical conjuga los dos planos de acción del cristiano. El Reino "tuyo", que ha de venir a nosotros, y el "pan nuestro", que has de darnos diariamente, son polos fundamentales de la petición de los hombres a Dios. El pan, mi pan, nuestro pan; mío y nuestro desde antes de recibirlo, por cuanto forma parte del ser que Dios nos dio para honrarle, servirle y glorificarle. La lucha por el pan –símbolo trilítero y suplicatorio del alimento, del abrigo y de la luz necesarios al humano existir– constituye el quehacer de afuera: mientras en lo interior, el espíritu toma posesión de sí mismo, para realizar su libertad esencial y ganar el "reino del Señor". Pero, ¿será fácil al hombre común evitar la angustia y la desesperación por donde la injusticia anula en el terreno de la exterioridad los valores de la igualdad y de la libertad? Aquí radica la tragedia de una sociedad que diariamente

se ve traicionada por la voz de quienes, siendo la negación del cristianismo, se proclaman enfáticamente defensores de la civilización cristiana.

En el orden literario, las obras que comento difieren extraordinariamente. Tanta es la inseguridad de Anne la diarista, que busca la sombra de una supuesta amiga para personalizar su cotidiano relato. Teme la novel escritora dirigirse a los lectores abstractos, y apoya su relato en el tuteo confidente de la carta amistosa. Fabbri, en cambio, desdobla los planos del tiempo, hasta acabar con la propia perspectiva histórica. El jurado es actual. Los testigos del primer acto son gente de ayer: María, José, Pedro, Juan, Caifás, Pilatos. Al discurso de éstos, se agrega luego el alegato presente. La realidad operante del cristianismo, que revierte a sus orígenes, como expresión del antiguo milagro de la Encarnación y de la Resurrección del Hijo de Dios.

A las personas acostumbradas a las melodramáticas "Pasiones" populares, posiblemente les sorprenda la técnica original de Fabbri. Con toda seguridad lleguen a fastidiarse ante el singular desarrollo del Proceso fabbriano. En cambio, quienes posean el nivel de cultura que reclama la obra, saldrán verdaderamente golpeados por la intención del autor admirable ¿Somos verdaderamente cristianos o somos supervivientes de la familia de Anás o de Pilatos?...

Madrid, marzo de 1956.

LA LENGUA ESPAÑOLA

La unidad de nuestra lengua hispánica se enfrenta con peligros de diversa índole, entre los cuales resalta en Hispanoamérica la amenaza de extranjerización de nuestros contenidos culturales. Justamente en su edición del 12 de octubre último, "The New York Times", al referirse a nuestra lengua hispánica en el Nuevo Mundo, reconocía como un hecho ya corriente, la posición de "lingua franca" conquistada por el inglés de Norteamérica en distintos países hispanoamericanos. Junto al peligro que representa esta penetración frontal y agresiva de lo inglés en el orden social de muchos de nuestros países, los anglicismos amenazan la propia estructura de nuestro idioma, ya por la vía peligrosísima del solecismo, ya por el camino realengo del barbarismo. Necio sería negarnos a la adopción de los continuos extranjerismos proporcionados por el incesante avance de la técnica y por la necesidad que obliga al pensamiento filosófico, científico y artístico a recibir de otros idomas voces que expresan nuevos matices conceptuales. Esto entra en el orden natural del progreso humano. Como el pensamiento, la lengua está abierta al flujo de la cultura.

El relajamiento lingüístico vendría a corresponder, por lo contrario, a un fenómeno de desajuste ocurrido en el campo de la moral de nuestros pueblos. No es del caso ahondar una vez más en la problemática de los valores que forman y unifican nuestra vertebración histórica. Fuera de toda discusión está el subido valor de la lengua como la gran herencia que el pueblo confía a sus individuos, según atinado decir de Wartburg. La lengua escrita es testimonio de la dimensión histórica del hombre. Sin embargo, como el del suelo, como el de la soberanía pública, como

el de las industrias y comercio, el problema de la lengua ha sido dejado de lado y en muchos países de la América hispana se fomentan y aplauden, como signo de dignidad cultural, conductas dirigidas a favorecer la destrucción de nuestros valores tradicionales. Se ha llegado a aplaudir los comportamientos bilingües fomentados por los entreguistas de la nacionalidad.

Junto con los peligros exógenos, la unidad idiomática se ve amenazada, también, por una errónea valuación de lo folklórico, con pretensiones de validez nacionalista. Se da el caso de que muchas personas, de la mayor buena fe, llegan a calificar el carácter nacional de una literatura por la mera sobreabundancia de localismos. En el caso de "Doña Bárbara", del Maestro Gallegos, considerada como una de las obras literarias en las cuales ha sido implantado con mayor autenticidad el signo de lo venezolano, no llegan a ciento cuarenta las voces sin figuración en el Diccionario, por mantenerse aún en el radio de lo estrictamente venezolano; en cambio, creo que a novecientas y más llegan las palabras de presunto localismo usadas en la novela pseudo-venezolana "La Catira", de Camilo José Cela. Esto ocurre con frecuencia con cierta literatura nativista, que mira equivocadamente a la apariencia de las voces usadas, sin procurar que la intencionalidad creadora corresponda a realidades nacionales.

El caso de los localismos –ya de origen hispánico, ya provenientes de las lenguas aborígenes de América–, constituye a la vez otro problema muy mal enfocado. En nuestro mundo hispanoamericano –ciento diez millones de almas contra veintinueve millones de la Península– existe un justo deseo de que nuestra glosa particular sea mirada con dignidad académica. América tiene derecho sobrancero a que los vocablos que legítimamente usa su pueblo sean admitidos en el diccionario oficial de la Academia matriz, quien, en haciéndolo, lejos de recoger simples exotismos, de solo colorido americano, se abriría a recibir voces de castiza cuna, llevadas a nuestro continente por los conquistadores del siglo XVI o allá variadas legítimamente por el pueblo.

La incorporación franca de americanismos en el gran fondo confiado a la supervisión de los académicos españoles, iría mermando valor divisio-

nista a los glosarios nacionales de los respectivos países y ayudaría a conjurar el remoto peligro de que pudieran formarse algún día unidades dialectales, a causa de la incomprensión promovida por la desinteligencia del habla popular. La obligada consulta de los diccionarios de localismos hispanoamericanos da la impresión de que existiera una autonomía lingüística nacional. Para ayudar al mantenimiento de la unidad de la lengua, la Academia española debería reconocer a las voces hispanoamericanas de aspecto local un derecho semejante al otorgado a los localismos peninsulares. Este sería un paso fecundo y serio en orden a una racional política de la lengua. Dicha política reclama a la vez mayor interés de la gente de acá por la gente de América. Lo hispánico constituye un valor de dimensiones eternas en el área de nuestra cultura. Quienes hemos luchado en la defensa de nuestra autenticidad hispanoamericana –tan amenazada en la hora presente– queremos, también, que lo español no sea visto como un escueto valor de arqueología. En la misma medida en que Zubiri asienta que Grecia constituye un elemento formal de las posibilidades de lo que somos hoy, queremos muchos americanos –y yo he sostenido en más de un ensayo– que los valores de la España perenne no dejen de ser piedras sillares de nuestra cultura mestiza. En correspondencia a este comportamiento, deseamos ver de parte de la gente peninsular una actitud de mayor comprensión para nuestro mundo hispanoamericano. Lamentablemente a estas alturas de tiempo se escuchan voces españolas que entonan un persistente lamento por la pérdida de las antiguas colonias del Nuevo Mundo. Ese baldío lamento ha impedido en gran parte la fecunda rearticulación, sobre bases de espiritualidad y de cultura, del verdadero mundo hispánico. Todo español de verdad ha de sentir que la dimensión de España como madre de pueblos, aumentó en el campo histórico cuando las colectividades formadas por los grandes aventureros del siglo XVI se constituyeron en naciones independientes. La densidad que el idioma castellano o lengua española ha ganado en el mundo, descansa tanto sobre el soporte áureo de los grandes escritores peninsulares como sobre el valor demográfico que le ha sumado el mundo mestizo de América. Espíritus alertas han sabido mirarlo desde la propia atalaya donde se vigila la fuente del lenguaje. El ilustre don Julio Casares ha declarado la urgencia de adoptar "una actitud comprensiva respecto a las hablas hispanoamericanas", a fin de que no se ahonden diferencias que romperían la unidad del

conjunto idiomático. Como ya he escrito, de un examen lógico de nuestros problemas americanos, puede llegarse a establecer que la defensa de la unidad de la lengua no ha sido en América solamente obra de Bello y los bellistas, sino de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo y de O'Higgins, ya que éstos aseguraron la autonomía de lo hispánico frente al riesgo de que el mundo español de América se hubiera diluido en provincias tuteladas o protegidas por potencias extrañas. Con este criterio de integración y de revaluación hispánica debiera mirarse el fenómeno de la independencia americana. En Ayacucho pudieron ser rendidos los ejércitos de Fernando VII. En cambio, ganó España, como creadora de pueblos, una de sus gestas más gloriosas. Ganaron nuestros grandes emancipadores el don preclaro de que en el Nuevo Mundo se pudiera seguir rezando a Jesucristo en la lengua de los Juanes y los Luises...

El mundo hispánico de hoy es mundo de cultura que pide la conservación de sus grandes soportes históricos. Primero de ellos la lengua maravillosa que en la vieja Castilla comenzó como grupo de milagro, y en cuyo desarrollo actual trabajan los poetas, los ensayistas, los novelistas que consultan fielmente el espíritu del pueblo, ya que, éste, en último análisis, y aun en forma inconsciente, es el verdadero constructor del idioma.

Madrid, diciembre de 1955.

CARTERA DEL PROSCRITO
(1952-1958)
(1958)*

(*) Tomado de la 1ª edición. Caracas: Edit. Las Novedades, 1958, 108 p.

A JOAQUIN GABALDON MARQUEZ
HOMENAJE DE AFECTO Y GRATITUD

RAZON

Las páginas aquí reunidas forman parte de mi labor en la prensa de Bogotá, Guayaquil, Panamá, Santiago de Chile, San José de Costa Rica durante la dictadura que azotó a Venezuela. Las junto en este volumen, no porque posean trascendencia alguna, sino en cuanto han de servirme de puntos de referencia para evocar mis días de destierro, con sus horas completas dedicadas a Venezuela y a los problemas de la justicia universal. Mientras otros coleccionan postales de las ciudades por donde viajan, yo reúno las modestas escrituras, alguna salpicada de sangre, que sirven a expresar cómo en mis viajes de proscrito, la Patria iba conmigo, como un dolor y una esperanza sin tamaño.

Se pone, también, de resalto en estas páginas el burdo lizo anti-humanista que distinguió al tejido aspérrimo que la dictadura quiso bautizar con el vago mote de "nuevo ideal nacional". En todos los sitios de Venezuela se hizo la interesada apología de un sistema que ha llenado, en cambio, de espanto a sus propios servidores, cuando caído el régimen, se hizo luz en la tiniebla del vicio y del negocio que fueron norte y móvil de la abatida política.

Con reeditar estas páginas quiero, además, cerrar el ciclo de cinco años, durante los cuales me enfrenté a la política perezjimenista. Hoy, Marcos Pérez Jiménez queda en el recuerdo de la historia nacional como un triste gobernante cargado de soberbia, a quien fue fácil confundir la albañilería con la política y quien en vano creyó poder ocultar el crimen y el vicio tras el aparato de unas obras, sin otro sentido que justificar las grandes comisiones pedidas a los empresarios.

La nueva administración venezolana habrá de ocuparse de rever contratos y en perseguir a los responsables de los asesinatos y del saqueo del Erario. Al pueblo queda por cumplir, en cambio, una misión paciente y difícil. Precisa desarticular el inmediato pasado de la República, con sentido de crítica más que con espíritu de venganza, a fin de cerrar las puertas falsas por donde pueda introducirse mañana un nuevo déspota. El pueblo, enterrando como carroña maloliente la memoria del tirano sombrío, ha de tomar el viejo dolor por lección tónica, que le ayude a prepararse para ganar la lucha diaria –lucha de la mañana y lucha de la tarde– contra todos los antivalores que se opongan al triunfo de la libertad, ya que ésta sigue siendo, según acertadamente escribe Albert Camus, bien decisivo, por el que vale la pena vivir y luchar.

Génova, febrero de 1958.

SEGURIDAD ANIMAL
E INSEGURIDAD HUMANA

El primer papel con que tropecé al ampararme en la Embajada del Brasil, en Caracas, fue una circular destinada a solicitar adhesión para la Sociedad Venezolana Protectora de Animales.

Cuando llegué a la noble casa del Brasil contaba ya quince días del timbo al tambo, escurriendo el bulto a la búsqueda de los agentes de la dictadura, en razón de haberme elegido el pueblo su Diputado a la Asamblea Constituyente, que habría de reiniciar la vida institucional de la abatida República.

Las cárceles estaban llenas de hombres y de mujeres. En ciudades como Guanare un pintoresco gobernador, en busca de méritos con sus jefes, convirtió los Hospitales en cárceles para señoras. El Ministro del Interior, junto con invitar al directorio de Unión Republicana Democrática a reunirse en su Despacho para discutir la situación del momento, ordenó que al salir del Capitolio los dirigentes políticos, fueran secuestrados y deportados a Panamá. Todo esto ocurría en la capital, mientras en el interior encarcelaban y castigaban a funcionarios y testigos negados a firmar las actas adulteradas por el oficialismo. Venezuela vivía en aquellas horas –como aún sigue viviéndola– su más intensa agonía.

Sin embargo, hay gente dedicada con entusiasmo a hacer propaganda a la Sociedad Venezolana Protectora de Animales. Nadie niega que perros, gatos, asnos y mulos, tanto por seres vivientes como por amigos

de los hombres, merecen nuestra solicitud y protección. Mas, pareciera que esta protección fuese secundaria a la que merece el hombre. Justamente quienes se dedican a la defensa de los animales son elementos encuadrados en las altas y cómodas esferas de la sociedad. Estas, en cambio, llaman agitadores y enemigos del "orden" a los hombres que sacrifican su tranquilidad en beneficio del pueblo. Pasan ellas felices e indiferentes sobre los puentes cuyos arcos sirven de techo a numerosas familias pobres, y se mantienen, además, impávidas ante el proceder de autoridades crueles, que azotan la conciencia y la carne de los hombres. Ninguna de las finas damas que forman la Sociedad Venezolana Protectora de Animales ha levantado la voz ante las infamias que la Seguridad Nacional ha cometido con damas apresadas por el delito de haber ocultado a un luchador democrático o de haber trasmitido una consigna de libertad. Hicieron la vista gorda las diligentes protectoras de animales, cuando supieron que matrona de los quilates de doña Pepita Guerrero de Troconis fue llevada a la Cárcel Modelo, por el delito de haber acompañado a su nuera a una averiguación policiaca. Las clases altas lo que reclaman es "orden" para vivir su gran vida. "Orden" para gozar el dinero habido de cualquier manera, entre éstas la venta al extranjero de la dignidad de la República. De tal "orden" no les interesa el origen (porque en verdad todos buscamos el orden), sino la eficiencia protectora que para ellos tenga el organismo que lo imponga.

Tenemos, pues, en Venezuela una muy importante organización social que defiende a los perros y a los gatos. Esto es índice, según dice su propaganda, del "humanitarismo, de la justicia y de la piedad" en que rebasa el fino espíritu de las asociadas. Se pensaría a simple vista que, como éstas ya tienen cumplido su deber frente al prójimo humano, se dedican ahora a hacer recaer la nobleza de sus sentimientos sobre el desamparo de los animales infelices. Con la moral, en cambio, de estas damas cualquier matrona empingorotada cede la cuna del bebé de la criada para que duerma el *Fox-Terrier* de la húespeda, mientras mete al hijo de la alegre mulatica en el primer cajón con que tropiece.

La Sociedad Internacional de Protección a los Animales habrá de enviar un cálido aplauso a las altas organizaciones sociales de Venezuela.

Tiene que ser país de fina sensibilidad humanitaria, pensará, aquel donde prosperan organismos dedicados a proteger a los animales. Claro que sí. Venezuela es nación donde se protegen los animales. Toda clase de animales. Pero es tal la espiritualidad de los directores de semejantes organismos, que se excluye a los hombres de toda protección, para que no se les confunda con los animales inferiores. Ahora, si los hombres resuelven renunciar a los valores del espíritu y se disponen a vivir como meros animales, entonces sí logran extraordinaria protección.

San José de Costa Rica, febrero de 1953.

LA LOCURA DE REVERON

He venido leyendo a la discontinua la prensa de Caracas. Por tal razón desconozco el fondo de muchos problemas tratados por los periódicos. En casi todos ellos he visto, también, el retrato de Armando Reverón, el discutido pintor de la barba abrahámica, cuya vida y obra han servido de tema para un film premiado en el primer festival internacional de documentales de arte en Sudamérica.

Reverón es caraqueño. Hoy frisará con los sesenta y cinco años, así aparezca en los retratos con aspecto de patriarca bíblico o de San Nicolás rural. Estudió pintura en la vieja Academia de don Emilio Maury, y luego pasó a España y Francia para perfeccionar sus pinceles. En el famoso Círculo de Bellas Artes, cuando Paco Bocca exhibía el boceto de su Hamlet, Reverón empezó a mostrar sus excelentes cualidades de revolucionario del color. Llegó Reverón a pintar sin color. O con todos los colores compendiados en el blanco ofuscante de la luz marina. En extremo opuesto a los abstraccionistas, él eliminó los colores y en mero juego de blancos resaltó las formas. Su originalidad pictórica estuvo acompañada de su originalidad de vida. En Macuto, frente a las olas versátiles y constantes de nuestro gran Mar Caribe –mar que en este momento miro en su azul meridiano desde las playas alegres de la rumorosa Cuba– Armando Reverón, con su amante Juanita y con su mono Pancho, edificó su mundo paleolítico, como contraste a la modernidad del ambiente. Semidesnudo, evitando contacto con la propia tierra, el pintor creó los grandes óleos que han hecho famoso su nombre en el cuadro de nuestras artes plásticas.

Escritores de todas dimensiones, desde Mariano Picón Salas y Enrique Planchart, hasta el más modesto gacetillero han dedicado alguna columna a este personaje extraño. Su vida, sus ideas, sus caprichos, su técnica han sido objeto de examen variado y de subido encomio. Ahora parece que Reverón ha vuelto a ocupar sitio central en la crónica caraqueña. La lectura de la prensa trasmite la impresión de que hubiese el propósito de desviar hacia la pacífica humanidad del pintor ribereño toda la locura que azota grandes zonas responsables del país. Como si al hablarse de locura hubiese necesidad, para no ofender a ningún poderoso, de localizarla sobre una cabeza irresponsable.

Desde el siglo pasado casi todos nuestros regímenes políticos han coincidido con el imperio fugaz de un excéntrico. Guzmán Blanco tuvo a Delpino y Lamas, Crespo a Telmo Romero, Rojas Paúl a "Cara de Gallina", Castro al general Sacre, Gómez al Duque de Roca Negras, López Contreras a Ramiro Nava, Isaías Medina al bonachón del Loco Bermúdez, "Acción Democrática" al pseudo clérigo Castillo Méndez. En aquellos tiempos los excéntricos servían para ironizar y divertir. Una de las mejores crónicas de José González González en la época de los Rómulos, fue el elogio de la sotana blanca del frustrado Patriarca sistemático de Venezuela. La noche de Santa Filomena de Delpino y Lamas fue la culminación de lo burlesco contra Guzmán Blanco. Todo un tratado de sociología venezolana con dimensiones permanentes.

El ascenso de Reverón a nuevos planos de actualidad obedece a otras razones. Hay empeño especial en que Reverón resuma en su generosa personalidad toda la locura del ambiente. Reverón ya no es el patriarca de antiguas edades, redivivo en su gruta de piedra marina, como se presta a simularlo su extraño físico, sino el propio holocausto del rito antiguo. Reverón ha dejado de ser Abraham para convertirse en Isaac. Aún más: se ha tornado en el tierno cabrito del sacrificio.

Reverón es hoy el gran loco. Reverón es el loco único. El único en el orden de los enajenados, del mismo modo como el general Gómez fue el único en el orden de los últimos caudillos. El grande y único caudillo de los locos ha venido a ser para Venezuela el bonachón pintor de la barba florida.

Se rumora de psiquiatras detenidos o expulsados con motivo de la momentosidad lograda por la locura de Reverón. El propio Municipio de Caracas ha tomado cartas en el asunto, y creo que mi amigo el concejal Adolfo Salvi hizo en el viejo Ayuntamiento el encomio de la locura de Reverón, con un patetismo que le hubiera envidiado el viejo Erasmo. Se dijo en el Cabildo, como elogio del litoral, que Macuto tanto sirve para la cura de un catarro como para el fomento del delirio creador.

La locura parece que ha pasado en Venezuela a la categoría de mal prohibido. El gran César padeció de mal comicial y a los grandes hombres de la Historia se les ha buscado siempre su grano de locura. En Venezuela pasa hoy lo contrario. La locura es otra cosa. Dicen que a la muerte del general Gómez, Laureano Vallenilla Lanz, tan preocupado por el problema del "orden nacional", se lamentaba de la muerte del "gran loquero". Ahora, su hijo Laureanito, convertido en primer Ministro del reino, quiere hacer recaer en Reverón toda la insania que circula libremente en Venezuela. En Venezuela el único loco sería Armando Reverón, a quien en consecuencia se tratará de manera rígida. Una vez curado el extraordinario pintor, no quedará loco suelto en Venezuela. Los venezolanos locos vivimos fuera del país.

Habana, marzo de 1953.

LA CAPA DE ANDRES BELLO

Con la edición de las "Obras Completas" de don Andrés Bello, nuestro grande humanista adquirirá categoría funcional en el orden de la cultura venezolana. Suerte tuvo el egregio patricio cuando la Regencia española nególe en 1813 permiso de regresar a la Patria entenebrecida por el flamante monteverdismo. Suerte tuvo Venezuela cuando el Maestro buscó en Chile la puerta que le cerraba la política incomprensiva de la vieja Colombia ¿Qué hubiera podido hacer el sabio en medio de un mundo encrespado de pasiones y quebrantado por funestos compromisos?... En espíritu empieza ahora para él un trabajo recio en el camino de realizar la ordenada justicia. Consigue él las cosas en extremo trastornadas. Con eficaz discreción él enseñará lo contrario. Todas las cosas en su puesto. Cada quien en su sitio. Así pensaba del orden el gran jurista.

La magnífica edición de sus Obras, dolorosamente ha sido hecha en imprenta extranjera. A su país, intoxicado de riqueza, Bello regresa con capa prestada. Sus amigos no le guardaban digno vestido nacional. Para sus "Obras Completas" no hubo un tipógrafo criollo que compusiera su extraordinario pensamiento. Menos mal que los volúmenes están impresos en una ciudad de Hispanoamérica. Para Bello, la América española era una unidad moral. Bien pudieron haber sido impresos en New York o en Londres, como testimonio de las fuerzas obscuras que hoy disponen de nuestro destino político. Pero, hispanoamericana y todo, la edición no se compadece con la dignidad nacional de un país cuya administración pública carece de un adecuado taller tipográfico, mientras se pregona a toda voz que sus oficiales poseen el mejor Casino

Militar de América y el segundo Polígono de Tiro del Mundo. Mientras Venezuela no tiene posibilidades editoriales, el gobierno se afana en adquirir destructores, cazas de guerra, submarinos, tanques y municiones, como si se tratase de defender la amenazada libertad de la República. No hay plomo de imprenta para editar en el país las "Obras Completas" de Andrés Bello, pero hay plomo de sobra para amenazar la conciencia de los hombres libres y para mantener en América la zozobra de un belicismo, que desdice los fines de paz que fueron proclamados como esencia de nuestra política internacional. Mientras se destroza la paz doméstica por medio de una sistemática persecución a los ciudadanos, se hacen planes y alardes de un guerrerismo reivindicador de más anchas fronteras. Para justificar ante el pueblo el crecimiento de los voraces presupuestos dedicados a la casta militar, se pretende crear una conciencia revanchista, llamada a quebrantar la armonía hispanoamericana. Para todo esto sobra dinero en las arcas municipales. En cambio, para reeditar a Andrés Bello en su propia tierra, no hay dinero suficiente. Mientras el porcentaje que perciben los compradores de inútil armamento improvisa ricos cada día, se regatea a las imprentas criollas el precio del esfuerzo por la impresión de las obras del Maestro.

A los que vemos hacia atrás en busca de hilos y de fuerzas que puedan ayudar nuestra obra contemporánea, nos miran con desdén quienes han hecho profesión de alegres progresistas ¿Indicará, acaso, progreso en el orden de la cultura la comparación de las dificultades editoriales de hoy con la primacía que logró en América durante el siglo pasado la imprenta venezolana? Cuando Venezuela era un modesto país agrícola, reprodujo en sus propias imprentas las obras que Bello publicaba en Chile. Aún más. Se adelantaron nuestros editores a reproducir obras de momentosidad europea. Dos años corridos del suicidio de Larra, y ya en la imprenta caraqueña de Corser se reeditaban sus escritos, antecedidos de una advertencia que hablaba del deber de los pueblos de Sudamérica en orden a tener su "productos indígenas sin dependencia de otros países". Entonces se pensaba con sentido de nacionalidad. Hoy se piensa en función de regatones y logreros. Actualmente en Caracas apenas se hacen ediciones costosas y escasas. Nuestros libros se editan en España, en México, en Argentina, en Chile. Pese a la fabulosa riqueza petrolera y

férrica, hemos echado pie atrás en el orden editorial. A los árbitros de la riqueza sólo interesan los problemas materiales. El gobierno considera realizar el "bien nacional" por medio de sistemas de engorde físico de la población y por medio de la ampliación de avenidas y de carreteras. Hombres musculosos o grasientos tipifican el ideal de la nueva pedagogía de los dictadores. El problema moral del hombre no cuenta para nada. Los valores de la dignidad humana se supeditan a los intereses bastardos de los traidores a la República. La grasa y el músculo sustituyen las alas de la libertad espiritual.

En una dependencia del Ministerio de la Defensa se exhiben más de doscientos tipos de uniformes para la gente de cuartel. Bello, en cambio, ha regresado a su viejo solar con capa prestada. Para él, su Patria enriquecida no ha tenido traje hecho a su justeza caraqueña. Se le ha importado el traje de otra parte, al igual de como hoy se importan en Venezuela hasta huevos de gallina. En la patria del gran Sarmiento, con quien tanto contrincó en Chile sobre los problemas de la Cultura, le dieron de paso una capa lujosa. Al llegar a Caracas no tuvo, en cambio, necesidad de hacer a lomo de mula el viejo camino de los Castillos coloniales, para caer a la Pastora. Entró por una ancha y maravillosa vía que da testimonio de la fuerza material del país. Soberbia y firme, como la Vía Apia, sólo le faltan a las orillas cadáveres péndulos, que la igualen en sentido al viejo camino romano. También ésta de acá es una vía imperial, así esté lejos de la capital del funesto Imperio.

Con ojos maravillados ha mirado el Maestro grandes edificios de más de veinte pisos. Se le ha ponderado por los nuevos guías de la Cultura el progreso extraordinario que ha ganado el país. A todos ha oído Bello con atención. Ninguna palabra ha desperdiciado de cuantas le dirigen quienes se dicen personeros del nuevo sentido del progreso. Sonriente, sin enunciar juicio alguno, él se vuelve, como el torturado caracol, sobre su propio mundo interior. Mira una vez más las torres que achican la antigua esbeltez de la iglesia de Santa Teresa, y relee en la mente, poblada de sueños y de contradicciones, la sentencia de Epicteto: "Engrandecerás a tu pueblo elevando el alma de sus habitantes y no alargando los tejados de sus viviendas"...

Madrid, 1953.

LA PALABRA ENCADENADA

La portada del diario "A B C" reproduce hoy una imagen del auditorio de la Ciudad Universitaria de Caracas. Esta magnífica obra, planeada y comenzada durante el gobierno progresista y liberal de Isaías Medina Angarita, y en la cual se trabajó intensamente durante el régimen de Acción Democrática, ha visto concluidas muchas de sus monumentales dependencias durante la dictadura militar que hoy sufre Venezuela. Ahora se ha terminado el auditorio. Parece que ha habido marcado esmero para hacer de él un sitio de excepcionales condiciones en el orden de la capacidad, de la comodidad, de la belleza y de la técnica. Ha servido de estímulo a los rematadores de la gigantesca edificación universitaria el hecho de que en dicha sala se reunirá la próxima X Asamblea Panamericana.

Era justo que entre tanta cosa como se prepara en Caracas para la reunión de los Delegados del Continente ocupara sitio singular el propio recinto donde se celebrarán las históricas sesiones.

Los planos parece que han sido revisados por ingenieros y mecánicos de las Naciones Unidas. Todas las facilidades de que gozan los Delegados del Mundo que se reúnen en Lake Success han sido copiadas y aún perfeccionadas para la sala de Caracas. No sería parabólico decir que aquel lugar sea en Sudamérica el sitio más propicio para los ejercicios de la palabra.

Mas, acontece que la palabra de la Conferencia reunidera en el fastuoso recinto está desde ahora sometida a un cartabón encaminado a evitar que sean tratados temas peligrosos para los intereses de la dictadura venezolana y de las varias dictaduras que tendrán representación en la

Asamblea. El tema fundamental de los Derechos Humanos ha sido, por ejemplo, borrado del temario discutido por la Organización de Estados Americanos. En momentos en que se dice que la América se preocupa por la defensa del mundo libre, ninguna materia más propia de discusión que la relacionada con los Derechos del Hombre. La libertad, la seguridad, la tranquilidad social nada adelantan si antes no se fijan normas, caminos, principios, donde se declare el derecho fundamental del hombre como fin del Estado. El tema estaba en la agenda primitiva, de donde se le sustrajo por lo inadecuado del sitio donde tendrán efecto las reuniones de la Asamblea. Resulta, en realidad, harto contradictorio hablar de garantías y de derechos en la capital de un país cuyas cárceles están llenas de secuestrados por el delito de oponerse a la dictadura; donde hay campos de concentración a semejanza de los campos hitlerianos; del cual han sido arrojados a playas extranjeras hombres y mujeres que combaten por la libertad; en cuyas calles y caminos han sido asesinados dirigentes políticos que huían de la persecución de las autoridades; donde las garantías de la libertad de prensa han sido sustituidas por atentados personales contra los periodistas.

En el maravilloso auditorio no habrán, pues, de resonar palabras que defiendan la dignidad humana ni palabras que defiendan la autodeterminación de los pueblos. Pese a la resistencia de algunas Cancillerías, la palabra estará regimentada en esa famosa reunión, donde se dice que será defendido el mundo libre. Sin embargo, como lo anota "El Universal", de México, en aquel sitio posiblemente vayan a "enfrentarse, en algunos casos corrientes de pensamiento que divergen y aún se oponen". Es de esperarse que todo no sea silencio regimentado por sórdidos intereses, cuya finalidad sea una aparente solidaridad continental. Si van al auditorio muchos hombres recubiertos ya con la coraza del silencio cómplice, van, también, algunos de quienes se espera que rompan las cadenas con que se intenta domeñar la libertad de América.

Bien está la refriega de pensamiento que ponga signo de dignidad a una aula que apenas es lengua decrépita de una Universidad sin libertad. País de contraste, Venezuela inaugura un auditorio que supera a sus similares de América, justamente cuando su Universidad carece de voz. Hasta hoy el progreso arquitectónico ha construido en Caracas pistas donde las

máquinas pueden correr a altas velocidades, estadios donde los deportistas pueden exhibir su extraordinaria destreza física, piletas donde los jóvenes oficiales pueden mostrar su ligereza en el nadado, polígonos donde los tiradores pueden comprobar el tino de su tiro; en cambio, esta aula máxima de la Universidad resulta en el orden de la dictadura imperante como una gigantesca garganta afónica. ¿Para qué esa instrumental y esa comodidad que hacen fácil escuchar la voz de los oradores, cuando los oradores tienen la palabra encadenada? ¿No se ha establecido ya para los propios actos académicos la censura oficial de los discursos, como no se hizo en la época del General Gómez? ¿Aún para hablar del alto valor humanístico de Andrés Bello, no ha avanzado el Ministerio de Educación a señalar a las Academias el personero de su voz? ¿Qué puede decirse en relación con los grandes problemas de la libertad, del decoro, de la seguridad, de la dignidad del hombre venezolano, en esa suntuosa aula aderezada de artefactos que hacen más vibrante la fonética de los oradores?

No tuvieron Fermín Toro, ni Juan Vicente González, ni Cecilio Acosta, ni Eusebio Baptista, ni Morales Marcano, lugares tan apropiados para hacer lucir su verbo. Demasiado estrecho era, también, el recinto de la vieja capilla universitaria, donde los Padres de la Independencia vocearon nuestro derecho a la libertad. Pobre era la técnica, por no decir nula, de que disponían aquellos hombres extraordinarios para hacer llegar al pueblo el germen creador de su palabra. La suya, en cambio, era semilla que se esparcía lentamente, pero semilla que una vez caída en el terreno de la conciencia cívica germinaba en árboles fecundos. Hoy sobra lujo, sobra técnica, sobra comodidad, sobra todo lo que puede desearse en el orden material. En cambio, falta la palabra en la Venezuela sin luz de este trágico momento de su historia. La palabra está encadenada. Tiene apenas libertad la falsa palabra que pregona el aparatoso vestido de mentira con que se engaña la opinión del país y la opinión del continente. Tiene, en verdad, Caracas un extraordinario auditorio, pero, en cambio, en ese auditorio no pueden hablar los hombres libres. En el orden de la realidad, es como grandioso templo donde, en lugar del pontífice legítimo, oficiasen caudatarios que hubiesen asesinado a los pastores.

Madrid, 1953.

EL RETORNO DE DON SIMON RODRIGUEZ

Una lujosa misión venezolana acaba de ir a Lima para conducir a Caracas los restos mortales de Don Simón Rodríguez, Maestro y amigo de Bolívar. El extraordinario hombre dejó escrito que de la llamada "gente decente" sólo "se puede conseguir que ofenda". No intuyó el extraordinario filósofo que la "gente decente" de Caracas iría a la capital del Virreinato del Perú a buscar sus cenizas. Tal vez no creyó en este día extraordinario que movilizaría hacia la suntuosa ciudad de Pizarro, a conspicuos representantes de la oligarquía caraqueña, empeñados en simular afecto a quien había asustado a la vieja sociedad colonial.

Con gran lujo, con derroche de todo género, se hizo sentir en la ciudad del Rimac la delegación venezolana. Precisaba dar la impresión de riqueza y de señorío que debe ser prenda de quien recibe un gran legado. El dictador del Perú entregaba a su discípulo, el dictador de Venezuela, las cenizas del Maestro de Bolívar.

Don Simón Rodríguez ha vuelto hecho polvo a su vieja Caracas nutricia. En el Panteón Nacional tendrá un rincón seguro al lado del Discípulo inmortal. Vuelve como difunto a hacer vida de muerto entre los muertos. Bolívar, Vargas, Toro, Acosta son difuntos, también, en esta hora de oscuridad y de silencio nacional.

Y pregunto yo: ¿a qué este formulismo apoteótico en torno a nuestras grandes figuras de ayer, cuando se condena al silencio definitivo toda palabra creadora? ¿Qué puede enseñar hoy en Venezuela el Maestro del

Libertador? ¿Qué puede escribir hoy para beneficio de su Patria el inventor de la pluma metálica? ¿Qué puede alumbrar el preocupado fabricante de candelas, cuando detrás de cada hombre de pensamiento libre acecha hoy en Venezuela un policía encargado de apagar las luces?

La liturgia fúnebre que se ofrece a los grandes constructores del pensamiento nacional no pasa de ser cortina de humo para engañar al pueblo y para fingir inquietud cultural ante las naciones extranjeras.

Don Simón Rodríguez si saliese a las calles de Caracas, sería reducido a prisión inmediata. Sus grandes ideas carecen de posibilidad en la actual tiniebla venezolana. Con tanta intensidad amó Don Simón la libertad, que dejó como axioma pedagógico la extraordinaria recomendación de "no sustituir la razón por la autoridad" en el proceso de ilustrar el espíritu de los niños. ¿Qué pensaría el andariego filósofo de un mundo donde sólo tiene razón la fuerza compulsiva de las armas que manejan los bárbaros del monteverdismo resucitado? ¿Qué papel jugaría aquel que por enseñar la libertad a Bolívar lo convirtió en auténtico Libertador, cuando los amigos actuales empiecen a recomendarle silencio y discreción para bien vivir?

Explicable en todo caso sería el ataque a los vivos. Se podría fabricar una lógica para dar apariencia de normalidad al propósito de hacer tabla rasa con todo valor que no se sume al coro de los conformistas. Esto tiene su razón en medio del absoluto mal que ha hecho presa en el país. Pero, inmiscuir a los grandes muertos en este proceso de adulteración de valores, es, en realidad, crimen funesto. Como paradoja sirve apenas para decir que en el nuevo régimen del "bien nacional" se importan venezolanos muertos para rendirles homenajes decrépitos, mientras se destierran hombres y mujeres amantes de la libertad y del decoro. Se finge dignidad honrando la ceniza de los viejos heraldos de la libertad. En cambio, se encarcela y se destierra a los hombres vivos que defienden el derecho creado por los grandes muertos. El espíritu burlón del viejo Rodríguez no soñó que hubiera quien a los cien años de muerto tomase su nombre para vestir la farsa de una política.

BUSTOS SIN PEDESTALES

En un periódico de la ciudad de Caracas he visto con dolor, aunque con poca sorpresa, la noticia de que el busto del eminente periodista Rafael Arévalo González, hasta fecha reciente emplazado en uno de los paseos de nuestro bullicioso litoral guaireño, ha sido bajado de su modesto pedestal y colocado en el suelo, al igual de cualquier bulto pesado, mientras las autoridades gubernamentales resuelven el destino que se le dará en las nuevas obras proyectadas para embellecer la entrada principal de Venezuela.

El busto de Rafael Arévalo González a ras de suelo es algo que simboliza con tremenda exactitud la realidad funesta de la actual política venezolana. Fue Arévalo González recio paladín de las libertades cívicas, a quien tocó sufrir dura carcelería durante los gobiernos de Castro y de Gómez. Más que periodista, más que escritor, más que político, Arévalo González fue signo de una viva protesta contra el imperante sistema de minoría política que reinaba en el país. A sabiendas de que no habría elecciones en 1914, él lanzó la candidatura de Félix Montes para la Presidencia de la República. Montes perdió la Patria y Arévalo González dio con sus huesos en la sombría Rotunda. Más tarde, cuando la muchachería de 1928 hizo su hermoso gesto de protesta, Arévalo González acompaño en su actitud viril a los muchachos universitarios, y con ellos compartió el duro pan y la áspera almohada en el Castillo de Puerto Cabello.

La vida pública de Arévalo González fue vida de encierro en los tenebrosos calabozos de la dictadura. Su voz fue más silencio de sufrida

actitud que grito rebelde frente a las masas. El sabía como buen discípulo de Ruysbroko, de Novalis y de Emerson, que el silencio tiene elocuencia a que no llegan los más disertos oradores. En medio de una Venezuela sin sentido, en la cual pecábamos grandes y pequeños, él hizo el sacrificio heroico de su libertad. No se alzó contra el gobierno, como solían entonces alzarse los caudillos, con rifles y machetes; su arma era el arma discreta y terca de la pluma. Cuando pudo escribir el editorial admonitorio, las prensas recogieron el relámpago de su pensamiento fulgurante. Cuando no hubo periódicos que imprimiesen sus altivas ideas, el mensaje epistolar o el hilo telegráfico llevaron su protesta airada ante los gobernantes envanecidos. Aquellos fueron breves paréntesis que le permitieron la luz del día en las soleadas calles caraqueñas. Más que ciudadano visible, Arévalo González fue ciudadano invisible, empeñado en dar con su ejemplo una lección de virilidad al pueblo.

Antes que la gratitud de la nación lo llevase a la rigidez imponente del monumento público, ya Arévalo González había ganado en el corazón del pueblo el monumento de respeto a que hacíalo acreedor su conducta constante de servidor del civismo. Su propio físico respondía a la dignidad de su conducta. Yo tropecé con Arévalo González en una calle cualquiera de Caracas, y sin saber quién era y sin sospechar siquiera que gozase de libertad el insobornable caudillo de la libertad de prensa, me descubrí ante él, en razón del mágico respeto que imponía su presencia altiva, digna, majestuosa.

En el litoral, el busto de Arévalo González era una gran lección que proseguía, en la vecindad de los tiempos, la lección extraordinaria de José Vargas. Bien estaba la figura del paladín de la libertad de expresión en la tierra que vio crecer al gran Presidente que inició en Venezuela el sueño desamparado del civilismo. En la tierra ardiente donde había levantado su voz tremebunda la revolución de 1797, y cerca de las Bóvedas sombrías, donde el primer Monteverde silenció para siempre el verbo poderoso de Miranda, lucía más que en cualquier otra parte el busto de Arévalo González. En su modestia de proporciones, el monumento consagrado al veterano periodista que prefirió la cárcel a la jugosa claudicación, representaba un faro lumínico encargado de recordar a la gente nueva lo que significa el decoro de los hombres.

Pero en la nueva Venezuela los valores se miden en relación con los porcentajes que dejen los grandes negocios. Las avenidas buscan sólo el raudo tránsito de vehículos que disipen la riqueza. En los caminos no se necesitan estas maneras de piedras miliares, que indiquen el esfuerzo doloroso del pueblo antiguo por conquistar su derecho a la libertad. Avenidas, carreteras, plazas y edificios se hacen hoy en función de negocio y no con miras al bienestar humano. En una avenida cuyo desarrollo tropiece con la estatua de Vargas o con el busto de Arévalo, estatua y busto quedan destinados al precario emplazamiento que les designen los alarifes que dirigen las grandes empresas constructoras.

Por eso, en el suelo, como piedra de molino ya sin función alguna, descansa el busto de quien en vida sólo tuvo el estrecho calabozo de las cárceles como recompensa de su virtud eximia. A muchos parecerá sarcástico el despojo de que es víctima la memoria del extraordinario luchador democrático. Yo, en cambio, lo veo como un signo natural en el tiempo. No solamente está de sobra en cualquier parte de Venezuela el busto de Arévalo González. También en la sufrida Universidad sobran las estatuas de Vargas y de Cajigal. La estatua de Miguel José Sanz tampoco tiene sitio en la Caracas sombría de estos momentos. El propio caballo de Bolívar, que Guzmán Blanco plantó en la vieja Plaza Mayor, da la impresión de que estuviese ensayando un brinco mitológico hacia sitios donde el héroe no sintiera vergüenza de lo que hacen en su nombre los mismos que se dicen defensores de su gloria.

El proceso de bajar de su peana estatuas y bustos de insignes servidores de la vieja República, corresponde a una realidad concorde con la pseudo-filosofía política que conceptúa el bienestar nacional una obra burda de engorde de la población. En lugar de figuras que levanten la mente y estimulen las nobles virtudes del civismo, en las plazas y avenidas de la nueva Venezuela habrán de erigirse monumentos a jugadores de pelota, a fornidos boxeadores, a raudos jockeys y a ágiles nadadores, que simbolicen la fuerza del músculo y la habilidad de la trampa que son ideal de la nueva pedagogía gubernamental, a la par apoyada por pulperos enriquecidos y por educadores apulperados.

Las cosas en su puesto. El busto de Rafael Arévalo González no tiene hoy sitio que le libre de vergüenza, sino en los corredores de un cuartel

de policía. Preso hasta después de muerto, es su destino. Tremendo es pensar en la soledad que rodearía a su gran espíritu en este angustioso momento de la República. Como difunto sin deudo, el busto del extraordinario adalid yace por hoy a la vera de un camino público. Quizá, en realidad, el mejor homenaje que hoy pueda hacerse a Bolívar, a Miranda, a Vargas, a Bello, al Licenciado Sanz, al Licenciado Aveledo, a Arévalo González, es bajarlos de sus pedestales o cubrirlos, como los antiguos romanos cubrían las estatuas de los dioses en épocas de tiranía.

Madrid, 1954

VALOR Y SENTIDO DEL FAISAN

Cuando Jasón iba camino de la Cólquida en pos del Vellocino de Oro, acampó con sus argonautas junto a las bocas del río Pasis. Entre las mil maravillas que los fabulosos expedicionarios hallaron en aquella región de prodigios, nada les sorprendió tanto como la hermosura del faisán. El bellísimo aspecto de este animal esplendoroso, movió a Jasón a regresar con las naves bien provistas del ave milagrosa. Luego, dioses y héroes adornaban sus mesas fastuosas con la primorosa gallinácea, que pasó a ser el más rico bocado del Olimpo.

Reyes, señores feudales, poderosos mercaderes tuvieron a través de toda la Edad Media al faisán como el mejor regalo de una rica mesa. En realidad, el faisán corresponde en el orden del bien comer a lo que en el plano de la arquitectura significa una columna ática. El ave airosa tiene en vida una majestad y un colorido que, una vez tornada en bocado apetitoso, le dan función columnar en el área de la *gourmandiserie*. El faisán convence con la fuerza de un artículo de fe. Después de un buen faisán rociado de un Rancio aristocrático, no hay voluntad que resista.

La cría del faisán es uno de los problemas planteados por la nueva política del "bien nacional" que lleva a término el actual régimen venezolano. Con profundo sentido epicúreo se busca hoy en Venezuela el mejoramiento físico de la población. Que la gente esté ahíta y no hable, es consigna de buena política. En una República silenciosa, las horas mejores han de estar destinadas a comer. Y a comer bien. Salarios, porcentajes, participaciones son algo más sólido que los discursos

vacíos de los demagogos. Los demagogos perjudican a los pueblos con sus historias de libertad y de elecciones. En razón de esto, en Venezuela se les encarcela o se les deporta. Mas, como es preciso aprovechar la fuerza manual de tantos seres peligrosos e inútiles, a quienes el Estado tiene que guardar, se les junta con los presos comunes y se les ofrecen medios de restauración moral y de provecho físico.

Entre las actividades a que hoy son destinados en Venezuela los presos, ha aparecido el lucrativo, agradable y simbólico oficio de criar faisanes. En las cárceles donde, con los presos criminales, trabajan los presos políticos, se ha iniciado la faisanicultura. Es un signo en el tiempo. La mesa de los nuevos Lúculos reclama sabrosas carnes. El ave mitológica que fascinó a los argonautas, es hoy cuidada por los presos de un país, en el cual todo hombre de conciencia libre ha de sentirse encadenado en cualquier sitio donde se halle. Cuidar faisanes para el hartazgo de los poderosos es el nuevo destino de los hombres privados de libertad. Una lógica constructiva pide que callen las palabras peligrosas en beneficio del recado de las ricas mesas. A esto se ha llegado en Venezuela por el reflexivo camino de mejorar los sistemas de justicia. En un orden de positivos alcances, la justicia ha llegado a desdoblarse. No se intenta dar a cada quien lo que es suyo. Se persigue utilizar los brazos de los delincuentes. No se busca la justicia que da. Se solicita la justicia que quita y aniquila. La pena vale más en Venezuela que la justicia. No en balde famosos juristas señalan la transgresión como fuente de derecho. Satán primero que Luzbel. La ofensa antes que el sujeto ofendido. El delito tiene, pues, mayor categoría que el derecho. La ley esencial es perseguir a los hombres. Cuando el ciudadano ha sido segregado de la sociedad en razón de algún delito, los organismos oficiales cuidan de su seguridad en las cárceles. Las cárceles de Venezuela son magníficas. Un Congreso mundial de seguridad social, declaró en 1952 que las cárceles venezolanas son perfectas. En ellas gozan de seguridad los ciudadanos delincuentes. Con el ciudadano delincuente, se reducen, también, a prisión a los hombres que resisten el régimen tiránico que oprime a la República. Nadie en Venezuela está más seguro que un preso. En la prisión nada puede ocurrir a persona alguna, una vez vencido el primer tiempo de investigación y de reposo sobre barras de hielo. (No sé qué hábil psicoanalista al servicio del crimen, descubrió que las bajas

temperaturas desdoblan la conciencia.) En un país de presos, es lógico que se mejoren las cárceles y que se perfeccionen sus sistemas de trabajo. Junto con la herrería, la carpintería, la cordelería, figura ahora la faisanicultura.. Los presos ayudarán a la calidad de la mesa de los poderosos. Un país como Venezuela debe ofrecer en sus restaurantes faisanes cebados. Los extranjeros podrán solazarse aún más en la famosa tierra de la "gozadera". En "El Avila"y en "El Tamanaco", los gringos gustarán a toda mandíbula los faisanes criados por nuestros sufridos presos. Los faisanes de las cárceles serán nuevo símbolo de nuestro destino doloroso. El ave dorada de los argonautas tendrá sitio especial en la heráldica de la nueva República. A lo mejor, uno de los tantos improvisados diputados que ocupan las curules arrebatadas a los legítimos representantes del pueblo, llegará a proponer que se suprima del viejo escudo nacional el ágil e indómito caballo de la libertad, para colocar en su lugar un airoso Faisán de Oro. En último examen, más realidad inmediata expresaría el ave criada por los hombres presos que el ultrajado y casi mítico caballo de los hombres libres...

Barcelona, mayo de 1954.

APOLOGIA DE LAS VIEJAS CAMPANAS

No he logrado dar con figura alguna que evoque la presencia de una campana en el célebre cuadro "La Nave de los Locos", de Jerónimo Bosch. Llevado del propósito de trasportar a la pintura los temas desarrollados por Sebastián Brant en su libro sobre la isla de los locos, el pintor se limitó en su tabla del Louvre a presentar un grupo de felices pacientes de locura auditiva y gustativa.

No alcanza mi imaginación a ver campanas en los varios utensilios que los enajenados muestran. La presencia de una campana en el palo de la nave me habría servido para hallar al menos raíz pictórica a la peregrina teoría recientemente debatida en Caracas acerca de la influencia que ejercen sobre la mente de nuestro pueblo las vocingleras y alegres campanas de las torres.

La teoría ha provocado natural debate. En el orden de las investigaciones conducentes a fijar las causas de la progresiva insania que revelan nuestras estadísticas médico-policiacas, seguramente hayan aparecido otros elementos de mayor bulto. En el área de los ruidos, pongamos por caso, nadie sería osado a negar el efecto que en los oídos del pueblo tiene por fuerza que ocasionar el agudo lamento de las sirenas de las motocicletas policiacas cuando piden paso por las calles de la ciudad. Tampoco puede negar nadie que Caracas sea hoy una manera de metrópoli del ruido. Ruidos de toda clase dificultan el reposo en la antigua, mansa y acogedora ciudad de los techos rojos. Al ruido de fuera, la inquietud de dentro súmase como elemento eficaz para hacer de Caracas una ciudad donde los somníferos y los barbitúricos en general

tienen extraordinario despacho. Muchos de los casos de alteración nerviosa se quedan en el recato del hogar. Otros van silenciosamente a las clínicas privadas. Otros adquieren proporciones alarmantes y tocan a la puerta de las casas de salud mental o a las propias puertas de los servicios policiacos.

Para clasificar las causas que han ocasionado el progresivo aumento de los trastornos psíquicos que padece nuestra población, habría necesidad de registrar una gama de elementos, disímiles y aparentemente contradictorios, sobre los cuales descansan las razones justificativas de la inquietud, de la zozobra, de la angustia, del miedo, del dolor que terminan por manifestarse en anormalidades de la mente. Se haría preciso un minucioso examen a la luz de la Religión, de la Sociología, de la Moral, de la Economía, de la Higiene. Así sería fácil determinar de modo cierto la responsabilidad mayor o menor que unos y otros podrían tener en las crecidas cifras contempladas por los servicios de sanidad mental. Largo el estudio, no reclama, en cambio, extrema agudeza de imaginación para que se puedan determinar al pronto los principales motivos de la excitabilidad culminante en síntomas que obligan al propio internamiento de las víctimas.

Algunos de los motivos están al alcance de la más lerda investigación. Sin embargo, no hay interés en nombrarlos. Por lo contrario, pareciera que existiese una intención de hacer recaer sobre los menos visibles la razón general de la dolencia. Sin presentar las múltiples causas por todos conocidas, se localiza en el ruido el motivo principal de las alteraciones psíquicas que sufren los caraqueños, y sin buscar remedio a las estridencias que alteran la paz de la ciudad, se acusa en forma categórica a las campanas que sirven de voz en las altas torres de los templos.

Si no fuera por la seriedad con que ha sido debatido el tema, diríase que se trataba de mera broma periodística. Imputar a las alegres y sonoras campanas de Caracas, muchas hoy sustituidas arbitrariamente por exóticos carillones, la responsabilidad de los trastornos mentales de la gente, es tanto como tomar por causa de la muerte repentina de un convicto toxicómano la presencia en su alcoba de un ramo de fragantes azucenas.

Todo esto, a mi juicio, expresa el propósito de desviar un tema profundo hacia la disputa banal que distraiga la atención del público. Viejo mal, nuestra locura colectiva poco tiene que hacer con la dulce voz de las campanas. Y si fuera necesario correlacionar el sonido de los viejos bronces litúrgicos con los factores que promueven el desnivel de algunas conciencias, habría necesidad de la apreciativa contraria. Quizá si se oyeran más las voces de las enhiestas torres, habría en Caracas y en todas partes menos locos. Cuando el duro badajo de los bronces llena el aire de sonidos, diríase que se expande un mensaje de esperanza y de paz. No llaman al insano festín donde la conciencia se embota, ni al fútil divertimiento de donde bolsa y voluntad tornan exhaustas. Las finas campanas empiezan por recordar al hombre su destino y su deber. De oro su repique a la hora de las nupcias o el bautizo; bronco y grave cuando doblan por el muerto; angustioso y rápido para el anuncio del incendio; lento y solemne, cuando invitan a rogativas; tierno y pausado al llenar los crepúsculos con las notas angélicas de la anunciación mariana. Las campanas son como la voz de abuela constante que recuerda el deber de una conducta.

Jamás nadie se ha vuelto loco por el ruido de los sonoros bronces de los templos; muchos, en cambio, erraron el camino y llegaron a tocar las aldabas de las casas de orates, cuando desoyeron la lección de los bronces sonoros y confundieron con los ruidos vulgares de las máquinas las voces de las torres sagradas. Cuando Ruskin, ante la majestad de las grandes catedrales, dijo que las piedras les servían de pan, miraba a la realidad de espíritu que se levanta de los antiguos templos. Si las piedras son el pan, las campanas son el vino en esta cena de espiritualidad y de armonía. Bajar las campanas de las torres, es tanto como cortar la lengua a los heraldos. El mundo lo que pide son más campanas. Más voces que lo orienten. Más oídos que escuchen, en medio de este obstinado diálogo de sordos, el mensaje de la confraternidad y la justicia.

En la vieja Caracas, poblada de campanas alegres y solemnes, discurrió la vida de Andrés Bello, de Simón Bolívar, de José Vargas, de Fermín Toro, de Juan Vicente González, de Cecilio Acosta, de Pérez Bonalde, de Gabriel Muñoz. Cuando no las apagaban los ruidos estridentes y sobreagudos de las sirenas de las motocicletas, de los tubos de escape de

los autobuses y de los camiones, de las cornetas de los automóviles, mejor y más claros sonaban los bronces de las empinadas torres. Cuando faltaba el oportuno reloj, el tiempo lo marcaban las horas canónicas, anunciadas desde los años del obispo Diez Madroñero por las campanas de los templos. Lengua sonora del pueblo, tuvieron los bronces litúrgicos la consigna de cantar, de reir, de llorar, de meditar al compás de la alegría, del dolor y de la reflexión del pueblo. Muchas de las campanas de Venezuela son más viejas que la Patria mestiza de la Colonia y que la Patria andariega y audaz de la Conquista. Cuando en España fueron sustituidas por otras más ricas, se remitieron a Indias graves campanas de la alta Edad Media. Algunas todavía suenan su canción de eternidad en modestos campanarios de pueblo, otras fueron llevadas a la protección de los museos. Voces de la Patria, vienen del tiempo antiguo las campanas. En las torres de Caracas duran aún las viejas lenguas férreas que doblaron a muerto cuando fue sacrificado José María España, que cantaron como pájaros de primavera cuando el 5 de julio de 1811 se declaró la Independencia, que anunciaron en 1842, con recogida voz, el regreso de Bolívar muerto a la tierra feliz que lo había nutrido para su gran destino de Macabeo del Nuevo Mundo.

Si hoy todo se va de la ciudad antigua, ¿por qué negar derecho de permanencia en el orden de la ciudad nueva a la voz constante de los bronces que mantienen el recuerdo de las viejas palomas soñadoras y de los graves buhos que poblaron de consejas las mentes serenas de los mayores?

Ginebra, 1954.

BURLA Y DESTROZO DE BOLIVAR

Buen día el aniversario de Carabobo para visitar el monumento de Bolívar en la vía Flaminia. La estatua no carece de elegancia, así jinete y caballero estén desprovistos de aire heroico. El animal es modesto y no tiene el ímpetu que da carácter a las bestias guerreras. Sin embargo, no desluce el conjunto en medio de la vía romana. En el pedestal se leen frases alusivas a la obra realizada por Bolívar en América y al juramento hecho por el Padre de la Patria en la ciudad de los Césares, de no dar descanso a su acción hasta lograr la independencia de su continente nativo.

La consigna de Bolívar era en sí propia una rotunda negación del sentido del viejo Imperio romano. Frente a las ruinas majestuosas que le recordaban la soberbia de la Roma dominadora de pueblos, el joven americano juró luchar por la independencia de su tierra nativa. Carabobo, en el orden de la americanidad, fue el cumplimiento de la promesa romana de Bolívar. En la llanura inmortal fue asegurada la libertad de Venezuela y de Nueva Granada, unidas bajo el nombre romántico de Colombia.

En gracia al mérito de aquella realización heroica, Bolívar salió en bronce a recibir el homenaje de los hombres libres del mundo, que en Roma, en París, en New York, en Buenos Aires, en México, en Chile reconocen su dimensión extraordinaria de Libertador de pueblos.

Bolívar y Carabobo son dos valores singulares en el orden de la historia americana. Se confunden en la memoria de los hombres el campo donde

fue derrotado el español colonizador y el hombre que encabezó la recia lucha por ganar la independencia. Carabobo, sin la idea de Bolívar, es apenas un pedazo de geografía desprovista de sentido; Bolívar, sin el triunfo obtenido en la llanura gloriosa, sería sólo un ideólogo de la libertad, sin otro mérito que su afán de conquistarla. Carabobo representa la culminación de la promesa hecha por Bolívar, en el propio montículo donde el pueblo romano se reunía para defender sus derechos.

A ciento veintitrés años de la gran batalla, Bolívar y su victoria extraordinaria son, sin embargo, una mera entelequia utilizada por literatos y por políticos para vestimento de prácticas funestas, que arruinan el decoro y la libertad de América.

Si este Bolívar de brazo rígido en el bronce de Roma, reviviese momentáneamente, ¡cómo sentiría el dolor de su obra traicionada! Revisaría la historia de su Patria, y sufriría el espanto de ver borrado de sus grandes anales el recuerdo activo de la batalla gloriosa.

En su silencio heroico, Bolívar ignora lo que ocurre en América y lo que sucede en Venezuela. El escuchará de vez en vez palabras de hombres que vienen a despertarlo con homenaje de rosas artificiales y con noticias sobre una paz fingida en su lejana patria. (Al terror llaman paz quienes benefician de su inalterable quietud.) No sabe, en cambio, Bolívar que su obra ha sido trastornada y que su gloria se ha convertido en instrumento de vergüenza, con que aprovechan los traidores de la nacionalidad. Esto he venido a decir yo al Padre de la Patria, en este día de emocionada recordación patriótica.

Extraordinaria es la fuerza del nombre de Bolívar. Tan poderoso es el efecto mágico de su evocación, que muchos creen engañar al pueblo con fingidos homenajes a su gloria. Matan el espíritu; mas, bajo la gracia del nombre venerado del gran Padre, fingen los doctores y los gobernantes una adhesión criminal, con que se presentan por celosos de su gloria y de su obra. Creen que con defender la memoria de Bolívar de inválidos ataques de Marx, de Madariaga o de Sañudo muestran su devoción a los

valores bolivarianos; mientras tanto aplauden y ayudan a quienes destrozan sobre la propia realidad popular la independencia y el decoro cívico, que fueron polos de la acción del Padre de la Patria.

¿Por qué, pregunto yo, se injuria y se aborrece a los políticos que el 25 de septiembre de 1828 atentaron contra el hombre Bolívar, cuando hoy son festejados y mirados con respeto los asesinos permanentes de la obra del Libertador? No pareciera lógico cebarse en el terreno de la Historia contra la fracción que atacó en vida la política de Bolívar, mientras hoy se destruye la obra portentosa del Padre de la Patria. A Bolívar no se honra con coronas, con discursos, con proclamas, con panfletos, con desfiles. A Bolívar se honra por medio de una obra que mantenga en vigencia creadora su pensamiento de Libertador. Carabobo no ha de ser para Venezuela y para América un mero aniversario. Carabobo es día sin noche que pide la permanencia de la acción creadora. Suena a sarcasmo el nombre de Bolívar en labios de hombres que hipotecan la libertad de las naciones por él ayer libertadas y que sin enfado alguno ultrajan la dignidad del pueblo que con él luchó por ganar la independencia. Suena a burla el nombre de Bolívar en boca y en pluma de quienes apadrinan el destrozo del civismo y de quienes, para ganar sonrisa benevolente de los pretensos dueños del mundo, ponen sus ideas al servicio de planes obscuros, que destruyen la independencia patria.

A Bolívar se le honra por medio de una constante vigilia, que guarde el patrimonio por él creado para decoro de la República. Un pueblo mudo para el discurso de la libertad, un pueblo sin seguridad para el reposo creador, un pueblo carente de autodeterminación cívica y de autonomía en el orden de la comunidad de las naciones, un pueblo sometido a la voluntad de fuerzas y de intereses extraños a su propio destino social, constituye en sí mismo la negación de todos los valores de lo positivo bolivariano.

Si Bolívar hubiera creído que el destino de los pueblos se reduce a una mera labor de levantar tejados y de abrir caminos, explotar minas y ordeñar vacas, se habría quedado satisfecho en sus vegas de San Mateo y en sus minas de Aroa. Influencias sobradas tenía en el mundo colonial

para gozar los primeros puestos de la sociedad y para lucir alamares relumbrantes a la cabeza de las milicias. Al servicio de las fuerzas coloniales, él hubiera alcanzado extraordinarios beneficios. Pero Bolívar era la negación absoluta de lo colonial. Cuando admitió el transitorio ejercicio de métodos que se desviaban del sistema de las libertades individuales, lo hizo en virtud de su afán de mantener y defender la soberanía de América. Su ideal inmediato, más que la propia libertad interior de los ciudadanos, era ganar para las naciones americanas una independencia absoluta, que permitiese el ejercicio seguro de las garantías domésticas.

Por alcanzar independencia y libertad para sus conciudadanos, Bolívar sacrificó su tranquilidad y su reposo, y sacrificó, también, en el orden material, sus grandes riquezas personales. Los que se dicen hoy sustentadores de sus ideas en el área de lo nacional, sacrifican la libertad y la dignidad de sus conciudadanos y el decoro y la independencia de la Patria, a fin de asegurarse el goce de bienes sin decoro, hechos con el sacrificio del pueblo.

A tal extremo se ha llegado en el proceso de adulterar el sentido del pensamiento de Bolívar, que la prensa de Caracas denunció un nuevo sistema de estafar a confiados patriotas, por medio de la venta de burdos folletos dedicados aparentemente a exaltar la gloria del Libertador y que en sí son una manera de "paquete bolivariano".

Como algo sin trascendencia ha sido publicada la advertencia relacionada con este irreverente sistema de engañar al pueblo incauto. Yo, en cambio, he visto el hecho como signo congruente con la armazón general del bolivarianismo del momento. Lo mismo da una simulación que otra. Significa lo mismo, por si no más, engañar desde altos sitiales con discursos, ensayos y consignas falsas la conciencia del pueblo, que la venta de folletos insulsos, para cuyo buen éxito se invoca la gloria del Padre de la Patria.

Sin pensarlo, los estafadores han dado en definir un aspecto del actual bolivarianismo. Reducidos sus propósitos al mero empeño de levantar

una pequeña suma de dinero, han creado, sin saberlo, un nombre que va bien al sistema de glorificación fingida de Bolívar. El "paquete bolivariano" es todo un hallazgo literario para expresar una actitud hoy generalizada frente a los valores de la Patria.

El Bolívar sin contenido, el Bolívar frío de los discursos de ocasión, el Bolívar que se invoca para dar vestido y lustre a las más torcidas intenciones, el Bolívar de la farsa y del engaño, el Bolívar de las estatuas, de las coronas, de los aniversarios, de los desfiles, ha sido denunciado en toda su peligrosidad cívica por numerosos venezolanos, negados al propósito de que Bolívar sirva de rótulo o vestimenta para ganar fama de patriotismo o ribetes de preocupación por la vida maravillosa del más grande ciudadano del continente occidental. Este Bolívar frío y sin voz parece bien representado en la estatua rígida y sin aire de la vía Flaminia. En cambio, quienes se sientan llenos del espíritu de Bolívar, deben buscar en toda forma que el Libertador prosiga su obra de libertad y de independencia de la Patria. Deben poner todo empeño porque las dianas de Carabobo continúen anunciando la necesidad del sacrificio cuotidiano.

Pareciera que muchos olvidasen la dimensión permanente del esfuerzo cumplido por Bolívar para alcanzar en Carabobo los lineamientos heroicos de la República y que parasen sólo mientes en los esfuerzos dolorosos que hizo a partir del año 28 para defender la unidad de Colombia. Sin advertir el movimiento dialéctico que forma el sustrato de la vida del estadista y del político, se niegan a la síntesis que da mayores contornos al Padre de la Patria y miran sólo la dura función de quien se abrazó transitoriamente a la dictadura, como remedio capaz de mantener la integridad colombiana. Este Bolívar entristecido de los últimos años, intentan los amañados del bolivarianismo presentarlo como patrón de estadistas. En nombre suyo recomiendan a los pueblos sumisión y acato para quienes se erigen dictadores. Olvidan los filósofos de la violencia que si en noche de incendio, según dice Maurois, es preciso ponerse cada quien a las órdenes del primer coronel de bomberos, no implica esto que se reconozca a los coroneles derecho permanente de regentar nuestro destino cívico.

En cambio, todos, hasta los inválidos, han de ponerse a las órdenes del Bolívar activo que cita con voz desesperada a los pueblos de América, para librar el Carabobo permanente que los salve de ver puesta sobre nuestros montes y llanuras la noche sin estrellas de un nuevo coloniaje.

Roma, 1954.

SANGRE EN EL ROSTRO

De fino humorista me ha calificado el viejo sabueso, con experiencia en Europa y América sobre problemas de espionaje y contraespionaje, que me visita frecuentemente para comentar algún nuevo dato encaminado a fijar la responsabilidad del atentado que contra mi vida se llevó a cabo, a la puerta de la iglesia madrileña de La Concepción Jerónima, el pasado día 8 del mes que cursa.

Pese a la inmovilidad a que aún me tienen reducido los facultativos, ya empiezo de nuevo mi oficio constante de lector. Así mis leales amigos me hayan obsequiado con libros de temas ligeros para el rápido entretenimiento –pesca submarina, historia del ballet, aventuras de gitanos–, he preferido los textos graves de Filosofía del Derecho a que en los últimos tiempos he dedicado mi mayor devoción. Si mi amigo el investigador tuviese menos apego a la realidad pugnaz de la vida, no me habría tomado por hombre de buen humor, sino por un imperturbable optimista.

Un sujeto vengativo tal vez estuviera a estas horas estudiando la sistemática penal de España o el radio de acción extraterritorial de la voluntad criminal. Yo soy, en cambio, hombre de fe en los principios eternos e inmutables de la justicia, y caldeo mi conciencia, no con llamas de odio, sino con el rescoldo amoroso de la verdad.

Desde que me vi forzado hace dos años a abandonar el suelo de mi Patria, por el delito de haber sido electo por el pueblo para llevar su voz altiva en la frustrada Asamblea que pudo marcarle nuevos rumbos institucionales, un solo norte ha tenido mi vida de escritor. En

opúsculos, en las columnas de la prensa, en numerosas cartas, en plática ocasional con los amigos, tanto he procurado revelar al público el horror de la dictadura que azota a Venezuela como levantar el ánimo de la resistencia patriótica contra la tiranía. Mi palabra sea así ella pobre, ha tenido eco en el mundo doliente de mi Patria. La verdad y la moderación que la compañan ha tenido, en cambio, por respuesta la calumnia y la injuria de las plumas al servicio del oficialismo. Para anular mis razonamientos contundentes no han sido eficaces ni el denuesto ni los insultos de amigos traidores, que hoy pagan con infamia mi generosidad de ayer. Lo que yo he dicho, las verdades que he expuesto, los juicios que he emitido, quedarán, sin embargo, como sentencias cargadas de verdad para la Historia. Jamás en mi literatura contra el régimen he publicado una mentira ni un denuesto. A la altura de mis años y de la consideración con que me mira mi pueblo, he sabido mantener en mis escritos un nivel de decoro y de justeza que les da mayor fuerza condenatoria. Rendida en su diálogo con la inteligencia, la fuerza funesta no encontró camino más hacedero que el camino del crimen. Para callarme se consideró necesario quitarme la vida o anularme la facultad de pensar. No sé quién haya sido el instrumento humano utilizado para aniquilarme. Un hombre fuerte y armado de una manera de bate atlético, se abalanzó sobre mí, cuando, con los lentos pasos que me permite mi ya vieja lesión cardiovascular, caminaba hacia la misa mañanera del Monasterio de las Jerónimas. Lo temprano de la hora era prenda de pobreza de transeúntes. El bárbaro agresor comenzó por lanzarme sobre el lóbulo frontal el primer golpe. Después, ya no me fue fácil defenderme. Si no hubiera llevado un sombrero de fieltro doble y alta copa, los otros cuatro golpes dirigidos sobre mi cabeza me habrían dejado sin vida. El agresor fue detenido en su empeño de matarme, y yo vine a darme plena cuenta de mí mismo cuando, recostado a la puerta del templo, dos piadosas mujeres secaban la sangre que teñía mi rostro.

Mientras convalezco de la bárbara jornada que sobre mí desató la impotencia intelectual de quienes oprimen a mi Patria, yo sigo con fe inconmovible mis estudios de Derecho. Rommen, Maritain, del Vecchio, Radbruch, Carnelutti, me han vuelto a acompañar con sus palabras esperanzadoras. Pareciera humorismo, mas en mí es testimonio de una fe pánica en el futuro de la humanidad. "Los hombres, dice a mi

oído el Maestro Carnelutti, semejan estrellas que al fallarle su camino, han desordenado el firmamento. Para reconducirlos, poco a poco, sobre el justo camino, la bondad de Dios permitió que inventaran el Derecho".

Duro y paradójico es pensar en la eficacia del Derecho cuando se sufre en carne viva el desgarro de la barbarie que lo niega. Pero, pienso yo, esto que hoy padezco es justamente una prueba indirecta y elocuentísima de lo que representa la razón frente a la soberbia irracional. La gloria falsa de un régimen que afinca su eficacia política en la mera inauguración de suntuosas obras de hierro y de cemento, se sabe, muy a su pesar, inválida y sin ámbito ante el anuncio que los hombres libres hacen diariamente de los crímenes cometidos contra el decoro, contra la libertad, contra el derecho de los ciudadanos. Las voces que no pueden ser compradas ni silenciadas en las cárceles, se las busca de segar a raíz. Eso quiso hacer la barbarie con mi palabra. Eso pretendió realizar con mi pluma la policía de agresión en que asienta su fuerza el régimen espúreo que ultraja a mi país. Erraron, sin embargo, el golpe, y al errarlo dieron fuerza mayor a mi discurso. Cuando sentí el rostro bañado de sangre, recordé las palabras de Federico Nietzsche. "Escribe con sangre, y sabrás que la sangre es espíritu", dijo el filósofo terrible de Basilea. Con sangre, en realidad, se han escrito todas las grandes causas de la humanidad. El único apóstol que no rubricó con su propia sangre la letra de su Evangelio fue San Juan. La leyenda piadosa dice, en cambio, que un águila bajábale del cielo la tinta milagrosa. Aún a un hombre pacífico y medio santo como Abraham Lincoln le deparó el destino la gracia de refrendar con sangre sus ideales humanitarios. La ardorosa literatura de José Martí adquirió temple basáltico cuando sus ideas recibieron el riego fecundo de su sangre inmortal. En la modestia de mi mundo de escritor preocupado por los problemas de la Patria, la Providencia me ha concedido el don preclaro de haber podido exhibir a la puerta del templo, a donde diariamente asisto, el rostro ensangrentado por la mano criminal de quien me cobra, como cuenta pendiente con la causa de los opresores, mi integral dedicación a la suerte del pueblo de Venezuela.

Sobre la frente ostentaré para el futuro una cicatriz honrosa, más brillante que las cruces y las bandas con que suelen adornarse los

verdugos de los pueblos. Ella, también, me hará recordar con más viveza la necesidad de luchar porque en mi pueblo y en América se mida la calidad de los gobiernos por el respeto y las garantías que ofrezcan al derecho de los hombres y no por las vanas y vistosas obras de cemento y de ladrillo con que fingen celo de progreso y al amparo de cuyos cálculos alegres pasan a la cuenta personal de los favorecidos los dineros del pueblo. No se mide el progreso de las naciones por la amplitud y comodidad de los cuarteles, sino por el vacío y el abandono de sus cárceles. No se deduce la holgura de los pueblos por la fiesta y el derroche de los cortesanos, sino por la paz y abundancia que gocen los hombres humildes. No se estima la riqueza colectiva por el volumen de lo que se compra para comer y para vestir, sino por el exceso de lo que se vende a mercados extrajeros. No se juzga el celo por la vida humana en razón del plasma acumulado en los bancos de sangre, sino por el respeto a la integridad de la sangre que anima la vida útil de los ciudadanos.

La sangre que empurpuró mi rostro a la puerta de un templo de Madrid, es testimonio a larga distancia de la dolorosa barbarie que regimenta a Venezuela. Esa sangre, en cambio, me hace sentir hoy aún más la fuerza insobornable del espíritu...

Madrid, diciembre de 1954.

"GANAS DE LLORAR"

A boca de horno se halla un librín con el ensayo que escribí el año 1953* en la ocasión de evocar en el día de difuntos a la Patria ausente y prohibida. Al pensar en los padres adquiere proporciones solemnes la memoria de la tierra natal. Realidad nutrida por la Historia, la Patria es una categoría que crece y se agiganta a medida que aumentan el sentido y la pasión con que se lleva unida a nuestra propia persona. Vivirla integralmente sobre su propia realidad telúrica, es deber y derecho que todos han de cumplir y todos han de gozar, sin que jamás lo gozoso anule la parcela de sacrificio ínsita en los supremos valores conjugados en lo patriótico. Cuando se la vive a distancia de la geografía familiar, el dolor y el anhelo danle dimensión sin medida. Se la siente con realidad de víscera sangrante. Se la oye como voz cargada de augurios sagrados.

Si ayer voces y sentimientos adquirieron para mí fuerza singular en la memoria de los hechos antiguos, hoy el aire de la Patria se ha detenido con tristeza en la sonrisa de un grupo de niños que festejaban la Epifanía de los Reyes Magos. Alegres y bulliciosos, más de cuarenta muchachos venezolanos se hallaban reunidos en torno a los juguetes de la tradicional festividad cristiana. Son los hijos pequeños de algunos de los desterrados políticos que hoy mantienen hogar provisorio en la capital de España. Son los niños inocentes que participan su ración de agrios mostos en la vendimia de odios desatados sobre la Patria lejana. También la infancia recibe el zarpazo de los bárbaros. Fueron en el

(*)• "Patria Arriba".

relato evangélico niños inocentes las primeras víctimas sacrificadas a la sed demoníaca del Herodes de turno, como si las lágrimas de los niños tuvieran función de ingrediente para el regocijo de los tiranos.

Mueve a dolorosa reflexión la presencia en tierra extraña de esta diminuta gente arrancada violentamente del suelo que un destino histórico señaló a los padres para cumplir su misión de hombres. En sus espíritus informes peregrinan como un aroma de porvenir las esencias más caras y sentidas de la venezolanidad. Como sus padres, estos niños tiernos e inocentes soportan la angustia de verse separados del pedazo de tierra donde hunde sus raíces el árbol de su substancia cívica. Ellos no entienden la plenitud conceptual del diálogo que entablan entre sí con relación al remoto país de donde reciben memorias de abuelos, de los tíos, de los deudos en fin, que sufren el desgarro de la distancia torturante. Saben ellos solamente que su Patria y su destino están en otra zona. Juegan y viven, pero sufren la distorsión de sus vidas arrancadas del huerto donde el sombraje de los altos árboles y de los modestos arbustos es más tibio y más acogedor. Escuchan de los mayores palabras sombrías, que les hacen entender el trauma de sus vidas morales. También son ellos desterrados. Ellos, también, reciben sobre su tierna sensibilidad el castigo arbitrario de los déspotas.

En tierra extraña se formará la mente de estos niños. En las escuelas de la Madre Patria, si bien alcanzarán a nutrirse con los viejos valores de la hispanidad creadora de América, pueden, acaso, escuchar explicaciones contrarias al sentido de nuestra independencia y juicios adversos al valor de los Padres de la Patria. Otros niños venezolanos, como éstos también expatriados, tendrán diverso ambiente formativo. Crecerán algunos bajo los signos nacionales de México, de Costa Rica, de Colombia, de Ecuador, de Chile, de Argentina, de Uruguay en la gran Patria hispanoamericana. Otros formarán su conciencia en París o en Norteamérica. Posiblemente en escuelas de Nueva York o de Miami oigan lecciones en que se les explique nuestra América mestiza como un mero campo de expansión industrial y en las cuales se exponga la realidad venezolana, no en su sentido valorativo de pueblo, sino en su interés realista de área favorecida por el hierro y el petróleo.

Mientras se finge servir al bien nacional abriendo las puertas de la Patria a toda suerte de aventureros interesados en el negocio de la aparente prosperidad, se echa de ella a niños inocentes. A estos pequeños hombres y a estas diminutas mujeres, llamados mañana a soportar el destino nacional, se les condena a que formen su espíritu sin el contacto fecundo de la realidad de su pueblo. Lejos de ofrecer a los niños temas alegres y entusiastas que ayuden al robustecimiento de su conciencia cívica, se les condena a peregrinar sin patria en suelo extraño, como Sénecas y Dantes anticipados en el sufrimiento.

Para dar más intenso color y sentido mayor de venezolanidad a la fiesta infantil, se pasaron discos con "Barlovento", "Alma Llanera", "Conticinio", "Endrina", "Sombra en los médanos". Bailaban y reían los niños. Recalentaba y anchaba, también, la música el espíritu de los mayores. Inadvertidamente alguien colocó en el toca-disco el "Gloria al Bravo Pueblo". La risa se interrumpió y todos en pie nos pusimos a oír el himno de la Patria. Mas, una niña de cortos años, pero con profunda intuición de la lejanía y del dolor, interrumpió para decir: "¡Eso no! Eso da ganas de llorar".

Sin embargo, estas ganas de llorar que promueve en los niños el aire marcial del himno patrio, es la mejor lección que pueden ofrecerles los déspotas. Estas ganas de llorar serán en la conciencia de los niños como garras férreas que les fijarán un sentido de deber y sacrificio para sus futuras acciones de hombres. Estos niños, de voluntad fraguada en la desgracia, sabrán mañana resistir el halago pecaminoso y la insinuación falsa a que los empuja una pedagogía dirigida por hombres cobardes y alegres. Cuando mañana asiente en tierra firme esta infancia peregrina de hoy, sabrá el secreto de la severa dignidad que hace a las naciones.

Madrid, 1955.

TIEMPO Y RAZON DE LA CULTURA

El dictador de Venezuela ha ganado la partida a los más consumados filósofos de la Historia. Para justificar su delirio de albañilería administrativa acaba de declarar de modo enfático que Roma se ha salvado como imperio en razón de sus arcos y de sus acueductos. Podría decir lo mismo de Atenas y su Acrópolis y de Egipto con sus pirámides y sarcófagos. Para el gobernante venezolano la Historia es un proceso de amontonar piedras y ladrillos. A su juicio, Benedetto Croce fue un babieca cuando dijo que la Historia es una hazaña por la libertad. En nuestro mundo nacional resultaría, de acuerdo con tal lógica, más valioso Guzmán Blanco que Bolívar. El Ilustre edificó el Capitolio y modernizó para su época a Caracas. El Libertador no hizo ni un puente ni una plaza. Se limitó a guerrear por la independencia y a pronunciar arengas, hoy inútiles, sobre la libertad y el decoro de los pueblos.

El régimen presente que azota a Venezuela cree compensar con obras materiales –muchas de ellas de mero tipo suntuario y de escandalosa finalidad– su deficiente política. Mientras se entregan a fuerzas extranjeras los resortes de la economía nacional, se entonan decrépitos hosannas a los fundadores de la República. Mientras se destruyen de raíz las instituciones democráticas, levántanse edificios y ábrense caminos. El "nuevo ideal nacional", tan ininteligible como las ideas de su creador, no mira a la nación como pueblo, sino como realidad geográfica necesitada de inmediata explotación. Nuestras riquezas, en consecuencia, se entregan como precio de la protección que las potencias usufructurarias ofrecen a los gobernantes.

En realidad, muchos arcos y muchas termas recuerdan el nombre de algunos emperadores. Pero, a menudo el mérito de la obra perdurable se vuelve contra la memoria del constructor. Frente a las termas de Caracalla yo recordé a Papiniano, jurisconsulto ilustre, asesinado de orden del emperador. Y con Papiniano, recordé a Geta y a los veinte mil más ciudadanos aniquilados por la saña sanguinaria del déspota. En cambio, frente a la estatua de Marco Aurelio evoqué la extraordinaria figura del emperador-filósofo que donó al mundo sus maravillosas reflexiones. Sin que hubiera realizado obra alguna material, el virtuoso emperador vive como uno de los grandes soportes de la gloria de Roma.

Si en verdad tienen fuerza expresiva del poder romano los acueductos, los templos, los teatros y los puentes que subsisten en el vasto territorio imperial, no reside en ellos la fuerza perdurable de Roma como creadora de cultura. Sin invocar a Virgilio, ni a Cicerón, ni a Plinio, ni a Horacio, ni a Séneca, ni a Plauto –oradores, poetas y filósofos que dan permanencia a Roma–, basta pensar lo que representaron las instituciones jurídicas romanas en el área de la historia universal. Más que el Capitolio dura y pesa en el orden de la vitalidad romana el Edicto del Pretor. Más que los añosos arcos que dan austeridad de cosa eterna a la ciudad de Roma se yerguen las instituciones forjadas por el pensamiento de sus jurisconsultos. Las leyes y los senado-consultos tienen mayor penetración universal que las carreteras de los procónsules. Desaparecido el poder de los emperadores, Roma siguió viviendo como un ímpetu de juridicidad. Si aún existe en el terreno de las grandes edificaciones la voluntad de los Césares, más pesa en el campo de la cultura el ordenamiento dictado para fijar el Derecho. En el mundo occidental poco cuentan los vestigios de grandes construcciones del tiempo imperial. Gravitan, en cambio, las enseñanzas de los juristas. El propio cristianismo lucró con la idea romana para la configuración de su institucionalidad exterior. La ecumenicidad de la idea y no la facilidad que ofrecían caminos y viaductos. Pasado el tiempo de los dioses paganos, Roma ha subsistido por haberse tornado en capital del cristianismo. Si el valor de las culturas estuviera enraizado en piedras y ladrillos, egipcios, asirios y sasánidas tendrían vigencia en el orden del mundo. En cambio, Roma y Grecia viven vida permanente por el sentido

y la dimensión que dieron al hombre como sujeto de la Historia. Más que la Acrópolis, valen Sócrates, Parménides, Platón y Aristóteles. Más que las cariátides del Erecteón, recordará "Los Persas" de Esquilo el triunfo de la claridad de Grecia sobre el misterio de Asia. Más que el Capitolio y la Vía Apia hablan de la grandeza de Roma, Virgilio, Cicerón y Justiniano.

Gobernar es crear en el orden del espíritu y en el campo de la dignidad nacional. La Ciudad Universitaria de Caracas, concluida durante el sistema actual, se mantendrá como una cifra de cemento que recordará el silencio que en ella sustituyó la libertad antigua. El actual régimen será recordado, junto con sus montones de ladrillo y sus caminos fáciles, por la *capitis diminutio* a que ha reducido al hombre venezolano. Se le recordará, también por las numerosas fortunas privadas que se han levantado junto con los suntuosos edificios. Será recordado, además, como la época en que las instituciones decayeron de su severidad antigua hasta el punto de declarar sobre la letra de la Constitución la voluntad de la tropa tal como en tiempo de los emperadores romanos. La fiesta ha llegado a tales puntos de relajamiento, que en la isla de La Orchila, el dictador ha levantado tiendas que la hacen rivalizar con la Capri de Tiberio. Esto sí tiene contornos de Imperio romano.

Madrid, 1955.

LOS MUNICIPIOS IBEROAMERICANOS

En Madrid acaba de celebrarse un congreso internacional de profunda significación, más moral que política. Los Municipios de origen ibérico se han juntado por primera vez en la capital del viejo imperio español. El ministro de la Gobernación, don Blas Pérez González, atinó al decir que en suelo de España se reunía la gran familia municipal del mundo hispánico.

España, por heredera legítima de Grecia y Roma, se constituyó como país de fornida tradición municipalista. Ya Platón veía en la ciudad griega una especie de macroantropos. El ensamblaje funcional del individuo dentro de la organización cívica hace de ésta una especie de hombre gigante. Manera de familia agrandada, la ciudad tiene en planos superiores urgencias iguales a las de cada círculo familiar. Cocina, salas, jardines, dormitorios, baños y veredas reclama la ciudad. En ella se oyen a la par de la música de los grandes conciertos, la voz de los pregoneros de frutas y la voz humilde y alargada de los traperos, que buscan los desechos familiares. En la sala, donde se discuten los problemas del abastecimiento y del aseo, se cuida, también de la salud moral de los ciudadanos. De nada vale la cocina bien provista, si la gustosa sopa habrá de saborearla una lengua vedada para los nobles ejercicios de la palabra.

Cuando España trasladó al Nuevo Mundo sus instituciones seculares, lo primero que puso a caminar fue el Municipio. En Venezuela el Cabildo de Coro se levantó con la voz de la ciudad, cuando en 1533 el teniente de Alfinger pretendió alzarse con el mando, a la muerte del Gobernador. La

primera revuelta ocurrida en Venezuela fue, pues, una revuelta cívica. El Municipio luchó contra un ejecutivo sin origen legítimo. Después de tres siglos de gestación social, la rebeldía del hombre de América habló por boca del Cabildo, y entre mazas y al amparo del viejo pendón real, discutió con la Metrópoli peninsular su derecho auto-determinativo.

Como institución, el Municipio es lo más español que subsiste en el Nuevo Mundo. Tan resistente ha sido el signo hispánico impreso en sus orígenes a los Cabildos americanos, que a la hora de reunirse en la capital del mundo español los Municipios de América, han venido, también, Municipios que hoy forman parte de la absorbente unión angloamericana. A los hispanoamericanos que se atreven a renegar de la marcha hispánica, debiera servirles de estímulo el regocijo y el orgullo que muestran por su origen español las ciudades norteamericanas fundadas por los conquistadores castellanos.

Diríase que en la célula civil de nuestros pueblos de allende el Atlántico perdurasen vivencias protectoras de los grandes valores que dan unidad espacial a las naciones nutridas de la tradición hispánica. Auscultando las voces profundas que animan hasta el propio silencio de nuestros pueblos, el gran poeta Eduardo Carranza –voz de Colombia y voz de América– comprometió la palabra de honor de nuestro Continente en la empresa de defender los fueros espirituales de la comunidad hispánica. Bien estuvo que en la clausura de la jornada municipalista, la voz de un poeta prefiriera a la voz de cualquier político de ocasión. Los poetas tienen el secreto de las grandes intuiciones creadoras.

Uno de los ediles de Caracas –cuyo Municipio debería defender en todo momento el mayorazgo que le toca en el orden de la autonomía americana–; uno de los ediles de Caracas, digo, declaró que los problemas que confronta nuestro Concejo capitalino son apenas problemas "pequeñitos". Otro dijo que la sola preocupación –y ya estaba resuelta– la representaba el tránsito, acrecido en razón del anormal y antieconómico desarrollo de la población de Caracas. A fuer de persona distinguida, la dama que representó entre otros a nuestra capital, seguramente al visitar la rosaleda del Parque del Retiro, pensó con nostalgia en su jardín caraqueño. (Con nostalgia de verde se piensa en

Caracas desde el Parque del Retiro. Al comparar la hermosura extraordinaria del gran parque madrileño, se siente dolor por los miles de árboles que el Municipio de Caracas ha dejado destruir, para que se enriquezcan los urbanizadores.) La distinguida dama debió pedir al ilustre Alcalde de Madrid el obsequio de unos cuantos kilos de tierra abonada, para mezclarla con la tierra de su jardín caraqueño. "Así tendré flores, dijo a un periodista, con aroma de España y con aroma de Venezuela".

Esta instrascendente ocurrencia telúrica de la concejala de Caracas, tiene sin embargo, un extraordinario valor simbólico. Ayer España llevó a nuestro Continente su espíritu poderoso, para insertarlo en el alma endeble de los aborígenes que señoreaban sobre la ancha tierra americana. Allá estaba el suelo libre, para cuyo sojuzgamiento la escrupulosa casuística española buscó títulos que legitimasen el nuevo señorío. El propio Papa Alejandro VI tomó cartas en el caso y, como quien parte un queso, dividió entre la Corona de España y la Corona de Portugal las tierras descubiertas. Cuando se miró a mejores luces que el imperio misional del Pontífice no sobrepasaba el reino de las almas, los títulos alejandrinos necesitaron fuerza que los convalidara en el orden del derecho positivo. Teólogos y juristas invocaron entonces argumentos basados en el bien común. *Bonum orbis,* decía el Maestro Vitoria. En razón del bien de la comunidad universal, el gran fraile de San Esteban miró por legítimo en el hombre español el derecho de emigrar y de convivir con los indios americanos, junto con el derecho de intervenir tanto para defensa de los inocentes como para evitar el peligro que representan los pueblos salvajes.

Sobre estos argumentos jurídicos fundamentó España su dominio en las Indias. También, sobre alegatos españoles se afirmó la conciencia rebelde del Nuevo Mundo hispánico. Tan claras fueron las nociones que el pensamiento español formuló acerca del oficio de mandar, que Mariana, enemigo de tiranos, había empezado por establecer que ningún gobernante podía llegar a dignificar la autoridad adquirida por el crimen, cuanto y más si al vicio de origen agregaba el tirano el vicio del régimen. Con mentes tan avispadas para la determinación del Derecho, justo era que el siglo XVIII, cuando las provincias inglesas del Norte realizaron

su independencia, ya estuviese formada en nuestra América una avizora conciencia de libertad y de decoro, que se puso en guardia, en espera de ocasión propicia, al producirse el fenómeno norteamericano y el fenómeno revolucionario de Francia. En el propio espíritu del colonizador español había ido la semilla. Lope de Aguirre, a mediados del siglo XVI, fue en la selva y en el desierto americano una expresión neoplásmica de aquella célula germinal de autonomía.

América, tomando para la expresión de su dignidad humana, el lenguaje arrollador que le enseñaban los majestuosos volcanes y embravecidos ríos, se irguió altiva frente a un sistema inválido, que no se compadecía ya con el crecimiento de su personalidad de pueblo. En los Cabildos halló, entonces, tribuna idónea la voz genérica que, al metal antiguo, agregaba los zumos de terrígeno nutrimento. Tierra y voz eran ya un binomio irreducible. Haciendo suyos los valores de cultura llevados por el colonizador antiguo, América les prestó fisonomía propia y les dio categoría diferencial. Durante el nuevo proceso republicano voz y tierra han padecido vicisitudes diversas. Se ha apagado la voz y se ha modificado la tierra. El pirata antiguo, cambiando la máscara, se adueñó de las riquezas que había discutido a la Corona de España. Era el mismo, pero con otra máscara. *(En el principio era la máscara.* ¡Cómo resumiste, Antonio Machado, en seis palabras, toda la filosofía social del hombre.) Las minas fueron tomadas por los extranjeros, y enormes montes de oro y hierro se han desmenuzado y embarcado rumbo a las potencias dominadoras. La lengua se ha hecho torpe al peso de la grasa de los compromisos petroleros. Sobre los barcos ha viajado al exterior la pura tierra antigua. La tierra que tuvo voz. La tierra sobre la cual cabalgaron hombres semejantes a los volcanes.

La tierra, hoy muda y abandonada, reclama abonos extraños. Quizá no sea más tierra lo que necesite. Tal vez sea honrado sudor y recto espíritu. Quizá espíritu y voz únicamente. La distinguida edil caraqueña no advirtió que planteaba un tema profundo, cuando solicitó tierra abonada para llevarla consigo a Venezuela. La tierra antigua, antes fecunda y generosa, reclama, a juicio suyo, mezcla con otra tierra. Ella la ve pobre de savias para el nutrimento de las plantas. Otros la vemos pobre de jugos para adobar enérgicas conciencias. Tal vez sea carencia de riego.

Posiblemente el agua se utilice para usos contrarios al destino del país. Tal vez los hortelanos y los jardineros no la cultiven con sentido de realidad nacional. Quizá bárbaros pies no dejan brotar la buena simiente. La pródiga simiente tomada del maravilloso tronco ibero, allá plantado por nuestros recios abuelos peninsulares. Semillas de árboles, a cuyo sombra descansaron Viriato y Mío Cid y a cuyo cobijo subió hasta las nubes el sueño de Don Quijote. Semilla de la España eterna e invencible, a la cual hemos de jurar lealtad todos los días. Semilla de enrojecidos bucares y de araguaneyes luminosos, sembrados por Guaicaipuro y Sorocaima. Semilla de extraños árboles llegados con adoloridas expediciones negreras. Semillas fecundísimas, que hacen de nuestra América hispana una variada unidad, cuyo destino es perdurar contra los avatares que la empujan hacia su propia desfiguración. Para realizarse en función integradora y ecuménica, allá conversan aún Bartolomé de las Casas, Pedro Claver y Simón Bolívar. Muchos ni escuchan ni siguen sus voces cargadas de consignas. Mas, no morirán las palabras. Horas vendrán de plenitud y de sosiego. Volverán a piafar los corceles de la libertad antigua sobre la pampa verdecida de esperanza. Hora vendrá en que América ayude a la Madre España a desempolvar sus viejos títulos de dignidad y de decoro cívico.

Madrid, junio de 1955

LA ESPADA DE BOLIVAR

Clausurada en octubre de 1912 la Escuela de Ingeniería anexa a la Universidad Central de Venezuela, ingresé en la antigua Escuela Militar, para escuchar, mientras se reabría el Instituto, las lecciones de Geometría y Algebra que en aquélla dictaba el admirable viejo Ugueto. Geometría y Algebra. Espacio y tiempo del intuicionismo kantiano, a las cuales habría de volver más tarde como estudioso de la Historia, para mejor interpretar el tamaño de los hombres y la fuerza creadora de la tierra que sirve de marco a las acciones humanas.

Mi breve tránsito por La Planicie me proporcionó saludables experiencias. Anudé entoces lazos cordiales con amigos de excepción. A la cabeza de ellos Isaías Medina Angarita, en cuya honrosa compañía volví a la vieja casa militar –ahora en calidad de preso–, cuando el 18 de octubre de 1945 se interrumpió una etapa, hoy recordada como colindante con la nube de los mitos, durante la cual Venezuela vio asegurada la libertad y la paz de las familias.

Marchas forzadas, lucidas paradas, honores especiales al Arca que guarda el acta de la antigua Independencia, ejercicios de guerra, duran en mi memoria como gratos recuerdos de aquel tiempo juvenil. Vida recia y sacrificada hacíamos entonces los cadetes. En ella se abría, como promesa de regocijadas horas, la perspectiva de alguna expedición a los Castillitos, a Petare, a El Valle o a Los Teques. El ajedrez y el billar, únicas diversiones autorizadas, los alternábamos con lecturas comunes en el pequeño salón de lectura, por mí iniciado con Pancho Angarita, Alejandro Fernández, el Catire Lossada y otros compañeros de recuerdo grato. La gran gala para los días de fiestas cívicas, constituía afanoso

empeño por dar brillo a cascos, fusiles y fornituras. De los actos en que tomé parte, jamás he podido olvidar la guardia montada en el viejo salón municipal a la espada de Bolívar.

En 1913 Caracas, y con Caracas Venezuela, celebró el centenario del glorioso final de la Campaña Admirable y el centenario del conferimiento al Brigadier Simón Bolívar del título excelso de Libertador. Sin que se pusiese el resalto la simbólica y oculta coincidencia, la espada del Padre de la Patria fue expuesta en uno de aquellos días, en el salón de sesiones del Concejo de Caracas. Se la llevó ex profeso allí, por cuanto el Municipio es en teoría la voz de la ciudad. El Municipio simbolizaba la continuidad histórica del pueblo que había consagrado a Bolívar como su Libertador. Mas, el viejo Municipio, con sede por 1810 en el actual pabellón de la Cancillería, había venido a parar su aventura de desalojos en la mera capilla de la Universidad de Santa Rosa de Santa María, donde los patricios civiles de 1811 habían proclamado, sobre argumentos de Historia y de Derecho, la independencia de las Provincias Unidas de Venezuela. En aquel recinto augusto se recogió durante los grandes días de la Patria, la voz mesurada, reflexiva, polémica, discreta, cargada de honradez y de espíritu de sacrificio, de los grandes varones que meditaron la República. La espada que dio volumen de realidad a las voces imperiosas de los Próceres, bien lucía en el antiguo salón donde se discutieron las normas del naciente institucionalismo republicano. La espada era concreción en acero de la voz unánime de los Padres de la Patria. En el principio era el Verbo, escribe San Juan. También, en el comienzo de nuestra historia republicana, primero fue la palabra de la reflexión civil que el empuje de la violencia disciplinada de los batallones. La espada estaba destinada a seguir los rumbos que le marcase la voz de los hombres desarmados. La espada no tenía función deliberante en el orden de la República. Su destino era guardar el institucionalismo y defender la integridad de la Nación. Bolívar mismo, en el apogeo civil de su gloria, declaró una verdadera desgracia para la República las deliberaciones del cuartel. Bolívar, guerrero y filósofo, sabía que las bayonetas no sirven para el reparto de la justicia.

La espada expuesta aquel día en el Municipio caraqueño representaba el esfuerzo tenaz del pueblo que acompañó a Bolívar en la obra de

restablecer la primera República de Venezuela. Más que la espada señera de un hombre, compendiaba todas las espadas de los capitanes que habían hecho la Campaña Admirable. Aquella era la espada de la guerra sin cuartel. La espada del dolor y la espada del trabajo. Con ella al cinto llegó Bolívar a Caracas desde la frontera granadina. Con ella, como un refucil de gloria, se batió en Araure y con ella dirigió las acometidas gloriosas de Boyacá y de Carabobo. Aquella espada recia, pesada, sin líneas para el arreo propio de los salones elegantes, era la espada del Bolívar febril de las tribunas y de las montoneras. La espada del Bolívar de autenticidad quijostesca. La espada que dio al hombre Bolívar dimensión de atlante.

Si alguna vez pudo Bolívar llorar de angustia ante el cuadro de las víctimas de la guerra, en el acero de aquella espada debía durar la sal de la lágrima piadosa. De la sangre que con su mano fue violentado a derramar, también debía durar en ella la herrumbre antigua. Pudo aún Bolívar cortar con la filosa espada el pedazo de cecina que saciara el hambre de los héroes sin nombre que formaban la montonera, cuyo empuje hizo posible la realidad de la Patria independiente. (Bolívar jamás se desdeñó de compartir su escasa ración con la tropa que seguía sus pasos victoriosos. Embarazado el aristócrata Bolívar con el obscuro sargento que vertió su sangre por la Independencia de la Patria, son como emblema de nuestra democracia primitiva, torcida y adulterada por quienes confunden el sagrado derecho del pueblo con los gritos del odio por Boves incitado contra las clases superiores que buscaban la independencia del país).

Bolívar estuvo consustanciado con aquella espada. En el día cubríase el puño de sudor copioso. Durante la noche sentía la crispadura de la mano que vigilaba en la apretada sombra. Sin hembra en los apartados campamentos, la espada llenó el vacío del duro lecho, donde el paladín de la libertad echaba a descansar sus huesos fatigados. Era, en realidad, aquella espada parte de Bolívar. Era Bolívar mismo. Había sido el instrumento egregio de su obra en el campo de la realidad dura y riesgosa. La otra espada, la de los luminosos oros y las rutilantes joyas, la llevaba Bolívar en la lengua. "La lengua de las maravillas", por donde se expresaba el milagro de sus ideas extraordinarias. La palabra de

Bolívar era otra espada. Jamás se batió un acero en forma tan perfecta. Jamás mortal alguno tuvo en nuestro mundo americano un don más espontáneo y penetrante de palabra. Parece, en verdad, mentira que se pudiese dictar por los mismos labios la carta en que anunció a Juan Jurado las mil teas que prenderían fuego a la contumaz Bogotá y la carta dulce, tierna, con rumor de colmena, en que delata su cándida pasión por la Gloriosa. "Cuando él hablaba, todos le oíamos embelesados, llenos de asombró", recordaba el General Páez en las veladas de "La Viñeta". Esa lengua de maravilla compartía con su brazo heroico el fluido creador que brotaba de su cabeza de genio. Era una dualidad portentosa de espadas que lograron conjugarse en el hombre Bolívar.

Como arcángel de un terrible Apocalipsis, se podría pintar a Bolívar con una espada de fuego en la boca y una espada de hierro en la diestra. La de Bolívar, más que espada damasquinada, como para ser lucida por presuntuosos y alegres oficiales en trance de saraos y de apoteosis vanas, era recia y dura, con huellas profundas de herrumbre, como la espada del Cid o como la espada de Carlomagno.

Mientras montábale guardia respetuosa, yo lo veía más grande. La miré con ojos y corazón de asombro. Aún no me había inclinado a estudiar los surcos profundos de nuestra dolorosa Historia. Miraba de Bolívar sólo la gloria, que me lo hacía tamaño como un cerro. Contemplaba apenas sus triunfos y le veía nimbado de luz ofuscante. Después, supe cómo Bolívar había sufrido intensamente por razón de su fe en los hombres. Supe que se le había traicionado, porque buscó a todo trance asegurar la independencia. Supe que todo todo lo sacrificó –aún su prestigio de hombre público– por defender la causa de América, amenazada de la voracidad imperialista. Supe que después de haber sido señor de una respetable fortuna heredada de sus padres, murió sin segunda camisa. Con espanto supe, también, que su nombre mismo, que la espada luminosa de su verbo, que sus ideas de dignidad americana, han servido y continúan sirviendo para vestir propósitos contrarios a sus grandes ideas de libertad y de docoro. En cambio, aquel día, lleno de gloria y de alegres recuerdos, yo miraba con asombro y respeto la espada ruda y fuerte que había acompañado a Bolívar en su grandes jornadas libertadoras. Yo la miraba con los ojos amorosos y admirativos del hijo a

quien se muestran por vez primera las prendas heroicas del padre muerto. Yo la miraba y me parecía que no velaba una espada sino a una persona. Sentí que mi rigidez militar rendía honores a un ser vivo. Hasta pensé, con la facilidad fantaseadora de los cortos años, que Bolívar podía venir a recoger su espada abandonada. La espada con que realizó la obra traicionada de la libertad. Claro que esto último lo he reflexionado después, a fruto de la dolorosa experiencia histórica que me llevó a escribir a Augusto Mijares, por 1938, acerca del deber en que estamos de formar un gran frente patriótico que dé libertad al Libertador. Se necesita realmente en América una unidad de acción que actualice la espada ruda, sencilla, pesada que acompañó a Bolívar en su gesta admirable de creador de naciones. Urge en nuestros pueblos, burlados y vendidos, la formación de una fornida conciencia que, haciendo sentir con carácter de comunes los dolores del hombre americano, prepare los instrumentos que aseguren nuestra digna participación en el orden de la cultura universal. La preterida espada de Bolívar puede servirnos de signo fecundo para romper la red diabólica que detiene los pasos de la libertad. Esa espada adirable no pide para su función salvadora un trasfondo donde el tablero de los cañones amedrente a los pueblos. Esa espada pide apenas que cada quien, con humildad y con decoro, tome la lección de su temple inquebrantable y la lección de su obstinado sacrificio. Lo que Bolívar hizo ayer en el orden de América, podemos realizarlo nosotros en el área restricta y poderosa de nuestra conciencia de ciudadanos. Nuestro decoro y nuestro esfuerzo de gente empeñada en hacer una Patria donde otros mantienen una empresa, revivirán la obra ayer cumplida por la espada abandonada de Bolívar...*

Madrid, 24 de julio de 1955

(*) Esta nota fue escrita con motivo de haber ordenado el dictador Pérez Jiménez que los nuevos generales –él entre ellos– usaran una réplica de la espada de ceremonia que a Bolívar obsequió el Perú agradecido. La pasión por el relumbrón, hizo que el ensoberbecido déspota olvidase que la espada de Bolívar no es susceptible, ni material ni moralmente, de réplica alguna. (Nota de 1958).

EL EJEMPLO DEL BRASIL

El ejército se ha apuntado una grande victoria moral en Latinoamérica. Después de una serie desgraciada de golpes, dirigidos a interrumpir la vida cívica de nuestras jóvenes naciones, en el Brasil se ha anticipado un extraño contragolpe, con el fin de evitar el desconocimiento de las elecciones constitucionales que aseguraron la Presidencia de la República al candidato Juscelino Kubitschek. El juego se veía venir desde el propio anuncio de los escrutinios. Para el juicio del caso, no interesa el fondo doctrinario de la futura política del Presidente Kubitschek. Interesa solamente la circunstancia constitucional que lo invistió con el supremo mandato de la nación.

Ocurrida la peripecia encaminada al desconocimiento del resultado electoral, el probo general Enrique Teixeira Lott, con su golpe preventivo, se adelantó a poner las cosas en su justo puesto. En el orden de la institucionalidad brasileña se produjo uno de esos fenómenos de la física moderna que tanta perplejidad han provocado en el área de la lógica: los efectos conocidos con anterioridad a la causa, considerados como posibilidad dentro del campo de la indeterminación que rige el mundo misterioso del átomo. En el Brasil hubo un contragolpe con características legitimistas, por cuanto su fin fue evitar el golpe armado contra el resultado de las elecciones. El general Teixeira Lott desvió la técnica hasta hoy puesta en práctica por los militares en la mayoría de los países latinoamericanos y se mantuvo fiel a la tradición institucionalista del ejército brasileño. Los vicios absurdos invocados contra la legitimidad del proceso electoral, eran gratos al interés privado de algunos jefes militares, y gratos, también, al interés de algunos desvergonzados

agitadores civiles. El decoro de la institución armada inspiró, en cambio, a los jefes que siguieron al general Teixeira Lott en el rápido movimiento con que quedó asegurado el próximo establecimiento de Kubitschek en el solio presidencial de la gran nación sudamericana.

Por naturaleza institucional, las Fuerzas Armadas carecen de función deliberante. Definir cuándo, por excepción, pueden intervenir en el territorio de la política, es algo en extremo delicado y difícil, es tanto como logicizar los factores eventuales que en un momento dado derogan el derecho estricto en beneficio del derecho del necesitado. En terreno realístico, debe admitirse que para las Fuerzas Armadas rigen las mismas normas que caracterizan el derecho de rebelión popular, consagrado por el propio Santo Tomás de Aquino, en su célebre "Regimiento de Príncipes". Si cualquiera puede, según doctrina ya aceptada por Bartolo y por Saluttati, resistir individualmente a quien se apodere injustamente del mando o lo ejerza en contradicción con sus justos fines, con igual razón las Fuerzas Armadas tienen derecho –y aun el deber– de insurgir contra un sistema que quebrante a ojos vista la efectividad del ordenamiento jurídico. Esa insurgencia, en cambio, queda limitada al hecho escueto de la restitución del sistema burlado por los usurpadores o por sus violadores. Gobernar, con apariencia normal, en nombre de las Fuerzas Armadas es la total trasmutación de la juridicidad perseguida como sustentáculo de las instituciones del Estado. La fuerza no es fuente sino apoyo del Derecho. El ejército es solamente brazo que trasmite factidad a los principios de la justicia natural, sobre la cual asientan las Repúblicas. En el camino de hacer efectivo el derecho expresado en función electoral por el pueblo brasileño, el general Texeira Lott se adelantó a hacer abortar una sombría conspiración, dirigida al desconocimiento de la voluntad popular.

La conciencia golpeada de América miró al primer momento con natural desconfianza lo ocurrido en Río de Janeiro. Después del doloroso calvario sufrido por el institucionalismo en nuestro Continente; después de haber visto nuestros pueblos la conducta de los militares, así hayan insurgido so pretexto de enderezar situaciones de anormalidad institucional o de tónica política; después de haber mirado el reino del terror y

del latrocinio asentado sobre la medrosa práctica de los cuarteles deliberantes; después de tantos crímenes contra la legalidad y la justicia, era correcto temer que en el Brasil pudiera ocurrir semejante situación desventajosa. Pero, felizmente para América, los militares brasileños consultaron sus grandes reservas morales y marcaron otro rumbo a su acción interventora. Se cerraron al reclamo interesado de los enemigos de las instituciones civiles y aseguraron la marcha natural de los principios constitucionales. El ejército brasileño ha librado en breves horas una campaña admirable. Los militares del Brasil han dicho a sus colegas de la América Latina que es mayor el mérito de quienes respaldan la voluntad del pueblo que la gloria bastarda de aquellos que gobiernan y se enriquecen a costa del decoro de las leyes y del dolor de los hombres perseguidos. Los jefes y oficiales de la institución armada brasileña han sabido conquistar para sí y para sus cuerpos brillantes laureles de dignidad republicana. A la cabeza de ellos el general Enrique Teixeira Lott exhibe una conducta magistral, que le da derecho a ser considerado por el pueblo como un nuevo Padre de la República. Sobre su ejemplo y sobre el ejemplo de la decorosa oficialidad que lo acompañó a mantener la legitimidad del voto soberano del pueblo, debieran meditar larga y profundamente los jefes y oficiales de los cuerpos armados que sostienen en América regímenes tenebrosos de opresión y desafuero...

Madrid, noviembre de 1955

LA DESOBEDIENCIA COMO DEBER

En su discurso a los funcionarios del Ministerio italiano del Interior, que le visitaron en noviembre pasado, el Romano Pontífice logró una de esas maravillosas arengas que hacen de Pío XII maestro perenne de las gentes. No se limitó a señalar pautas circunstanciales de buena y eficaz administración. Ahondó el Padre Común de los fieles en temas delicados y graves, que miran a la suerte permanente de la sociedad.

Cuando se refirió a las leyes injustas que puedan promulgarse en un Estado, el Pontífice aconsejó la conveniencia de promover su modificación con criterio recto, a fin de evitar por esta vía nacional y pacífica que "opere contra ellas el derecho e incluso el deber de la no obediencia por parte de los ciudadanos".

Clara y paladinamente el Papa ha proclamado el derecho a desobedecer las leyes contrarias al bien común. Ha ido aún más lejos el Pontífice: ha declarado el deber de dicha desobediencia.

Sin embargo, nada nuevo contienen en sí mismas las palabras del Pontífice. Valen extraordinariamente, en cambio, por la autoridad que les transfieren sus labios y por el significado que alcanzan entre gente lerda, que juzga a la Iglesia en alianza con la arbitrariedad. Las palabras que San Pablo dijo para explicar que los primitivos cristianos ninguna actitud hostil tenían contra las autoridades del Imperio Romano –las cuales, por el contrario, ordenaba obedecer como brazo material del orden social– han llegado a ser torcidas y tomadas como permanente consejo de ciega sumisión a cualquier sistema terrenal de gobierno. No

faltaron en los púlpitos de América voces cargadas de rebuscos teológicos, con las cuales se condenó la actitud libertadora de nuestros Padres. La tradición complaciente de aquellos voceros al servicio de los poderosos, no ha desaparecido por completo en nuestros países, pese a la nitidez de la doctrina católica al respecto. Algunos se prestan todavía a retorcer versículos y a estirar sentencias, por donde el pueblo se considera sin derecho a protestar de la audible y visible injusticia.

Pío XII ha querido refrescar ante los funcionarios italianos la sabia doctrina de los Padres antiguos. Autoridad extraordinaria tiene en ella la palabra de Santo Tomás, repetida y divulgada ayer por grandes teólogos como Belarmino, Lainez, Vitoria, Soto, Suárez, Bañes y Mariana, y explicada a la moderna por labios doctos como el dominico fray Santiago Ramírez, quien en su cursillo monográfico sobre la doctrina del Aquinatense, dijo en el "Instituto Social León XIII", de Madrid, que "en el momento en que el gobierno no es ya útil al bien común, sino más bien nocivo, *ipso facto* se convierte en tiranía y despotismo, *aunque al principio se hubiese establecido legítimamente.* (Las bastardillas son mías, B.–I.) En tales circunstancias, el pueblo puede y debe emplear la resistencia pasiva para evitar los efectos del desgobierno; y puede y debe, además, manifestar su descontento y disconformidad por medio de los órganos legítimos de la prensa, de mítines, de huelgas, de manifestaciones y concentraciones y si el mal continúa y hasta si se acentúa más, haciéndose absolutamente intolerable, puede pasar más adelante organizándose para la resistencia activa e incluso para un levantamiento a mano armada, con objeto de desalojarlo del poder".

Estas directrices adquieren un tono solemne cuando se les emite desde el Solio de San Pedro. Miran ellas al reconocimiento del derecho que tienen los pueblos para que se les gobierne por medio de normas y de prácticas que consulten el derecho natural y, en consecuencia, miren al bien común y no a la satisfacción de intereses de grupo o de clases privilegiadas. Según la virtud y en orden a la virtud *(secundum virtutem et ad virtutem),* indicaba Santo Tomás en el tratado *De regno,* con que deben ser gobernados los pueblos. El desgobierno, agrega el P. Ramírez, procede de que "se escala el poder por la fuerza o por la intriga". No gobierna según virtud quien no haya consultado para el ascenso al poder

las normas justas, ni responda con su conducta de magistrado a los deseos libremente expresados por la mayoría dentro del marco de las instituciones públicas. El gobierno, en su finalidad racional, ha de buscar el bienestar de la comunidad, tanto como unidad comprensiva de intereses múltiples, como reunión de personas a quienes individualmente asiste, dentro del plano del orden general, el derecho de moverse en el mundo privativo de sus intereses morales.

Tanto es el valor reconocido a la persona humana en el orden de la teología católica, que aun el mismo acto de fe religiosa reclama la libre adhesión de la voluntad del sujeto. "No está en la naturaleza de la religión, enseñaba Tertuliano, forzar la religión". La doctrina de la Iglesia desenvuelve con delicadeza extraordinaria los sutiles problemas de la libertad, de la gracia y de la religación con la Divinidad, ya vistos por San Pablo en su justa vertiente de dependencia-independencia y tan certeramente comentados por Santo Tomás cuando dice en la *Summa contra Gentes* que Dios causa en nosotros la virtud de querer pero no el que queramos esto o aquello. La ley positiva, como expresión justa de la ley eterna, ha de mirar a la integridad voluntarista de la persona. El orden no es orden por cuanto garantice una tranquilidad material en el área social, sino en tanto dicha tranquilidad tenga un correlato de consentimiento en el ánimo de la comunidad. Lo que separa al orden consentido del orden impuesto es lo mismo que distancia a la paz justa de las repúblicas de la paz injusta de las tiranías. Para llenar de justicia las formas sociales, la doctrina de la Iglesia reconoce a los miembros de la sociedad del derecho y el deber, como dice el Romano Pontífice, de resistir las leyes y las órdenes que violan el derecho natural del hombre. Jamás la Iglesia ha hecho pronunciamiento alguno que pueda tomarse como instrumento que aminore la dignidad humana. La Iglesia administra un tesoro de gracias dirigidas a la perfección del hombre. Cuando la Iglesia habla de orden presupone la justicia. Cuando la Iglesia habla de libertad, mira en ésta la esencia de deber que la hace fecunda y respetable.

"El Estado está al servicio de los ciudadanos", dijo el Pontífice a sus visitantes, y en razón de ello todo debe cooperar a la obra de que sus órganos se mantengan robustos y eficaces para la defensa del justo

ordenamiento social. Las instituciones del Estado han de conservarse en un plano de vigilancia que permita la rápida y firme aplicación de las leyes por las que se garantizan la paz y la felicidad de la comunidad. Organos idóneos tiene para determinar cuándo los ciudadanos levantan la voz para reclamar justicia y cuándo los criminales atentan contra el derecho ajeno. La acción previsora del Estado en cuanto a la justicia suple la carencia de voluntad para cumplir la ley en que puedan mantenerse algunos ciudadanos, a quienes sea necesaria la perspectiva de un castigo para ver la necesidad de cumplirla.

Una vez más, el Sumo Pontífice ha ejercido en bien de los fieles su elevada, señera, acertada función de Maestro de naciones.

Madrid, diciembre de 1955

BARRABAS Y EL DESTINO DEL PUEBLO

A manera de coda, Hans Kelsen reproduce en su magnífico ensayo "Esencia y valor de la democracia", el pasaje evengélico donde se refiere cómo la misma masa de pueblo que el Domingo había ofrecido palmas a Jesús, cuando entró en Jerusalén, pidió su crucifixión el Viernes siguiente, frente al palacio de Pilatos. El paralelo de los hechos arroja a primera vista una conclusión desfavorable para la capacidad electiva del pueblo. El pueblo, se diría, carece de sindéresis y, por consiguiente no sopesa sus determinaciones.

El Maestro de Viena plantea el problema sin entrar a examinar las circunstancias fenoménicas que le dan carácter. Apunta dos hechos que se contradicen, mas no define la razón que explica el porqué de la contradicción. Al bulto, uno frente al otro servirán ambos hechos para robustecer la tesis pesimista de quienes niegan a las masas la capacidad de discernir. Para quien no mire el envés de las cosas, la cita de Kelsen ofrecería el más elocuente ejemplo de la pueril veleidad del pueblo como factor de hechos políticos.

Esta impresión me dejó la lectura hace diez años del ensayo del celebrado creador de la teoría pura del Derecho. Sobre ella ha vuelto algunas veces el recuerdo. De ella he llegado, por otra vía, a una conclusión favorable y optimista acerca de las virtudes del pueblo.

Comete grave yerro quien por lo ocurrido en Jerusalén el Domingo de Palmas y el Viernes Santos avance a motejar de inconseucencia y debilidad al pueblo. El Viernes Santo encierra, por el contrario, una

lección que debieran estudiar los sociólogos negadores de la virtud del pueblo. El pueblo que prefirió a Barrabás sobre Jesús no era, en realidad, el "mismo" pueblo ingenuo y sencillo del Domingo anterior. Entre el pueblo y el Mesías se había interpuesto una fuerza poderosa. Entre Jesús y el pueblo del Viernes Santo mediaban el consejo y la voz de los sacerdotes y de los doctores de la ley. Doctores y sacerdotes representaban una potencia de sugestión y una directriz opresiva, capaz de desviar el claro, noble, espontáneo querer de la masa judía. Lejos de constituir una prueba contra el pueblo, la mutación del Viernes connota a favor del pueblo facilidad para captar y seguir la palabra de quienes ocupan frente a él posiciones directivas.

Cuando se trata de investigar el hecho popular, debiera tenerse muy presente la dolorosa lección que ofrece Marcos. "Los Pontífices concitaron la turba para que más bien les soltase a Barrabás" (XV, 11). Los sacerdotes, validos del poder que les trasmitía su carácter de intérpretes de la ley y de mediadores entre los hombres y la Divinidad, gozaban en aquel momento de fuerza suasoria, capaz de modificar los ingenuos sentimientos de la muchedumbre. La genuina voluntad del pueblo era otra. En aquel momento la desvió la clase dominante, la adulteraron fuerzas extrañas a sus legítimos intereses. Parecía que fuese el mismo pueblo que cantó hosannas al Hijo del Hombre cuando entraba en la ciudad santa; pero, en verdad, era ya otro pueblo. Su voluntad había sido quebrantada. Su conciencia multánime y sencilla soportaba el peso de la tremenda oligarquía sacerdotal y sufría la influencia de quienes buscaban halagar, con la voz de supuestos peligros, al representante del imperio romano. En Jesús culminaba, en realidad, la tradición encabezada por Abraham. Jesús era la "promesa" hecha al pueblo. Pero la oligarquía imperante –sacerdotes, escribas, publicanos y fariseos– desoyó las voces profundas de la nación electa, para ganarse el apoyo del imperialismo. De estas traiciones y estas ventas está llena la Historia. Sobre lo durable, colocan los oligarcas el transitorio interés; sobre lo permanente del espíritu, exaltan la feria momentánea del placer bastardo.

Históricamente se ha acusado al pueblo de haber preferido a Barrabás sobre Jesús. El examen de las circunstancias que rodean al hecho, obliga

a desvestir al pueblo humilde de semejante responsabilidad, para hacerla recaer íntegramente sobre la clase dirigente. Si aquél fue el agente que dio forma a la intención criminal, la responsabilidad compete a quienes ejercían la función ductora del pueblo. El sacerdocio, los escribas, los fariseos fueron los que pidieron la muerte de Jesús. El pueblo fue engañado por quienes tenían el deber de guiarlo y protegerlo. Por quienes, para mantenerse en el poder, mataban la Verdad. Por quienes lo han utilizado siempre como sumiso instrumento de sus crímenes.

Engañado y burlado, el pueblo continúa soportando la carga de la voluntad de los que ejercen el poder y de él se valen para defender intereses que le son contrarios. En Jerusalén, los sacerdotes y los doctores de la ley; a través de la Historia, los grupos oligárquicos que se declaran dueños y señores de los instrumentos que hacen efectiva la autoridad. Alguna vez se han unido sinceramente pueblo y clase directora. Otras, el pueblo ha sabido forzar la barrera opresora y ha sabido resistir, conforme a la lógica severa de Saluttati, a quienes tiranizan por vicio de título y por vicio en el régimen. En nuestra América de 1810 se dio el ejemplo fresco de un pueblo embarazado con su clase dirigente. Antes que Bolívar asumiera la capitanía del pueblo alzado contra el poder real, Caracas había visto a José Félix Ribas mover a las clases bajas y exaltar, al mismo tiempo, a los jóvenes aristócratas para que fuesen a engrosar la voz del pueblo en la Plaza Mayor y para que, luego, caminasen a la gloria de los campos de batalla.

En aquel tiempo heroico el pueblo seguía voluntario y entusiasta a sus bravos generales. Una idea creadora daba tono aglutinante a su intelecto. Se trataba de hacer una Patria. Los guerreros salían de todas partes. Aun del santuario y de la magistratura surgieron los capitanes. Cuando don Ramón Ignacio Méndez tomó con vigor extremo el cayado episcopal, tenía ya la mano adiestrada en el manejo de la lanza con que defendió a la República en el campo del Yagual. Al frente de un grupo de valientes, fue ultimado en Urica el licenciado Miguel José Sanz. Algunos guerreros ostentaban grados adquiridos bajo el sistema militar español; otros se hicieron caudillos en el propio campo de batalla. La guerra era la maestra dura de los capitanes. Antes que alumbrasen los soles y las estrellas, que sobre el hombro de los próceres marcaban la categoría de

los capitanes, aquellos arriesgados varones vieron florecer cálidas rosas de sangre sobre el pecho quemado por el plomo. Para ser jefe precisaba la prueba heroica. Sin bautizo de pólvora y de sangre nadie tenía derecho a levantar la voz en campamentos y en cuarteles.

Durante el reacomodo republicano, el pueblo siguió la voz de sus dirigentes, que empezaban ya a distanciarse de la comunidad de antiguos intereses democráticos. En Venezuela, con los grandes civiles que buscaban fijar normas de conducta al pueblo –José Vargas, Santos Michelena, Tomás Lander, José Tovar Ponte, Juan de Dios Picón, Pedro Gual, Fermín Toro– alternaban, también, los caudillos militares. Hubo un recio esfuerzo para lograr un plano de institucionalismo, en el cual sólo se hiciera sentir la voz deliberante del hombre civil. (Durante el régimen de Páez, el viejo Picón logró la aprobación de la ley que abolió el fuero militar.) Las elecciones –si muchas veces fueron adulteradas por las autoridades– se vieron como el único camino legítimo para dar decoro al poder. Cuando las elecciones quedaron inválidas, el pueblo invirtió el camino de la realidad política y cambió la frágil papeleta de voto por el recio argumento de los fusiles. La chaqueta civil la dejó en casa, y de liquiliqui y peinilla salió a los campos de batalla, para ganar por la fuerza lo que no le era posible ganar por las vías del civismo.

Desde un punto de vista objetivo, el viejo caudillo era un genuino dirigente popular. El camino franco, noble, igualitario del voto fue sustituido por el camino áspero y arbitrario de la contienda armada. Sin pueblo no había caudillo. Sin caudillo el pueblo carecía de rumbo para su acción renovadora. En los primeros tiempos de la República, Venezuela vio obstruida la acción civilista por la apetencia de mando de sus fundadores. Hasta 1863 los caudillos militares eran los propios guerreros de la Independencia –Páez, Urdaneta, Salom, Mariño, los Monagas, Soublette, Heres, Cruz Carrillo–. De la Federación en adelante, otros fueron los dirigentes de la acción guerrera de las masas; mas, estos nuevos jefes habían ganado sus laureles en recia lucha con los propios Padres de la Patria. (Luciano Mendoza venció a Páez. Juan Vicente Gómez derrotó más tarde a Mendoza. En la bastarda categoría de la fuerza, había un orden sucesoral legítimo.)

Los nuevos caudillos venían de una escuela práctica, donde el prestigio corría parejo con la audacia y el valor personal. Sobre este prestigio y no sobre el brillo de vanos uniformes o sobre la calidad de los armamentos o sobre la monta del variado botín, más que tomado al enemigo, sustraído de las arcas públicas, afincaban la fuerza sugestiva que ejercían sobre el pueblo. En un orden realístico, el caudillo llegó a representar una verdadera concreción de voluntad popular. Resumía los poderes mágicos por el propio pueblo engendrados. Ezequiel Zamora, Juan Crisóstomo Falcón, Antonio Guzmán Blanco, José Ignacio Pulido, Martín Vegas, Matías Salazar, Luciano Mendoza, Juan Bautista Araujo, Venancio Pulgar, Jacinto Lara, Aquilino Juárez, Jorge Sutherland, Gregorio Riera, León Colina, Francisco Linares Alcántara, José Antonio Velutini, Joaquín Crespo, Ramón Guerra, José Ruperto Monagas, Pedro Arismendi Brito, Juan Pablo Peñalosa, Nicolás Rolando, José Manuel Hernández, Carlos Rangel Garbiras, Cipriano Castro, Antonio Paredes, Juan Vicente Gómez, Roberto Vargas, Régulo Olivares, Rafael González Pacheco, los Ducharne, Leopoldo Baptista –muchos de ellos con luces de académicas letras– constituyeron una categoría de valores con profundo y justificado arraigo popular. Cuando la pugna de intereses sombríos promovió la decadencia del civilismo, ellos asumieron la representación de la masa. En un sentido schopenhaueriano, eran "voluntad y representación" del mundo popular. Sin juzgarles su grave responsabilidad frente al orden vital de las instituciones, menor en todo caso que la de sus menores civiles, precisa mirarlos fríamente como hombres voluntariosos, que tomaron por la vía arriesgada de la guerra una verdadera posición dirigente en el área de la multitud; la tomaron, mas apoyándose en méritos personales de audacia y en testimonios incontrovertibles de valor personal. El pueblo los apreció y los siguió, por cuanto el arrojo y la capacidad de lucha les daba una dignidad respetable ante sus ojos.

Así se les mire como testimonios de una época decadente en el orden de la responsabilidad republicana, los generales que forman el cuadro de los gobernantes antiguos tuvieron el respaldo de masas entusiastas, que en ellos veían altivos y dignos exponentes de un sistema de fuerza. Para hacerse a la voluntad de las masas, necesitaron exhibirse ante el pueblo como valientes guerreros, como fortunosos conductores de tropas, como

solícitos camaradas del soldado, como hábiles improvisadores de estrategia. Sin escuela táctica, Castro repitió el milagro bolivariano de la "campaña admirable"; sin diploma de estratega, Leopoldo Baptista se apoderó del cerro del Copey, en La Victoria, y definió con la audacia de la sorpresa la derrota de los revolucionarios de Matos.

El destino de la República pedía la sustitución de aquel sistema primitivo y anárquico de fuerza, por un orden que permitiera al pueblo pacífico expresar su voto en traje civil. Nadie negará a Gómez el mérito de haber abolido el caudillismo cantonal, para facilitar, al convertirse en "jefe único", la abolición del caudillismo, tal como ocurrió a su muerte. Fue, en realidad, el último caudillo militar venezolano.

También en aquel proceso hubo doctores que jugaron papel contrario a los intereses del pueblo. Tejían los doctores la túnica amañada que acomodara al orden de la legalidad, el hecho desnudo de la fuerza. Los generales, así fuera mucha su fortuna, se sabían necesitados del referéndum de la población que no había ido a los campos de batalla. Para el caso de que fallase el voto, había doctores expertos en el arte de adulterar actas y de fingir mayorías.

Con frescura, con ingenuidad, con sencilla confianza, el pueblo antiguo siguió a sus conductores aguerridos. Caudillos y doctores dieron a la continua por traicionar al pueblo. Doctores y caudillos fueron la causa de que todavía profesores de turbio juicio insistan en negar al pueblo su virtud electiva. Estos profesores pesimistas debieran releer la Pasión de Cristo, para tomar las dos lecciones –una de Derecho Político, otra de Sociología– que encierran los versículos sagrados. Pilatos, para decidir, buscó el apoyo del pueblo. Se sabía desasistido de autoridad para condenar a Jesús y, en consecuencia, pidió el respaldo de la masa. En aquel momento tremendo de la Historia Universal, el propio poder imperial, representado por Pilatos, sintió la necesidad de consultar al pueblo. En cambio, el pueblo dio su voto engañado por las malas artes de los sacerdotes y de los doctores de la ley. Cuando se le dejó expresar libremente su voluntad, estuvo el Domingo con Jesús. Lo llamó Mesías. Le alfombró con sus capas el camino. Le dio sombra con sus palmas festivas. Era, en realidad, la hora de la libre plenitud. La hora del gozo

excelente. El Viernes, ya frutecido y cosechado el engaño, se le hizo desfilar ante la Víctima gloriosa y se le invitó a escupir sobre el rostro ensangrentado del Salvador. Barrabás ya estaba suelto. Barrabás saboreaba el fruto del crimen cometido por quienes adulteraron la voluntad del pueblo ingenuo...

Madrid, agosto de 1955

LA DECLARACION DE PANAMA
(Anverso y reverso de una conducta)

O! it is excellent
To have a giant's strength; but is tyranous
To use it like a giant.

Shakespeare, *Measure for measure, II, 2.*

...Tres siglos duró la Colonia y tres siglos duró la escena, cuyos personajes recibieron de la propia España los coturnos que les dieron dimensiones de gigantes en el cuadro de la Historia Universal. Cuando los Padres de la independencia defendieron la libertad y la autonomía, no fueron contra España, sino contra una España que se había amañado con el absolutismo, y de la cual difirieron los americanos desde el momento en que los abuelos antiguos olvidaron el camino del regreso a la Madre Patria. Lejos de ir contra España como hontanar de nuestra cultura, la salvaron en su destino novicontinental. Los Padres de la Patria hispanoamericana defendieron el sentido de la España que en estos mares había logrado la democrática fusión de los pueblos indo-afro-hispánicos, condenados, sin remedio, al coloniaje político de ingleses o de angloamericanos, si no hubieran conquistado para ellos los signos de la República. La propia guerra de independencia no fue, pues, sino una batalla ganada por el viejo hispanismo contra las fuerzas extrañas que empujaban el velamen de los antiguos piratas...

Este juicio lo formulé el año 1951, en el ensayo "Sentido del humanismo americano". En realidad, encierra una síntesis tardía, a la que no era posible que llegasen los propios hombres que realizaron la hazaña de

nuestra independencia. Subyacía, apenas, en su conciencia de patriotas y de políticos la certidumbre de que la obra por ellos cumplida tenía para la perdurabilidad un punto de apoyo definitivo en la tradición, en la historia y en la cultura que daban unidad a las dislocadas porciones del vasto imperio español. Esta intuición afloró en la Junta Patriótica de Caracas, apresurada a invitar, en abril de 1810, a los ayuntamientos de la América española, para una acción uniforme que mantuviese en pie los nexos fraguados durante la gestión colonial. Ese sentido de unidad estuvo presente, también, en la obra extraordinaria de Miranda. Si se ahonda en el tiempo, podría decirse que el hito más antiguo en la anfictionía de lo hispanoamericano, fue sembrado en París, el 22 de diciembre de 1797, cuando en el saloncito del número 22 de la rue Saint Honoré, se reunieron los agentes de América que fueron a discutir con el desafortunado visionario los planes para la libertad del mundo de las Indias. Si se cava aún más en el subsuelo histórico, las raíces del diálogo de la América nueva se hallarían en las voces antiguas de los aventureros que a orillas del Guadalquivir o frente al encrespado océano, esperaban en Sevilla o en Cádiz o en Palos de Moguer las naves audaces que los transportaban, para nueva siembra de Historia, al suelo de la América virgen.

Bolívar comprendió el valor unitivo de lo hispanoamericano, con precisión que salta sobre la disyuntiva del discurso bélico. Enfrentado a España y para luchar contra el absolutismo de la Santa Alianza, buscó de fortalecer los viejos nexos que unían a los ya dispersos pueblos hispanoamericanos. El iba contra el gobierno de Fernando VII, mas, con sus actos estaba salvando el porvenir americano de lo hispánico. Como los grandes creadores, obraba movido por fuerzas que él mismo desconocía. Luchaba Bolívar contra una forma de obrar de España, empero salvaba el destino histórico de la cultura que los hombres de España habían creado durante tres siglos en su vasto imperio colombino. El valor profundo de esta obra salvadora de lo hispánico ha costado tiempo y discurso para ser entendido tanto en América como en la Península. Allá, nuestros políticos tiñeron todo el proceso colonizador con los colores sangrientos de la lucha entablada por la discordia entre las formas transitorias del Estado metropolitano, que quería perpetuarse, y las colonias que buscaban categoría de Estado. No atinaban a calar, ni

es posible pedir que lo hubieran hecho, lo permanente de la substancia popular y cultural que se empinó para optar las nuevas formas. Acá, en cambio, duró la nostalgia por las "colonias perdidas", hasta tanto espíritus avispados comprendieron que nuestra independencia había sido la culminación natural de un proceso de crecimiento y de expansión de pueblos cuyo futuro constituiría la máxima honra del solar hispano. Cuando Alfonso XIII declaró a Simón Bolívar gloria extraordinaria de la raza española, expresó un concepto de donde deriva una serie de juicios de valor acerca del verdadero sentido de nuestra independencia. El monarca escuchaba en Bolívar, como escuchaba Unamuno, la vibración perenne y triunfal de una voz enraizada en la garganta poderosa de los abuelos hispanos.

Este concepto dinámico, que ve en el proceso emancipador de la América española un esfuerzo de salvación de la cultura hispánica, lo ha expresado con certeza y oportunidad el excelentísimo señor embajador de España en Washington, don José María de Areilza, en las vísperas de la reciente reunión en Panamá de los jefes de los gobiernos de América. "Nuestra historia, dijo el ilustre diplomático, es, a pesar de las apariencias, una e indivisible, y no puede entenderse la América sin España, ni España sin América".*

Con el fin de juntar a los responsables del poder en el Nuevo Mundo, se escogió recientemente como ocasión favorable el centésimo trigésimo aniversario del Congreso convocado por Bolívar para echar las bases de una federación que robusteciera los vínculos preexistentes entre los pueblos separados del árbol materno y que defendiera las nuevas estructuras de los riesgos de la reconquista. Como ya he dicho, en lo de fuera la acción iba contra las formas políticas de España, mas, la proyección final del esfuerzo bélico apuntaba a la conservación del ser cultural de un grupo de naciones, cuya unidad no aposentaba en los valores aborígenes, sino en el sello uniforme impreso por el español al mestizaje que juntó la sangre peninsular con la sangre del indio, enantes

(*) "Conmemoración del Congreso de Panamá, 1826–1956". Palabras pronunciadas por el embajador de España, don José María de Areilza, en la comida celebrada el día 22 de junio de 1956 en la Embajada de España en Washington.

señor de América, y con la sangre del africano, trasladado como carga de dolor por los inhumanos esclavistas. El mestizaje americano tenía, sobre el sentido de autoctonía creado por el tiempo, las razas y el suelo, un marchamo de donde derivaba su continua dimensión social. Ese marchamo estaba escrito con tinta española, del mismo modo como colores ingleses definían a las comunidades del Norte. Cuando Bolívar buscaba el enlace confederativo de las nuevas repúblicas alzadas sobre los cuadros de los virreinatos, presidencias y capitanías generales que habían integrado la España ultramarina, no hacía sino copiar para el área hispánica del continente americano la realidad político-económica de los Estados Unidos del Norte. Frente a éstos, quiso que hubiera, también, los Estados Unidos del Sur. Desgraciadamente, lejos de unirse, nuestras imprevisoras naciones se empeñan en ahondar fútiles diferencias.

El propósito que movió la convocatoria del Congreso de Panamá se redujo a este cuadro de unidad regional. Empero, en el pensamiento de Bolívar las ideas no tenían carácter rígido. Bolívar no era hombre concentrado en sólo un propósito. El periplo de su pensamiento no respetaba horizonte. Como el Quijote, Bolívar se nutría en la posada de los sueños. Sobre Venezuela miró a Colombia, sobre Colombia vio la Confederación de pueblos hispanoamericanos, sobre ésta vislumbró una anfictionía ecuménica. Tal vez no escalonó el proceso en una forma didáctica, pero ahí están sus cartas y sus discursos para hacer el examen de cada etapa. La superposición de estos procesos federativos, ha permitido, por error o mala fe, que se haya presentado a su Congreso de 1826 como la génesis del panamericanismo creado en 1889 por iniciativa de Washington.

Bastante tinta se ha invertido en probar cómo Bolívar no puede ser tomado de modo específico por patrono del sistema panamericano hoy vigente en nuestro mundo. Desde un punto de vista genérico, Bolívar sí está a la cabeza de los grandes promotores de ligas de pueblos; en cambio, no puede imputársele responsabilidad alguna en la mecánica que enlaza en torno a Washington a los países del Nuevo Mundo. "Por desgracia –escribió Rufino Blanco Fombona– no es la América de Bolívar la que los convoca (a los congresos panamericanos), sino la

América de Washington quien impone su hegemonía. Los pueblos que ayer se mostraron celosos de que la América nuestra obedeciera a un congreso internacional nuestro, son los que primero concurren a ponerse bajo la hegemonía de otra América, adversa a nuestra civilización, a nuestra independencia, al derecho que tenemos de cumplir nuestro destino y contribuir a la civilización universal".

* * *

Sin mirar a la realidad de Bolívar, en el campo de la actual política panamericana se ha tomado de pretexto un nuevo aniversario del Congreso de 1826 para reunir en Panamá, no ya a los meros representantes diplomáticos de los países americanos, sino a los distintos y disímiles gobernantes del Nuevo Mundo.

Antes de realizarse la reunión, se habló de que en ella se produciría una nueva declaración anticomunista, que ampliase la llamada "Declaración de Caracas". "The New York Times" lo dijo así en columna editorial. No era extraño esperarlo, puesto que en nuestros países americanos el anticomunismo ha servido de Cruz para esconder al Diablo. Ante la responsabilidad que representa la defensa abierta del totalitarismo, se ha recurrido al fácil expediente de precaver "el mundo libre" del riesgo comunista. ¿Acaso es libre el mundo que se enmarca en aquellos países de América donde, para usar palabras del diputado antifascista Améndola, apenas tiene libertad el crimen? Justamente en el esquema gráfico que publicó el mentado diario neoyorquino, el 22 de julio último, al catalogar los países latinoamericanos desde el punto de vista de sus sistemas de gobierno, aparecen diez sometidos a regímenes dictatoriales, mientras en otros la democracia sufre "sería inestabilidad". Esta circunstancia lamentable promovió un movimiento de repulsa ante la idea de juntar en torno a una misma mesa a magistrados de la prestancia cívica, digamos por caso, de un Adolfo Ruiz Cortines o de un José María Velasco Ibarra, con engreídos déspotas que manifiestan orgullo en perseguir con saña mortal a los ciudadanos que defienden los derechos del pueblo. Se habló con justeza de que reunir bajo la égida de Bolívar a los opresores de América para tratar del porvenir de la democracia en nuestros países, constituía una burla y un destrozo más del pensamiento

y la memoria del grande hombre. No se veía, en realidad, otra salida para areópago de tan desuniforme conciencia cívica, que el manoseado recurso de hacer una nueva declaración de solidaridad para luchar contra el comunismo. Así lo esperaba la escéptica atención de América.

Urge, es cierto, defender cada vez más a nuestro continente de los peligros del comunismo ateo. Precisa, con mayor y más insistente reclamo, erigir murallas que defiendan el destino de nuestra cultura cristiana. Mas, contra todo lo que digan los pseudo-gonfalonieros del anticomunismo, es necesario recordar lo que don Sturzo escribía cuando buscó destruir la falsa tesis que enfrentaba el flamante fascismo al comunismo como salida de salvación. "El comunismo, decía el gran dirigente cristiano, es un fenómeno de economía atrasada. Allí donde las diferentes clases sociales han adquirido su propia personalidad y donde el Estado contemporáneo es un organismo político acumulador de importantes fuerzas de resistencia, el bolchevismo no puede instalarse".* En nuestra América Latina puede, en cambio, prosperar una forma de comunismo económico, como reacción defensiva de clases que se ven oprimidas por el capital y por la injusticia del Estado; también, en el área superior de la cultura, puede extenderse la filosofía marxista como solución desesperada para una serie de problemas relacionados con el

(*) La ineficacia del ataque policíaco contra el comunismo la puso en evidencia el hecho de existir hoy en Italia el más poderoso Partido Comunista de la Europa Occidental; mientras tanto, en Francia decae su fuerza y en Inglaterra sus empeños se ven contenidos por la eficacia de una amplia política social; de otra parte, así Inglaterra y Francia insistan en sus propósitos colonialistas, jamás se han desviado de la línea de conducta interior que hace de cada inglés y de cada francés un ciudadano defendido por el Estado, mientras en Estados Unidos el comunismo encuentra la oposición de un sistema que se empeña en difundir el capital entre los distintos grupos económicos y al cual sirven grandes empresas, adelantadas a curarse el riesgo constituido por los oligopodios gigantistas, de natural vocación imperialista. Lamentablemente esta orientación alumbrada de justicia social, no empece para que en el campo de fuera, Estados Unidos se conduzca como una versión nueva del viejo sistema que buscó fuerza en las distantes colonias, por donde resulta notoriamente contradictorio su proclamado anticolonialismo, cuando en último análisis el gran país del Norte ha creado un tipo de penetración neocolonialista, que se lava las manos en la ancha, cómoda y gozosa palangana de Pilatos, puesto que, sin aparentemente intervenir en los sistemas políticos, explota a los países menores, de cuyo destino cívico no se preocupa por nada.

menosprecio en que es tenida la dignidad de la criatura humana. Si se viera a buenas luces el problema de la lucha contra el comunismo, debería comenzarse por atacar las fuentes de los hechos citados. De un lado, levantar el nivel económico de las clases atrasadas; del otro, elevar la moral cívica de los pueblos. Democratizar el capital y asegurar la libertad de los ciudadanos.

Hasta hoy, en los países latinoamericanos de signo antidemocrático, la lucha anticomunista ha mirado a sólo los resortes policiacos y a la catalogación arbitraria entre el cuadro de los comunistas, de toda persona que acuse ideas de justicia social y repudie la conducta de los entreguistas de la soberanía nacional. Un juego falaz ha hecho que los movimientos de auténtico nacionalismo hayan sido motejados de comunismo. Por otra parte, al fenómeno de pueblos clamorosos de justicia económica se ha opuesto frecuentemente el rechazo de la fuerza. Las reivindicaciones de los obreros fabriles, mineros o agrarios han sido repelidas por la fuerza o el fusil. Las manifestaciones populares, encaminadas a hacer efectivos los derechos cívicos del hombre latinoamericano, suelen tener por respuesta la cárcel, las bombas lacrimógenas, el destierro y los disparos de la gendarmería. Pese a lo contradictorio del convite, la junta de Panamá ha tenido un resultado que niega el valor de estos procedimientos. Los gobernantes reunidos en el istmo han firmado una extraña declaración, si bien a última hora en parte traslucida mientras se discutía su fórmula en el seno de la Organización de Estados Americanos, apenas hecha pública en su integridad, cuando se la dio por solemnemente aprobada. Quienes teníamos barruntos de la fórmula, escrupulosamente debatida, tanto en las Cancillerías del Nuevo Mundo como en la citada Organización, fuimos, sin embargo, sorprendidos de la amplitud y paradójica altura de sus términos. Al valor de su contenido, de aspecto más normativo que doctrinario, se agregan las palabras en que el Presidente Eisenhower hace suya la plenitud de la doctrina cristiana sobre la dignidad del hombre y en que invita a mancomunar las fuerzas de los pueblos americanos para convertir el átomo, que amenaza de ruina la propia vida de la tierra, en instrumento de paz y de abundancia, abundancia y paz que, en un terreno lógico, son los vínculos mejores para unir el Continente y los mejores instrumentos para prevenirle a cualquier riesgo de agresión forastera.

"Los presidentes de las Repúblicas americanas –reza el texto de la ya célebre declaración–, para conmemorar la Asamblea de ministros plenipotenciarios de los Estados americanos, convocada en el año 1826 por el Libertador Simón Bolívar, la cual marcó la primera manifestación colectiva del panamericanismo, y reconociendo la validez de los ideales que animaron a los precursores de la unidad americana, se hacen solidarios de la siguiente declaración:

1. El destino de toda América es lograr el desarrollo de una civilización que convierta en una realidad efectiva del concepto de la libertad humana; el principio de que el Estado existe para servir y no para dominar al individuo; el deseo de que la humanidad consiga un mayor nivel de evolución espiritual y material, y el postulado de que todos los países pueden vivir en paz y con dignidad.

2. El cumplimiento del destino de América es inseparable del desarrollo económico y social de sus pueblos, y por tal motivo se hace necesaria la intensificación de los esfuerzos nacionales y de la cooperación interamericana, para resolver los problemas económicos y mejorar los niveles de vida en el Continente.

3. El éxito de la Organización de los Estados Americanos, que constituye una garantía de paz entre sus Estados miembros y de seguridad para el Continente, demuestra también hasta qué punto es posible la cooperación leal entre países soberanos en los diversos aspectos de la vida internacional, y nos inspira a reforzar los organismos interamericanos y sus actividades.

4. En un mundo en el que la dignidad del individuo, sus derechos fundamentales y los valores espirituales de la humanidad se hallan gravemente amenazados por las fuerzas totalitarias, ajenas a la tradición de nuestros pueblos y sus instituciones, América mantiene el supremo objetivo de su historia: ser baluarte de la libertad del individuo y de la independencia de las naciones.

5. América, unida, fuerte y generosa, desea no sólo fomentar el bienestar del Continente, sino ayudar a conseguir para el mundo los

beneficios de una paz basada en la justicia y la libertad, que permitirá a todos los pueblos, sin distinción de razas o creencias, trabajar con dignidad y fe en el futuro".

¿Adónde apunta esta singular declaración de amor a la libertad y de respeto a la dignidad humana, que han firmado junto con el Presidente Eisenhower y demás jefes legítimos de gobierno, los tiranos que oprimen a millones de ciudadanos en América Latina? ¿Han firmado éstos la sentencia de muerte de sus propios regímenes o Eisenhower y los otros Presidentes democráticos han suscrito un vergonzoso capítulo más de la comedia enderezada a fingir la defensa de una libertad y de una dignidad desconocidas por sesenta millones de ciudadanos?...

El tiempo hablará con hechos, mejor que los juicios precipitados. No se hizo Roma en un día. Ya este mes de la libertad se cierra con una dictadura menos en América. Así como en el Perú las aguas, ayer encrespadas, han vuelto a su viejo nivel republicano, es justo esperar también que los otros países de América, sometidos a despotismo, recobren la perdida dignidad cívica.*

Solamente cuando se implanten gobiernos populares en todo nuestro Continente tendrá consistencia y dará fruto el diálogo entre la América Latina y la América inglesa. Comprenderán entonces los dirigentes de la gran potencia occidental que nuestro calumniado y burlado nacionalismo no es empeño de repudio del hombre del Norte, sino mera defensa frente a métodos que menosprecian nuestra calidad de depositarios y de agentes de una cultura, cuyos gérmenes fermentaron en Salamanca, en Coimbra y en París. Sabrán, también, nuestros poderosos vecinos que la deseada unidad del Continente americano no puede apoyarse sobre la voluntad de capataces en turno de gobierno, sino sobre la permanente voluntad que legítimamente expresen los pueblos por medio del sistema electoral que hace a las repúblicas. Sabrá, también, Estados Unidos, como primera potencia del grupo de Occidente, que mientras su política

(*) Hoy felizmente el número de países sometidos a dictaduras, es apenas de cinco. (Nota de 1958)

prohíje a los dictadores que niegan la libertad a casi la mitad de las naciones de Latinoamérica, no tendrá autoridad moral para alzar la voz en defensa de los pueblos oprimidos tras la cortina de hierro.

Un examen profundo de su papel decisivo en el conjunto americano, llevaría a los dirigentes estadounidenses a buscar los medios de salvar al pueblo de Washington, de Jefferson, de Lincoln y de Roosevelt, de la responsabilidad de usar en forma tiránica su gigantesco poder económico y su desmesurada autoridad en los cuadros de la política del Nuevo Mundo. Contra ese poder en mala forma impuesto, tendrá permanentemente enfrentada la conciencia de una América que sólo aspira al respeto a que tiene legítimo derecho en el plano ordinario de la dignidad de las naciones. Los tiempos son propicios para abrir posibilidades a estas fecundas rectificaciones. La declaración de Panamá implica un compromiso de grave resonancia en la política de la hora. No es posible mirarla –según pretenden algunos– como mero punto electoral que los dirigentes republicanos agregarían a la plataforma que será ofrecida a la consideración del pueblo americano en los próximos comicios, ya que la devoción a la libertad y a la dignidad republicana ha hecho que organizaciones, personalidades, periódicos y grupos culturales del gran país del Norte, manifiesten su alarma ante el apoyo que el Departamento de Estado ofrece a los tiranos de nuestra burlada y traicionada América. Los días dirán si la declaración de Panamá habrá de medirse por la dimensión del anverso o del reverso de la conducta de los hombres responsables que avalan en nombre de la libertad las promesas estampadas en ella.

Madrid, 31 de julio de 1956

LA SOMBRA DE JEAN VALJEAN

La Cámara Penal de Buenos Aires absolvió recientemente en confirmatoria al indiciado Teobaldo Amer Morales, contra quien corría juicio por el delito de usurpación de la propiedad.

El caso ha armado, como es natural, extraordinario revuelo. Para entenderlo, es preciso saber que en noviembre de 1955 el acusado Amer Morales, padre de una numerosa familia, resolvió escalar los muros de una propiedad municipal y después de forzar desde dentro las puertas que daban acceso ordinario a la vivienda, se instaló en ella con su prole. Hasta aquel momento la familia Amer Morales hacía vida similar a la vida de una piara sin pocilga. Sus condiciones económicas no le permitían atender a las necesidades de techo que urgían a los suyos. No había tropezado el paterfamilias sino con la agresión de una colectividad que le negaba los medios necesarios para atender los requerimientos primarios del hogar. Pero su familia necesitaba techo y era preciso proporcionárselo a cualquier precio. No tenía dinero Amer Morales para pagar el rédito fijado por los duros caseros. Tenía, en cambio, fuerza física suficiente y tenía, también, resistencia orgánica para redimir la pena que pudiera imponerle la justicia de los tribunales ordinarios.

Estaba Amer Morales en las mismas condiciones en que se hallaba el célebre Jean Valjean de *Les Miserables.* Desde 1838 el gran Hugo llevaba en la mente la figura desgarrada del necesitado que tomó un pan

para alimentar a su familia famélica. El poema *Melancholia* pinta el cuadro en que se incuba el extraordinario Valjean.

Un homme s'est fait riche en vendant á faux poids.
La loi le fait juré. L'hiver, dans les temps froids,
Un pauvre a pris un pain pour nourrir sa famille.
Regardez cette salle oú le peuple fourmille;
Le riche y vient juger ce pauvre. Ecoutez bien.
C'est juste, puisque l'un a tout et l'autre rien.
Ce juge, –ce marchand, faché de perdre une heure,
Jette un regard distrait sur cet homme qui pleure,
L'envoie au bagne, et part pour sa maison des champs.
Tous s'en vont en disant: –C'est bien-bons et méchants,
Levant les bras au ciel dans le fond de la salle.

(*Les Contemplations,* liv. III, II.)

Acompañado en su interior de sola la visión de Cristo traicionado, Amer Morales se tomó para sus hijos el techo realengo, como el otro se había tomado el pan tibio y fragante. El juez –rico que había robado a sus clientes– condenó al padre desesperado. Aquello ocurría en una Europa donde la persistente conciencia feudal, que pareció destruida por la Revolución, había terminado por hermanarse con la nueva conciencia burguesa, tan agresiva como la otra. Un señorío con hojas de laurel se veía pareado con un señorío cubierto de dudosos papeles de crédito. El robo audaz de la guerra había sido reemplazado por el robo inteligente y pacífico de los negocios. La herida peligrosa en el campo de batalla, había sido sustituida por la limadura de las piezas de oro en la mesa de los cambistas y aun por la coma de alegre movimiento en la cuenta de los intereses bancarios. Los jueces eran reclutados entre discretos delincuentes vestidos de caballeros. Aún no había sonado la hora del pueblo. Como lo dice Hugo, San Jerónimo tuvo la intuición del valor de la plebe en el orden de la justicia. *Fex urbis, lex orbis.* De la turba de los pueblos se alzará la ley del mundo. Era preciso consultar, no el mero discurso del pueblo, sino las necesidades del pueblo, las lágrimas del pueblo, la sangre del pueblo, el sudor del pueblo, presentes siempre en el subsuelo de las grandes fortunas de los poderosos.

Corridos cien años, el mundo contempla una realidad que lentamente se acerca al pueblo. Jean Valjean ya no se ve obligado siempre a tomar "su" pan por la fuerza en la cerrada tahona. Las leyes se han ido acercando paulatinamente al pueblo y el "malhechor" de ayer es hoy el obrero respetado en el cuadro de su oficio y respaldado por la fuerza de su sindicato. Poco a poco, con esfuerzo sobrehumano, se está haciendo vías la consigna generosa defendida por Jackson cuando, para oponerse a la tesis burguesa que vinculaba la ciudadanía a la calidad de propietario, exclamó: "Propiedad para todos". Hay miserias, dolor y lágrimas en todos los sitios del globo, mientras los poderosos sonríen. Pero frente a esa sonrisa endiablada, levantan la voz y las manos los hombres de la justicia, empeñados en convertir al miserable en un feliz propietario jacksoniano. En Francia, el Abbé Pierre se esfuerza por dar abrigo a los necesitados. En Florencia, el maravilloso Giorgio La Pira ha ordenado que los palacios vacíos de los potentados sean abiertos para recoger a los sintecho. El juez antiguo, que no tuvo enfado alguno en condenar a quien tomó por necesidad un trozo de pan, ha sido sustituido por otro tipo de juez; mientras en los púlpitos sagrados, en las tribunas populares, en las cátedras universitarias se predica contra el rico avaro que inmoviliza a favor suyo la parte que al trabajador común corresponde en el grueso de la riqueza. Una ética de genuinas raíces cristianas está diciendo al poderoso cómo es ajeno aquello que excede a sus necesidades naturales. Una concepción plenaria de la vida está hoy recordando con aguda clarinada a los que se dicen cristianos, cómo no se va a Cristo sino a través del prójimo. En sus conversaciones con el Altísimo, la maravillosa Catalina de Siena supo que los hombres originalmente no fueron dotados con iguales medios porque tuviesen necesidad los unos de los otros y ejercían así la ley de caridad.

En estas nobles, elevadas, generosas ideas se inspiraron los jueces que eximieron de pena a Teobaldo Amer Morales. La apropiación violenta de una habitación realenga es una nueva dimensión de la apropiación del pan de *Les Miserables.* Ambos casos se nutren en la misma vertiente de justicia. Quien no ha podido por los caminos naturales proporcionar techo a sus hijos cae en el ámbito de la necesidad que excluye a la ley, del mismo modo que ayer se la reconoció como causa de exculpación de quien se apropió desesperadamente un trozo de alimento.

El abogado que defendió a Amer Morales probó con elocuentes argumentos cómo la integridad personal es un bien jurídico de mayor dignidad y de más alta categoría valorativa que la propiedad de las cosas, por su naturaleza destinadas al servicio de los hombres. La integridad de la persona humana es profundamente cercenada cuando un sistema social estrecho garantiza a una minoría el uso de los bienes y de los instrumentos requeridos para que otros desarrollen normalmente el curso de la vida. "El pan nuestro de cada día", dijo Cristo que pidiera el hombre al Padre que está en los Cielos. Pan nuestro. Pan mío y pan tuyo, que nos pertenece como al recién nacido pertenece la leche de la madre. Pan al cual nos da derecho la propia vida. Cuando el necesitado pide en nombre de Dios a quien puede darle, no pide nada ajeno, sólo pide el pan "suyo", que las circunstancias sociales han hecho que esté en otras manos. Cuando al hombre no le dan ese pan y ese techo que son "suyos" y el hambre crece y el frío aumenta y los hijos lloran y el trabajo no tiene oportunidad y el auxilio público se hace sordo, ese hombre hambriento y desabrigado se toma ese pan del sitio donde esté y hace suyo el techo baldío que consiga en su camino. Ese hombre está simplemente enmendando con sus manos la injusta justicia de una sociedad que traiciona al amor y a la vida...

Madrid, agosto de 1956

FRANCIA Y LA AMERICA LATINA

Con el mismo título de esta nota publicó "Le Monde", de París, una columna editorial en la oportunidad del viaje del ministro Pineau a Venezuela y Estados Unidos, con el fin de presidir en Caracas la cuarta conferencia de embajadores franceses en la América Latina y de asistir en New York a los debates del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sobre el Canal de Suez.

El editorialista evoca lo que Francia representa como capital cultural para nuestros países latinos de América. Lamentablemente en los últimos años ha decaído un poco el tono de esa influencia, en beneficio de la influencia angloamericana. Si nuestros pueblos deben su ser moral a España, a Francia deben una dirección preciosa. En nuestra propia gesta emancipadora, fue un coadyuvante eficaz la voz del pueblo que pidió libertad, igualdad y fraternidad. Nuestra cultura científica del siglo XIX es obra de Francia. En nuestra literatura se sintió a fines del ochocientos una marcada influencia francesa. Francia fue, en el bien de su saber y en el mal de sus modas, una nueva madrina de América. A la hora presente, muchos hispanoamericanos nos dolemos de que la buena cooperación del pensamiento francés se haga sentir poco entre nosotros. ¿Por qué en lugar del existencialismo sartreniano no se ha hecho camino en nuestro mundo el fino pensamiento religioso representado por Bloy, Peguy, Claudel, Bernanos, Maritain, Mauriac y Marcel? En el campo económico, ¿por qué los inversionistas franceses no buscan oportunidades a su capital en industrias que vayan a aumentar nuestra capacidad defensiva? En el orden de las bellas artes, ¿por qué las grandes corrientes de la plástica y de la música no desalojaban la babélica afluencia del enfermizo abstraccionismo y la avalancha comercial de los ballets sin categoría? Mayor influencia cultural de Francia piden todos nuestros pueblos, pero influencia encuadrada en líneas que vayan a robustecer

nuestra conciencia de pueblos en formación, no influencias disolventes de modistos, de joyeros, de vedettes, de traficantes de blancas y demás basuras que Europa arroja a nuestro mundo codiciado. Queremos que la Francia inmortal vaya con su antorcha a seguir iluminando nuestros caminos.

Los políticos franceses saben del afecto de América por Francia y del ascendiente que ésta goza entre nosotros. Pero, por un camino ilógico (¿cuándo ha habido lógica en los caminos de la política?), el ministro Pineau quiere de nuestros países hispanoamericanos una postura contraria a nuestros intereses históricos y formativos. Para el caso de Argelia y para el debate de Suez, el gobierno francés aspira a contar con el apoyo de nuestras voces en el seno de las Naciones Unidas. Tal cosa puede ocurrir, pero sería absurdo pretender razonarlo. En la presente coyuntura del mundo, el curso de la política obliga moralmente a los países de la América Latina a estar con los pueblos que buscan liberarse de la respectiva dominación metropolitana. Nuestra historia mejor es la historia de nuestra independencia, justamente defendida por los afrancesados como exclusivo fruto de la revolución del 89. El gran pueblo que hizo suyo en Europa el mayorazgo de la dignidad democrática no puede pedirnos que estemos hoy de vuelta en nuestra posición frente al colonialismo. Francia tiene derecho a que la América Latina la haya ayudado con el corazón íntegro en sus luchas contra la Alemania de Guillermo I y contra la Alemania de Hitler y a que América la acompañe ciegamente a luchar por la libertad y la dignidad del hombre, pero Francia no puede aspirar a que nuestros pueblos la acompañen en su aventura imperialista. Después de la briosa lección de libertad que dio a sus hombres de ayer, mal puede la vieja Maestra pedir a sus discípulos del Nuevo Mundo una actitud contraria a sus buenas enseñanzas. Francia debe saber que la posición de nuestros pueblos –así los gobiernos asuman otra– no puede ser sino la de acompañar a los países que buscan libertad y autonomía. Sea mucha así nuestra devoción por la gran nación francesa, el corazón de la América Latina está hoy, como estará siempre, con los pueblos que quieren alcanzar la digna autonomía. Con Francia, en cambio, estaremos permanentemente asidos en la línea de batalla contra la opresión, la intolerancia y el obscurantismo.

Madrid, 1956

APOLOGO DEL RODABALLO
(Lectura para el 2 de diciembre)

Con Domiciano terminó la dinastía de los Césares. Antes de su muerte, una corneja había vaticinado en sonoro griego que todo iría bien para la sufrida Roma. Pese a la indiferencia con que el pueblo recibió la noticia de su fallecimiento, los soldados le quisieron declarar divino. En cambio, los Senadores se aprestaron a dedicarle las peores injurias y a ordenar la condenación de su memoria.

El cruel y sanguinario Emperador perdió la vida en medio del espanto que había hecho presa en su espíritu. Como si presintiese la cercanía del puñal vengador, durante toda la noche que antecedió a la mañana de su muerte, daba gritos estentóreos. Sin embargo, murió en lucha cerrada contra el enemigo. Domiciano era, en realidad, cobarde. En sus comienzos pudo mostrar algunos destellos de virtud, pero originalmente llevaba consigo tremendos complejos enraizados en la pobreza y en el miedo. "La pobreza lo hizo codicioso, y el miedo cruel", escribe Suetonio.

Cuidaba mucho su físico, y durante la juventud hizo esfuerzos por conservar la poblada cabellera. Ya viejo, condenaba a muerte a quien hiciera una alusión a la calvicie que se había apoderado de su hermoso cráneo. Sus ocios, tan largos como suelen ser los ocios de los poderosos, los llenaba jugando a los dados o con suculentos banquetes. Entre las carnes, los pescados constituían su bocado cardenalicio. En el mar

Tirreno, los áulicos hacían perseguir los más ricos y hermosos peces para la mesa imperial. A un caballo de Tracia, Domiciano prefería un pulpo. A seguir un jabalí, él prefería nadar en pos de algún vistoso pez.

Los anales de palacio recogieron una ocurrencia extraordinaria, motivada por la llegada a la Corte de un rodaballo de excepcionales dimensiones. Berchoux, en su delicioso poema "Los placeres de la Mesa", que al castellano tradujo por 1820 don José de Urcullú, refiere la singular aventura del famoso rodaballo.

Un día (escribe), *Domiciano se presenta*
Al Senado, y le dice gravemente:
Sabed que hoy un asunto de importancia
Me trae, Padres conscriptos, al Senado:
No es mi ánimo encargar la vigilancia,
Ni pensar en las cosas del Estado;
Ni mover vuestro celo a la constancia,
Ni que me aconsejéis si voy errado;
Ni cómo gobernar toda la tierra,
Ni tratar de la paz ni de la guerra.

Todos vanos proyectos ciertamente
Que yo tan sólo decidirlos debo,
Y vosotros callar; pero al presente
Voy a ofreceros un asunto nuevo:
Examinadle pues atentamente,
Porque mi estima de este modo os pruebo.
Se trata de un famoso rodaballo;
Deliberad el modo de guisallo.

Dejó al Senado en aprietos el infatuado Emperador. Grave y sin antecedentes era el caso, y para deliberarlo, se tomaron tiempo los Padres conscriptos. Ante la imposibilidad de hallar una vasija apropiada al extraordinario tamaño de la presa, el Senado opinó que se la dividiese. Desechó el Emperador esta insinuación sacrílega, y el Senado, reconsiderando el caso, dispuso que fuese fabricada una olla digna de guisar en

su plena integridad el imperial bocado. Todo anduvo a cabales entre el respetuoso y servicial Senado, que así entendía servir a los nuevos ideales del bien romano, personificado en la divina persona del César. Pero hubo alguien que tuvo empeño de hacer sentir en forma especialísima su devoción al augusto gobernante, carente de par en los anales de la Roma inmortal. No conforme con haber consignado su voto para la construcción de la grande olla imperial, intentó el elogio del rodaballo, cuando se anunció la entrada de éste en el venerable recinto. Faltaron palabras a la lengua latina y sobraron las citas de Aristóteles y de la reciente *Historia Natural* del viejo Plinio. El entusiasta Senador pidió aplausos y loores para la especie feliz de los rodaballos, unida por siempre a la gloria del más grande Emperador romano. Mas, cuando el Senador optimista se producía en tiernos requiebros para el silencioso pez, de fríos y atentos ojos, con cuyos sabores subidísimos crecería el regocijo de Domiciano, no al pez sino a la pared cercana dirigía la acción de sus manos frenéticas, puesto que el infeliz adulador estaba desgraciadamente ciego y era a sus espaldas donde estaban, mientras hablaba, los absortos cocineros que soportaban al pescado objeto de los encumbrados honores.

Los historiadores no han hehco empeño alguno por averiguar si este Senador tomado de la histeria rodabállica, fue quien a la muerte del Emperador inició el debate condenatorio, que concluyó en la ruina de las estatuas del César. Suelen los cuerpos envilecidos esperar a la muerte de los déspotas para declararlos culpables. Suelen, también, gobernantes ingenuos tomar por buenas para su honra las palabras humilladas de los cuerpos públicos y de los hombres privados, que se empeñan en hacerles creer en el goce de virtudes que en realidad no tiene. Esos cuerpos han servido a su tiempo de fácil divertimiento a los gobernantes. Domiciano, con mayor sentido de la burla que Calígula, comprometió al Senado en el homenaje extravagante al famoso rodaballo. El otro, destinó de su arbitrio al Consulado a su caballo *Incitatus.* El rodaballo de Tito Flavio Domiciano constituye un fino apólogo, digno de constante, oportuna, centrada consideración en la mesa de los gobernantes alegres y confiados en su estrella, y fáciles para escuchar la lisonja de los áulicos...

Madrid, 2 de diciembre de 1956

LA LIBERTAD DE LA TIERRA

El "Daily Express", de Londres, ha mostrado en reciente comentario una persistencia efectiva hacia un pecaminoso liberalismo. El liberalismo, como instrumento noble, sirve, también, para dañar finos intereses. No se desdeña el liberalismo inglés de prohijar tesis segregacionistas en los Dominios. A la vez, en las Islas vuelve con una ceguera increíble a defender las deplorables consignas del "laisser faire". El "laisser faire" tuvo un atisbo de legitimidad como oposición a la llamada opresión absolutista del Estado. El "laisser faire" podría sentirse inspirado en el aire de libertad que el gran Ortega y Gasset creyó descubrir en los altivos castillos medievales. Sin embargo, ese liberalismo individualista, que pareciera una estilización filosófica del espíritu agresivo de los viejos castillos, es tan enemigo de la justicia del pueblo como el más opresor de los Estados. El "Daily Express" ha levantado la voz de protesta contra la sentencia que privó de sus tierras en el Condado de Sussex a lady Colin Garbet, en razón de no cultivar su granja de conformidad con las normas de la ley agraria de 1947.

Durante el régimen laborista, el Parlamento británico sancionó un instrumento que mira en la tierra el sentido de la productividad y no el dominio o señorío que sobre ella pueda ejercer quien se diga su propietario. Según la citada ley, la Corona se comprometió a garantizar a los agricultores determinados precios, a condición de que a su vez los agricultores cumpliesen las directivas que fueran trasmitidas por el Comité Ejecutivo Agrícola. La ley fue recibida con extraordinario beneplácito por la población rural de Inglaterra. La ley mira en forma clara y precisa al sentido social de la tierra primero que a un concepto quiritario de la propiedad.

El liberalismo con que la oligarquía, en Inglaterra lo mismo que en Venezuela, disfraza sus ansias de predominio, insiste tercamente en dar falso sentido al *jus abutendi* implícito en la noción clásica de propiedad. Una hermenéutica fácil ha reducido, en cambio, el *jus abutendi* a su precisa dimensión ontológica. El propietario puede consumir *(abutere)* aquellos bienes cuyo goce así lo imponga. No se puede disfrutar de la luz potencialmente contenida en la candela sin que ocurra la destrucción de ésta. No se goza la tarta multisápida que se nos da en propiedad, sin consumir lentamente los bocados deleitosos. En cambio, de la propiedad de la tierra se usa y se disfruta. De la propiedad de la tierra no es preciso ni permitido abusar. A ningún hombre en recta justicia se le autoriza para quemar por placer sus sementeras o para dejar que la maleza cubra las superficies cultivables de que se dice titular. La tierra tiene la finalidad de producir. La tierra tiene la obligación de ser útil a la comunidad humana. La tierra es para que se la trabaje con sentido de producibilidad beneficiosa al conjunto social.

Las leyes agrarias –tan viejas como el hombre– están encaminadas a racionalizar la producción necesaria a la vida de la comunidad. Se las ha visto como atentatorias del derecho de propiedad, por cuanto reducen la posibilidad de que los propietarios se mantengan frente a ellas como señores absolutos, a quienes nada preocupa la suerte de la comunidad. Para esta propiedad absolutista se han buscado raíces filosóficas, políticas y jurídicas, que terminan a la postre por chocar con los intereses primordiales de los pueblos. El hombre puede tener derecho a la propiedad exclusiva de la tierra mientras la utilice de acuerdo con los fines naturales a que está destinada. En el orden agrícola, la tierra tiene la misión fundamental de suministrar nutrimento a las colectividades. Donde hay necesidad de trigo, de remolacha, de patatas, no puede el terrateniente dejar crecer un bosque para formar un coto, adonde anualmente vaya a cazar liebres o venados. Cuando quien se dice dueño de una tierra deja de darle el destino que le señalan las necesidades de la comunidad o la cultiva en forma antieconómica, la administración pública se ve forzada a mediar en el caso y a poner la tierra en manos más hábiles.

En el orden de la justicia, la tierra también tiene sus derechos. Se la miró hasta ayer como instrumento pasivo de la avaricia y de la violencia

humana. También hubo época –lamentablemente con supervivencias en algunas regiones del orbe– en la cual se consideró legítima la propiedad de unos hombres sobre otros hombres. Los hombres han luchado incesantemente por ganar la plenitud de sus derechos. También la tierra ha ido ganando derecho a que se la aproveche de acuerdo con el fin de justicia a que fue destinada. El fin de la tierra es satisfacer las necesidades de nutrimento humano. Secundariamente puede servir su laboreo para enriquecer al cultivador. Mientras se invierta el sentido de la tierra habrá injusticia.

Estas consideraciones no las tuvo en cuenta la señora Garbet. Ella se creyó en realidad una *land-lady* y quiso hacer con su tierra lo que le dio la gana. No se dio cuenta la confiada señora de las luchas feroces que ha venido librando el hombre para abolir los privilegios opuestos al camino de la justicia. Olvidó la señora Garbet que apenas tenía la intendencia de una propiedad destinada a servir a la comunidad de Sussex. Intendentes de los pobres llamó Jesús a los ricos. Lamentablemente el sentido de esa intendencia ha costado mucho hacerlo entender de los recalcitrantes propietarios. A la señora Garbet se lo hizo comprender una orden drástica del Ministro de Agricultura de Su Graciosa Majestad Isabel II. Hace cuatro siglos el caso se hubiera visto como un simple y arbitrario pleito entre señoras. Hoy se trata de clara, precisa, ejecutiva justicia social.

Madrid, 1956

LA REALIDAD DEL PANAMERICANISMO

La idea de una estructura política hispanoamericana se asomó por vez primera al plano de los hechos cuando, al finalizar el siglo XVIII, reuniéronse en París, en el Nº 22 de la rue de Saint Honoré, los delegados de las colonias españolas para tratar sobre los problemas referentes a su independencia. Aquellas memorables pláticas concluyeron con la designación del general Francisco de Miranda –el más universal de los hijos de América– para el alto cargo de "Comandante General en lo militar de las provincias, villas y ciudades del continente hispanoamericano". Cuando se produjo en Venezuela el primer movimiento autonomista del mundo español de las Indias, el Cabildo de Caracas, en 27 de abril del año 1810, dirigió a sus congéneres de América una circular destinada a ponderar la necesidad de que fuera mantenida en toda su fuerza la unión de los pueblos que se habían formado al calor de la colonización hispánica.

La América española, como sistema de unión continental, estuvo presente a toda hora en el pensamiento de Bolívar y demás padres de la libertad hispanoamericana. En la correspondencia del grande hombre y de modo muy singular en la célebre carta de Jamaica, resalta con certera claridad la idea de una América unida por medio de los viejos argumentos que dábanle continuidad nacional: sangre, lengua, religión, costumbres. Aquel continente, sumado al orden de la cultura occidental por obra de los tres siglos de colonización hispánica, fue convocado por Bolívar para reunirse, el año 1826, por medio de plenipotenciarios, en el istmo de Panamá. El Libertador buscaba rehacer, al amparo de los signos de la República, la unidad de las distintas porciones americanas que

habían recibido de España el bautizo civilizador, y quería, bajo la égida de dicha unión, ganar la libertad de Cuba, de Puerto Rico y de Santo Domingo. Por determinación exclusiva del Vicepresidente Santander, se invitó a la asamblea panameña al gobierno de los Estados Unidos del Norte. Fueron los norteños al congreso de los hispanoamericanos, y de inmediato se puso en resalto el propósito obstruccionista que dio al traste con tan hermoso empeño anfictiónico. Frente a frente se situaron las tendencias que dividían al mundo anglosajón del mundo indoibérico. Arriba, los "regatones", como Bolívar llamaba a los norteamericanos; abajo, los desprevenidos ahijados de Alonso Quijano el Bueno.

Pese al choque ocurrido en Panamá el citado año de 1826, se invoca a Bolívar por patrono del panamericanismo, creado como sistema americano en 1889, por invitación de la Cancillería norteamericana, y apartado por completo del propósito de alianza y de defensa de las naciones hispanoamericanas que movió al Libertador y encaminado, en cambio, a dar un perfil técnico a los planes hegemónicos de la gran nación del Norte.

La convocatoria del Secretario de Estado, Blaine, apuntaba a una realidad distinta de la que contempló Bolívar. Jamás cultivó el Libertador el cantonalismo disolvente. Sobre Caracas y Venezuela, colocó la unión colombiana; sobre Colombia pensó en la conjunción del viejo mundo hispanoamericano; sobre estas vigorosas unidades regionales, soñó en una asamblea ecuménica, donde se hiciera fácil discutir la problemática de la justicia que tanto compete a hombres como a pueblos. La unión panamericana, sin la previa estructuración de los bloques de raíz iberoamericana, no representaba un hito sino un salto acrobático, que expuso a los volatineros a caer en la red "protectora" del portador del *big stick,* con ostensible pérdida de los valores nacionalistas de nuestros indefensos países. Con sentido alerta, Castelar en España y Martí en América previnieron, entre otros, el riesgo que representaba aquella peligrosísima sociedad de enanos inhábiles bajo la dirección de un poderoso gigante. Sin embargo, calificados exegetas del pensamiento bolivariano insisten en presentar a la asamblea panameña de 1826 como la vertiente original del sistema panamericano estructurado en 1889, para beneficio de la política hegemónica del Norte.

No sólo se desvían los intérpretes del panamericanismo al uso de Blaine, de la autenticidad de las ideas políticas de Bolívar, sino que hacen a éste cómplice en la entrega de los valores autonómicos de los pueblos americanos de abolengo hispánico. Bolívar, buscando el triunfo de la libertad y de la justicia, quería la unión de todos para hacer válido el derecho de cada parte. En el Norte se pensaba de otra manera. En la inicial política de Washington, pese al revestimiento idealista que le prestó Henry Clay, apuntaba la misma táctica puesta en marcha por Roma después de la derrota de Cartago: mientras los embajadores desunían a los países capaces de presentarle resistencia, los comerciantes y los banqueros se introducían en el campo de la economía de las ciudades cuyo vasallaje interesaba al Imperio.

El monroísmo representó una justa postura anticolonialista del Continente americano frente al imperialismo europeo del primer cuarto del siglo XIX. Cuando en Washington declaróse el año 1823 que los problemas de América competían a América, se enunció un principio que, así fuese correcto como abstracción política, quedó expuesto a la torcedura que le trasmite la erradiza connotación que se ha dado al gentilicio americano como sinónimo de norteamericano. Ese mismo concepto subyace, sin propósito crítico alguno, en la definición que el Diccionario oficial de la Lengua Española da al vocablo panamericanismo, como "tendencia a fomentar las relaciones de todo orden entre los países del hemisferio occidental, *principalmente* entre los Estados Unidos de Norteamérica y los países hispanoamericanos". (Las bastardillas son mías, B.–I.) La "principalidad" anotada por la Academia corresponde de manera precisa al valor ontológico de la idea que ha llegado a consubstanciarse con aquel vocablo. Por medio del llamado sistema internacional panamericano se persigue, en realidad, estrechar vínculos entre Estados Unidos y los países hispanoamericanos, a través de una organización de tipo técnico, que da apariencia de diálogo abierto a la política del Departamento de Estado con las demás porciones del mundo hispanoamericano.

Cuando en la llamada Organización de Estados Americanos (que así se mienta desde la Conferencia de Bogotá de 1948, a la antigua Unión Panamericana, creada en 1889), son debatidos problemas continentales

que escapan al carácter de ayuda técnica o cultural, cada uno de los delegados ha llegado previamente a una situación de compromiso con el Departamento de Estado. La O.E.A. sirve apenas de palco escénico para una obra política ya ensayada por los actores. Podrían anotarse a su favor aparentes éxitos, como la reciente gestión que frenó las intenciones agresivas de Nicaragua a Costa Rica; mas, esta actitud sólo debe juzgarse como diligencia del Departamento de Estado ante las severas críticas que promovió su abierta intervención en el caso de Guatemala, descalificado desde distintos puntos de vista por la opinión de América y de Europa. "En Centroamérica –escribe Julio Icaza Tijerino, en "Revista de Estudios Políticos", de Madrid–, donde los Estados Unidos han demostrado estar dispuestos a intervenir violentamente cuando lo crean oportuno, pudiera ser que triunfara el nacionalismo. Pero toda derrota del nacionalismo será un paso más hacia el comunismo. Ojalá los descendientes de Walker y de Roosevelt comprendan a tiempo esta verdad". Para así concluir, Icaza Tijerino ha comenzado por admitir que la injerencia norteamericana en los pueblos de Centroamérica –y de toda la América, agrego yo–, hace abierto juego a favor del comunismo. Una visión obnubilada niega, en cambio, a los dirigentes norteamericanos la posibilidad de comprender la rectitud de juicio de quienes les previenen al riesgo de su alianza con fuerzas que son la negación de sus históricos compromisos con la libertad y con el decoro de los hombres.

Frente al panamericanismo, el hispanoamericanismo ha pasado a la menguada condición de herejía política. Como valor de unidad, el hispanoamericanismo ha debido ser la primera tendencia que cultivasen los países de origen hispánico, y una vez realizada la unión hispanoamericana –ya de manera total, ya por medio de grupos más afines en razón de la Historia o de la Geografía–, han debido mirar nuestros pueblos a la subsiguiente etapa representada por el iberoamericanismo, como aglutinación de las naciones de origen lingüístico castellano con la gran nación de lengua lusa, que ocupa media Sudamérica y que está unida al grupo hispanoamericano tanto por la comunidad cultural promovida de antiguo en la propia península ibérica, como por la forma paralela en que se integrara el mestizaje que refundió pacífica y cristianamente los elementos europeos, africanos y americanos. Sólo tras este proceso de

unión de lo semejante, debió de ocurrir, como un tercer grado de cooperación, la natural alianza con la poderosa Unión Norteamericana.

No se cumplió dicha línea de aglutinación ascensional de intereses, y, en cambio, las pequeñas alianzas regionales, como el centroamericanismo, el grancolombianismo, el bolivarianismo, el A.B.C., han sido minadas por la sutil diplomacia del Norte. En Panamá se evidenció el año 26 la tendencia divisionista, y mi ilustre y malogrado amigo, el historiador y ex Presidente de Colombia, Carlos Lozano y Lozano, díjome poseer algunos hilos, hasta ahora desconocidos, por los cuales se llega a la prueba de la injerencia de Estados Unidos en la política anárquica que dio al traste con la vieja Colombia. A Estados Unidos molestaba la idea de grupos fuertes al sur del Río Grande. Para la claridad de este hecho, es preciso recordar que el secretario Monroe recomendó en 1812 a los representantes de los patriotas de México y del mundo hispánico de América la conveniencia de adoptar la Constitución de Filadelfia, como base para una poderosa unión del Nuevo contra el Viejo Mundo.

Desde 1823 –año de la declaración de Monroe– hasta 1903 –época de la negociación canalera de Panamá– la política internacional de Estados Unidos había cumplido etapas de extraordinaria agresión hacia los países hispanoamericanos. (Anexión de Oregón, Arizona, California, Texas, Colorado y Nuevo México; invasión de Walker, en Nicaragua; ocupación de Puerto Rico e intervención en Cuba). Si, en realidad, por el tratado de Bulwer-Clayton (1850) había aceptado que Gran Bretaña participase "upon fair and equitable terms", en las posibles empresas canaleras de Nicaragua o de Panamá, en cambio, una vez crecida su potencia con la victoria sobre España y enredada Inglaterra en la guerra del Transvaal, obtuvo la plenitud directiva de la empresa canalera, por medio del tratado Hay-Paucefote, que le dejó manos libres en el control de la navegación interoceánica y le autorizó para asegurarse exclusivamente la empresa panameña, gracias al amañado tratado Bunau Varilla-Hay. Ambos tratados –uno con el viejo imperio británico, otro con la flamante e inexperta República de Panamá–, marcan el inicio de la nueva política que terminaría por asegurar a Estados Unidos el predominio indiscutido del mundo occidental.

Deshilachada, pues, la unidad hispanoamericana, con la concomitancia de la torpe política de nuestros presuntuosos estadistas del siglo pasado, sobre la desarmonía reinante en el Continente de habla hispana se impusieron los planes prácticos de Blaine. La América hispánica desoyó las voces que le venían de la Historia y se dio a buscar novedades que asegurasen a sus caudillos la inmediatez concupiscente del mando. La nueva Roma concedió bulas y apoyo para que los gobernantes locales se sintiesen seguros en sus respectivas parcelas, a trueco de libertad para que el capital estadounidense dominase a la América. Al viejo imperialismo sucedió un nuevo imperialismo de segundo grado, en el cual la marinería que ayer ocupó a Nicaragua, a Santo Domingo y a Haití y que al mando de Pershing ultrajó la altivez venerable de la nación mexicana, ha sido sustituida por una marinería pacífica, de baberos por delante, a quien abren paso los fáciles Efieltes, que entregan los desfiladeros donde debería defenderse la dignidad de nuestra soberanía de naciones, destinadas a guardar los fueros de la alta filosofía que Unamuno señala como misión del Quijote y del hombre español: la de no morir, la de creer, la de crear la verdad.

Ya suena a inútil el sacrificio de los Sandinos y de los Santamarías. La penetración se hace hoy por vías más prontas y las razones de la Casa Blanca son cada vez más contundentes. "El gobierno de El Salvador, en 1919, pidió al de Washington una definición completa del monroísmo, para que las naciones americanas supieran de una vez a qué atenerse, y por toda respuesta se le comunicó un discurso de Wilson que decía: *"Los Estados Unidos han proclamado esta doctrina por su sola autoridad, y la han mantenido y la mantendrán perpetuamente por su sola responsabilidad"*. Lo que en diciembre de 1823 dijo Monroe a Europa como fórmula defensiva del Continente americano, en 1919 lo repetía Washington en tono de amenaza al propio mundo de que ayer se declaró defensor. Buena, justa y natural era aquella defensa, y natural, justa y buena lo sería hoy, también, si los fines fueran al servicio común del mundo americano y no al aprovechamiento de la riqueza y del trabajo del suelo y del hombre de Indoamérica para beneficio de la clase plutocrática del Norte. Laudable la defensa que se hiciera de un sistema cuya finalidad fuese la protección de las instituciones públicas y de la soberanía de los pueblos americanos. Mas, no ha sido ese el móvil del

panamericanismo sistematizado por el Departamento de Estado. En beneficio de los intereses de las grandes empresas, Estados Unidos ha intervenido descaradamente en la política de las naciones americanas. Por vía de ejemplo basta recordar cómo en 1931, el Ministro norteamericano conminó la renuncia de la presidencia de Guatemala al general Manuel Orellana, porque éste no confirmaba nuevas concesiones de tierras a la United Fruit Company; sin que faltase en Venezuela el ejemplo de la violenta intervención del ministro norteamericano en el caso de la multa impuesta a la "New York and Bermúdez Company", financiadora de la revolución levantada contra la política nacionalista del Presidente Castro.

Para dar visos de prestigio en el orden indohispánico al sistema panamericano, se finge el patronazgo de Bolívar y se invocan los altos principios de la hoy amenazada civilización cristiana de Occidente. Recientemente en la ciudad de Panamá, cuna de la frustránea unión defensiva del hispanoamericanismo, se reunieron –unos en austero traje de magistrados, otros con la burda ropa de los dictadores–, los jefes de Estado del Nuevo Mundo y, después de ser invocado mendazmente el recuerdo de la Asamblea de 1826 como presunta e inicial manifestación colectiva de panamericanismo, se dio publicidad solemne a unas declaraciones, que son en esencia un compromiso de grave resonancia para el futuro de la política de Washington frente a las demás Repúblicas de América.

No empece la altitud y el espacio de los principios proclamados en aquel extraño documento, en más de media América prosiguen imperando sistemas políticos que desconocen y ultrajan la dignidad democrática, tenida como esencia filosófica del doctrinarismo americano. El apoyo visible y la complacencia explícita ofrecidos por las altas autoridades políticas de Estados Unidos a dichos sistemas y a sus ejercitantes son, en cambio, el fardo más afrentoso que soporta la política de la Casa Blanca en su ahincado empeño de presentarse como egregio puntal de la cultura de Occidente. Para el Viejo Mundo hablan los estadistas del Norte el limpio lenguaje de la libertad y de la democracia; en la América española conjungan, en cambio, los más turbios verbos para dialogar en la jerga panamericanista que sirve de instrumento a los déspotas.

Sobre realizar tan absurda política, los hombres de Estado del Norte avanzan a defenderla con argumentos especiosos y ridículos. Buenas para sacarme cierto son las recientes palabras de Henry Holland, antiguo jefe del negociado latinoamericano del Departamento de Estado, quien al ser interrogado sobre la política que mueve a Estados Unidos para apoyar a los dictadores de la América Latina, declaró sin enfado: "We must follow a philosophy of *live and let live*. No one of us should try to tell other the kind of governments they should have". Con enunciar en público el principio de no intervención, Estados Unidos cree lavarse la reponsabilidad que le incumbe en el drama de América. Sin embargo, aun aceptando que no hubiese, como en realidad hay, una positiva intervención, "no debe olvidarse nunca, según escribía el editorialista de "The New York Times", el 12 de octubre de 1955, que Estados Unidos es tan poderoso económica y políticamente que todo lo que hagan o dejen de hacer afecta a cada país de América Latina y que en este sentido realizan una forma de intervención".

Pese a la manera despectiva en que se refiere a nuestra América Latina el profesor Philip B. Taylor, Jr., de la Universidad de Michigan, al concluir su trabajo "The Guatemala affair: A critic of United States foreign policy", escribe lo siguiente: "Rather, the entire experience seems to indicate the desirability of a stock-taking regarding United States foreign police *vis a vis* Latin America". Si Estados Unidos siguiera el consejo de Taylor, Jr., y dejase vivir a los demás pueblos del Nuevo Mundo de acuerdo con la legítima determinación histórico-económica de éstos, otro sería el caso de nuestro Continente. Pero el propio Holland calla que todo lo que Estados Unidos hace en América está orientado hacia la finalidad de su provecho imperialista. Holland sabe mejor que nadie cómo son manejados los finos resortes que mueven el mundo de los grandes intereses que han hecho presa en el corazón de nuestros pueblos. En cambio no advierte el fino escritor e internacionalista que las actuales prácticas políticas de Estados Unidos están arruinando su crédito moral y menoscabándole las bases de la elevada rectoría que le compete en el orden del Nuevo Mundo, no enojado, como dice Taylor, Jr., porque Estados Unidos le niegue ayuda económica proporcionada a la que ofrece a Europa y Asia, sino dolido de la manera como aprovecha las dificultades con que la democracia tropieza en nuestras burladas naciones.

Y no sólo grupos que las oligarquías califican de díscolos y revolucionarios, levantan en América la voz ante la injusta línea de la política panamericana. También otros voceros, como "Ya", de Madrid, donde se expresa el más reposado pensamiento católico, escribía en la oportunidad de la última conferencia de los países americanos: "Ni el estaño de Bolivia, ni el cobre de Chile, ni el café del Brasil son pagados al precio proporcional que las grandes potencias industriales han puesto a sus productos. Hay un tipo de agresión económica que no es menos ofensivo y antijurídico que la agresión militar. Derribando las economías nacionales de las repúblicas iberoamericanas se contribuye tanto y más a la expansión del comunismo en ellas de lo que se puede hacer por la directa propaganda de la ideología y las tácticas soviéticas. Así, pues, bien miradas las cosas, el peligro contra la estabilidad política y social de Iberoamérica está tanto en las maquinaciones de Moscú como en las confabulaciones de los grandes monopolios financieros y las grandes *cadenas* industriales".

A ese propósito de burdas influencias corresponde el actual sistema panamericano, en el cual los países menores logran un falso equilibrio a través de una unión que mediatiza Washington. Pregón de dicha política ha sido el columnista Drew Pearson, a quien en cierta ocasión le fue fácil decir que, formando parte algunos países del Caribe del esquema económico estadounidense, bien podrían asociarse con la gran potencia para constituir una manera de Commonwealth. Así lo pensó Monroe en 1812, así lo soñó Blaine en 1889, así lo ejecutó Roosevelt en 1903. Pese a ello, en América existe una conciencia más poderosa –aunque hoy callada–, que tiene fe en la posibilidad de una mejor relación con el gran país que exhibe con orgullo en el friso del Panteón de su gloria, los perfiles de Washington, de Jefferson, de Hamilton, de Lincoln, de Walt Whitmann, de Emerson, de Wilson y de Roosevelt el bueno. A la hora de pedir claridad para nuestros juicios, precisa pedir, también, que nuevas y potentes luces alumbren la mente de los dirigentes de la América inglesa y les deje ver cómo su poder sería más seguro y respetable si descansase sobre el consentimiento y el beneplácito de los pueblos que forman el Nuevo Mundo y no sobre el apoyo irregular que les ofrecen camarillas complacientes y venales, que son la propia negación de la voluntad de las naciones que las sufren. A la claridad de esas luces benévolas

llegarían a comprender los afortunados conductores del extraordinario país del Norte, cómo en honrada lógica no pueden vestirse con hopalandas de justicia soluciones que sólo tienen su explicación en argumentos de mero poder y burda fuerza. Si Estados Unidos en realidad se interesase por la suerte de la civilización occidental, debería pensar que si en Chile hay cobre, en Bolivia estaño, en Venezuela petróleo y hierro, en Cuba azúcar, en Centroamérica bananos, en Colombia y Brasil café, también hay en dichos países, como los hay en México, en Argentina, en Perú, en Ecuador, en Uruguay, en Santo Domingo, en Paraguay, en Haití y en Panamá, seres humanos que luchan por ganar la plenitud de los derechos que les están adscritos como criaturas racionales y que, en última instancia, son ellos quienes constituyen la más rica materia prima para construir el edificio de la libertad y de la justicia en el Nuevo Mundo.

Un pueblo de mentalidad tan pragmática como Estados Unidos está obligado a parear las ecuaciones a que sirven respectivamente de primeros términos las engreídas y mudables oligarquías y las anchas y constantes masas populares. Al examinar el caso a mejores luces, podría comprender cómo su propio decoro internacional le impone la alianza con sistemas representativos y libres, que le eximan del bochorno de ver repetida la justa actitud del pueblo haitiano frente a una sede diplomática, que juzgó en connivencia con el dictador rendido ante la vindicta popular. A la cabeza de una América gozosa de libertad y de dignidad cívica, Estados Unidos sí podría hablar con auténtica responsabilidad de su primado en el mundo del derecho. Entonces el panamericanismo dejaría de ser máscara de inconfesables propósitos, cuando desde Alaska hasta Patagonia ondeen victoriosas las banderas que anuncien la relidad de "una justicia y de una libertad que permita a todos los pueblos, sin distinción de razas y creencias, trabajar con diginidad y fe en el futuro"...

(Escrito para la revista "Esprit", de París)

Madrid, 14 de febrero de 1957

SALUDO A LAS MUJERES DE MI PATRIA

Hasta la soledad de la cámara hospitalaria, donde mi naturaleza lucha esforzadamente contra la enfermedad, me llegan voces confusas con noticias referentes a la sombría política de Venezuela. Primero, el anuncio de la viril actitud del estudiantado frente al absurdo plebiscito, acordado por un congreso que da espaldas, con cínico descaro, a la letra de una carta constitucional, por él mismo elaborada hace cuatro años, y el cual se encamina a dar apariencia de respaldo popular a la espantosa dictadura que azota al país y que hoy busca apoyarse en un extravagante voto concedido a los extranjeros, mientras se arroja del país a ciudadanos responsables de la venezolanidad.

Salieron a la calle los estudiantes y la bárbara policía, al servicio del despotismo, opuso a la voz cívica de la muchachería disparos de fusiles y bombas lacrimógenas. Las cárceles se abrieron para recibir centenares de estudiantes apresados y la tierra se hizo boca piadosa y maternal para abrigar los cadáveres de los jóvenes asesinados por las balas de los gendarmes.

Nada logró de inmediato el gesto noble, altivo, patriótico de los estudiantes fogosos. La maquinaria opresora que sostiene a la dictadura es poderosa para hacer detener el sano impulso del pueblo; mas, como en una tragedia griega, luego aparecieron en las calles trajeadas de negro, las mujeres que pedían por los hijos, por los hermanos, por los novios muertos o apresados. Aquel sombrío coro de Euménides representaba la palabra clamorosa de la justicia quebrantada y era, a la vez, testimonio de que en Venezuela quedan mujeres de varonía.

Podrán haber degenerado los descendientes varones de Joaquina Sánchez, de Luisa Cáceres, de Eulalia Buroz, de Margarita de la Torre, de Ana María Campos, pero, en cambio, quedan mujeres que dan testimonio de la reciedumbre antigua. Quedan mujeres para decir que la fibra altiva, que la voz de protesta, que el clamor de la justicia no se han apagado en Venezuela.

Cuando muchos hombres claudican, las mujeres se alzan para la protesta heroica. No habrá por hoy frutos en el árbol de la libertad y del civismo; mas, la raíz está henchida de rica savia y hora llegará en que la flor abra su encendida corola y la poma cuaje para regalo de los hambrientos de paz y de decoro. En las mujeres bulle ardiente el futuro y se hace más presente que en los hombres el poderoso pasado. Ayudaron a fundar las ciudades que dan nervio a la Patria y engrosaron los cuerpos que defendieron a la vieja Colonia hispánica del hierro y del fuego de los antiguos piratas. Cuando el despotismo de Morillo y de Moxó legalizó los procedimientos de Monteverde y de Boves, doña Josefa Antonia Tovar de Buroz y doña Manuela Aristiguieta de Zárraga fueron condenadas a sufrir públicos azotes en la Plaza Mayor de Caracas, por su constante y activa labor de propaganda republicana.

Sangre de esas mujeres heroicas corre por las venas de estas valientes mujeres venezolanas, que se han echado a la calle pidiendo justicia para un pueblo, traicionado y vendido por la clase de los llamados "mejores".

Mujeres de mi Patria, altivas, alegres, resueltas, que dejáis la mantilla y el clavel para tocaros con el velo sombrío que indica lo profundo del dolor del pueblo; mujeres sin miedo, impetuosas, gráciles y enérgicas, vosotras estáis salvando el decoro histórico de un país que ayer se ufanó de haber engendrado a Simón Bolívar, a José Antonio Páez, a Juan Francisco Bermúdez, a Antonio José de Sucre, a Rafael Urdaneta. Mientras en la escena se escucha el pavoroso silencio de los hombres que debieran rugir para espantar a los déspotas, vosotras, con vuestras lágrimas amargas y vuestros sollozos entrecortados, estáis diciendo que Venezuela está viva y en trance de parto fecundísimo. Vosotras habéis sabido compendiar una vez más el espíritu sacrificado de un pueblo, al

que no rinden el vicio y el hartazgo. Cuando muchos se suman vilmente al carro abigarrado de los aparentes vencedores, vosotras os hacéis eco, en cambio, de la dignidad que sabe mantenerse al margen del reparto de las doradas lentejas, con que se sobornan conciencias obligadas al cívico decoro.

Vosotras, ¡oh, heroicas mujeres! salváis, también, con vuestro gesto digno el concepto erróneo que pudieran formarse de nuestro pueblo quienes contemplan la humillada actitud de las otras mujeres, que hacen frívolo corro al déspota y que miden por su lujo y su apetito burdo el progreso de la Patria.

Yo os saludo desde el duro destierro, ¡oh, nobles mujeres de mi Patria!, como anuncio seguro de un alba redentora.

Génova (Casa di Cura Montallegro), diciembre de 1957

HISTORIAL BIBLIOGRAFICO DE LOS TEXTOS INCLUIDOS EN EL VOLUMEN 15

Apuntes para un retrato de Pedro Emilio Coll. Caracas: Imp. Nacional, 1947. 40 p.

También en: - **Anuario. Instituto de Antropología e Historia.** (Caracas), t. II (1965), pp. 381-395.

- **Cultura Universitaria.** (Caracas), Nº 1 (1947), pp. 9-43.

- **Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua.** (Caracas), Nº 55 (1951), pp. 257-296.

- **Obras Selectas.** Caracas: Edics. Edime, 1954. (1.103 p.) pp 937-969.

- Prólogo a **El paso errante.** Pedro Emilio Coll. Caracas: Ministerio de Educación (Biblioteca Popular Venezolana, 27), 1948. pp. 7-43.

Cartera del proscrito (1952-1958). Caracas: Edit. Las Novedades, 1958. 108 p.

Saldo. Caracas: Edics. Edime, 1956. 183 p.

Virutas (temas dispersos). Caracas: Asociación de Escritores Venezolanos (Col. Cuadernos Literarios, 68), 1951. 99 p.

INDICES DEL VOLUMEN 15

INDICE ONOMASTICO Y TOPONIMICO

ABC [Diario. Madrid]: 253.
Abel [Personaje bíblico]: 253.
Abraham [Personaje bíblico]: 129, 226, 228, 256, 310.
Academia Nacional de la Historia: 5, 9, 14.
Academia Venezolana de la Lengua: 8, 14.
Acción Democrática: 246.
Acosta, Cecilio: 14, 59, 61, 86, 88, 90, 255, 257, 269.
Acrópolis [Grecia]: 287.
Adán [Personaje bíblico]: 136.
Adriano [Emperador]: 42.
Africa: 150, 177, 191, 218.
Agá [Persona de elevado rango social]: 211, 212.
Agustín ou le maitre est lá [de ? Maleguel]: 220.
A la recherche du tempo perdu [de Marcel Proust]: 7.
Alaska: 350.
Alberto Magno [Filósofo y científico alemán]: 133.
La Alborada [Revista. Caracas]: 14.
Alejandro [Personaje de **La Muralla** J. Calvo Sotelo]: 207.
Alejandro [Magno]: 87.
Alejandro VI [Papa]: 55, 291.
Alemania: 73, 133, 332.
Alfinger, [Ambrosio]: 289.
Alfonso V de Aragón: 30.
Alfonso XIII [de España]: 318.
Alma llanera [Joropo de Pedro Elías Gutiérrez]: 283.
Alta Castilla [España]: 185, 187.
Amberes [Bélgica]: 216.
Améndola, [Giovanni]: 321.
América: 47, 51, 55, 59, 62, 63, 64, 66, 69, 71, 82, 89, 115, 150, 181, 182, 183, 191, 192, 193, 217, 218, 231, 232, 233, 234, 245, 249, 250, 253, 254, 270, 271, 272, 274, 276, 277, 280, 282, 289, 290, 291, 292, 293, 299, 301, 302, 303, 318, 319, 320, 321, 322, 324, 325, 326, 331, 332, 341, 342, 343, 345, 346, 347, 348, 349, 350.
Amsterdam [Holanda]: 225, 226.
The anatomy of melancholy de Robert Burton: 34.
Angarita, Pancho: 295.
Antígona [de Esquilo]: 87.
Antiguo Testamento: 129.
"El anti-Rousseau" de Pedro Emilio Coll: 14.
Anzoátegui (Estado): 8.

Años de aprendizaje de Simón Bolívar de Pedro Emilio Coll: 14.
Aquiles [Personaje de **La Ilíada**]: 91.
Aquitanense. Véase: Aquino, Santo Tomás de.
Araquistáin, Luis de: 114.
Araujo, Juan Bautista: 313.
Arcángel, Gabriel: 171.
Arcaya, Pedro Manuel: 192.
Areilza, José María: 319.
Arévalo [España]: 146.
Arévalo González, Rafael: 256, 260, 261, 262.
Argelia: 332.
Argentina: 250, 282, 350.
Arismendi Brito, Pedro: 313.
Aristiguieta, Jesús María: 85.
Aristiguieta de Zárraga, Manuela: 352.
Aristófanes: 21.
Aristóteles: 21.
Ariza, [Juan]: 80.
Arizona [EE.UU.]: 345.
Asia: 48, 49, 150, 191, 218, 287.
Asia Menor: 211, 217.
Asís [Italia]: 145, 146, 149, 150.
Asociación de Escritores Venezolanos: 37.
Atenas: 87, 285.
Ateneo de Madrid: 32.
Augusto: 48, 49, 87.
Astria, Luis de [Seud. de MBI]: 107.
Aveledo [Tovar, Agustín]: 262.
Azul [de Rubén Darío]: 18.

Baccaros, Los: 103.
Bacci, [?] Mons.: 190.
Badajoz [España]: 206.
Bakunin, [Mikhail]: 21.
Balmes, [Jaime Luciano]: 17.
Bandung [Indonesia]: 179.
Báñez, Domingo: 306.
Baptista, Eusebio: 255.
Baptista, Leopoldo: 313, 314.
Baptista, Trino: 93.
Baralt, Rafael María: 14, 86, 88.
Barcelona: 72, 265.
Barlovento [Merengue venezolano]: 283.
Barrés, Maurice: 19.
Bartolo de Sossoferrato [Jurista italiano]: 302.
Brasilea: 279.
Batalla de Ayacucho: 234.
Batalla de Carabobo: 271, 272, 273, 275, 276, 297.
Baudelaire, [Charles]: 79, 80.
Beatriz: 50.
Becquer, [Gustavo Adolfo]: 73, 82.
Belarmino, [San Roberto]: 306.
Belén: 138, 140.
Bello, Andrés: 14, 24, 43, 45, 47, **59-64**, 66, 67, 68, 69, 86, 234, 249, 250, 251, 255, 262, 269.
Berchoux, [?]: 334.
Berenguer, [Luis]: 73.
Bergen Belsen [Campo de concentración]: 225.
Bermúdez, Juan Francisco: 28, 352.
Bermúdez, El loco: 246.
Bermúdez Avila, [José María]: 28.
Bernanos, Georges: 174, 331.
Bernardone, Pedro de: 147.
Betania [Judea]: 171, 173.
"Biblioteca Americana": 62.
"Biblioteca Andrés Bello": 13.
"Biblioteca Venezolana de Cultura Popular": 5.
Blaine, [James Gillespie]: 342, 343, 346, 349.
Blanco Fombona, Rufino: 14, 114, 115, 192, 320.

Bloy, León: 106, 331.
Bocca, Paco: 245.
Bogotá: 74, 123, 191, 239, 298.
Bolívar, Simón: 14, 61, 62, 115, 132, 234, 257, 258, 262, 269, 270, **271–276**, 285, 293, 296, 298, 299, 311, 318, 319, 320, 321, 324, 341, 343, 347, 352.
Bolivia: 349, 350.
Borges Delgado de Coll, Paulita: 5, 8.
Bosch, Jerónimo: 267.
Bouchot, M.: 42, 44.
Bourget, [Paul]: 10, 18.
Boves, José Tomás: 88, 132, 297, 352.
Boyacá: 297.
Brant, Sebastián: 267.
Brasil: 301, 303, 349, 350.
Bravo, Juan: 186.
Briceño Iragorry, Mario: 14.
Briceño Valero, Jesús: 99.
Brillat-Savarín, [Jean Anthelme]: 174.
Brindisi [Italia]: 48.
Brischou, [?]: 161.
Bruto: 189.
Bucólicas de Virgilio: 44, 47.
Buenos Aires: 108, 271, 327.
Buonorroti, Miguel Angel: 20, 203.
Burgos, Javier de: 48.
Burke, Guillermo: 92.
Buroz, Eulalia: 352.
Burton, Robert: 34.

Cabrera Malo Rafael: 18.
Cáceres [de Arismendi], Luisa: 352.
Cádiz: 318.
Café de Pombo [Madrid]: 32.
Caifás [Personaje bíblico]: 142, 212, 225, 227, 229.
Caín [Personaje bíblico]: 127, 128, 129, 131, 133, 135, 136.
Cajigal [Juan Manuel]: 261.
Calcaño, Julio: 14.
Calcuta [India]: 191.
California [EE.UU.]: 345.
Calígula: 157, 158, 159, 335.
Calvino, Juan: 152.
Calvo Sotelo, Joaquín: 205, 206, 207, 208, 209.
Camoens, [Luis de]: 64.
Camogli, Bahía de [Italia]: 141.
Campbell, Patricio: 246.
Campos, Ana María: 352.
Camus, Albert: 240.
El Capitolio [Caracas]: 285.
Capri [Italia]: 287.
Caracas: 8, 10, 12, 14, 27, 29, 31, 34, 37, 39, 60, 61, 68, 100, 114, 123, 164, 177, 190, 241, 245, 250, 251, 253, 254, 255, 257, 258, 259, 260, 267, 268, 269, 270, 274, 285, 290, 291, 296, 297, 311, 331, 342.
Caracas, Juan de [Seud. de Pedro Emilio Coll]: 14.
Cara de Gallina [? Apodo]: 246.
Caravaggio, [Michelangelo]: 142, 149, 219, 220, 221, 222.
Carbonell, Diego: 82.
Cárcel Modelo [Caracas]: 242.
Las Cariátides: 287.
Carlomagno: 55, 298.
Carlos I: 185.
Carlos V [de España]: 132.
Carnelutti, [?]: 278–279.
Caro, Miguel Antonio: 43, 44, 45, 46, 47, 50.
Carondelet Street [New Orleans]: 103.
Carranza, Eduardo: 290.
Carrillo, Cruz: 312.
Cartagena de Indias: 179.
Cartago: 343.

Carujo, [Pedro]: 132.
Casa di Cura Montallegro: 353.
Casares, Julio: 233.
Casas, Bartolomé de las: 56, 293.
Castelar, [Emilio]: 342.
Castelio, [Sebastián]: 152.
Castilla (la vieja): 234.
El Castillo de Elsinor de Pedro Emilio Coll: 7, 8, 11, 13, 22.
Castillo de los Enríquez [España]: 186.
Castillo de Puerto Cabello: 259.
Castillo Méndez, [?]: 246.
Castro, Cipriano: 191, 246, 259, 313, 314, 347.
Catedral de Avila [España]: 182.
Catedral de Cuenca [España]: 182.
*Catedral de Salamanca [España]:*182.
Catedral de San Lorenzo [España]: 141.
Catedral de San Pedro [Ginebra]: 152, 155.
Catedral de San Rufino [Asís]: 146, 148.
Catedral de Valencia [España]: 182.
Catedral de Vaud [Ginebra]: 185.
La Catira de Camilo José Cela: 232.
Cela, Camilo José: 232.
Celano, Tomaso de: 149.
Centenario de Virgilio de Miguel Antonio Caro: 50.
Centroamérica: 344, 350.
Cerro del Copey [Estado Aragua]: 314.
César: 132, 247.
Chesteron, [Gilbert Keith]: 147, 204, 217.
Chicago [EE.UU.]: 199.
Chile: 24, 64, 65, 68, 69, 103, 249, 250, 251, 271, 282, 349, 350.
Chocano, [José Santos]: 71, 82.
Churchill, [Winston]: 127.
Churión, Luis: 18.
Cicerón, [Marco Tulio]: 43, 132, 286, 287.
Cimabue, [Cenni del Pepi]: 149.
Cipango. Véase: *Japón.*
Círculo de Bellas Artes [Caracas]: 245.
Ciudad del Tíber: Véase: *Roma.*
Ciudad Universitaria de Caracas: 287.
Claudel, [Paul]: 331.
Clay, Henry: 343.
Coimbra [Portugal]: 325.
Colegio Federal de Trujillo: 5, 7.
Colegio de la Paz [Trujillo]: 17.
Colina, León: 313.
La Cólquida (Lugar mitológico): 263.
Coll Otero, Pedro: 8.
Coll, Pedro Emilio: 5, 6, 7, 10, 13, 14, 16-36, 99-101, 114.
Colombia: 114, 282, 290, 342, 345, 350, 352.
Colombia [La Gran Colombia]: 64, 86.
Colón, [Cristóbal]: 55.
Colorado [EE.UU.]: 345.
Concilio de Letrán: 186.
Concilio de Trento: 53.
Condado de Sussex [Inglaterra]: 337, 339.
Confederación Helvética. Véase: *Suiza.*
Confidencias de Psiquis de Manuel Díaz Rodríguez: 14, 21.
Congreso de Panamá: 320.
Constantino: 51.
Conticinio [Vals de Laudelino Mejías]: 283.
Contributi ad una nuova teoria

pura del diritto de Alessandro Giulani: 167.
Convento de la Merced [Caracas]: 60.
Convento de San Esteban [España]: 53, 55, 57.
Convento Dominicano de San Pablo de Burgos [España]: 54.
Copérnico, [Nicolás]: 133, 138.
Corea: 113.
Corinto: 222.
Coro: 289.
Correa, Luis: 86.
Corriere de la Sera [Diario. Roma]: 196.
Corser, [George]: 250.
Corte de Londres: 61.
Cortés de Madariaga, José: 272.
Cortina Aravana, [?]: 74.
Cortona, Elías de: 110.
Corzao, Gustavo: 213.
Cosmópolis [Revista. Caracas]: 8, 10, 14, 18, 31, 114.
Costa Rica: 153, 282, 344.
Cremona [Italia]: 43.
Crespo, Joaquín: 191, 246, 313.
Cristo: 24, 124, 130, 131, 132, 136, 137, 157, 162, 171, 172, 187, 207, 209, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 221, 222, 223, 226, 227, 228, 309, 310, 311, 314, 329, 339.
Cristo de nuevo crucificado novela de Niko Kazantzakis: 211.
Cristo presentado al pueblo pintura de Quintin Metoya: 216.
Croce, Benedetto: 285.
Crockart, Pedro: 54.
Cromos [Revista. Bogotá]: 74.
Cruz Roja Internacional: 196.
Cuadernos de la Asociación de Escritores Venezolanos: 39.
Cuba: 245, 342, 345, 350.
Cultura Venezolana [Revista. Caracas]: 14.
Cumea [?]: 49.

Dabello, John: 103, 104, 106.
Daily Express [Diario. Londres]: 337.
Damasco: 219, 220, 221.
Danielou, Jean: 175.
D'Annunzio, Gabriel: 76, 190.
Dante Allighieri: 41, 42, 50, 64, 149, 197.
D'Argenville, [?]: 219.
Darío, Rubén: 10, 18, 71, 82.
Darwin, [Charles]: 178.
David [Personaje bíblico]: 119, 226, 227.
Da Vinci, Leonardo: 20, 203.
"Decadentismo y americanismo" de Pedro Emilio Coll: 13.
Delpino y Lamas, [Francisco Antonio]: 246.
Demócrito: 132.
Demócrito de Lindely: 34.
De Regno de Santo Tomás de Aquino: 306.
De silentii obligatione de Francisco de Vitoria: 54.
De sobremesa de José Asunción Silva: 74, 75, 78, 80.
La Delpinada: 15.
Del Vecchio, [Giorgio]: 278.
Descartes, [René]: 133.
Diálogos filosóficos de Platón: 11.
Diario de Anne Frank: 225.
Díaz Canedo, [Enrique]: 19.
Díaz Rodríguez, Manuel: 14, 15, 18, 21, 22, 114.
Díaz Sánchez, Ramón: 41.
"Didácticas" de Pedro Emilio Coll: 14.
Diez Madroñero, Antonio: 270.
Dimas [Personaje bíblico]: 142.

"Las divinas personas" [cuento] de Pedro Emilio Coll: 287.
Domiciano, Tito Flavio: 333, 334, 335.
Domínguez, Rafael: 192.
Dominici, Pedro César: 8, 10, 18.
Don Fulgencio: 107, 111.
Don Javier [Personaje de J. Calvo Sotelo]: 207.
Don Quijote: 10, 105, 206, 293.
Doña Bárbara [de Rómulo Gallegos]: 232.
Dos años y medio de inquietud [de Rufino Blanco Fombona]: 14.
Las dos carátulas de [Paul] Saint Victor: 47.
Ducharne, Los: 313.
Duque de Rocasnegras [apodo de Vito Modesto Franklin]: 190, 246.

Ecuador: 282, 350.
Editorial Suramérica: 14.
Efieltes: 346.
Egipto: 285.
Eglogas de Virgilio: 43, 44, 45, 49.
Eisenhower, [Dwight]: 132, 133, 138.
Einstein, [Albert]: 132, 133, 138.
El Anauco: 69.
El Araucano [Diario. Santiago de Chile]: 65.
El Avila [Montaña]: 69.
El Avila [Hotel. Caracas]: 265.
El Cojo Ilustrado [Revista. Caracas]: 11, 14, 19, 114.
"El Colibrí" de Pedro Emilio Coll: 10, 15.
"El Curvo" [poema] de Edgar Allan Poe: 81.
"El diente roto" [cuento] de Pedro Emilio Coll: 12, 13, 14, 15, 19.
Elías [Personaje bíblico]: 226.
El Pregonero [Diario. Caracas]: 27.
El Tomillar [España]: 206, 207.
El Universal [Diario. Caracas]: 254.
El Valle [Caracas]: 295.
El Yagual [Venezuela]: 311.
Emáus [Lugar bíblico]: 172, 195.
Embajada de Brasil en Caracas: 241.
Emerson, [Ralph Waldo]: 260, 349.
Endrina [Vals venezolano]: 283.
Eneas: 47, 49, 51.
En el cincuentenario de Cosmópolis comp. de Pedro Grases: 10.
Ensayos de sociología contemporánea de Paul Bourget: 10, 18.
Ensayos sobre Ramón Campos de Pedro Emilio Coll: 13.
Epicteto: 251.
Epidio: 43.
Erasmo [de Rotterdam]: 56, 132, 247.
Erecteón: 287.
Ernst, [Adolfo]: 92, 93.
La escondida senda de Pedro Emilio Coll: 7, 8, 14.
España: 31, 44, 45, 54, 55, 114, 125, 146, 181, 185, 207, 233, 234, 245, 250, 270, 277, 289, 292, 293, 317, 318, 319, 331, 342, 345.
España, José María: 270.
Esprit (Revista. París): 350.
Espronceda, [José de]: 73.
Esquilo: 21, 87, 287.
El estuche de nácar de Anatole France: 18.
Eurípides: 189.

Europa Central: 189.
Eusebio: 43.
Examen de conciencia de Pedro Emilio Coll: 21.

Fabbri, Diego: 225, 226, 228, 229.
Falcón, Juan Crisóstomo: 313.
Fausto: 17.
Felipe [II de España]: 153.
Femario, Juan: 54.
Fernando VII [de España]: 189, 234, 318.
Fernández, Alejandro: 295.
Fernández, José: 74.
Filatov, [Vladimir P.]: 201.
Filipinas: 192.
Florencia: 161, 163, 175, 195, 197, 199, 329.
Las flores del mal de Charles Baudelaire: 80.
Florey, [Howard]: 201.
Fort Hare [Sudáfrica]: 178.
Fotis, Pope: 217, 218.
France, [Anatole]: 18, 100.
Francia: 8, 31, 73, 125, 185, 245, 292, 322, 329, 331, 332.
Frank, Anne: 225, 229.
Frank, Los: 225, 226, 227.
Frank, Margot: 225.
Freud, [Sigmund]: 128.

Gabaldón Márquez, Joaquín: 238.
Galería Borghese [Roma]: 222.
Galería Odescalchi- Balbi [Roma]: 219.
Galileo, [Galilei]: 138.
Gallati, [? Escultor]: 141.
Gallegos, Rómulo: 232.
Ganímedes: 211.
Garbet, Colin: 337, 339.
García Chuecos, Héctor: 192.
Gato negro de la villa [Café. Madrid]: 32.
Génova: 143, 159, 193, 240, 353.
George, Stefan: 142.
Geórgicas de Virgilio: 42, 45, 46, 47.
Gestapo: 225.
Ghandi, Mahatma: 89.
Ginebra: 152-6, 174, 197, 200, 270.
Giotto, [Angelo]: 148.
Giuliani, Alessandro: 167, 168.
Gloria al bravo pueblo [Himno Nacional de Venezuela]: 283.
Goa [India]: 196.
Goethe, Johan Wolfgan: 73.
Gólgota [lugar bíblico]: 22, 130.
Gómez de la Serna, [Ramón]: 19.
Gómez, Juan Vicente: 191, 247, 255, 259, 312, 313, 314.
González, Eloy Guillermo: 18, 114.
González, Juan Vicente: 14, 20, 22, 24, 41, 42, 64, 85, 88, 255, 269.
González González, José: 246.
González Pacheco, Rafael: 313.
Gramática castellana de Andrés Bello: 67.
Gran Bretaña. Véase: *Inglaterra.*
[Gran] Colombia: 233, 249, 271, 275, 320.
Grasset, Joseph: 83.
Grecia: 47, 233, 286, 287, 289.
Green, Graham: 212, 218.
Green, Julien: 218.
Gregoris, Pope: 217.
Grones, Henri: 198.
Grotio, Hugo: 55.
Guadalquivir [Río. España]: 318.
Gualcaipuro [Cacique]: 293.
Gual, Pedro: 68, 312.
Guanare [Estado Portuguesa]: 241.

Guatemala: 344, 347.
The Guatemala affair: a critic of United States foreign policy de Philip B. Taylor: 348.
Guayaquil: 123, 239.
Guerra, Ramón: 313.
Guerrero de Troconis, Pepita: 242.
Guillermo I [de Alemania]: 332.
Gutiérrez Coll, Jacinto: 8.
Guzmán, Antonio Leocadio: 191.
Guzmán Blanco, [Antonio]: 88, 92, 246, 261, 285, 313.

Haecker, [Theodore]: 123, 192.
Haití: 346.
Hamburgo: 203.
Hamilton, [Alexander]: 349.
Hamlet: 8, 17, 20, 21, 33, 34.
Harmodio: 47.
Hegel, [Federico]: 74.
Heidegger, [Martín]: 167, 183, 203.
Helena: 76.
Helsinki [Finlandia]: 196.
Henk [Personaje del **Diario** de Anne Frank]: 227.
Heres, [Tomás de]: 312.
Hernández, [Domingo Ramón]: 28.
Hernández, José Gregorio: 93.
Hernández, José Manuel: 313.
Herodes: 138, 139, 142, 212.
Hesíodo: 47.
Hidalgo, [Miguel]: 234.
Hispanoamérica: 67, 177.
Histoire de la tolerance de ? Lecler: 130.
Historia de la literatura antigua de M. Borchot: 42.
Historia del Renacimiento de ? Seiger: 50.
"Historia del teatro" de Pedro Emilio Coll: 8.
Historia Natural de Plinio: 335.
Hitler, [Adolfo]: 225, 227, 332.
Hobbes, [Thomas]: 168.
"Hojas de un diario" de Pedro Emilio Coll: 8.
Holland, Henry: 348.
Homero: 47, 64.
Horacio: 46, 47, 286.
Hoy Sábado [Revista. Caracas]: 13.
Hugo, [Víctor]: 30, 79, 327, 328.
Humanidades [Revista. La Plata, Argentina]: 74.
Huss, [Juan]: 152.
Hussein, [? Profesor egipcio]: 195, 196, 197.

Ibarra Silva, Jesús: 27, 28.
Icaza Tijerino, Julio: 344.
Iglesia de la Concepción Jerónima [Madrid]: 277.
Iglesia de Santa María La Novella [Florencia]: 197.
Iglesia de Santa Teresa [Caracas]: 251.
Ilión. Véase: *Troya.*
Imprenta Bolívar: 13, 14.
Imprenta Carmona: 14.
Indoamérica. Véase: *América.*
Inglaterra: 19, 34, 73, 168, 178, 322, 337.
Inocencio III: 147.
Instituto Social León XIII: 306.
Inter-América [Revista. Nueva York]: 13.
Introduction to the history of science de George Sarton: 41.
Iragorry, María: 90.
Isaac [Personaje bíblico]: 246.
Isabel II de Inglaterra: 339.
Isaías [Personaje bíblico]: 50, 137.
Italia: 73, 125, 146, 150.

Japón: 57.
Jasón: 263.
Jefferson, Thomas: 326, 349.
Jerusalén: 136, 138, 149, 309, 311.
Jiménez, Juan Ramón: 183.
Jorge [Personaje de **La muralla** de J. Calvo Sotelo]: 206, 207, 208.
José Asunción Silva. Tres aspectos de su obra de [?] Cortina Aravena: 74.
Juárez, Aquilino: 313.
Jurado, Juan: 298.
Justiniano: 287.

Kant, [Emmanuel]: 133.
Kazantzakis, Niko: 211, 212, 213, 216, 218.
Kelsen, Hans: 309.
Kempis, [Tomás de]: 20, 34, 207, 211.
Kentuky [EE.UU.]: 124.
Key Ayala, Santiago: 14, 18, 114.
El Kremlin [Moscú]: 213, 217.
Kubitschek, Juscelino: 301, 302.

La Bruyere, [Jean de]: 195.
La Casa Blanca [Washington, D.C.]: 346.
Lactancio: 130.
La Eneida de Virgilio: 47, 49.
Laforgue, Jules: 8, 33.
La Gioconda de Leonardo Da Vinci: 20.
Lago Lehman [Suiza]: 151.
Lago Ponchartrain [Louisiana, EE.UU.]: 103.
La Guaira: 27.
La Habana: 247.
Laínez, [Diego]: 306.
Lake Success [?]: 253.
La Lectura [Revista. Caracas]: 13.
La Nación [Diario. Buenos Aires]: 114, 115.
Lander, Manuel Tomás: 16, 91, 96, 312.
La Orchila [Isla]: 287.
La Pastora: 251.
La Pira, Giorgio: 161, 162, 163, 196, 213, 329.
La Planicie: 295.
Lara, Jacinto: 313.
Larra, [Mariano José de]: 250.
La Torah: 226.
Laureanito: Véase: Vallenilla Lanz, Laureano (hijo).
Laussane [Suiza]: 155, 156.
La Victoria [Aragua]: 314.
La Viñeta [Caracas]: 298.
La Voz [Diario. Madrid]: 114.
Lazarillo [de Tormes]: 105.
Lázaro [Personaje bíblico]: 171.
Lebeau, [Joseph]: 43.
Lecturas venezolanas de MBI: 14.
Lectura y glosa de escritores venezolanos de Pedro Emilio Coll: 8, 14.
Leibnitz, [Wotfried Wilhelm]: 133.
Le Monde [Diario. París]: 331.
Lenin, [Vladimir Ilich]: 153, 214.
Leirer, [?]: 50.
León, Fray Luis de: 42, 74, 76.
Leonora: 77.
Leopardi, [Giacomo]: 73, 78.
Lequin, A. R. Seud. de Pedro Emilio Coll.
Lercaro [?]: 164.
Les Contemplations de Víctor Hugo: 328.
Licovrisi [Asia menor]: 212, 213, 215.
Liguria [Italia]: 141.

Lima: 257.
Linares Alcántara, Francisco: 313.
Lincoln, Abraham: 279, 326, 349.
"Literaturitis. Crónicas de "antaño" de Pedro Emilio Coll: 13.
Lombardi, [Ricardo]: 163, 164.
Lombardo, Pedro de: 54.
Londres: 69, 174, 249, 337.
Longfellow, [Henry W.]: 79.
López Contreras, [Eleazar]: 191, 246.
López Méndez, Luis: 59, 61, 62.
Los cantores de la naturaleza de [Charles A. de] Saint-Beuve: 50.
Los Castillitos: 295.
Los hermanos Zemganno de [?]: 9, 17.
Los miserables de Víctor Hugo: 30, 327, 329.
Los persas de Esquilo: 287.
"Los placeres de la mesa" de [?] Berchoux: 334.
Lossada, el Catire: 295.
Los Teques [Estado Miranda]: 295.
Lozano, [Abigail]: 28, 72.
Lozano y Lozano, Carlos: 345.
Lucerna [Suiza]: 147.
Lucrecio: 43, 46.
Lugones, Leopoldo: 15, 71, 82.
Lutecia: 12.
Lutero, [Martín]: 152, 187.
Llorens Torres, [Luis]: 193.

Macabeo [Personaje bíblico]: 270.
Machado, Antonio: 34, 292.
Machado, José Eustaquio: 32.
Macuto: 245, 247.
Madariaga. Véase: Cortés de Madariaga, José.
Madonna Pica [Madre de San Francisco]: 147.
Madrid: 176, 180, 200, 205, 209, 229, 234, 251, 255, 262, 280, 283, 287, 289, 293, 299, 303, 306, 308, 315, 326, 330, 332, 335, 339, 344, 349, 359.
Magias (Abuelo de Virgilio): 42.
Maia Polla o Maga Polla (Madre de Virgilio): 42, 49.
Maitín, [José Antonio]: 72.
Málaga [España]: 190.
Maldonado, [Juan de]: 186.
Malegue, [?]: 220.
Mann, Thomas: 88.
Manolios [Personaje de N. Kasantzakis]: 212, 213, 214, 215.
Manrique, [?]: 83.
Mantua [Italia]: 42, 43, 50.
Manual de historia universal de Juan Vicente González: 42.
Marangonio, Matteo: 219.
Mar Caribe: 245.
Marcel, [Gabriel]: 331.
Marcelo: 49, 157, 158.
Marco Antonio: 43.
Marco Aurelio: 286.
Marcos: 310.
Mar de Plata [Argentina]: 108, 110.
Mar de Tiberíades: 143.
Maressi, Miguel Angel: 221.
María: 171, 172, 173, 175, 198.
[María] Magdalena: 77, 225.
Mariana, [Juan de]: 291, 306.
Marías, Julián: 164, 183.
Mariño, [Santiago]: 312.
Maritain, [Jacques]: 278, 331.
Marrero, [Baltasar de los Reyes]: 60.
Martí, José: 279, 342.
Martín, el Hermano: 202.
Mar Tirreno: 334.

Marx, Carlos: 214, 215, 272.
Mata, Andrés: 18, 114.
Matilde [Personaje de **La Muralla** de J. Calvo Sotelo]: 206, 207.
Matos, [Manuel Antonio]: 314.
Mature, Víctor: 157.
Mauriac, François: 198, 275, 331.
Maury, Emilio: 245.
Medici, Cosme de: 30.
Medina Angarita, Isaías: 246, 253, 295.
"Melancholia" (poema) de Víctor Hugo: 328.
Mendes, Fradique: 12, 15.
Méndez, Ramón Ignacio: 311.
Mendoza, Luciano: 312, 313.
Menéndez y Pelayo, [Marcelino]: 47, 59.
Mensaje sin destino de MBI: 192.
Mercure de France [Revista. París]: 13, 14, 19.
Mérida: 92.
Mesenianas [de Juan Vicente González]: 29.
Metsys, Quintin: 216.
México: 63, 65, 250, 254, 271, 282, 350.
Miami [EE.UU.]: 282.
Michelena, Santos: 312.
Mijares, Augusto: 299.
Milán: 43, 148, 196.
Minas de Aroa: 273.
Ministerio de la Defensa: 251.
Ministerio de Educación: 255.
Mío Cid: 293, 298.
Miranda, Francisco de: 262, 318, 341.
Mississipi [EE.UU.]: 103.
Möeller, Charles: 124, 218.
Moisés [Personaje bíblico]: 129.
Monagas, José Ruperto: 313.
Monagas, Los: 312.
Monasterio de los Gerónimo [Madrid]: 278.
Monroe, [James]: 345, 346, 349.
Montaigne, [Michel E. de]: 17, 20, 34, 100.
Montalvo, Juan: 35.
Monte de la Promesa [Lugar bíblico]: 129.
Montes, Félix: 259.
Monteverde, [Francisco]: 260, 352.
Morales Lara, Julio: 113.
Morales Marcano, Jesús María: 17, 255.
Morales, Teobaldo Amer: 327, 328, 329, 330.
Morillo, [Pablo]: 352.
Moro, [Thomas]: 56, 216.
Moscú: 174, 349.
Mosqueda, Miguel Angel: 14.
[Mota], Juanita: 245.
Moxó, [Salvador de]: 352.
El mundo de ayer de Stefan Sweig: 5.
Muñoz, Gabriel: 18, 269.
Muñoz, Isaías: 18.
Muñoz Tebar, Jesús: 32.
La Muralla de Joaquín Calvo Sotelo: **205-8.**
Musset, [Alfredo de]: 73, 79.
Mussolini, [Benito]: 153.

Naciones Unidas: 113, 253.
Nápoles: 50.
Nava, Ramiro: 246.
La nave de los locos [Cuadro de Jerónimo Bosch]: 267.
Nebrija, [Francisco de]: 67.
Nerón: 139.
Nervo, [Amado]: 71, 82.
Newton, [Isaac]: 138.
New York and Bermudez Company: 347.
Nicaragua: 344, 345, 346.

Nietszche, Federico: 279.
Nocturnos de José Asunción Silva: 31, 76, 81, 114.
Notas de estética de Pedro Emilio Coll: 12.
Novalis, [Friedrich]: 260.
Nueva Granada: 271.
Nueva York: 199, 249, 271, 282, 331.
Nuevo México [EE.UU.]: 345.
Nuevos estudios sobre Virgilio de Miguel Antonio Caro: 43.
Núñez de Arce, [Gaspar]: 82.
Núñez Márquez, Emilia: 8
Núñez, Rafael: 8.
Ño Pastor [Esquina caraqueña]: 9.

Obras Completas de Andrés Bello: 249, 250.
Ocaña [Colombia]: 146.
Ochoa, Eugenio de: 49.
Octavia: 49.
Octavio: 44.
Odas de Virgilio: 48.
Ofelia: 109.
Oficina Internacional del Trabajo: 153.
O'Higgins, [Bernardo]: 234.
Olimpo: 263.
Olivares, Régulo: 313.
"Opoponax" (cuento) de Pedro Emilio Coll: 12, 13, 14.
Oregon [EE.UU.]: 345.
Orellana, Manuel: 347.
Organización de Estados Americanos (OEA): 254, 323, 324, 343, 344.
Ortega y Gasset, [José]: 337.
Ozanam, Federico: 165.

Pacheco, Alves [Personaje de Eça de Queiros]: 12, 15, 19.
Padilla [Guardiola, Juan de]: 186.
El Padre Borges o la vida de un romántico de Miguel Angel Mosqueda: 14.
Páez, [José Antonio]: 191, 298, 312, 352.
Palabras de Pedro Emilio Coll: 7, 8, 10, 13.
Palacio de las Academias [Caracas]: 32, 99, 100.
Palazzo Vecchio [Florencia]: 195.
Palos de Moquer [España]: 318.
Panamá: 123, 239, 241, 321, 342, 345, 347.
Papen, Franz von: 174.
Papini, [Giovanni]: 211.
Papiniano: 286.
Pardo, [Francisco Guaicaipuro]: 28.
Pardo Bazán, [Emilia]: 147.
Paredes, Antonio: 313.
Paredes, Eloy: 200, 210.
París: 10, 12, 19, 32, 49, 54, 56, 174, 271, 318, 325, 331, 341, 350.
Parménides: 132, 287.
Parque del Retiro [Madrid]: 290, 291.
Parra [León], Caracciolo: 192.
Partemio: 43.
Pasis [Río Mitológico]: 263.
El paso errante de Pedro Emilio Coll: 14, 35.
Patagonia [Chile]: 350.
"Patria arriba" de MBI: 281.
Pearson, Drew: 349.
Peguy, [Charles]: 331.
Pellicioli, [? Restaurador italiano]: 148.
Peña, Juan [Seud. de Pedro Emilio Coll]: 12, 15, 19.
Peñaloza, Juan Pablo: 313.
Pereira Solís, Luis: 10.

Pérez Bonalde, [Juan Antonio]: 27, 28, 86, 269.
Pérez Galdós, Benito: 19.
Pérez González, Blas: 289.
Pérez Jiménez, Marcos: 239, 299.
Pershing, [John Joseph]: 346.
Perú: 299, 325, 350.
Petare [Estado Miranda]: 295.
Picón, Amer [Pseud. de Pedro Emilio Coll]: 14.
Picón, Juan de Dios: 312.
Picón Salas, Mariano: 246.
Piétola [Italia]: 42.
Pierre, El Abate: 195, 197, 199, 329.
Pilatos, [Poncio]: 139, 142, 225, 226, 227, 229, 314, 322.
Pineau, [? Ministro francés]: 331, 332.
Pío XII_ 305, 306.
Pizarro, [Francisco]: 257.
Planchart, Enrique: 246.
Planck, [Max]: 138.
Platón: 287, 289.
Plauto: 286.
Plaza Bolívar [Caracas]: 107.
Plinio: 286.
Plinio, El Viejo: 335.
Plutarco: 34.
Poe, [Edgar Allan]: 77, 79, 81.
Poesías de José Asunción Silva: 74.
Polion, Ansinio: 43, 44, 49.
Portugal: 196, 291.
Poverello. Véase: San Francisco de Asís.
Principios de derecho de gentes de Andrés Bello: 64.
El proceso de Jesús de Diego Fabbri: 225.
Proudhome, Sully: 79, 80.
Proust, Marcel: 7.
Provincia del Cabo [Africa]: 178.
Pueblo [Periódico. Caracas]: 8.
Puente Victoria [Caracas]: 9.
Puerto Rico: 192, 342, 345.
Pulgar, Venancio: 313.
Pulido, José Ignacio: 313.

Queiroz, Eça de: 19.
Quesada, Fray Cristóbal de: 60, 61.
Quijano, Alonso (el bueno): 342.
Quintana, [Juan Nepomuceno]: 92.
Quirón [Centauro]: 221.

Radbruch,.[? Jurista]: 278.
Rachilde, Mme. [Seud. de Marguerite Vallette]: 19.
Ramírez, Santiago: 306.
Ramos, [José Luis]: 59.
Rangel Garbiras, Carlos: 313.
Razetti, Luis: 93.
[Real] Academia Española [de la Lengua]: 233.
Rebeca: 226.
Recuerdos de infancia y juventud de Pedro Emilio Coll: 11, 18.
Reelecciones o Repeticiones de Francisco de Vitoria: 54.
Reforma González: 93.
Reforma Guevara Rojas: 93.
El Regente Heredia de MBI: 89, 132.
Regimiento de Príncipes: 302.
Renán, Ernesto: 11, 17, 18.
Reverón, Armando: 245, 246, 247.
Revista de Estudios Políticos [Madrid]: 344.
Revista Nacional de Cultura [Caracas]: 14.
"Revolución y evolución literaria" de Pedro Emilio Coll: 13.
Rhea: 49.

Ribas, José Félix: 331.
Riera, Gregorio: 313.
Rimac, Ciudad del. Véase: *Lima.*
Río de Janeiro: 302.
Río de La Plata [Argentina]: 63.
Río Mincio [Italia]: 42, 46.
Rivas, Angel César: 18, 192.
Rivodó, [Ermelindo]: 148.
Rodríguez, Simón: 257, 258.
Rojas, Arístides: 61.
Rojas Paúl, [Juan Pablo]: 191, 246.
Rolando, Nicolás: 313.
Rolland, [Romain]: 153.
Roma: 41, 43, 47, 48, 51, 63, 87, 131, 147, 157, 158, 197, 223, 271, 276, 285, 286, 287, 289, 325, 333, 335, 343, 346.
Romero, Telmo: 246.
Romero de Torres, [Julio]: 19.
Rommen, [?]: 278.
Roosevelt, [Franklin Delano]: 133, 326.
Rosetti, Cristina: 75, 76, 79.
Rosetti, [Dante Gabriel]: 49, 73, 75.
Rossingnol, [?]: 50.
Rousseau, [Jean Jacques]: 151.
Rue Saint Honoré [París]: 318 341.
Ruiz Cortínez, Adolfo: 321.
Ruskin, [John]: 74, 75, 269.
Ruysbroeck, Juan de: 260.
Ruysbroko. Véase: Ruysbroeck, Juan de.

Sabatier, [Paul]: 147.
Sacre, [Alfonso]: 246.
Saint Beuve, [Charles Augustine de]: 50, 72.
Saint- Charles [Avenida. Nueva Orleans]: 103.
Saint Pierre, Bernardino de: 243.
Saint Victor, [Paúl Bins]: 47.
Salamanca: 325.
Salazar, Matías: 213.
Salmi, Mario: 220.
Salom, Bartolomé: 312.
Saluttati, [Lino Coluccio ?]: 302, 311.
Salvi, Adolfo: 247.
San Agustín: 177.
San Antonio: 151.
San Bernardo: 152.
Sánchez, Joaquina: 352.
Sancho [Panza]: 206.
San Cosme: 171.
San Damián: 147, 148, 171.
El Sanedrín: 226.
San Eloy: 171.
San Francisco de Asís: 145–50, 161, 199.
San Ignacio: 132.
Sanín Cano, Baldomero: 82, 83, 113, 114, 115.
San Jerónimo: 43, 328.
[San] José: 25, 171, 228, 229.
San José de Costa Rica: 13, 123, 177, 239, 243.
[San] Juan: 212, 229, 296.
San Juan Bautista: 171.
San Juan Bosco: 171.
San Juan Clímaco: 142.
San Juan de Letrán: 147.
San Lucas: 137.
San Martín, [José de]: 234.
San Mateo: 222, 226.
San Mateo [Aragua]: 273.
San Miguel: 171.
San Nicolás: 245.
San Pablo: 50, 211, 219, 220, 221, 223, 228, 305, 307.
San Pedro Claver: 179, 293.
[Santa] María: 228, 229.
Santa María de la Gracia [Milán]: 148.
Santa María del Popolo [Cuadro

de Caravaggio]: 219.
Santa Marta: 171, 172, 173, 174, 175, 198.
Santander, [Francisco de Paula]: 342.
Santa Rosa de Lima: 92.
Santiago de Chile: 64, 239.
Santiago [El Apóstol]: 222.
Santo Domingo: 342, 346, 350.
Santo Tomás de Aquino: 92, 133, 173, 302, 306.
Santo Tomás de Villanueva: 132, 161.
Santo Tomás de Vitoria: 132.
Sanz, Miguel José: 59, 261, 262, 311.
Sañudo, [José Rafael]: 272.
Sara: 226, 227.
Sarakina: 213, 214, 215.
Sarasola, [?]: 147.
Sarmiento, [Domingo Faustino]: 251.
Sarton, George: 41.
Saturno: 49.
Schopenhauer, [Arthur]: 74.
Segismundo: 17.
Seguridad Nacional [Policía política]: 242.
Seiger, [?]: 50.
Seminario de Santa Rosa de Santa María: 91.
Semprum, Jesús: 35.
Séneca: 132, 286.
Sepúlveda, [Juan Ginés de]: 55, 58.
Serafín de Asís. Véase: San Francisco de Asís.
Servet, Miguel: 152.
Severo: 42.
Sevilla: 8, 14, 318.
Shakespeare, [William]: 34, 317.
Shelley, [Percy B.]: 73, 75.
Sicur, Señoritas: 190.
Silena, Catalina de: 329.
[Sierra] Fray Junípero: 110.
"Silva [a la agricultura de la zona tórrida" de Andrés Bello]: 47, 63.
Silva, José Asunción: 31, **71–84**, 114.
Sinaí [Israel]: 129, 222.
Sirón [Filósofo epicúreo]: 43.
Sistiaga, Jesús María: 14.
Sociedad de Amigos de los Viejos Castillos: 185.
Sociedad Venezolana Protectora de Animales: 241, 242.
Sócrates: 287.
Sócrates de España. Véase: Vitoria, Francisco de.
Solana. Véase: Gutiérrez Solana, José: 19.
Solaris, Los: 103.
Sombra en los médanos [Vals venezolano]: 283.
Sorocaima: 293.
Soto, Domingo [de]: 215, 306.
Soublette, [Carlos]: 191, 312.
Southampton [Inglaterra]: 8.
Sturzo, [Guigi]: 162, 322.
Suárez, [Francisco]: 306.
Subasio: 145, 148, 149.
Sucre, Antonio José de: 352.
"El sueño de una noche de lluvia" de Pedro Emilio Coll: 11, 13.
"El sueño de una noche de verano" de Pedro Emilio Coll: 11, 13.
Suetonio: 43, 333.
Suez: 332.
Suiza: 125, 154, 155.
Summa contra gentes de Santo Tomás de Aquino: 307.
Sutherland, Jorge: 313.

Taine, [Hipólito]: 72.
Talleyrand, [Charles Maurice de]: 174.

El Tamanaco [Hotel. Caracas]: 265.
Támesis (Río): 62.
Tarascón [Personaje de **Tartarín de Tarascon** Alfonso Daudet]: 9.
Tartarín [Personaje de **Tartarín de Tarascón** Alfonso Daudet]: 9.
Tasso, Torcuato: 64.
Tavares, [? Ministro portugués]: 196.
Teatro Lara [Madrid]: 205.
Tennyson, Arnold: 73, 75, 76.
Teócrito: 43, 44.
Termas de Caracalla: 286.
Tertuliano: 307.
Texas [EE.UU.]: 345.
Texeiro Lott, Enrique: 301, 302, 303.
The New York Times [Diario]: 231, 321, 348.
Tiberio [Emperador]: 157, 287.
Ticiano: 220.
Tipografía El Cojo: 14.
Tipografía Impresores Unidos: 14.
Tito: 132.
Tito Livio: 30.
Togliatti, Palmiro: 163.
Tolstoy, [León]: 29.
Toro, Fermín: 14, 59, 255, 257, 269, 312.
Torre, Margarita de la: 352.
Torrelebatón [Castillo]: 186.
Torres Abandero, Leopoldo: 18, 20, 86.
Tovar de Buroz, Josefa Antonia: 352.
Tovar Ponte, José: 312.
*Tracia:*334.
Transvaal: 345.
Tratado de Versalles: 153.
Trípudio: 109.
Troya: 47, 49.
La túnica sagrada [film de L. C. Douglas]: 157.
Ugueto [Pérez, Luis]: 295.
La última cena [cuadro de Leonardo Da Vinci]: 148.

Umbría: 149.
Unamuno, Miguel de: 19, 32, 34, 80, 82, 319, 346.
Unión Panamericana: 343.
Unión Republicana Democrática: 241.
Unión Sudafricana: 178.
United Fruit Company: 347.
Universidad Central de Venezuela: 17, 295.
Universidad de Caracas: 59, 91.
Universidad de La Plata: 74.
Universidad de Michigan: 348.
Universidad de Salamanca: 54, 55.
Universidad de Santa Rosa: 68, 296.
Urbaneja Achelpohl, Luis Manuel: 10, 18, 114.
Urcullú, José de: 334.
Urdaneta, Rafael: 312, 352.
Urica: 311.
Uruguay: 153, 282, 350.
Uslar Pietri, Arturo: 94.

Valencia [España]: 56, 202.
Valencia, [Guillermo]: 71, 82.
Valjean, Jean [Personaje de **Los miserables** de V. Hugo]: 327, 329.
Valverde, [José Félix de]: 60.
Valladolid [España]: 185.
Valle del Lacio: 47, 51.
Valle del Loire [Francia]: 185.
Valle Inclán, [Ramón del]: 19.
Valle Umbro-Espoletano: 145.

Vallenilla Lanz, Laureano: 192, 247.
Vallenilla Lanz, Laureano (hijo): 247.
Van Daan, [? Personaje del **Diario** de Anna Frank]: 226, 227.
Vargas, José María: 59, 132, 191, 257, 260, 261, 262, 269, 312.
Vargas, Roberto: 313.
Vargas Vila, José María: 31.
Vegas, Martín: 313.
Velasco Ibarra, José María: 321.
Velutini, José Antonio: 313.
Venezuela: 59, 61, 62, 63, 100, 114, 192, 349, 241, 242, 243, 246, 247, 249, 250, 251, 253, 254, 255, 257, 258, 259, 260, 261, 264, 270, 271, 272, 273, 278, 279, 285, 289, 290, 291, 292, 295, 296, 312, 320, 331, 338, 341, 342, 347, 350, 351, 352.
Via Apia [Roma]: 251, 287.
Via Flaminia [Roma]: 271, 275.
Vidas [Paralelas] de Plutarco: 34.
El viejo Ugueto. Véase: Ugueto Pérez, Luis.
Vigny, [Alfred de]: 72, 73, 79, 80.
Villavicencio, [Rafael]: 92, 93.
Villegas, Guillermo Tell: 17.
Virgilio: 41, 42, 43, 45, 46, 47, 49, 50, 62, 63, 87, 286, 287.
Viriato: 293.
Virreinato del Perú: 257.
Virutas (Temas dispersos) de MBI: 37, 39.
"Visita de Leonardo de Vinci" de Pedro Emilio Coll: 14.
Vitoria, Fray Francisco de: 53-8, 291, 306.
Vives, [Juan Luis]: 56, 196.
Voltaire, [Jean Marie Aronet]: 152.
Vuelta a la patria de J. A. Pérez Bonalde: 27.

Walker, [William]: 345.
Warburg, [Walther von]: 231.
Washington, George: 326, 349.
Washington, [D.C.]: 9, 174, 319, 320, 321, 343, 346, 347, 349.
Whitman, Walt: 349.
Wilson, [Wodrow]: 346, 349.

Yepes, [José Ramón]: 28.

Zamora, Ezequiel: 313.
Zaratusra: 12, 74.
Zorrilla, [José]: 72, 73.
Zubirí, [Javier]: 217, 223.
Zuloaga, Elisa Elvira: 5.
Zumeta, César: 15, 114, 192.
Zweig, [Stefan]: 5.

INDICE DE MATERIAS

ACULTURACION. Véase: **CULTURA – Aculturación, transculturación.**

AFRICA. Véanse: – **CULTURA – Continental – Africa.**
– **HISTORIA – Continental – Africa.**

AMERICANISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Americanismo.**

ANTICOMUNISMO. Véanse: – **POLITICA – Doctrinas – Comunismo – Anticomunismo.**
– **RELIGION – Anticomunismo.**

ANTISEMITISMO. Véase: **SOCIOLOGIA – Antisemitismo.**

ARGENTINA. Véase: **CULTURA – Nacional – Argentina.**

ARTE
– **Escultura: 141.**
– **Pintura:** 148–9, **219–23, 245–7.**

ASISTENCIA SOCIAL. Véase: **SALUD PUBLICA – Asistencia.**

ASPECTOS AUTOBIOGRAFICOS: 5–6, 107, 123, 239, 277–80, 281–3, 295, 296, 298–9.

BELLISMO: 64–6, **67–8,** 249–51. Véase además: Bello, Andrés. (Indice Onomástico).

BOLIVARIANISMO: 271–6, 296–8. Véase además: Bolívar, Simóm. (Indice Onomástico).

BRASIL. Véase: **HISTORIA – Nacional – Brasil.**

CALVINISMO. Véase: **RELIGION – Doctrinas – Cristiana – Protestante – Tendencias – Calvinismo.**

CATOLICISMO. Véase: **RELIGION – Doctrinas – Cristiana – Católica.**

CAUDILLISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias – Caudillismo.**

CEREMONIAS RELIGIOSAS: Véase: **RELIGION – Doctrinas – Cristiana – Católica – Ceremonias.**

CINE: 157–59.

CIVILISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias – Civilismo.**

COLOMBIA. Véase: **LITERATURA – Nacional – Colombia.**

COLONIALISMO, ANTICOLONIALISMO. Véanse: **– CULTURA – Tendencias – Colonialismo**

– POLITICA – Doctrinas – Colonialismo.

COMUNISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas – Comunismo.**

CONDUCTA SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA – Conducta.**

CRISIS
- **Cultural:** 261.
- **De dirigentes: 117–128.**
- **De hombres: 272.**
- **De valores religiosos:** 147.
- **Moral: 261, 272–6.**
- **Política: 272–6.**
- **Social:** 299.

CULTURA
- **Aculturación, transculturación: 231–4,** 331–2.
- **Continental**
  - **Africa:** 177–80.
  - **Latinoamérica:** 181–3.
- **Grecolatina: 286–7.**
- **Lengua:** 67–8, **167–70, 189–91, 231–4.**
- **Nacional**
  - **Argentina: 327.**
  - **España** 181–3, **185–8.**

- **Francia:** 331.
- **Inglaterra:** 337.
- **Italia:** 219-23.
- **Suiza:** 151-4.

- **Períodos**
  - **Siglo XIX:** 61.
- **Personajes:** 246.
- **Tendencias**
  - **Americanismo:** 282.
  - **Colonialismo, anticolonialismo:** 192-3, 341-50.
  - **Feminismo:** 351-3.
  - **Hispanismo:** 185-8, 232-4, 317.
  - **Hispanoamericanismo, antihispanoamericanismo:** 232-4, 318, 344-50.
  - **Humanismo:** 54-6.
  - **Idealismo:** 123.
  - **Imperialismo:** 57, 220-6.
  - **Nacionalismo:** 91-3.
  - **Panamericanismo:** 317-26, 341-50.
  - **Revisionismo, antirrevisionismo:** 193.

CULTURA AFRICANA. Véase: **CULTURA - Continental - Africa.**

CULTURA LATINOAMERICANA. Véase: **CULTURA - Continental - Latinoamérica.**

DERECHO
- **Agrario:** 337-9.
- **De Indias:** 55-6.
- **Garantías constitucionales:** 254-5.
- **Internacional:** 55-6.
- **Lenguaje jurídico:** 167-70.
- **Pensamiento jurídico:** 338-9.
- **Pensamiento jurídico bellista:** 64-6.

DICTADURA. Véase: **POLITICA - Doctrinas - Dictadura.**

DOCTRINAS RELIGIOSAS. Véase: **RELIGION - Doctrinas.**

EDUCACION
- **Historia:** 91-7.
- **Instituciones:** 59-60, 68.
- **Leyes y reglamentos:** 93-6.
- **Libertad de enseñanza:** 91-7.

- **Pensamiento educativo: 94–7.**
- **Períodos**
  - **Colonia: 91–3.**
- **Tendencias**
  - **Espiritualismo cristiano:** 93.
  - **Liberalismo: 92–3,** 96.
  - **Monismo materialista:** 93.

ESCLAVITUD. Véase: **ETNOLOGIA – Esclavitud.**

ESCULTURA. Véase: **ARTE – Escultura.**

ESPAÑA. Véanse: – **CULTURA – Nacional – España.**
– **HISTORIA – Nacional – España.**
– **LITERATURA – Nacional – España.**

ESPIRITUALISMO CRISTIANO. Véase: **EDUCACION – Tendencias – Espiritualismo.**

ETNOLOGIA
- **Esclavitud: 77–80.**

FEMINISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Feminismo.**

FILOSOFIA
- **Conceptos**
  - **Humildad:** 153–4.
  - **Libertad:** 151.
  - **Solidaridad:** 151.
  - **Tolerancia:** 152.

FRANCIA. Véanse: – **CULTURA – Nacional – Francia.**
– **LITERATURA – Nacional – Francia.**
– **POLITICA – Nacional – Francia.**

FRANCISCANISMO. Véase: **RELIGION – Doctrinas – Cristiana – Católica – Tendencias – Franciscanismo.**

GARANTIAS CONSTITUCIONALES . Véase: **DERECHO – Garantías.**

GUERRAS MUNDIALES
- **Segunda:** 33.

HISPANISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Hispanismo.**

HISPANOAMERICANISMO, ANTIHISPANOAMERICANISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Hispanoamericanismo.**

HISTORIA
- **Continental**
  - **Africa: 177–80.**
- **Instituciones: 289–93,** 296.
- **Nacional**
  - **Brasil: 301–3.**
  - **España:** 54, **186.**
  - **Italia: 161–5.**
  - **Suiza: 151–4.**
- **Pensamiento historiográfico:** 331–2.
- **Períodos**
  - **Conquista:** 55.
  - **Colonia: 289–93.**
  - **Imperio romano: 333–6.**
  - **Independentista:** 61–2, 311, 312, **341–3.**
  - **Renacimiento:** 54.
- **Tendencias**
  - **Revisionismo:** 60.

HISTORIA RELIGIOSA. Véase: **RELIGION – Historia.**

HUMANISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Humanismo.**

HUMILDAD. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos – Humildad.**

IDEALISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Idealismo.**

IMPERIALISMO. Véanse: **– CULTURA – Tendencias – Imperialismo**
– POLITICA – Doctrinas – Imperialismo.

IMPRENTA: 250.

INGLATERRA. Véanse: **– CULTURA – Nacional – Inglaterra.**
– POLITICA – Nacional – Inglaterra.

INSTITUCIONES – EDUCATIVAS. Véase: **– EDUCACION – Instituciones.**
– HISTORICAS. Véase: **– HISTORIA – Instituciones.**

ITALIA. Véanse: **– CULTURA – Nacional – Italia.**
– HISTORIA – Nacional – Italia.
– POLITICA – Nacional – Italia.

JUDAISMO. Véase: **RELIGION – Doctrinas – Judaica.**

LAPIRISMO. Véase: **RELIGION – Doctrinas – Cristiana – Católica – Tendencias – Lapirismo.**

LATINOAMERICA. Véase: **CULTURA – Continental – Latinoamérica.**

LENGUA. Véanse: – **CULTURA – Lengua**
– **DERECHO – Lenguaje jurídico**
– **LINGUISTICA.**
– **POLITICA – Lenguaje.**

LEYES. Véanse: – **DERECHO**
– **EDUCACION – Leyes y reglamentos.**

LIBERALISMO. Véanse: – **EDUCACION – Tendencias – Liberalismo.**
– **POLITICA – Tendencias y movimientos – Liberalismo.**

LIBERTAD. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos – Libertad.**

LIBERTAD DE ENSEÑANZA. Véase: **EDUCACION – Libertad de enseñanza.**

LIBERTAD DE EXPRESION: 253–5.

LINGUISTICA
- **Pensamiento gramatical bellista: 67–8.**

LITERATURA
- **Grecolatina: 41–52.**
- **Nacional**
  - **Colombia: 71–83, 113–6.**
  - **España: 205–9.**
  - **Francia: 328, 334.**
  - **Venezuela: 6–35.**
- **Teatro: 205–9, 225–9.**
- **y sociedad: 87–90.**

LITERATURA RELIGIOSA. Veáse: **RELIGION – Literatura.**

MILITARISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias – Militarismo.**

MONISMO MATERIALISTA. Véase: **EDUCACION – Tendencias – Monismo.**

MONROISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas – Monroismo.**

NACIONALISMO. Véanse: – **CULTURA – Tendencias – Nacionalismo.**
– **POLITICA – Tendencias – Nacionalismo.**

PANAMERICANISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Panamericanismo.**

PATRIA (Concepto): 281–3.

PENSAMIENTO. Véanse: – **DERECHO – Pensamiento jurídico.**
– **EDUCACION – Pensamiento educativo.**
– **HISTORIA – Pensamiento historiográfico.**
– **POLITICA – Pensamiento político.**
– **RELIGION – Pensamiento cristiano.**
– **SOCIOLOGIA – Pensamiento sociológico.**

PENSAMIENTO GRAMATICAL BELLISTA. Véase: **LINGUISTICA – Pensamiento gramatical bellista.**

PEREZJIMENISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias – Perezjimenismo.**

PERSONAJES SAGRADOS. Véase: **RELIGION – Doctrinas – Cristiana – Católica – Personajes.**

PINTURA. Véase: **ARTE – Pintura.**

POLITICA
- **Doctrinas, ideaologías y sistemas.**
  - **Colonialismo:** 178–80, **321–3.**
  - **Comunismo, anticomunismo: 321–3, 344.**
  - **Dictadura: 241–3, 249–52, 253–5,** 257–8, **261–2, 263–5, 282–3, 285–7, 351.**
  - **Imperialismo, antimperialismo: 325–6, 345–50.**
  - **Monroismo: 343.**
- **Instituciones: 289–93,** 296.
- **Lenguaje:** 167–70.
- **Nacional**
  - **Francia:** 168.
  - **Inglaterra:** 168–9.
  - **Italia: 161–5.**
- **Pensamiento político: 16–7,** 309–15.
- **Tendencias y movimientos**
  - **Caudillismo:** 312, 314.

- **Civilismo: 301-3, 313.**
- **Liberalismo:** 337-8.
- **Militarismo: 301-3.**
- **Nacionalismo:** 323.
- **Perezjimenismo: 241-3,** 249-3, **253-5,** 257-8, 261-2, **263-5, 285-7, 351.**

POLITICA RELIGIOSA. Véase: **RELIGION - Política.**

PUBLICACIONES PERIODICAS: 10, **62-3.**

RACISMO. Véase: **SOCIOLOGIA - Racismo.**

RELIGION
- **Anticomunismo:** 213, 217.
- **Doctrinas**
  - **Cristiana**
    - **Católica**
      - **Ceremonias, conmemoraciones y festividades:** 171, 309, 314-5.
      - **Personajes sagrados:** 147, 148, 171-5.
      - **Templos: 155-6,** 269-70.
      - **Tendencias**
        - **Franciscanismo: 145-50.**
        - **Lapirismo: 161-5.**
    - **Protestante**
      - **Tendencias**
        - **Calvinismo: 152, 155.**
  - **Judaica:** 225-9.
- **Historia:** 130-2, 137-40, 147, 158, 226-9.
- **Literatura:** 205-9, 211-8.
- **Pensamiento cristiano:** 123-5, 130-6, **141-3,** 157-9, 172-5, 191-200, 207-9, 211-8, 305-8.
- **Política religiosa:** 55.
- **Teología:** 211, 306-7.

REVISIONISMO, ANTIRREVISIONISMO. Véanse: **- CULTURA - Tendencias - Revisionismo.**

- HISTORIA - Tendencias - Revisionismo.

SALUD PUBLICA
- **Asistencia social: 201-4.**
- **Mental: 267-70.**

SOCIOLOGIA
- **Antisemitismo:** 225-9.
- **Conducta social:** 309-11.
- **Pensamiento sociológico:** 105-6, **327-30.**
- **Pérdida de valores sociales:** 205-9.
- **Política:** 31, 309-15.
- **Racismo: 177-80,** 225-9.

SUIZA. Véanse: - **CULTURA - Nacional - Suiza.**
- **HISTORIA - Nacional - Suiza.**

TEATRO. Véase: **LITERATURA - Teatro.**

TEMPLOS. Véase: **RELIGION - Doctrina - Cristiana - Católica - Templos.**

TENENCIA DE LA TIERRA: 337-9.

TEOLOGIA. Véase: **RELIGION - Teología.**

TOLERANCIA. Véase: **FILOSOFIA - Conceptos - Tolerancia.**

TRANSCULTURACION . Véase: **CULTURA - Aculturación, transculturación.**

VALORES SOCIALES. Véase: **SOCIOLOGIA - Pérdida de valores sociales.**

VENEZOLANIDAD: 283.

VENEZUELA. Véase: **LITERATURA - Nacional - Venezuela.**

Impresión realizada para el Congreso de la República en
los Talleres Gráficos de JOAQUIN IBARRA/Impresores,
Avenida Augusto C. Sandino, Caracas, Venezuela
en el mes de octubre de 1991

En 1976 el Congreso de la República, por iniciativa del Diputado Dr. José Rodríguez Iturbe acordó editar las **Obras Completas** de Mario Briceño Iragorry. El texto del Acuerdo apareció publicado en la Gaceta Oficial Nº 30.996, el 4 de junio de aquel año. De esa manera se rendía homenaje al ilustre escritor y pensador trujillano, quien fuera Presidente del Poder Legislativo en 1945 y cuya trayectoria pública se distinguió por su amplitud ideológica.

La figura de don Mario Briceño Iragorry se erigió como símbolo de dignidad por su honesta e infatigable lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, conducta valerosa que lo condujo al exilio desde diciembre de 1952 hasta abril de 1958 después del derrocamiento del régimen represivo. Su obra es en conjunto un breviario de nacionalismo latinoamericano, entendido como denuncia permanente de las mediatizaciones económicas y políticas a que ha estado sometida cíclicamente la Historia de nuestras Repúblicas y a cuyo proceso alienante opone la defensa permanente de nuestros valores de la tradición y la cultura.

Briceño Iragorry fue también exponente luminoso de un pensamiento católico de gran modernidad y vigencia por su contenido social.

Estas **Obras Completas,** que abarcarán aproximadamente 20 volúmenes, recogen desde los primeros textos publicados por el ensayista, hasta la obra dispersa en publicaciones periódicas y valiosos materiales que integran su archivo personal.

La Comisión Editora deja constancia expresa de gratitud a los miembros de la Fundación "Mario Briceño Iragorry" por el respaldo y colaboración que han hecho posible la localización, ordenamiento y publicación de los textos.

Caracas, diciembre de 1988